ANTÓNIO SARDINHA

A ALIANÇA PENINSULAR

qp

A ALIANÇA PENINSULAR

OBRAS DE ANTONIO SARDINHA

POESIA

Tronco reverdecido—1906-1908 (Lisboa, 1910).
A Epopeia da Planície — Poemas da Terra e do Sangue (Coímbra, 1915).
Quando as nascentes despertam... — Poemas da Turbação & da Bôa Estrela (Lisboa, 1921).
Na Côrte da Saudade — Sonetos de Toledo (Coímbra, 1922).
Chuva da tarde—Sonetos de Amor (Coímbra, 1923).
Era uma vez um Menino...—Elegias (Lisboa, 1926).

A PUBLICAR:

Roubo de Europa — Poema — Com um estudo de Luís de Almeida Braga.
«Pequena Casa Lusitana» — Sonetos.
Procissão de Cinzas & Outros Poemas.

HISTÓRIA NACIONAL, FILOSOFIA POLÍTICA E CRÍTICA DAS IDEIAS

O valôr da Raça — Introdução a uma Campanha Nacional (Lisboa, 1915).
Ao princípio era o Verbo — Ensaios & Estudos (Lisboa, 1924).
Ao ritmo da ampulheta—Crítica & Doutrina (Coímbra, 1925).
Teoria das Côrtes Gerais—Prefácio á História e Teoria das Côrtes Gerais, do 2.º Visconde de Santarêm (Lisboa, 1925).
Na Feira dos Mitos—Idéias & Factos (Lisboa, 1926).
Durante a fogueira — Páginas da Guerra (Lisboa, 1927).
A' sombra dos Pórticos — Novos ensaios (Lisboa, 1927).
Da hera nas colunas — Novos estudos (Coímbra, 1929).
Purgatório das Ideias — Ensaios de crítica (Lisboa, 1929).

A PUBLICAR:

De Vita et Moribus — Casos & Almas.
Glosário dos Tempos — Escritos, Conferências & Outras Palavras.
A prol do comum — Doutrina & História.
O processo dum Rei.

ESTUDOS PENINSULARES

A Questão Ibérica — (De colaboração) — **O Território e a Raça** (Lisboa, 1916).
A Aliança Peninsular — Antecedentes & possibilidades — Prefácio de D. Gabriel Maura Gamazo, Conde de la Mortera (Porto, 1924). 2.ª edição — (Porto, 1630).

A PUBLICAR:

A' lareira de Castela.



Imperatriz Isabel de Portugal.
(Por Ticiano)

Museu do Prado.

António Sardinha

A Aliança Peninsular

ANTECEDENTES & POSSIBILIDADES

Prefácio do Ex.mo Senhor D. Gabriel Maura Gamazo, conde de la Mortera

2.ª EDIÇÃO

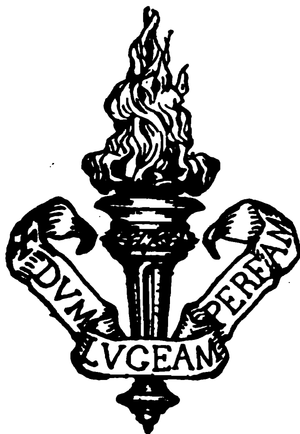


1930
: : : LIVRARIA CIVILIZAÇÃO : : :
Américo Fraga Lamares & C.ª, L.da — Editores
Rua Duque de Loulé, 151 — PORTO

Composto e impresso na
Tipografia e Encadernação
DOMINGOS D'OLIVEIRA
C. Mártires da Pátria, 144-A
: : : PORTO : : :

« A nossa familiar convivência com a Espanha só pode parecer perigosa àqueles em cuja alma tibia esmoreceu o altivo e intransigente sentimento da pátria ».

CARLOS MALHEIRO DIAS, *Exortação á Mocidade.*



Á MEMÓRIA
DAQUELES SOLDADOS ESPANHOIS
QUE, REGANDO
COM SEU SANGUE ANÓNIMO
AS PENHAS DE MARROCOS,
SOUBERAM DAR VIDA
NUM SÉCULO SEM ESPERANÇA
A TODA A GRANDEZA HISTÓRICA
DA PENÍNSULA.

ÍNDICE

PROLOGO

Por D. Gabriel Maura Gamazo,
conde de la Mortera.

Quienes no conozcan de Antonio Sardinha sino sus obras poéticas, tan difundidas en manos españolas, se sorprenderán acaso al leer el titulo que campea en la cubierta de este libro:—*La Alianza Peninsular*, sugestivo ciertamente, pero evocador de imágens y reflexiones muy alejadas, en apariencia, de las que tanto abundam en los cadenciosos y exquisitos versos del autor. Sin embargo, los criticos literarios, bien advertidos de que, en lo intelectual, el parentesco no se acusa tanto por la similitud, a menudo falaz, de los rasgos externos, como por el ritmo armónico de las ideas, habrian hallado, de seguro, aun sin el testimonio de la firma, la fraternidad que enlaza a las páginas de este libro con las inspiradas estrofas de *A Epopeia da Planicie* o los impecables sonetos de *Na Corte da Saudade*. La poesia de la Historia es cabalmente el gran hallazgo de la actual generación literaria hispano-portuguesa.

Cuando, en el curso de la segunda mitad del siglo XIX, se hubieron desacreditado los métodos especulativos, no ya solo para las investigaciones cientificas, sino hasta para las manifestaciones estéticas; cuando sabios y artistas escuadriñaron con igual afinco las entrañas de la realidad para sorprender en ellas verdades ignoradas todavia o formas nuevas capaces de producir la emoción de lo bello, solo algun arte plástica, la pintura muy singularmente, prefirió en la busca de motivos de iuspiración lo passado a lo actual. El cuadro de

historia no fué ya, como en otros tiempos, obra imaginativa, sino reconstrucción pacientemente documentada de realidades pretéritas. Novelistas y cuentistas, imbuidos por lo común del naturalismo buscaron el modelo vivo, sin desdeñar siquiera, al lacerado y repugnante, siempre que lo hallaron ante sus ojos. Los poetas, a su vez, apartandose de los tópicos seculares de la inspiración lírica, encontraron temas inéditos en la ingenuidad rural de la comarca donde vivian y nutrieron lo erudito con savia popular.

Ya a comienzos del presente siglo venia invirtiendose esta dinámica, y hoy se puede afirmar que lo está totalmente. Prevalecen ahora en pintura el cuadro de género y el paisaje; gustan los narradores de dar a sus estudios de costumbres caracter casi documental para la futura Historia interna del signo XX; y los poetas, en cambio, parecen haber adoptado como divisa el *sunt lacrymæ rerum* virgiliano.

Sintoma es este por varios motivos alentador de halagueñas esperanzas. Los dos pueblos peninsulares venian padeciendo, desde fines del siglo XVIII, el mimetismo degradante que en toda la escala biologica caracterizó siempre a los séres más débiles, y no los preservó casi nunca de la definitiva destruccion. Sobrebino hace ya tiempo la reacción contra tan monstruoso absurdo. Pensadores excelsos, cuyos nombres venerandos guarda piadosa nuestra memoria, persuadieron a las nue-

vas generaciones hispano-portuguesas de que el remedio a los males que padeciamos no se habia de hallar en recetarios exóticos, sino en las sabias lecciones de la propria tradición. Demostraron, además, que la Peninsula es, en este punto, región privilegiada entre todas las del orbe, porque guarda em su Historia caudal inagotable de provechosisimas enseñanzas. Portugueses y españoles se aplicaron entonces al concienzudo estudio de su pasado, y aun cuando la improba tarea no está sino comenzada, aun cuando los paises padecen todavia las peturbaciones proprias de la honda crisis espiritual que están atravessando, la tónica general de los escritos que salen ahora a la luz pública, singularmente los de autores jóvenes, permite abrigar para un mañana quizá no remoto, muy fundados y consoladores optimismos.

Antonio Sardinha, por ejemplo, no es sólo una autoridad cada dia más respetada en el mundo hispanico, es tambien um caso típico, representativo de la gran mudanza que en estos transcendentales asuntos está operandose. Su primera formación intelectual fué tan anticastellana como la de cualquier exaltado regionalista español. Azares de la vida, que las vicissitudes politicas de su patria multiplicaron durante la primera juventud del autor, le trajeron a nuestro suelo, no como turista curioso y despreocupado, sino como huesped estable, deseoso de compartir cordialmente el pan y la sal, alimento del cuerpo, la idea y el

verbo que nutren el espiritu. Tardó, pues, en amar a los españoles lo que tardó en conecerlos; y como *La Alianza Peninsular* es el fruto de esa emoción de su alma, en cada cual de las páginas de esta obra se siente vibrar la noble y pura mistica del amor patrio, que, elevandose por cima de artíficiosas fronteras geograficas, busca en la unidad espiritual de las gentes hispanicas, de las que fueron, de las que son y de las que serán, el vinculo que les permita algun dia colaborar unanimes en la realización, de sus comunes y gloriosos destinos.

El lector de esto libro no ha menester de llegar al fin para convencerse, si no lo estaba ya previamente, de que la alianza peninsular, objecto durante siglos de tantas cavilaciones, planes, matrimonios, guerras y paces, fué, desde sus comienzos, uma questión politica mal planteada.

El caracter patrimonial que la mentalidad de la Edade Media atribuia a los Estados, condujo necessariamente a generalizar em toda Europa estos dos conceptos fundamentales para el Derecho público de aquella epoca: Un Soberano es tanto mejor y más benemérito, quanto más acrescentada transmite a su sucessor la herencia de sus mayores. Los únicos medios de enriquecer el patrimonio heredado son la conquista y la aportación matrimonial.

No es maravilla que la rudeza de aquellos tiempos ignorase el factor espiritual, decisivo, a la larga, en la suerte de los pueblos, e lo sustituyese

con sutilezas juridico-teologicas, para honestar abusos de la fuerza y violaciones de la fé jurada. Han transcurrido desde entonces varias centurias; acaba de reñir la Humanidad la más descomunal contienda que registran sus fastos, invocando precisamente el derecho de las colectividades politicas a disponer de sus destinos, y, sin embargo, es todavia harto notoria la distancia que separa la enunciación abstracta del apotegma, y su realización efectiva en el mundo contemporaneo.

Portugueses y castellanos han afirmado perennemente en el curso de la Historia, y no es verosimil que dejen de afirmarlo jamás en lo porvenir, su voluntad decidida de mantenerse independientes. Aun en las épocas de mayor desmedro económico y militar de una de estas dos nacionalidades peninsulares, la superior fuerza de la otra se comprobó impotente para la conquista. Asimismo se frustraron siempre, por designio providencial unas veces, por la resistencia armada otras, ingeniosas combinaciones matrimoniales, enderezadas a reunir en una sola sien las coronas de entrambos paises.

Fuera ramploneria en que no incurrió, de cierto, ningun historiador digno de este nombre, atribuir fenómeno tantas veces renovado a odios mezquinhos de vecindad o a groseras rivalidades de campanario. Cuandoquiera que un alto interés comun reclamó la colaboración castellano-lusitana, juntaronse casi espontaneamente las armas, los esfuerzos, los designios politicos y los recursos economi-

cos. Durante esos lapsos felices, se patentizó, por añadidura, en ciencias, artes y letras, la indeleble fraternidad étnica y el ópimo fruto que bien entendida y practicada puede ella rendir.

Tampoco fué el fenomeño singularidad occidental de la Peninsula. ¿Era acaso menos recia la personalidad de Aragón a mediados del siglo xv, que la de Portugal antes o despues de la *Invencible?* No, ciertamente. El matrimonio de dos Principes no habria bastado, de seguro, para unir con vinculo definitivo a Aragón y Castilla, si las cualidades de Fernando e Isabel no hubiesen garantido a los dos pueblos la leal aplicación de la sagacisima fórmula del *Tanto monta*, y si los Reyes Catolicos, no hubiesen acertado, con el visible auxilio de la Providencia, a desviar la politica de los cauces particularistas medioevales, abriendo otro nuevo mucho más hondo y capaz, por donde fluyesen juntas las energias combinadas de todos los naturales del reino de España.

¿Porqué alcanzó Felipe II lo que no fué asequible, con titulos juridicos harto más claros, a vencido de Aljubarrota? ¿Por la mayor extensión de sus dominios, pujanza de sus ejércitos y energia de su caracter? No; sino porque Portugal, sometiendose al gran Monarca, no entendia ser confundido con Castilla, ni menos conquistado por ella; porque Portugal conserbava su personalidad historica tan integramente como en vida de Don Sebastián y la associaba gustoso a las de Castilla y

Aragón, Flandres y Dos Sicilias, Navarra y Milán, para um designio politico, cuya magnitud hizo llevadero, y hasta grato, el sacrificio, en otros tiempos inaceptable, de renunciar a la dinastia propria y privativa.

El Sr. Sardinha, historiador tan competente como probo, no podia caer en el vulgarisimo vituperio contra la memoria de Felipe II; no podia ignorar tampoco que aun cuando sus personales defectos no hubiesen sido holgadamente compensados con notorias virtudes de caballero y de cristiano, los borraria, en todo caso, para las gentes bien nacidas del solar hispanico, su infinito amor de estadista, de rey y de hombre, a lo que con neologismo anacrónico podemos llamar la España Grande. Tambien para concordar conceptos hay que distinguir los tiempos; y hecha esta salvedad, dificil será hallar en todas las gestas peninsulares quien merezca con más titulos que Felipe II el dictado moderno de *patriota*.

Hijo de Carlos V, primogénito de la augustisima Casa de Austria, heredero natural de aquellos Emperadores que por derecho divino se arrogaban, en litigioso proindiviso con los Pontifices, el dominio del mundo, no se pudo desinteressar de las magnas cuestiones de la politica europea continental de su tiempo, como pretendem los criticos chirles que juzgan sucesos del siglo XVI con mentalidad novecentista. Pero declinó deliberadamente la diadema imperial de Carlomagno y aspiró a forjar otra

nueva, más deslumbradora y universal: la del gigantesco Imperio hispanico.

Desde los comienzos de la civilización, la Historia de la humanidad culta se habia escrito en las márgenes del Mediterraneo, y la Edad Media no habia sido, en este punto, sino la continuación embrollada y vacilante de la Edad Antigua. Pero novedades maravillosas cientificas, economicas y politicas, desplazaron el eje del Universo, y los espíritus sagaces adivinaban ya, que el recien explorado Mar Tenebroso, el immenso Oceano Atlantico, ocuparia en la Historia, a la vuelta de algunos siglos, aquel mismo preeminente lugar que tuvo hasta entonces el codiciado Mar latino. La hegemonia del mundo estaba, pues, hipotecada al poderio incontrastable en el Oceano, que pertenecia de de derecho a la raza peninsular, descobridora, conquistadora y civilizadora de las Islas y Tierra firme del Atlantico.

Felipe II abandonó de buena gana a un segundón, su tio Don Fernando, la herencia del pasado, reservandose tutelarlo y protegerlo, si de ello hubiese menester; pero quiso ser él quien asumiese la tarea ingente de lo porvenir, y consagró su vida a ser, a un tiempo, Augusto y Carlomagno del venidero Imperio de Occidente.

Fracasó en su empeño Felipe II. Se malogró de este modo, temporalmente al menos, una gran parte de la misión histórica de nuestra raza. Pero el pensamiento politico del gran Monarca no yace

con el en las lobregueces del Escorial; fué semilla bendita que germinó sepulta; que comienza ahora a rebrotar en preclaros entendimientos, y que quizá fructifique mañana en explosión arrolladora de nobles corazones.

Frustrada la realización de aquel ideal que habia hecho grata la convivencia fraterna de portugueses y castellanos, no podia ella subsistir mucho tiempo; y lo que aconteció en 1640, hubiese sobrevenido indefectiblemente poco más tarde, aun cuando se trocaran los papeles historicos de Richelieu y Olivares, aun cuando se hubiese decidido a favor de los Austria su duelo secular con los Borbones.

Esta es, lector, la gran lección que viene hoy a reforzar con argumentos inéditos el libro de Antonio Sardinha. La Alianza peninsular, nuncio venturoso del fecundisimo concierto entre todas las gentes hispanicas de Europa y América, no será jamás posible, mientras no haya arraigado en las entrañas de la raza un altisimo ideal, sofocador de prevenciones y suspicacias, del recuerdo de reciprocos agravios e injusticias, de la incomprensión mútua, del legitimo orgullo y la mezquina vanidad; es decir, mientras lo que nos junte no valga y pese más que lo que nos separa.

Quienes acogen ahora con esceptica sonrisa la previsión de ese mañana esplendido; quienes traducen de otros idiomas tésis, a menudo contradictorias, de irremediables decadencias occidentales

o simplemente hispanicas, no son siempre hombres de poca o de mala fé. Los hay tambien patriotas y creyentes, aquejados por desgracia de aguda miopia mental. Cierto que las dos naciones peninsulares pasan hoy, como todas las de Europa, por el trance critico de haber de revisar su Estatuto interno, y que, persuadidas de la ineficacia de las fórmulas legales vigentes, no han hallado todavia otras sucedáneas capaces de reemplazar con ventaja a las caducas. Cierto, asimismo, que mientras no se restablezca en Portugal y en España la normal salud interior, seria vano y quizá, además, contraproducente, cualquier dinamismo más allá de las fronteras propias. Pero la intensidad misma de la crisis actual presagia inmediato su término, y si, en verdad, lo alcanzamos feliz, parecerá asequible y hasta fácil lo que en estos tiempos menguados se antoja a muchos candidamente utópico.

Acaso no alcance a verlo la actual generación hispano-lusitana; quizá esté condenada a servir de victima expiatoria, para rescate de las venideras. No será, ciertamente, Antonio Sardinha de los que protesten contra tan cruel destino porque tiene bien demostrado que conoce y practica la virtud de la inmolación. Historiador y poeta, sabe y siente la grandeza de quienes mueren, como Moisés, a la vista de la Tierra prometida.

Junio de 1924.

GABRIEL MAURA GAMAZO.

Assentando posições

(Conversa preliminar)

Quando Beckford se passeava pelas novenas e pelos serões da Lisboa da senhora D. Maria I, já apareciam patriotas declamando ansiadamente que não tardariamos a ser reduzidos a uma simples província espanhola. E' essa a tara mais grave do patriotismo português — tara que, diminuindo e encobrindo tudo o que há de universal no nosso génio, parece instituir como condição basilar da nossa independência um ódio fundo, — um ódio cego, um ódio irracional à Espanha. Porque, se, naturalmente, na nossa crise de formação e desenvolvimento, tivemos que lutar, e lutar bravamente, com a hegemonia absorvente de Castela, não é menos certo tambêm que tudo quanto de *humano* existe na nossa história — Descobrimentos, colonização do Novo-Mundo, defesa da civilização ocidental, não teria sido possível se, ao lado do braço lusitano, com a mesma idealidade por bandeira, se não encontrasse o braço castelhano naquêle consórcio admirável, de que Camões nos *Lusíadas* é o éco vingador e inesquecível.

E' hoje moda de gente culta citar Oswaldo Spengler e as suas teorias àcêrca da decadência inevitável do Ocidente. Pois o mesmo insuspeito Spengler, a par dos responsos que fatìdicamente entôa sôbre o destino dos povos europeus, não foge, no entanto, a afirmar que os «espanhois», — no sentido, evidentemente, de «hispânicos, — fôram dos poucos que souberam imprimir à sua

civilização própria uma directriz mundial. Não nos quedaremos aqui a analisar as idéas de Spengler, aclarando e fortalecendo quanto nelas se descubra de positiva corroboração para a nossa tése. O que assinalamos é a sua inteira concordância, no ponto concreto do «hispanismo» e da aptidão universalista dos hispânicos, com o pensamento fundamental das páginas que se vão lêr.

Não ignoro eu o improviso insistente de perfídias que a toda a hora se exercita em torno das minhas campanhas hispanistas, cada vez mais vigorosas e radicadas. Não ignoro ainda que essas perfídias se alimentam, sobretudo, das desilusões e rancores de certos partidários do deposto rei D. Manuel II. Seguro do meu caminho, não me importo sequer com as pedradas que inùtilmente me procuram alvejar. Se outro fito me conduzisse, bastaria para lhes responder o pôr em crónica tantas manobras de descrédito pátrio levadas a efeito, como processo preparatório de triunfo, pela trágico-cómica política restauracionista dos nossos dias...

Mas é preciso contar com os espíritos ingènuamente perturbados por um sincero, — tão sincero como falso! — patriotismo. Chesterton, — o sempre faiscante e inesperado Chesterton! — assevera algures, na sua *Pequena história de Inglaterra*, que «muitas vezes os patriotas resultam patèticamente atrasados com respeito ao seu tempo, porque a circunstância de se preocuparem com os inimigos tradicionais não consentem que eles atentem nos novos inimigos».

Nutrida pela rançosa gordura ultra-romântica, a hostilidade corrente em Portugal contra a Espanha, quando se pretende inspirar em razões de patriotismo, justifica plenamente o asserto de

Chesterton. De resto, o queixume constante que já Lord Beckford, ao agonizar o século XVIII, recolhia por todos os salões e por todas as igrejas da Lisboa post-pombalina, ajuda-nos, agora, a diferenciar e compreender melhor a grande realidade que Chesterton nos coloca debaixo dos olhos. A aversão do inimigo tradicional cegava-nos já então, e tão espessamente que, adivinhando-se o vir da tormenta, nos enganávamos, com tudo, sôbre o rumo que trazia e sôbre o ponto donde assoprava... Perdida a noção do antigo paralelismo de Quinhentos, embora tanto D. João V como sua neta D. Maria I o quisessem restaurar com a sua prudente e sábia política dos matrimónios espanhois, — perdida semelhante noção, perdido estava para ambos os povos da Península o sentido superior da sua unidade. Em que consiste tal unidade? Abramos a História e ela nos esclarecerá. Exactamente, no dualismo político, inconversível mas concordante, das duas soberanias, em que Portugal e Espanha se expressam para melhor garantia do seu *interêsse comum*, — do *interêsse peninsular*, superior a portugueses e espanhois, mas sua pertença indivisível.

Achado feliz da nossa segunda dinastia, depois de Toro, a inteligência do *interêsse peninsular* evita que os Reis Católicos, dum lado, e D. João II, do outro, se gastem, esterilizem e diminuam em mesquinhas brigas de limites, — quando o sonho ecuménico das Descobertas desdobrava as suas amplas asas e a responsabilidade europeia, levada pelo Aragão à corôa de S. Fernando, se apalpava, se descobria com precisão diante da pupila atenta do marido da grande Isabel. Decerto que a celebre bula *Inter cœtera*, redigida por um Papa valenciano, não

obedeceu a diverso espirito. Ao mesmo espirito obedeceu o nosso D. Manuel, ao recusar nobremente a corôa de Castela, que os *comuneros* lhe ofereceram.

Não porque os monarcas lusitanos se não consumissem tambêm na febre crepitante da unificação. Porque é imperioso dizê-lo, — e dizê-lo com aberta verdade: se houve um *perigo castelhano* para Portugal, houve igualmente para Castela um *perigo português.* Não remonto ao período afonsino, — período turbulento de criação e de fixação, em que a morte de D. Inês de Castro, poetisada excessivamente pelo fundo romântico da nossa raça, não é mais que um episódio da teia apertada de intrigas, em que Portugal figurou numa persistente ameaça para o Estado vizinho e irmão. A chamada «inconstância» de D. Fernando denuncía antes a obsessão unitária dos nossos Reis, aguilhoados pelo desígnio oculto, se não da incorporação, pelo menos do alargamento territorial à custa de Castela. E ganha Aljubarrota, o desvio que D. Afonso v intenta para o coração do Península, se denotava já com êxito a nossa expansão ultramarina, — êsse desvio significava o regresso a uma miragem tão querida como persistente.

Tal é o reverso da medalha, — reverso que apresentamos aos que, embalados nas xaropadas líricas de Tomás Ribeiro, declamam a cada momento a ária estafadíssima do «perigo espanhol», — a velha increpação retórica contra a cubiça de Castela. Com uma percepção diferente das circunstâncias, entenderam os nossos Reis, porém, que a fusão, a dar-se, só sedaria por meios pacíficos, — por processos lentos e persuasivos. E' a experiência que em seguida a Toro e tomando por base o casamento do príncipe D.

Afonso, filho de D. João II, com a herdeira de Fernando e Isabel, — casamento depressa desfeito à mão da morte, — não só Castela empreende, mas igualmente Portugal. De forma que, no findar de Quinhentos, se Filipe II ascende ao trono de Afonso-Henriques, ascende como sucessor do Mestre de Avís, invocando títulos jurídicos, em que a fôrça das armas não intervem senão como um argumento, decisivo, sim, mas a empregar em último recurso.

Ora, se a experiência da fusão pacífica se inaugura no dia imediato ao de Toro, convém não esquecer que, embora desperta no sub-consciente político dos dois Estados, não é, em todo o caso, a sua dominante, — a mira que os absorve e entusiasma. O instinto da *unidade peninsular*, — unidade cultural, moral e sentimental, e nunca unidade geomètricamente efectivada dentro dos moldes dum exclusivo centralismo dinástico —, se na Idade-Média e durante a gesta áurea da Reconquista nos entrelaça, a portugueses, castelhanos e aragoneses, como uma só alma e um só corpo, perante as arremetidas do Islamismo, amplia-se, clarifica-se numa visão já apurada das coisas, ao assomarem, para além da linha misteriosa das águas, o perfil moço da América e o prestígio vencido do Mar-Tenebroso. Portugueses e castelhanos estendem-se os braços e sentem, pela concessão paternal dum Pontífice, que o mundo é seu, porque, sendo de Cristo, é dos que levam, através das ondas tredas e dos continentes inóspitos, a bandeira da Cruz e a semente da Fé. A identificação do génio da Península com a essência pura do Cristianismo, Oliveira Martins, numa das suas mais belas intuições, a marcaria infalìvelmente, ainda que subordinado aos preconceitos pessimistas dum

Buckle. Monís Barreto defini-la-ia, por sua parte, como uma «sêde insensata de Absoluto». Pois a «sêde insensata de Absoluto», encontrando na unidade da crença a unidade da civilização, torna a história das duas pátrias, — a história de Portugal e Castela, como que o prefácio da história da idade moderna. O sentimento do mesmo destino histórico ancóra com firmeza nas verdades superiores, que norteiam o rumo dos dois povos peninsulares. Paralelismo tão radicado e tão sinceramente vivido, não enfraquece o patriotismo mais fundo e mais intransigente! Camões oferece-nos uma completa demonstração do quanto o seu lusitanismo acendrado não excluía o alto clarão hispanista, em que os *Lusíadas* estremecem, acesos. Pela espontânea e natural aliança do génio hispânico com o Christianismo, portugueses e castelhanos fizeram sempre seus inimigos os inimigos tradicionais da fé cristã. Eis porque o seu labor, ou no campo das batalhas, ou nas amuradas das naus das Descobertas, foi inalteràvelmente um labor de puro «europeismo». Enquanto a sua vocação nacional, caracterizada pela tendência universalista, se dirige ao «humano», ao «estável», — ao que *adiciona*, e não ao que *subtrai*, as outras nações continentais, quebrada a regra moral e política da Cristandade mediévica, só realizam obra de particularismo, de decomposição, de dissidência, — numa palavra. Oswaldo Spengler, ao afirmar que os hispânicos souberam, primeiro que ninguêm, imprimir uma directriz mundial à sua concepção da Vida, adjectiva de «ultramontana» essa concepção. Se o adjectivo «ultramontano» é para o germanismo nato de Spengler um epíteto pejorativo, é para nós o reconhecimento da estreita afinidade do génio his-

pânico com a noção do «homem», — tal como o Ocidente o concebeu e divulgou.

Sôbre semelhante noção, a Europa se fez possível e sôbre ela grande parte da América se criou e desenvolveu. Carecemos de pedir ao Tomismo a sua admirável distincção entre «pessôa» e «indivíduo» para melhor abrangermos o que separa a civilização ultramontana dos hispanos, da civilização utilitária, encaminhada apenas à conquista do «relativo», — apanágio daquelas raças que os substituiram no domínio e partilha do Orbe. Evidentemente que não nos vamos alargar na exposição duma teoria que demandava, para ser clara e firme, algumas dezenas de páginas. Mas, partida do «indivíduo» como fim de si próprio, a civilização dita «contemporânea» é uma civilização de «consumidores», e não de «criadores». Recorrendo agora aos conceitos de Oswaldo Spengler, ao apresentar-no-la como dividida entre o conceito da «riqueza» do inglês e o conceito do «dever» do prussiano, anotaremos que «riqueza» e «dever» supõem sempre o «indivíduo» — valor centrífugo e errático, sobrepondo-se à colectividade e procurando subordiná-la ao seu império transitório. Contràriamente, os hispanos, não tendo do «homem» uma idéa de «indivíduo», mas de «pessôa», a sua expansão determina-se por um irreprimível instinto universalizador, porque a «pessôa» se lhe manifesta em inteira coincidência com a humanidade. A «sêde insensata de Absoluto», de que nos fala Monís Barreto, impelia-nos assim a incorporar no próprio ideal de civilização as raças inferiores com quem tomávamos contacto, ao passo que o extermínio do indígena constituía o único método empregado por povos que, enfàticamente, se decoram com as honras excelsas de «colonizadores».

Em desterro ficámos na Europa, ao aluir, no século XVII, o pouco que organicamente restava de Cristandade. Aos morbos externos de individualismo, que a França ajudaria a triunfar em Westphália, juntava-se a dissociação do paralelismo peninsular, por conseqüência dos feitos desastrosos da monarquia filipina.

Já sublinhamos, e com a necessária insistência, que se existiu um *perigo espanhol* para Portugal, existiu igualmente para Castela um *perigo português*. Se o fantasma enervante dessas duas ameaças se dissolveu sensívelmente, depois da concordância fecunda, iniciada em seguida a Toro, como atrás notamos, no sub-consciente político dos dois Estados vizinhos e irmãos, não adormecera de todo o antigo sonho de unificação. Estabiliza-se êle a favor de Filipe, como poderia ter-se estabilizado a favor dum soberano português. Quero eu dizer com isto que se Filipe II ascende ao trono do Mestre de Avís, ascende em virtude das alianças matrimoniais, cruzadas e repetidas ao longo do magnífico período de Quinhentos. Cumplicidade então dos nossos monarcas? Não. Antes desejos honrados de engrandecerem a pátria e projectá-la, através da Fé e do Império, — como no verso imorredoiro de Camões — , para àlém, muito para àlém, dos limites históricos já possuídos. Com a rara acuidade da sua percepção de historiador, notàvelmente o salienta o nosso ilustre amigo senhor conde de la Mortera no prólogo com que ennobrece o presente volume. Observa-nos o autor do *Carlos II y su corte* que Filipe II, abandonando a seu tio o império austríaco, — o anacrónico e embalsamado Santo-Império, encarou face a face as avenidas do futuro, entregando-se, de ânimo firme, à sedução já desenhada de um

grande Império do Occidente. Não era o delírio dum cérebro povoado por falsos e megalomânicos espectáculos. Sem saírmos do horto familiar, é a aspiração fremente que se agita nas estrofes de Camões, — personalizada, quanto ao nosso Épico, em D. Sebastião, «maravilha fatal da nossa Idade». Perdeu-se o Galaaz lusitano nos areais de Alcácer. Mas a ressonância dos decasílabos do Épico ecoava bem mais forte que o furacão da desgraça. Por certo que Camões não suscitou nem amparou o advento de Filipe. Mas alimenta, sem dúvida, a quimera imperialista que abrasa os portugueses e que, não florindo em África à sombra das Cinco-Quinas, floriu, no entanto, no «Quinto-Império» do mito sebastianista...

Ninguêm até agora pensou em ligar ao imperialismo que repassa, uma a uma, as oitavas brônzeas dos *Lusíadas,* a crença mística na vinda do Encoberto, que nos ganharia o diadema imperial do Universo. Coube a Filipe intentar, pelos processos directos da política, o que para a maioria dos portugueses, na hora inopinada da catástrofe, se refugiava no desvario manso duma íntima combustão lírica. Eis porque figuras do relevo dum D. Jerónimo Osório, dum D. António Pinheiro e dum D. António Mendes de Carvalho, — três prelados de virtude áustera e insigne, se colocam ao lado de Filipe com decisão. Filipe não se mostrava como um opressor. Comparados com êle, os candidatos nacionais não passavam de frágeis possibilidades que só acarretariam um dilúvio de flagelos sôbre o país, reduzido à fraqueza extrema. De facto, D. António, — um aventureiro, seguido duma plebe revolta e de meia dúzia de dedicações, dignas, na verdade, de respeito, não se vendeu porque, a cada composição com os representantes

de Filipe, subia sempre, e desmesuradamente, de preço. Os duques de Bragança, êsses, ageitaram-se às circunstâncias, aproveitando-as para um maior engrandecimento da sua casa já opulentíssima. Não os censuremos por isso! Na sua superficial sujeição a Filipe, salvaram sàbiamente o penhor do resgate, não se salvando menos a integridade do património nacional, que se esfrangalharia em caso de guerra, porque em nada nos seria fácil resistir às tropas de Castela, preparadas para a conquista. Acontece ainda que Filipe, aclamado e jurado em côrtes como uma «solução constitucional»,— na fraseologia de hoje — não representou hiato nenhum na continuidade governativa. Estoirasse e alastrasse, tardando em ser jugulada, qualquer insurreição, — e logo veriamos a França e a Inglaterra repartindo, ávidas, o nosso cubiçado Ultramar, sem que Castela conseguisse evitá-lo, assoberbada com encargos superiores às suas fôrças. Ora nêstes termos é que o problema da monarquia dualista com Filipe II carece de se examinar. Tudo o mais são resíduos retóricos daquela «patrioteirice», de que Eça de Queiroz nos descreve o ridículo estridente e salivoso.

Na sua *História de Portugal* insuspeitamente testemunha Rebelo da Silva: — «As relações de boa vizinhança e a comunhão de princípios tinham adoçado desde D. Manuel até D. Sebastião as repugnâncias e as antipatias». E imediatamente acrescenta: —«As alianças dos reis e das famílias ilustres haviam misturado o sangue das duas nações». Pois em semelhante meio a questão do advento de Filipe ao trono português se impôs à ponderação da gente culta e reflectida. Ninguêm nos livrava de Castela, — ou como aliada, ou como dominadora. Enun-

ciado o dilema, afigura-se bem que as hesitações se não produziriam senão em cabeças revôltas, aproveitadas por mesquinhos interêsses de bando. Se nos recordarmos que dum instante para o outro, Filipe nos poderia ter amarrado de pés e mãos ao seu carro de vencedor, sem dificuldade percebemos como Portugal, na sua maioria, desposou a situação que, de desbaratado pelo moiro em Alcácer, o transfigurava em colaborador do esboçado império filipino, — do Império do Ocidente, tão cheio de sugestões avassaladoras.

A distância, com as tintas melodramáticas do nosso ultra-romantismo, é que se forjou uma «lenda negra» de cativeiro e opressão, que os documentos pulverizam rápidamente. Um dos seus inventos foi, sem dúvida, aquele da cumplicidade indirecta de Filipe no desastre de África. Basta, porêm, rememorar a espantosa elegia de Fernando de Herrera à perda de D. Sebastião: — «*voz de dolor, i canto de gemido*», para nos certificarmos de que por toda a Península a derrocada lusitana reboou com grossa e bem sentida mágua. Um soneto há, tambêm de Herrera, em que o poeta incita Filipe a vingar a derrota de Alcácer-Kibir. E, por singular coincidência, Herrera no aludido soneto traça como que a teoria do «Império do Ocidente». Importa transcrevê-lo:

Ya qu'el sugeto reino Lusitano
inclina al yugo la cerviz paciente,
i todo el grande esfuerço d'Ocidente
teneis, sacro Señor, en vuestra mano,
bolved contra el suelo órrido Africano
el firme pecho i vuestra osada gente;
que su poder, su coraçón valiente,
que tanto fué, será ante el vuestro en vano.
Cristo os da la pujança deste imperio
para que la fé nuestra s'adelante
por do su santo nombre es ofendido.

¿ Quien contra vos, quien contra el reino Esperio
bastará alçar la frente, q'al instante
no se derribe a vuestros pies rendido?

Creio que não se molestarão com os dois primeiros versos do soneto os patriotas mais susceptíveis de se agastarem! É humano conceder-se ao fervor lírico do poeta uma certa vanglória como súbdito de Filipe, em face do aumento dos domínios do seu monarca. E por sôbre êsse detalhe de nenhuma importância, que a nossa atenção se demore no enunciado claro do imperialismo hispânico, que o soneto contém e que ardia tanto na alma comprimida de Filipe, como na dos seus vassalos, igualmente subordinados à ânsia veemente duma Espanha-Maior, em que o sol se não punha nunca.

Na gestação de tão descomunal política já sabemos a parte que coube aos portugueses. Sabemos agora como, destruída em Alcácer a nossa melhor esperança, Filipe personificava o seu apêlo lógico, reunindo debaixo do seu scetro as metades livres do mesmo império. De que acusá-lo, portanto? O carinho com que nos tratou, o escrúpulo que pôs em se acomodar a quanto lhe exigimos, mostra-nos que, no filho de Isabel de Portugal, a herança transmitida pelo sangue se afervorara com a educação recebida por êle dos cuidados da grave e cultíssima D. Isabel de Mascarenhas, — a nossa «Vitória Colona». Ao separar-nos em 1640 da Espanha restante, o Conde Duque imputaria à conduta de Filipe II para connosco a perda de Portugal. Confirma-o completamente Cánovas del Castillo quando afirma «*que para decir la verdad entera, no solamente es falso que fuese en Portugal tirano Felipe II, sino que ni siquiera mereció alli el titulo que*

en general merece de Prudente». Se o depoimento dum espanhol não nos serve, recorramos então ao dum português, de todo desapaixonado no assunto, — o célebre D. Luís da Cunha, na sua *Carta de guia do estadista português*, dirigida a Marco António de Azevedo Coutinho. Conta êle: — «*D. Rodrigo da Cunha, Arcebispo de Lisboa, filho do dito D. Pedro da Cunha, herdou de seu Pae os mesmos principios, rezistindo na côrte de Madrid, onde foi chamado, ao projecto de conde-duque de Olivares, que no reinado de Filipe IV governava Hespanha, de reduzir a Provincia o Reino de Portugal, apesar das condições com que se entregara a Filipe II...*» Julgo que não é necessário comentar a expressiva passagem em que se vinca bem que só sessenta anos depois de acolchetado o dualismo hispano-lusitano, alguêm em Madrid, — o Conde-Duque, se atreveria a querer «reduzir a Província o Reino de Portugal, apesar das condições com que se entregara a Filipe II». A resposta démo-la nós a Olivares, alçando ao trono rei natural. E a razão fundamental denuncia-a o senhor conde de la Mortera num rápido, mas envolvente golpe de vista: — *Fustrada la realización de aquel ideal que habia hecho grata la convivencia fratrerna de portugueses y castellanos, no podia ella subsistir mucho tiempo; y lo que aconteció en 1640, hubiese sobrevenido indefectivelmente poco más tarde, aun cuando se trocaran los papeles historicos de Richelieu y Olivares, aun cuando se hubiese decidido a favor de los Austrias su duelo secular con los Borbones»*.

Reputo esclarecido no seu trama essencial o problema da nossa adesão a Filipe e conjuntamente o do seu procedimento para connosco.

Filipe não cingia a corôa dos Avis unicamente. Herdava-lhes e executava-lhes a ambição imperialista, que a esfera armilar de D. Manuel sedutoramente simboliza. Império de Christo, Império do Ocidente, ou «Quinto Império» da religião sebástica, é o tema permanente, como que o *leit-motiv* eterno da epopeia de Camões. Por isso, num rasgo de penetração admirável, Oliveira Martins chamaria aos *Lusíadas* o «testamento de Espanha». De «Espanha» como sinónimo da Península.

Condicionado pelo paralelismo sábio de Quinhentos,—paralelismo que se inutilizou nas conseqüências inevitáveis da política de alianças matrimoniais que o promoveram e facilitaram, o grande sonho do «Império do Ocidente» abortou sem remédio, num desabamento de tragédia. Primeiro, em Alcácer, no esboroar da Lusitanidade, já combatida por um esforço desmedido, alucinado. A seguir, nos destroços da monarquia de Filipe, abrindo fendas em todos os contrafortes do seu aparato cesáreo.

Mas se Filipe fracassou no seu plano gigantesco, «*el pensamiento politico del gran Monarca no yace con el en las lobregueces del Escorial*», como justamente anota D. Gabriel Maura Gamazo; «*fué semilla que germinó sepulta...*» Tambêm, pelo que respeita a Portugal, se não embalsamou para sempre no sonambulismo morno do culto do Encoberto. Completando no sentimento geral do Peninsularismo a sua segura consciência patriótica, Camões guardou para sempre nas suas estrofes imorredoiras, a ponto do se terem os *Lusíadas* por «testamento dc Espanha», a figuração profética do que seria o «império do Ocidente», com o Atlantico por lago familiar. Ao espírito inspirado dos *Lusíadas*

regressamos, hoje que se desfazem, na sua incapacidade evidente, os artificialismos e mais combinações diplomáticas, geradas em Westphália pela ilusão nefasta do «equilíbrio-europeu.»

A sociedade internacional, pulverizada desde então, reage, em nome da própria vitalidade histórica, contra as normas que três séculos de puro individualismo, tanto nos costumes como nas instituições, lhe haviam imposto destructivamente. Maquiavel não reina mais, como não reinará de futuro a hipocrisia já desacreditada dos «tratados» e das «convenções», se algo de mais profundo e de mais duradoiro que um simples e hábil arranjo de momento não constituir o seu conteúdo. Caminha-se, pois, para o natural agrupamento de povos, ou raças, de igual formação e directriz, — para blocos determinados por afinidades de civilização, em que o elemento moral antecederá o elemento político, originando a aproximação e o vínculo que o consolidará. Tal o imenso, o incomensurável valor do *Hispanismo*, alcançando para lá da bordadura marítima da Península as nacionalidades que, além do Oceano, são gloriosamente as nossas continuadoras. E' assim que o pensamento político de Filipe renasce, desperta, do túmulo em que parecia cadaverizado com êle. E' assim que das vesânias iluminadas do Sebastianismo o «Quinto-Império» do mito nacional se condensa em verdade tangível para um àmanhã já não distante. Das páginas dos *Lusíadas* o «testamento de Espanha» desce para o contacto directo das discussões quotidianas. E, restaurado o velho paralelismo de Quinhentos, enriquece-o agora a opulenta e decisiva colaboração da América-Hispânica, — encarnação sorridente duma nova idade do mundo!

*
* *

Conduzida pelas múltiplas considerações que nà nossa inteligência provoca um tema tão apaixonante, como é êsse da política de Filipe, examinada à luz dos *Lusíadas* e do sentir unânime de Portugal em seguida ao desastre de África, a minha pena alongou-se em vasta galopada, desproporcionando talvez a harmonia do assunto. Mas, sendo meu propósito reduzir à sua triste inanidade as prevenções constantes, os constantes alarmes de alguns portugueses bem intencionados, por certo se me levará em desculpa a insistência de que abuso e torno a abusar. Parece-me suficientemente provado que no dualismo em que Portugal e Castela se entrelaçaram, as responsabilidades pertenceram a ambas as partes contractantes, porque a ambas as arrastava e impelia o mesmo sonho de grandeza imperialista. O conceito de «Espanha», derivado de «Hispania», traduzindo uma significação geográfica, traduzia então igualmente um estado de consciência colectiva. Não é indiferente que, para nos confirmarmos, se abra no vocábulo "Hispania„ o recente *Lexique de Géographie ancienne*, do professor da Universidade de Caen, Maurice Besnier, (Paris, 1914). Informa Besnier: — «*Hispania*», *Peninsule ibérique (Espagne et Portugal)*. Estendido a toda a Península o apelativo «Hispania», necessariamente teria que incluir os portugueses. Não o entenderam de outro modo os nossos escritores de Quinhentos. Camões, por sua parte, terminantemente nos apresenta a nós, os portugueses, como «huma gente fortíssima de Hespanha» e, ao descrever a «nobre Hespanha», claramente assevera que «com naçoens diferentes se engran-

dece». E o que nos tira todas as dúvidas é a circunstância de já no século XVII, e no Portugal-Restaurado, fr. Francisco Brandão, prégando a D. João IV, recusar a Filipe IV o título de «rei de Espanha» por não o ser de Portugal, «*que he... hua parte tam principal de Hespanha*».

Porque nos insurgimos, portanto, agora que a evidência duma íntima colaboração de Portugal se impõe, contra a palavra «Hispanismo», — a única que exprime e coordena todas as aspirações criadoras, não só das duas pátrias peninsulares, como das nacionalidades hispano-americanas, Brasil incluído, que um «latinismo» hipócrita intenta roubar-nos e assimilar?

Não ignoro que uma das dificuldades levantadas à eficácia já bem palpável das minhas campanhas em prol da aliança hispano-portuguesa, gira em torno da designação «Hispanismo», — necessária para que a idéa se concretize, tome corpo e rompa caminho. Só o desconhecimento do passado e das legítimas raíses de semelhante vocábulo desperta não sei que romanescos receios, que nada, nem hoje nem ontem, justifica. E nada os justifica, porque, como na sua bela *Exortação à Mocidade* desassombradamente Carlos Malheiro Dias declara, «a nossa familiar convivência com a Espanha só pode parecer perigosa àquêles em cuja alma tíbia esmoreceu o altivo e intransigente sentimento da pátria». Se olharmos atrás, com consciência, quem há que refute sèriamente a observação de Monís Barreto, quando, aludindo ao paralelismo de Quinhentos, comenta em termos inolvidáveis que «*é um facto que se presta a reflexões que o período da aliança espanhola coincida com a época de maior prosperidade e de plena ex-*

pansão do génio português»? Se olharmos depois ao futuro, tão assombrado para as almas de pouca fé, quem, seguro dos roteiros que o destino anda rasgando à vindoira ressurreição de Portugal, — quem, embebido em outras visões que não sejam as que momentâneamente se recolham duma Pátria

. . . . . . que está metida
No gosto da cubiça, e na rudeza
De uma austera, apagada, e vil tristeza,

— quem, alteando a vista por cima do charco da actual vida social e política, não sentirá louvar-se e retemperar-se nos honrados protestos do general Gomes da Costa perante o Presidente da nossa república de mulatos, judeus e metecos?

«Portugueses e castelhanos, já uma vez dominamos o mundo, a ponto de soberbamente o dividirmos ao meio, para o reconhecer e explorar, — disse o general com um inesperado acento de juventude e flama patriótica. O que foi essa Epopéia, que é ainda hoje a inveja das outras nações, não vem agora rememorar detalhadamente... E é o que temos ainda a fazer àmanhã, nós, os dois povos peninsulares, dando-nos as mãos como irmãos que somos — mas sempre com as nossas individualidades bem distintas — e juntos, recomeçarmos uma nova Epopeia, embora em moldes mais modernos, menos grandiosos, mas mais humanos». Assim será com efeito! Trata-se dum simples «programa de conservação» — como sinteticamente o definia Monís Barreto, — trata-se de manter e desenvolver aquêle superior tipo de civilização, que nós, os hispanos, ardentemente geramos e com não menos ardor difundimos. Num rasgo de iluminado, proclama agora Carlos Malheiro Dias, dirigindo-se sempre

à Mocidade: — «Somos a decana de todas as nações da Europa na sua actual configuração territorial; e só nos falta que a consciência da nossa soberania unitária se prolongue às dispersas províncias ultramarinas, para que Lisboa volva a ser cabeça de um grande império, a metrópole dos Estados Unidos de Portugal.» Que a êsse grande império, anunciado por Carlos Malheiro Dias, se some o outro império, o império que a Espanha, nossa irmã, edificou por céus inóspitos e terras bravas, — e eis o conteúdo preciso do tão increpado e debatido vocábulo: — Hispanismo!

Fala-se a toda a hora, na garrulice alvar dos jornais e dos discursos comemorativos, em «aproximações» «alianças» e até em «confederação» com o Brasil. Não esboçarei sequer aqui o inventário das antipatias, das hostilidades, das animadversões, prestes a explodirem, que tão insensata verborreia está levantando alêm-mar. Desenganemo-nos! Se, realmente, Portugal deseja sair do pântano em que o mergulharam, se o anima o arranco viril de se libertar da subserviência, a mais agachada, ao já hipotético colosso britânico, — subserviência de que são símbolos perfeitos o senhor D. Manuel de Bragança e o seu Lugar-Tenente, senhor conselheiro Aires de Ornelas, o rumo do Brasil é o rumo certo, é o rumo inevitável. Mas que representamos nós na Europa, para que o Brasil una a sua sorte à nossa sorte, tome sobre si os encargos duma aliança, que nada, afinal, lhe leva, — pobres como somos, desgovernados como nos encontramos?

Atalhar-se-á: — se nós não representamos na Europa quantidade de peso, porque quererá então a Espanha uma aliança que o Brasil repele? A resposta é fácil e destrói sem apêlo o segundo

sentido que nela se abriga. A Espanha quere a nossa aliança, porque necessita dum entendimento connosco para vivêr internacionalmente livre e desafrontada. O Brasil aliar-se-à com Portugal no dia em que Portugal lhe ofereça vantagens, que só da nossa aliança com a Espanha derivarão, porque só assim nos valorizaremos externamente, de modo a facilitar essa política do Atlântico, tão belamente entrevista por D. João IV. Ora a nossa posição geográfica, se não afecta sensivelmente o poderio e a expansão do Brasil, interessa, e de maneira decisiva, à expansão e à hegemonia da Espanha. Sem a nossa amizade, a Espanha está continuamente sujeita a uma agressão pelas costas, e dificilmente poderá comunicar as duas fracções da sua esquadra. A nossa posição geográfica, se não nos valoriza por si só perante o Brasil, valoriza-nos imediatamente perante a Espanha. E a aliança com a Espanha é um braço estendido ao encontro da América, e, conseqùentemente, do Brasil. Donde o concluir-se, no mais elementar raciocínio, que a nossa natural tendência para o Brasil nos obriga, antes de tudo, à concordia e à fraternidade com a Espanha.

Cuido desonroso para nós admitir quaisquer violentos intuitos de conquista por parte da Espanha. E desonroso para nós, porque concebêlos significa nenhuma confiança na vitalidade e no génio próprio de Portugal. Se êsse patriotismo tumultuário e tantas vezes retórico, que cifra o penhor da nossa independência na irredutibilidade e no antagonismo com a Espanha, quiser reflectir um pouco, achará sem custo que à Espanha actual, mesmo que se lhe tornasse possível, a conquista ou a incorporação de Portugal não lhe convinha de maneira alguma. Não se anula pela

fôrça das armas a herança solidíssima de oito séculos de existência autónoma, com uma história, uma literatura e uma capacidade de resistência, como as de Portugal. A Espanha moderna, nas varias tendências centrífugas que lhe ameaçam a unidade, possúi já bastantes agentes dissociativos para que haja de lhes multiplicar a fôrça, metendo-se numa aventura que lhe seria inteiramente fatal. Não! O que à Espanha convem, o que à Espanha se impõe como exigência impreterível para recuperar a sua perdida supremacia, é o acercamento, é o abraço fraternal connosco. Quem o entende de forma diferente, fecha-se aos conselhos da inteligência e às indicações do patriotismo sensato.

Como argumento decisivo de quais sejam as intenções da Espanha a nosso respeito, basta salientar os termos com que o Estado vizinho prepara, em relação a Portugal, os seus oficiais. Trata-se dum facto bem elucidativo, em que eu insisto freqùentemente e que não é ocioso sublinhar aqui. O *Compêndio de Geografia,* adoptado como texto nas *Academias Militares* de Espanha por *Real Orden* de 30 de Junho de 1916, ao ocupar-se de Portugal, bosqueja uma teoría física da nossa nacionalidade, que, francamente, não descobri ainda em nenhum livro nosso congénere. Embora no decurso do volume que se vai lêr, nos abandonemos bastante ao preconceito «linearista», — ou seja o das «fronteiras naturais», reconhecemos hoje com Lucien Febvre no seu volume *La terre et l'évolution humaine* (1) que

---

(1) *La Renaissance du livre*, Paris, 1922.

o problema dos limites, tão obsediante durante o século findo e ainda tão excessivo no desenrolar da última guerra, mudou singularmente de aspecto e de alcance. «*Il ne s'agit plus de trouver à tout prix un réseau de lignes, un cadre qui enferme tant bien que mal un morceau de territoire: ce n'est pas le cadre qui est primordial, c'est ce qui est encadré si l'on peut dire, le centre expressif et vivant du tableau. Quant au reste, — une marge*». Claro que fazer dependente duma acidente orográfico ou fluvial a génese e a personalidade duma nação é categorisar em excesso um certo meterialismo geográfico, de que nos devemos defender. Uma pátria, uma nacionalidade, é, sobretudo, uma massa humana, dotada de continuidade e permanência, — predicados êstes que só lhe veem duma alma comum, distinta e inassimilável. Porque uma moldura existe, em que a *nação* se incrusta e acciona, daí, — em palavras de Lucien Febvre, — «*une certaine conception du «cadre naturel» des grands États qui nous fait considerer les limites comme closes en soi, possedant une valeur propre, une sorte de vertu mécanique et de pouissance coercitive à la fois et créatrice*». Mas é inegável também que a teoria das «fronteiras naturais» acoberta principalmente refalsados desígnios de anexação ou expoliação. Na bôca de certos pregoeiros iberistas alicerceou muita insânia contra Portugal. Ora o Estado espanhol é quem se encarrega de erguer agora essa teoria, mas em defesa de Portugal. Ainda que Portugal não possuísse «fronteiras naturais», encaradas geográficamente, nem por isso deixava de ser Portugal, desde que não lhe faltasse o *factor humano* e, com o *factor humano*, a imprescindível diferencial

psicológica. (¹) Significativo é, no entanto, que a preparação geográfica dos oficiais espanhois, — daquêles que, segundo os receios em voga num determinado sector da opinião portuguesa, seriam os executores dos planos absorcionistas do visinho Estado, parta do princípio, scientificamente afirmado, de que factos, como a separação política de Portugal e Espanha, «*no se producen al*

---

(1) Entendamo-nos! Ninguêm nega a Portugal fronteiras naturais. O conhecidíssimo geógrafo Th. Fischer na sua *Die Iberische Halbinseln* (*A Peninsula Iberica*) è definitivo a tal respeito. A sua lição transitou para geógrafos espanhois como D. Ramon Ballester na sua *Geografia de España*. Gerona, 2.ª edição, 1918. Com a nossa afirmação só queremos dizer que não prevalece exclusivamente em nós a idéa ou conceito territorial da pátria. Mesmo que não tivesse «fronteiras naturais», Portugal não deixaria de ser o que é, desde que não lhe faltasse um «génio», uma «alma». Inclinamo-nos para a opinião de Camille Vallaux na sua *Géographie Sociale, le Sol et l'État* (Paris, Octave Doin) 1911, de que as «fronteiras naturais» são extremamente raras, aceitando como justa a sua definição de «fronteira»:—«*Toute la question des frontières change d'aspect,* — escreve êle, — *lorsqu'on les considère non comme des lignes qes les cartes nous montrent seules, mais comme ces zones que les limites politiques sont en fait*». E Vallaux acrescenta: —«*Alors l'idée même de la frontière se dépouille de la sécheresse du formalisme d'État pour devenir une réalité vivante et colorée. La zone-frontière est à la fois un terrain d'interpénétration et de séparation; c'est la lucte continuelle entre les éléments de fusion et les éléments de disjonction qui l'a rend intéressante*». Os rios e as montanhas dão lugar muitas vezes ao que Camille Vallaux chama a «ilusão linear». O que é então uma «fronteira»? Oiçamos ainda o autor citado: —«*Dans les pays de vieille civilisation comme l'Europe, oú les frontières ne s'éb ouchérent jamais dans le passé sous la forme des lignes, puisque la conception de la frontiére-ligne est relativement récent, les limites entre les États se sont peu à peu degagées et précisées, au milieu des zones. Oú elles oscillaient autrefois d'une maniére incertaine, á l'aide d'une totalisation lentement acquise d'efforts intérieurs et d'interpénetrations, oú les raports géographiques n'ont cessé d'encadrer et de diriger les*

azar ni son dependientes de la voluntad o caprichos de un rey ni de un pueblo.» ([1])

Lamentável, e bem lamentável, é, na realidade, que o mêdo a um fantasma sem consistência coíba Portugal de reassumir no mundo a sua antiga função directora. Formula Maurice Legendre no seu curiosíssimo livro, — *Portrait de l'Espagne*, ([2]) a hipótese do rumo que levaria a civilização moderna, se a Espanha, — corrijamos «Espanha» por «Península», — tivesse podido manter sôbre a marcha dos acontecimentos a labareda forte do seu espírito, tão individualizado como inextinguível. Decerto que não frutificamos nós, os «hispanos», durante a época em que os dogmas da economia liberal arvoraram em regra de bondade

---

contingences historiques». Estas são as fronteiras que Vallaux designa por «fronteiras de acumulação» e por «fronteiras vivas», onde o *factor humano*, longe de se sujeitar ao *factor geográfico*, o modela e retoca permanentemente. Pondera a êsse propósito Vallaux: — «*Une étude superficielle ferait croire qu'une frontière tracée à travers des populations nombreuses, unies par une quantité de liens intellectuels, économiques et sociaux, n'est pas autre chose qu'une ligne arbitraire appelée à disparaître sous peu: les philosophes moralistes de la paix universelle n'ont pas manqué de le dire. C'est une erreur profond. Plus les hommes sont nombreux de chaque côté de la frontiere, plus leur circulation est active, et plus il se forme, d'un côté et de l'autre, des groupes particuliers d'interets matériels, intellectuels et moraux, dont l'énergie se rattache d'une manière plus ou moins etroite à l'activité politique générale du pays dont ils font partie. L'exemple de la frontière franco belge en Flandre... le montre d'une manière saisissante»*. Outro tanto sucede com Portugal, sem que careçamos de forçar a geografia a explicar a nossa independência, embora houvesse contribuído para ela apreciavelmente.

(1) *Compêndio de Geografia Universal, por D. Joaquin Isquierdo y Crosselles, comandante de artilleria, y D. Juan Isquierdo Crosselles, capitán de artilleria. Obra de texto para el examen de ingresso en las Academias Militares. Pags. 273.*

(2) Paris, *Éditions de la Revue des Jeunes*, 1923.

e de ventura para os povos a conquista desensofrida do oiro, a exploração do homem pelo homem, a sêde exclusiva e alucinante de submeter o «relativo», — de submeter o «material». Comenta Maurice Legendre: — «*En somme, dans la division du travail intellectuel et spirituel entre les peuples, l'Espagne* (leiamos «Peninsula») *est restée plus spécialisée que la plupart des autres grands peuples; mais par bonheur pour elle, elle s'est spécialisée dans ce qui est l'essentiel, dans ce qui a le plus d'universalité. Sans doute elle n'a pas assez profité des découvertes d'ordre secundaire,* — prossegue Legendre, — *mais cependant utiles, que d'autres ont faites dans le domaine scientifique: c'est que l'époque du developpement des sciences, dans les temps modernes, a malheuresement coincidé avec l'époque de la decadence politique de l'Espagne et de son isolement. Malheuresement aussi l'isolement n'a pas seulement privé l'Espagne de ce que les autres nations avaient à lui donner; il a privé les autres nations de ce que l'Espagne avait à leur donner; mais il est evident que l'inconvenient était grand surtout pour la nation qui était seule de son côtê; elle a eu les inconvenients de l'isolement sans en avoir les avantages. Une nation moins forte, moins noble, moins riche de capital spirituel, n'aurait pas resisté à ce regime, l'Espagne a superbement resisté. Elle avait "choisi la meilleure part,, elle avait peut être trop negligé le rôle de Marthe. qui est très beau aussi et qui s'impose en dehors des occasions oú l'on reçoît le Seigneur; mais du moins elle a si bien aimée sa part, qu'elle tient en réserve pour les nations soeurs, plus*

affairés, de merveilleux trésors reçus du Sauveur. Quelle étrange destinée que la sienne!»

Que estranho e incomensurável destino, efectivamente! A hipótese enunciada por Maurice Legendre, se não nos permite refazer a história, permite-nos, ao menos, ponderar o que êle teria sido, se nos últimos duzentos anos, a tivesse encaminhado a febre ardente do Absoluto que tanto crepitou na alma hispânica, em lugar da mísera e escravizante prisão do «relativo», que se toma por «progresso material». Com rara felicidade aplica Maurice Legendre ao caso de Espanha a interrogação suscitada algures por Bergson: —«*Je me suis demandé quelquefois,* — ausculta-se Bergson —, *ce qui se serait passé si la science moderne, au lieu de partir des mathématiques, pour s'orienter dans la direction de la mécanique, de l'astronomie, de la physique et de la chimie, au lieu de faire converger tous ses efforts sur l'étude de la matiére, avait debuté par la considération de l'esprit, si Kepler, Galilée, Newton, par exemple, avaient été des psychologues*». E Bergson condensa o seu pensamento num período curto e incisivo: «*C'est la matiére et non plus l'esprit qui eût êté le royaume du mystère*». Colocada em tão perigoso declive, vê-se a que situação a sciência chegou, — a uma estreita aplicação mecânica, a uma depressiva e unilateral concepção *técnica* das coisas. Uma barbaria nova se levanta, — e que espantosa barbaria! —, em que a civilização ocidental, opulenta de riquezas espirituais, se condenou quási, de animo cego, aos ardis diabólicos do suicídio.

Pois o increpado isolamento de Espanha, pois a increpada inadaptabilidade de Portugal às transformações do moderno industrialismo, —

tema desenvolvido e glosado como prova da decadência irremediável dos povos peninsulares, são, na possível transfiguração do Ocidente, as mais robustas e sólidas garantias do futuro! As sementes milagrosas do Espírito nós as conservamos, como ninguêm. E se atentarmos em que o crepúsculo da Península, iniciado sombriamente no século XVII em Westphália, se coincide com o eclipse temporal do Pontificado, coincidindo também com o alastramento do individualismo filosófico e das teorias económicas, que, de manifesta extracção judaica, levaram direito ao despenhadeiro em que a civilização ocidental se contorce, suspensa, reconheceremos que a essência da alma hispânica e a sua natural expressão serviam melhor os interêsses e a vitalidade da Europa de que os supostos benefícios recebidos depois do «livre-exame» e dos triunfos mecânicos da sciência.

O processo do longo abastardamento da inteligência europeia acha-se magnificamente informado e julgado nos estudos do eminente Jacques Maritain. O regresso às fontes vivas da Escolástica, — da *perennis philosophia*, impõe-se como o único meio de cura enérgico para os desvarios e erros mentais em que a nossa civilização, — a civilização ocidental, incorreu. A reconciliação da razão com a objectividade, por modesta que se nos afigure, é a condição primordial de todo o renascimento. Ouçamos Maritain: — «*Les deux pechés intellectuels que nous avons relevés plus haut, l'ambition d'acquérir, avec les seules forces naturelles, science (à dominante mathématique désormais) parfaite et exhaustive, et le parti pris de façonner le réel à la mesure de l'esprit humain, étant le principe sécret de cette sépa-*

ration de la raison avec l'ordre vrai, devaient cesser d'être des accidents menaçant constamment la connaissance, pour devenir la règle même et la loi de celle-ci. C'est là, à vrai dire, la signification foncière de la réforme cartésienne. L'esprit, dès lors, entrait réellement en servitude, car il se trouvait lié à l'erreur par une sorte de contrat, et il devait fatalement subir, au terme de la philosophie moderne, le joug de l'absurdité déclarée et formelle, qu'il se agisse du logicisme hégèlien, posant que l'être et le néant sont la même chose, ou de l'anti-intellectualisme bergsonien, affirmant que «le changement est la substance même des choses» ([1]). Esta é a prisão em que a inteligência se lançou, pelo seu divórcio orgulhoso com a lei do Espírito. Inventariando de causas de tamanho mal, deparamos ainda com a Península, mantendo e defendendo no século XVII o que restava da experiência intelectual dos antigos, — do património cultural do Ocidente. Não é fácil aqui acompanharmos a degenerescência da Escolástica e a vergonhosa debilidade a que a reduziram argumentadores capciosos, que, à fôrça de a esquematizarem, despojaram a objectividade de todo o seu conteùdo. Donde o prestígio, a sedução inenarrável da filosofia nova, quando Descartes a enunciou. Só uma grande figura, mas ignorada, mas atirada para o limbo dum revoltante esquecimento, (figura que, no juizo desapaixonado de Jacques Maritain, ombreia quasi com Aristóteles e Santo Tomás), — só uma grande figura enche o século XVII, de guarda ao tesoiro mal utilisado da filosofia da

(1) *Antimoderne*, Paris. edição da *Revue des Jeunes*.

«Escola». E' Fr. João de Santo Tomás, professor em Alcalá e autor do *Cursus philosophicus Thomisticus.*

No seu *Antimoderne,* assim se exprime Maritain, discorrendo àcêrca do renascimento tomista e da ilusória floração francesa do século XVII, cuja história é para Maritain a história do pecado da França no terreno da ordem intelectual: — «*Que serait-il advenu de la France et du monde, si le mouvement classique do XVII.e siècle avait choisi pour maitre et pour guide en philosophie, non pas la dure et étroite tête orgueilleuse qui rejeta et détruisit tous les précieux instruments de sagesse préparés le long des âges par le labeur des hommes, mais le vaste et puissant métaphysicien qui continuait et commentait humblement Aristote et Saint Thomas à Alcala de Henarès, pendant que Descartes combinait en Holland sa révolution philosophique, — le docteur profond Jean de Saint-Thomas?*» E', em diferente plano, a interrogação de Bergson. Mas, filósofo extraordinário, esse João de Santo Tomás, donde vinha, a que país pertencia, debaixo da quási impersonalização do seu humílimo nome conventual?

Dominicano e confessor de Filipe IV, Frei João de Santo Tomás, o formidável professor complutense, nascera em Lisboa, era português! Para vergonha nossa, quem o sabia aí? Primeiro, o absurdo e farisaico critério de Inocêncio no seu *Dicionário bibliográfico,* repudiando todos os autores portugueses que tivessem escrito em latim, — e com isso lançando no olvido das inutilidades a contribuição brilhantíssima que ao pensamento europeu forneceram tantos dos nossos seiscentistas. Em seguida, o nosso estigmati-

zante desprezo pela filosofia conimbricense, por ser um capítulo da vida jesuítica entre nós. E, finalmente, o antagonismo irracional e antipatriótico que, colocando-nos de costas viradas para a Espanha, nos roubou por longo tempo escultores como Manuel Pereira, e internacionalistas — passe a designação! — como Frei Serafim de Freitas. Tudo se combinou assim para que Portugal deixasse murchar e destroncar-se quási um dos mais erguidos florões do seu diadema intelectual.

Mas observo eu na presente altura: — se o individualismo mata a Europa, se a civilização ocidental corre o perigo de se subverter se não volta a reconciliar-se com o elemento absoluto da Existência, não é para ponderar, — e ponderar estimuladoramente! —, que, no desfazer dos relativismos filosóficos e dos materialismos económicos, as criaturas, sedentas de verdade e de ordem, depositem ou devolvam a sua confiança à concepção do mundo, como os hispanos a entenderam e praticaram, identificados, por uma lei misteriosa do seu destino, com a missão augusta do Cristianismo sôbre a face da terra? Não é, porêm, só êsse o incalculável capital de espírito de que o génio hispânico dispõe, para acudir à crise de civilização ocidental. Não é só o seu aferro à economia sã do Trabalho e da Terra, — a sua fidelidade instintiva às disciplinas mentais da filosofia da «Escola». Não é só a consoladora possibilidade de melhor sorte para a Europa, se, no agonizar da Cristandade no século XVII, a gente que presumia de culta, em lugar de ouvir a Descartes, ouvisse a Frei João de Santo Tomás. E', principalmente, na revisão dos valores sociais e políticos contemporâneos, o extraordinário refôrço que da América-Hispânica, — de vinte seivosas nacionalidades, a

civilização ocidental recebe, na hora incerta em que a Ásia ameaçava suplantá-la pelas fumaradas dissolventes do seu misticismo, ou sob a pata bruta dos seus milhões de corceis, galopando, numa cavalgada apocalíptica, em direcção do Poente.

«*Quand ils célébrent la Fiesta de la Raza, le 12 octobre, anniversaire du jour oú Colomb parvint au Nouveau-Monde,* — declara Maurice Legendre, já citado por nós —, *les Espagnols, sans se forger des notions aventureusemente scientifiques, rappellent avec un légitime orgueil que la population de la péninsule (il ne faut pas séparer de l'Espagnol le Portugal, dont le rôle este ici particulièrement glorieux) a créé vingt nations dans le Nouveau-Monde: il a fallu que le caractère de la population de l'Ibérie fût singulièrement trempé, pour qu'il se transmitît ainsi, pour qu'il fût tradition vivante, por que l'Espagne et Portugal, répétant dans l'âge moderne le plus grand prodige de l'histoire de l'antique Rome, puissent créér un monde nouveau qui fût á la fois de leur esprit et de leur sang*». E mais adiante, entusiasticamente, Maurice Legendre confessa, com uma espontaneidade que o absolve dos juizos parcialíssimos em que reputa os patriotas espanhois que tanto impediram o seu país de entrar na aventura ruinosa da Guerra — «*Le terme d'I-Spania est un terme sémitique, employé par les Romains qui le tenaient de Carthage, et il signifierait l'île de la cachette; l'île de Calypso symbolise l'Espagne barricadée, le pays fermé des trésors cachés, le bout du mond, oú se cache le plus grand de tous les trésors, le soleil. Tel ce pays,* — insiste o autor do *Portrait de l'Espagne* —, *apparaîtrait à l'aurore de l'histoire, car le terme d'Hispania, que les Grecs n'ont pas employé, doit remonter aux temps préhelleniques.*

Mais le terme d'Ibéria peut à son tour s'expliquer par une étimologie sémitique et signifierait «passage». Et le nom d'Ibéria est le nom du pays qui par une singulière rencontre unit l'Europe et l'Afrique, puis, comme si cela ne suffisait pas encore à sa gloire, l'Europe à l'Amérique; plus encore, le pays qui unit le présent du mond à son passé, l'Occident qui sauve les trésors spirituels de tradition orientale. L'Ibérie, c'est l'Espagne et le Portugal, c'est le Mexique, le Brésil et l' Argentine et les vingt nations qui se défendent contre l'envahissement du mercantilisme yankee».

Concordemos que é doloroso, que é bem amargo, vêr um estrangeiro abranger o sentido amplíssimo do *Hispanismo* como raramente em Portugal se abrange! Incendeia-se a pena de Maurice Legendre na contemplação duma futura Cristandade, — e por isso o *Hispanismo* lhe aparece como uma suprema síntese de todas as experiências religiosas e culturais da velha humanidade, Quando assinalamos a diferença entre «pessôa» e «indivíduo», — distinção que o Tonismo nos faculta, para melhor compreendermos o que havia de *positivo* e de *negativo* no conteúdo histórico das diversas civilizações que antecederam a nossa e nela se resumiram —, marcamos a característica primacial do génio hispânico como sendo a «pessôa», e não o «indivíduo», a sua unidade fundamental. Posição privilegiada a da Península, ligando a Europa com a África, comunicando ao Ocidente, depurados e baptisados, os tesoiros da recôndita sabedoria oriental e transmitindo à América, com o viático cristão, o que na alma europeia existe de mais belo, de mais fecundo e de mais sagrado, — a sua como que predestinação geográfica, encontra nas perspectivas da história uma justa paridade, — um

paralelismo impressionante e insofismável! No génio hispânico, indubitavelmente, o Oriente e o Occidente se juntam num consórcio inesperado, enriquecido êsse consórcio pelo elemento africano, — não o elemento depressivo da África negra e estagnada, mas da África-Menor, tão aberta por condições especiais de natureza à infiltração romana e cristã, como no-lo demonstra a ardente mentalidade de Santo Agostinho.

Da fusão felicíssima dos três factores, — semita, camítico e jáfético, socorrendo-nos da nomenclatura bíblica —, resultou a *universalidade* do génio hispânico, que Monís Barreto definia por «sêde insensata do Absoluto». A «sêde insensata do Absoluto», ensinando-nos, como muito bem repara Maurice Legendre, a guardar para nós a «parte de Maria», enquanto Marta se consumia nas materialidades excessivas do governo doméstico, confere-nos, na crise máxima do Ocidente, a dignidade imprevista do único modêlo a imitar e a reproduzir-se. Oh, raça semeadora de povos, incorporadora de outras raças hostis, e até antagónicas, no mesmo ideal de civilização! Na verdade, somos bem a «cabeça da Europa» —, como nos chamava Camões! E não se enganava Oliveira Martins ao preconizar na última página da sua *História da civilização ibérica,* de olhos postos no porvir da Península, «que o papel de apóstolos das futuras idéias está reservado aos que foram os apóstolos da antiga idéia católica».

*

* *

Pois são em Portugal os que se consideram integrados na dupla tradição católica e monár-

quica do nosso país quem mais braveja e se insurge contra uma maior aproximação com a Espanha, repetindo os caricaturais temores, que já Beckford recolhia confidencialmente pelos serenins e pelas devoções da Lisboa do Arcebispo-Confessor. Não aludo, palpavelmente, aos embalsamados marechais do senhor D. Manuel II, que foi rei de Portugal por um acaso trágico para a sua e nossa pátria. Reivindicando ciosamente para si e para o seu partido a herança da *Carta Constitucional*, o anti-espanholismo estrutural do deposto monarca é, sem dúvida, um hábil disfarce, — o disfarce com que procura encobrir as duas intervenções estrangeiras a que sua bisavó, a senhora D. Maria II, agradeceu a sua consolidação no trono. Sabe-se a acção decisiva da Espanha liberal nessas duas intervenções, — crime sem par que desonra irreparavelmente o nosso Constitucionalismo, o qual, se vingou e durou, deve-o às baionetas comandadas pelo general Rodil em 34 e depois — quando da *Maria da Fonte* —, às tropas do general Concha. De resto já D. Pedro, equivocadamente catalogado de «IV», se entendera com a Maçonaria espanhola para uma fusão, — para a fusão sonhada nos antros revolucionários e que a aliança cristã dos dois povos peninsulares precisa de evitar e anteceder. Mas para que insistir, denunciando uma atitude hipócrita, em que mais uma vez se comprova a inconversível irreductibilidade da monarquia liberal com o Portugal histórico, tanto passado, como vindoiro?

Não é com detritos cadaverizados, com matéria decomposta, que a fábrica difícil do Portugal de àmanhã se edificará. Mais fieis ao desenvolvimento da sua falsa «internacional» humanitária, os republicanos portugueses, desde sem-

pre, compreenderam que, sem entendimentos com a Espanha, as suas aspirações não se completariam. Resultou daí, como doutrina unionista, ou simplesmente federalista, essa abantesma do «Iberismo», a todo o instante ressuscitado e denunciado entre nós. Porque é de conveniência e de imediata justiça aclarar que o «iberismo», como sinónino duma diminuição de soberania por nossa parte —, ou através duma união pura e rematada, ou por meio do embuste do laço federal, é uma confabulação de exclusivo carácter maçónico, que, elaborada nos começos do século passado, veio desde as conjuras de Gomes Freire e D. Pedro IV aos brindes ruidosos do célebre «jantar de Badajoz», com o senhor Magalhães de Lima presidindo, de avental e trolha. Acontece até uma circunstância a que não falta certa e saborosa graça! Nós contamos.

Os que em Espanha se interessam com maior sinceridade na aproximação do seu país com o nosso, procuram, em tudo que se haja de prender com o património cultural ou com a reciprocidade política dos dois povos peninsulares, diluir prudente e carinhosamente o que nos separa, — evitar antigas, mas a cada passo redivivas susceptibilidades. Isso ocorreu, por exemplo, com a *Exposição Hispano-Americana*, de Sevilha, que, para incluir a Portugal, se transformou, salvo êrro, em *Exposição Ibero-Americana*. Raciocínio dos que propuseram a substituição de «*Hispano-Americana*» pela de «*Ibero-Americana*»: - é indubitável que o apelativo «hispano» envolve a América hispânica com mais exactidão que o apelativo «ibero». Mas como a América-hispânica se encontra especialmente nomeada, tanto no que se refere ao Brasil, como às nacionalidades pròpriamente de orígem espa-

nhola, de esperar seria que Portugal se escusasse a colaborar em tão grandioso certamen, julgando-se deprimido por ser englobado, como se fôra uma dependência de Espanha, dentro do apelativo «hispano». Mudou-se então este apelativo para o de «ibero». Primeiro, porque, importando mantê-la diante do mundo e das pátrias que das nossas derivaram, a unidade espiritual da Península fica absolutamente garantida; segundo, porque os portugueses, descendentes e legítimos representantes dos Lusitanos, são unicamente mais «iberos», que as restantes populações da Península. Não discutirei as razões em que se firmava a proposta de mudança. O que saliento é a deferência que, em relação a nós, o vocábulo do «iberismo» representa por parte da Espanha. Clamaram, porêm, logo as suas trovejantes indignações os assustadiços patriotas dêste lado da fronteira. A palavra «iberismo» lembrava-lhes todas as tentativas anexionistas do século findo, — e, forçando ridiculamente a nota, queriam que a palavra tivesse no léxico castelhano a significação pervertida que os acontecimentos duma dada época política forçadamente lhe conferiram para cérebros e ouvidos portugueses. E o que alvitraram então os acesos patriotas? Alvitraram que, em vez de *Exposição Ibero-Americana*, ao certamen de Sevilha se chamasse não sei bem se *Exposição Luso-Hispano-Americana*, se *Exposição Hispano-Luso-Americana.* Alêm do pleonasmo, perdia-se o que é necessário, o que é impreterível afirmar: — a unidade da civilização peninsularista e o seu indestrutível bloco perante os particularismos e as dissidências anárquicas da idade contemporânea.

Repito: — nada mais angustioso nem mais humilhante para o nosso patriotismo, quando

são e quando clarividente, do que o irracional ódio à Espanha, denunciando consigo, na sua suposta exaltação nacionalista, uma negativa formal e irredutível da pátria portuguesa!

O problema hispanista é, primacialmente, um problema de *cultura*. Porque só a *cultura* nos ensinará a rijeza das duplas raíses que entrelaçam o génio português e o génio castelhano, separando-os simultâneamente. Basta considerar a influência que durante o escuro período filipino exercemos na sociedade e nas letras de Castela, para que nos certifiquemos de quão indissolúvel e contornadissíma é a nossa personalidade como nação. Desconhecê-lo é desconhecer as virtudes magníficas do Portugal verdadeiro, — do Portugal nascido da aliança mística da Fé com o Império. Com uma literatura como a nossa; com uma língua apurada em monumentos literários que são padrões na civilização ocidental; com uma epopeia ultramarina e uma fôlha de serviços inegualáveis, prestados a Deus e aos homens, como sossobrar na fragilidade dum improvisado castelo de cartas, diante duma aliança que, efectivada um dia, não será mais que a restauração da perdida *universalidade* da nossa alma — da forte e grande alma lusitana?

Se analizarmos com atenção os caminhos dúbios por onde se tem extraviado, depois da erupção romântica, principalmente, o patriotismo português, verificaremos o seu sensível e deplorável decrescimento, — a sua constante e progressiva restrição. Não dispomos hoje de outra concepção de Pátria que não seja a concepção geográfica, — a minguada concepção territorial. Nação formada desde tantos centenares de anos, cêdo nos projectámos na empresa dos Mares, — cêdo o universalismo se manifestou o título mais

belo da nossa existência de povo livre. Pois é êsse título, florão admirável e inconfundível, que nós repelimos absurdamente, repelindo o nosso entendimento leal e franco com a Espanha, — única garantia possível do tipo de civilização que, de mãos dadas com ela, heroicamente criámos e derramamos por toda a face da terra. Se a Pátria nos aparecesse, como realmente é, — como uma *alma,* como um *génio,* não nos temeriamos decerto de insensatas e impraticáveis absorções. A dôr sentida que eu experimento sempre que, aos evidentes frutos da nossa aproximação para com a Espanha, se opõe, — porque não dizê-lo? —, o tema covarde, o argumento suicida, da nossa fraqueza! Não se recordam êsses jeremias execráveis que, mesmo na hora espessa em que dependíamos da côrte de Madrid, a nossa individualidade, íntegra debaixo de todos os pontos de vista, exerceu sôbre a literatura castelhana do Século de Oiro uma verdadeira ditadura sentimental? Tirso de Molina borda o seu teatro de inesgotáveis motivos portugueses, indo ao extremo de dramatizar nas *Quinas de Portugal* a nossa lenda nacionalista do «milagre de Ourique». Calderon de la Barca, no seu *Principe constante* (o nosso Infante-Santo) incrusta no castelhano purista de Seiscentos um verso do mais puro acento camoneano, em que a maior homenagem nos é prestada, ao pôr na bôca de Brito

«*Que ainda mortos somos portugueses!*»

Através dos escritores espanhois do século XVII, tão lidos na Europa culta, Portugal se divulgou na feição especial do seu lirismo e da sua sensibilidade. A tal influxo, contaminado ao preciosismo polido da França seiscentista, se

deve, sem dúvida, o prestígio das *Cartas* atribuídas a Sorôr Mariana, e que não são mais do que uma invenção de livraria, destinada a atraír as atenções do público, cheio de curiosidade pelo amor, tornado proverbial, — não olvidemos o epigrama célebre de Lope de Vega! —, de nós outros, os portugueses.

Pois se nem no acidentado período filipino nos dissolvemos e perdemos, como perder-nos e dissolver-nos no dia em que o *Hispanismo*, — complemento do *Lusitanismo*, nos devolver às regras sábias do paralelismo de Quinhentos? Sintoma deplorável da nossa debilidade cívica é, indubitavelmente, o alarme que o espantalho absorcionísta de Castela desperta em nós. Comparemos as nossas ligações com a Espanha-irmã às que teve a Bélgica, sofrendo a sapata dura do duque de Alba, — às que tiveram com a sua metrópole os antigos vice-reinados da América. Sem os nossos antecedentes, sem as diferenciais fortes e recuadas da nossa individualidade nacional, apresentam-se mais firmes, mais serenas, diante da Espanha-Madre, abraçando com calor o reatamento dum parentesco, diluído por tantos êrros recíprocos e comuns. Quando da sua visita oficial a Madrid em 1921, o rei Alberto da Bélgica não hesitou em evocar os tempos em que o seu país se viu governado pela filha de Filipe II, — a persuasiva e inteligente Isabel Clara Eugénia, reivindicando para a Bélgica a honra de haver sido o bêrço de Carlos V (*«Carlos de Gant, soldado de la compañia del señor António de Leyva,»* se chamou êle duma vez a si próprio),—do maior e mais glorioso monarca espanhol. E em maio do ano corrente, por ocasião do aniversário do rei Afonso XIII, as manifestações de carácter intelectual, realizadas em Bruxelas, testemunharam bem

vivamente como a Bélgica de hoje saúda na caluniada influência espanhola o traço que prende a Valonia à Flandres e que, tendo outrora mantido a catolicidade de ambas, assegurou os alicerces da futura nação belga. Partiram tais manifestações de belgas eminentíssimos, como o historiador Henri Pirenne, como o crítico e pensador Fierens-Gevaert, como o catedrático Terlinden, da universidade de Lovaina. O publicista madrileno Llanos y Tòriglia pronunciara uma conferência sôbre a preclara Isabel Clara Eugénia. Discursando, o mencionado catedrático de Lovaina, Terlinden, declarou desassombradamente que «respeitando as liberdades, as instituições e o espírito das nossas províncias, os arquiduques e os reis da Espanha do século XVII permitiram à nacionalidade belga desenvolver-se livremente, ao mesmo tempo que a sua união tão estreita com um povo meridional intensificava entre os belgas o esplendor da cultura latina. Henri Pirenne, — o grande historiador, foi tão longe no seu elogio à obra da Espanha no território hoje belga, que alguns jornais, como *Le Peuple*, — cá e lá más fadas há! — deram largas a uma arcaica e retórica indignação, como se o patriotismo consciente e culto carecesse de se alimentar dos desvios ou abastardamentos da história. Porêm, *La Libre Belgique*, órgão, se não nos equivocamos, do nacionalismo belga, comentou com aplauso as afirmações de Henri Pirenne, asseverando expressivamente, em relação a Isabel Clara Eugénia e a seu marido, o arquiduque Alberto, que «a primeira independência da Bélgica teve por soberanos dois príncipes espanhois».

Escutemos agora o brado viril que os estudantes das diversas nacionalidades hispano-ame-

ricanas, matriculados nas várias faculdades de Madrid, acabam de levantar, como um cântico de esperança fremente, ao lançarem as bases da *Federación Universitaria Hispano-Americana*, em que se traduza o sentir dos estudantes da Espanha e da America-Hispânica. O *Bureau permanente da Imprensa Latina*, com séde em Paris (e entre nós, certamente, personalizado no chefe supremo da nossa sub-mediocracia, o senhor Augusto de Castro), espalhara com o impudor costumado nos «fabricantes» de ideais colectivos para uso e govêrno próprio:—«*Existe na América um mundo latino com fundamento numa afinidade patente de raça e cultura e que une entre si a 200 milhões de indivíduos*». Eis a resposta dos estudantes hispano-americanos, residentes em Madrid:—«*Desde cuando los pueblos de habla castellana son deudores á los latinos de su civilización y de su historia?» Creemos, y seguiremos creyendo mientras no nos prueben el contrario, que Hispano-America no reconoce más parentesco de raza y de cultura que el viejo tronco hispánico; porque es de Hispania el genio que le descobriera: es de Hispania el verbo y sangre que la individualizara*». E logo ajuntam numa exortação que toca profundamente:—«*Camaradas del ideal! A vosotros, que sois el alma y nervio de nuestras jovenes nacionalidades, es a quienes preferentemente nos dirigimos, seguros de que sabreis conservar nuestro historico patrimonio, defendiendolo del latinismo o del panamericanismo a la Monroe con la celebre teoria que Estados-Unidos sustuvo em la ultima conferencia panamericana de Santiago cuando dijo: «Dad la espalda a Europa; cessad de mirar hacia Madrid*».

Mas o que nos choca ainda mais foi o que se passou nas Filipinas no dia de Santiago, 25 de julho antecedente. Festa do Santo Padroeiro de Espanha, em Manilha tomou a designação especial de «Festa de Espanha». Desde a ante-véspera que os jornais tinham começado a publicar editoriais comemorativos do acto e do maior louvor à Espanha. O importante diário católico de Manilha, *La Defesa*, inseriu na data mencionada os retratos dos reis de Espanha, acompanhando-os de artigos assinados por figuras de alta situação e relêvo no meio oficial filipino. Mencionarei, entre os colaboradores do número especial de *La Defensa*, Monsenhor Doberty, arcebispo de Manilla e delegado apostólico, e o general Emílio Aguinaldo. Quem é general Emílio Aguinaldo? Nada mais, nada menos, de que o cabecilha da insurreição contra a Espanha, — o grande caudilho filipino da sangrenta luta que epilogou na guerra da Espanha com os Estados-Unidos. Para lição de quem a deva receber, que escreveu no seu artigo o general Aguinaldo? Que a «Espanha, por meio da fé cristã, elevou as colónias ao seu próprio nível, comunicando-lhes os mesmos cánones espirituais e morais que professa». Dispensa em seguida Aguinaldo significativas referências ao general Primo de Rivera, com quem se bateu, e termina o seu artigo chamando à Espanha, — êle, o insurrecto, êle, o rebelde! —, *querida madre de Filipinas*».

Somam-se factos sôbre factos, — e tudo tende a demonstrar-nos a amplitude com que a consciência hispânica desperta. Deixaremos nós à Espanha o realizar ela só o admirável esfôrço coordenador que o futuro lhe aponta no esfarrapado mundo ocidental? Sem nós, a Espanha não levará ao fim, ao desejado termo, o seu incomen-

surável destino histórico, — e culpados que seremos no naufrágio duma verdadeira «internacional» cristã, lavramos com mãos criminosas a certidão, não apenas do nosso óbito, mas igualmente da nossa ignomínia. De que servem os nossos ressentimentos, que unicamente traduzem desconfianças revoltantes, que unicamente se podem inculcar como sinal de pouca firmeza na nossa vitalidade nacional, ao lado cicatrizes, mal fechadas tantas delas, de que a Bélgica, mais remontadamente. e as Filipinas, mais perto, com outras razões se poderiam recordar? Triste crepúsculo nos envolve a nós, portugueses, para que condenemos a um miserável e eterno purgatório aquilo que lucila com mais grandeza na nossa existência de povo descobridor e evangelizador, — insisto:—o universalismo do nosso génio! Abra-se a *Histoire de France*, de Jacques Bainville, ruidoso sucesso de livraria, que obteve num curto espaço de tempo uma venda superior a 50:000 exemplares. Abra-se a *Histoire de France*, de Jacques Bainville, — e vêr-se-à como ela justifica a observação de Oswaldo Spengler, quando nos dá a França preocupando-se exclusivamente desde sempre com o alargamento das suas fronteiras, — com o absorvente fito da sua dilatação territorial. Ontem com os Capetos, hoje com os patriotas exaltados que sonham com o Rheno, como sonhariam àmanhã com a Bélgica e com o Ebro, nós vemos como a essência do espírito francês documenta inteiramente o reparo de Lavisse, perfilhado pelo abade Mourret, na sua belíssima *Histoire Générale de l'Église*, ao anotar que em Westphalia a França iniciou a política do «egoismo nacional», — política, acrescentamos nós, de que derivaria o germanismo que inflamou a Europa, explodindo tragicamente na

Guerra. O que é o século XVII francês, — o que é o «grande século» da França, senão, no dizer de Ranke, uma espécie de reacção contra a Europa? O próprio Jacques Maritain o reconhece. *«C'est que l'effort de restauration du XVII.e siècle souffrait de bien des tares et de bien des faiblesses,*

... il fut gallicain, ce siècle, et janséniste!

disait Verlaine. Et, en effet, le gallicannisme et le jansénisme sont les plus visibles de ces tares. Mais il y en a d'autres». E Maritain condensa, depois de as enumerar: — *«Enfin, dans le domaine de la vie des peuples, faut-il rappeler que les traités de Westphalie consacrent la disparition de la chrétiente, — de la société chrétienne des nations, — pour lui substituer le système de l'équilibre européen, et qu'ils consacrent aussi d'une manière officielle l'existence politique et les droits de l'hérésie, avec laquelle les rois de France avaient d'ailleurs fait alliance. Sur ce dernier point, je sais bien qu'il faut se garder de juger trop précipitamment, et que cette politique nous était imposée par les ambitions de la maison d'Autriche, et que de grands mystiques comme P. Joseph et le P. Lallemant l'ont approuvée; il reste cependant que saint Louis aurait sans doute trouvé une outre manière de faire, et que le resultat final de tout cela a été la constitution du royaume de Prusse...»*

A sobreposição do «nacional» ao «internacional» é então que triunfa, realmente, — é então que a túnica de Cristo se acaba de rasgar e a Europa, desmantelada e dividida entre si, se atira para a estrada direita da ruína, enquanto os dois povos que no essencial do seu génio possuíam as características da «universalidade»,

— Portugal e Espanha, se submergem na decadência. E hoje que, desfeito e provado, na insania maldita dos seus frutos, o individualismo vitorioso em Westphalia, as fôrças secretas da história tendem a reconstituir, e em moldes espirituais mais conscientes e definidos, o quadro do antigo império hispânico (o «Império do Ocidente», entrevisto por Filipe II, ou seja o «Quinto Império» do nosso mito sebástico), Portugal persiste em permanecer no particularismo subalternizante em que se sepultou a partir da extinção do velho e tácito acôrdo peninsularista. Ha nisto, manifestamente, um *recuo*, — uma *regressão*. E é tão ampla como funesta essa regressão, porque nos acusa o mais repelente olvido do que marcou para a civilização e para os séculos futuros o melhor resplendor do nosso génio: — a *universalidade*.

Citei o livro de Jacques Bainville e o caso da França para que medissemos bem quanto as solicitações inatas da alma hispânica nos arrancaram cêdo à querela fratricida dos limites. Onde se gaba a França de que um fundador de novas pátrias, como Aguinaldo, lhe confira os pergaminhos difíceis de «mãe de nacionalidade»? A França continua, (e é brilhante nêsse sentido a demonstração de Bainville), a tradição do seu egoismo dissolvente da comunidade europeia, — egoismo que, antes de a ligar ao protestante em Westphalia, originando, com a Prússia, o «pecado da Europa», a ligava ao turco com Francisco I, a ponto de provocar a Camões uma apóstrofe, candente, como um ferrete sem remissão. A França só possui um universalismo, — o da Revolução. E se se rebuça nas dalmáticas sumptuosas de madre da Latinidade, é para disfarçar num suspeito e artificial «latinismo» a sua incapacidade de adquirir,

por títulos legítimos, o predomínio mundial que não merece, — especialmente, o predomínio sôbre a América que nós, os da Península, arrancámos à selva e incorporamos na civilização ocidental. Portugal, por sua parte, constituido territorialmente há tantos séculos, com um universalismo que lhe ganhou a paternidade dos tempos modernos, — Portugal retrai-se sôbre si, abandonando-se aos temores das organizações fisiológicas secundárias, e, dependente política e económicamente da Inglaterra, enfeuda-se espiritualmente, por uma teimosia que degrada, ao prestígio intelectual da França, — da França que não se completou ainda geográficamente como nação. Que diferença, — e que diferença, quási intransponível! —, entre o ideal francês: — atingir o Rheno e pulverizar a Alemanha, expresso no livro de Bainville e que consiste na anarquica política do «equilíbrio», consagrada em Westphalia, e o ideal português, lusitanissimo, da Fé e do Império, a que urgentemente nos devemos devolver!

Alcança-se, pois, a natureza transcendental do *Hispanismo*, — o seu altíssimo valor humano. Quando pugnamos pela *aliança peninsular*, não pugnamos, conseqùentemente, por uma aliança no género e tipo conhecidos. Essa aliança será o princípio duma como que norma colectiva, em que se traduza o supernacionalismo hispânico, — moldura portentosa que, circundando o Atlântico, o torna familiarmente um verdadeiro *mare nostrum*. Não nos englobamos, por isso, nos apetitosos tratados de comércio em que a desnacionalizada finança da Península arrecade os ovos de oiro da galinha do conto. Eis porque protestamos também contra os termos em que o príncipe reinante da nossa mediocracia, — o sub-escritor

Augusto de Castro, entrevistou em Miramar ao rei Alfonso XIII, pondo em grave compromisso os que no campo superior da cultura e do espírito querem a aproximação das duas pátrias irmãs. Mas semelhante aproximação, se a queremos como o prolongamento indispensável do nacionalismo português, não a desejamos enquanto o arranjo doméstico, – a ordem interna, não esteja obtida em Portugal. Portugal e Espanha têem que resolver preliminarmente as questões que se prendem estruturalmente com a crise geral do Estado em toda a parte, mas que nos dois países peninsulares se revestem duma gravidade particularíssima. Como nós o julgamos, o julga a visão penetrante do senhor conde de la Mortera. De modo que, inicialmente, apenas nos cabe promover o ressurgimento da obliterada consciência hispânica, avivando o que nos une e ponderando o que nos separa. Só por sôbre o carácter eminentemente católico do génio hispânico, êsse ressurgimento se efectivará duradoiramente. Outra não é a base que nos levará, por nosso lado, ao entrelaçamento com o Brasil. Sorrio-me quando vejo a jacobinocracia lisboeta arautizar confederações e não sei que outras fantasias dementadas com a gloriosa nação de alêm-mar! Furiosamente inimiga da nossa formação cristã, — antagónica de tudo quanto representa o conteúdo criador da nossa história, a jacobinocracia que nos domina e escraviza não pode perceber o Brasil, nem amá-lo, nem procurar sinceramente a sua estima, porque se exclui sistematicamente daquela ordem de crenças e sentimentos que outrora geraram a pátria brasileira e que são hoje ainda a seiva mais forte de que ela se nutre. Não transigimos assim com as falsas embaixadas intelectuais e políticas que, demandando vistosa-

mente o Rio, só dispõem de saliva e de retórica, — só acusam a indigência mental da nossa república, tão anti-portuguesa, como alvar e corrompida. À geração que na vergonha e na expiação aprendeu em silêncio a amar Portugal, — à geração que resgatadoramente sobe para a vida e para a luta, pertence o grande passo. E não o avançará debalde certamente, porque à firmeza patriotica alia a clara rectificação da inteligência.

*

* *

Imagino elucidado o magno problema do *Hispanismo*. O livro que se vai folhear é um livro, por vezes, fragmentário, a que a harmonia não sobra, nem a proporção. Embrionariamente uma conferência, — conferência que, a gentil convite do meu ilustre amigo, senhor marquês de Figuerôa, realizei, em abril de 1921, na *Unión Ibero-Americana*, de Madrid, os primeiros capítulos ressentem-se do movimento das palavras que se destinam a ser faladas e não lidas. Os leitores mo perdoarão por certo. Pontos há que hoje modificaria. Assim o capítulo *Sebastianismo e Quixotismo*,—peça literária escusada, em que prevaleceram em mim certos resíduos de bem explicável romantismo nacionalista. Não nos curamos de chofre... Contudo, se o aludido capítulo fôr modificado em provável segunda edição, não futurem os patriotas alarmados que repilo o que nêle existe de fundamental. Mais de que nunca, entendo que a unidade magnífica do génio peninsular é garantida e individualizada pelo seu evidente dualismo. Aos que me denunciem como peitado pelo oiro de Cristóvam de Moura oporei sòmente que ninguêm como eu em Portugal,

emitindo a teoria do dualismo do génio peninsular, — entrevista por Oliveira Martins e por Monís Barreto, mas nunca sòlidamente definida,— enriqueceu tanto o que nos separa de Castela, com depoimentos e materiais recolhidos em insuspeitíssimos autores espanhois. Não me julguem vaidoso por acentuá-lo. E' uma bofetada irrespondível com que castigo os aleives anónimos de que sou covardemente alvo. Adiante, porêm! E seja para terminantemente asseverar que, modificando presumivelmente um dia o capítulo *Sebastianismo e Quixotismo*, sê-lo-à na forma, e não na substância, — se-lo-à na expressão aliteratada, tresandando a «saudosismo» e a Teixeira de Pascoais, e nunca no que de peculiar e próprio a cada uma uma das faces do génio peninsular aí se atribui. Convêm igualmente recomendar aos que me julgam adstrito à defesa da aliança com a Espanha apenas desde o meu exílio, a consulta do volume *A questão ibérica*, a páginas 27. Aí se escreve categóricamente, depois de não menos categóricamente se ter declarado ao numeroso auditório que na noite de 7 de Abril de 1915 enchia o salão nobre da *Liga Naval*: — «A fórmula de àmanhã em política exterior há-de ser, sem dúvida, não *união ibérica*, mas *aliança peninsular*». Os acontecimentos o estudo amadureceram lentamente na minha reflexão a evidência desta verdade. E no auge da Guerra, a mais dum ano das ocorrências que me atirariam para a emigração, num longo artigo publicado em *A Monarquia*, (outubro de 1917), — artigo intitulado «O nosso futuro» (1) e que a censura reta-

---

(1) Será incorporado no meu proximo volume, — *Durante a fogueira.*

lhou furiosamente, voltava-se à mesma ideia com uma coragem, de que é legítimo orgulhar-me. «Debruçado para o Atlântico, — dizia já então, — no dia em que à fórmula estulta de *união ibérica* se substituir a fórmula consciente e erguida da *aliança peninsular*, Portugal, ligado à Espanha pela mesma finalidade exterior, recuperará novamente o senso adormecido da sua antiga vocação mundial». Tais as jornadas por onde, antes da minha demorada residência no país vizinho, se foi concretizando e pormenorizando aquilo que seria mais tarde, na minha pena e no calor das minhas convicções, a síntese completa do *Hispanismo*. Se o assinalo, é para que se restabeleçam, na sua exacta medida, as responsabilidades e as primazias que justamente me hajam de caber.

Interessante é agora indicar que a síntese hispanista surgiu como remate do meu lusitanismo, ao fim duma operação inversa daquela que conduziu a parecidas verificações o espírito privilegiado de Oliveira Martins. Ferido pela identidade de tantos traços fundamentais de Portugal e Castela, ao mesmo tempo que o seu negativismo histórico o levava a uma conclusão pèssimista sôbre as razões de ser de nacionalidade portuguesa, Oliveira Martins achava no *Hispanismo* o triunfo fatal e inevitável da unidade peninsular, a que nós artificialmente nos tínhamos escapado. Pondo o Acaso como determinante máximo da nossa existência de pátria livre, — o Acaso, tanto em moda nas teorias de Spengler! —, Oliveira Martins desenvolvia certos gérmens criticistas, já palpitantes na obra de Alexandre Herculano. E o materialismo das concepções políticas e sociais, então dominantes, lançava-o abertamente na doutrina do «império», como soma de forças duplamante militares e

económicas, — doutrina tão querida do século XIX e que, de transparente marca revolucionária, provocou o desarranjo em que a Europa actual se desfibra. Admitida, pois, a precária, — para êle, Oliveira Martins, — soberania do Estado português, daí partiríamos para um entendimento leal entre as duas pátrias peninsulares. Erradas as bases da construção de Oliveira Martins, veremos que o raciocínio no historiador se torna depois lógico e certeiro. Pondera êle num rasgo de penetração genial: — «O dualismo restaurado em 1640 nem se parece com o de Avís, pois assenta sôbre a idéa de oposição, quando aquêle se apoiava na da cooperação, com a esperança mais ou menos vaga da unidade; e muito menos pode parecer-se com o sistema anterior a 1383, pois ainda então não havia em Espanha dualismo, mas um feixe de Estados mais ou menos autónomos, incluindo até os muçulmanos. Só com Fernando e Isabel se conquistou Granada». E logo Oliveira Martins adita: — «O dualismo restaurado em 1640, obedecendo constitucionalmente à idéa de oposição à Espanha, tinha como condição necessária o apoio de outra ou outras potências; pois, isolado Portugal, nos séculos XVII e XVIII, dependeu das condições do equilíbrio europeu, devendo a sua autonomia principalmente à Inglaterra que, por herdar por partes o nosso império colonial, tomava a seu cargo deitar-nos sôbre os ombros o manto defensor do seu protectorado. Por isso quando Napoleão revolucionou a Europa, derruindo a construção ponderada por séculos de tradição monarquica, o Iberismo surgiu na Espanha. Por isso, desde que as revoluções peninsulares ponham em risco a estabilidade das instituições e as crises sociais agitem as populações: desde que, ao mesmo tempo, não

haja na Europa interesse bastante forte para determinar intervenções, o Iberismo tem de ser o fundo político de todos os movimentos, quer na Espanha, quer já agora em Portugal».

«*Iberismo*», — escusado é aclará-lo —, vàlia para Oliveira Martins o que «Hispanismo» vale para nós. E precisamos de admitir com êle que o dualismo restaurado em 1640 foi restaurado sôbre a idéa de oposição à Espanha, ao contrário do dualismo intentado e efectivado pela casa de Avís. Importa isto a condenação do acto libertador de 1640? De forma nenhuma! O que se salienta são as condições desgraçadas em que Portugal ficou, como igualmente ficou a Espanha. A conspiração europeia tramada contra a supremacia da Península atingiu conjuntamente as duas pátrias peninsulares. Vencido pelo Protestantismo em Westphalia, nós aproveitamo-nos aparentemente das condições criadas ao Estado vizinho para saírmos com a soberania intacta do duelo em que nos batiamos contra Madrid. Mas, — dolorosa contradição! —, tão cristã nas suas alegações, se, no advento do Absolutismo, a revolução de 1640 é uma revolução tomista, — consinta-se o adjectivo! porque aplicava à liberdade dos povos os conceitos ressuscitados de Santo Tomás, volveu-se nas mãos dos Estados protestantes, a que nos houvemos de encostar, numa arma de dissolução para o pouco que ainda restava de Cristandade. Porque se a história se não refaz, nada nos inibe, porêm, de nos preguntarmos a nós mesmos se o crepúsculo, iniciado em Westphalia, teria sido possível desde que o paralelismo de Quinhentos persistisse nos termos de respeito pelas duas autonomias peninsulares, em que subsistiu até ao acesso de Filipe II ao trono de Afonso-Henriques. A lição a tirar

de tão formidável derrocada é uma só: ressuscitado êsse velho e admirável paralelismo, o seu eixo não deverá ser mais um eixo de natureza *dinástica*,—um contracto meramente de *príncipes*. O que matou o *paralismo quinhentista* está bem à nossa vista. Assente na política de alianças matrimoniais, — única politica realizavel então —, concluiria irreparavelmente, ou num monarca português cingindo a corôa de S. Fernando, ou num monarca castelhano empunhando, como seu herdeiro, e não como conquistador, — sublinhe-se sempre —, o sceptro do Mestre de Avís. De quem a culpa? Já o apontamos: — tanto dos reis de Castela, como dos nossos soberanos.

Compreende-se assim como, apesar de restituido à sua realeza nacional, Portugal acompanhou a Espanha no declive por onde ela rolou, a seguir aos desastres militares e diplomáticos, legalizados em Westphalia. Subalternizados, pela «ideia de oposição à Espanha», que Oliveira Martins agudamente destaca, às conseqüências funestas da funesta política do «equilíbrio europeu», nós sabemos bem em que se resumiu, a partir do século XVII, a função internacional do nosso país. Reduzidos a um simples nacionalismo territorial, fomos vítimas da obsediante ameaça unitarista por parte de Madrid, umas vezes maliciosamente fantasiada pela Inglaterra, outras vezes com raíses certas numa errada política da monarquia vizinha. Tudo isto o que prova? Prova que, por mais que o procuremos ignorar ou desvirtuar, o problema peninsularista é insofismável, — ou a bem, ou a mal, carece de ser solucionado. E carece de ser solucionado, porque desde que as duas soberanias políticas da Península se desentendam, sofrem imediatamente uma

diminuição, em proveito de terceiro. Assim o confirma a ingerência excessiva da Inglaterra nos negócios da Península, tão depressa se colheram as conseqüências do antagonismo em que se fundamentou, por culpa da Espanha e nossa, a restauração de 1640.

Oportuno é notar que, sentindo-se ludibriada pelas falazes promessas de Mazarino em seguida à batalha das Linhas de Elvas, D. Luísa de Guzman fez publicar um vigoroso manifesto, asseverando energicamente «que das ligas feitas e propostas com a França nenhuma vantagem (Portugal) tinha tirado, o que lhe devia servir de lição, porque durante dezassete anos tinha ficado ao desamparo e ao descuido de procurar auxílios noutra parte, devendo lembrar à França que se êle e a Espanha reunissem contra ela os exércitos que tinham na guerra, com que se hostilizavam reciprocamente, não era difícil de prever os resultados». Deduz-se daqui que não se extinguira de todo a possibilidade da antiga «política de cooperação», em que se alicerceara o dualismo do século XVI, sobretudo. Mas essa política de cooperação supunha um fito exterior comum,—e semelhante fito afundara-se totalmente no descalabro geral da Cristandade, com a Espanha recebendo em pleno peito o golpe mais forte da Guerra dos Trinta-Anos.

Pesando esmagadoramente sôbre a compreensão da nossa história, a ideia da oposição à Espanha, em que se constituíu o Portugal-Restaurado, não nos deixou até hoje interpretar devidamente um dos episódios mais expressivos da Restauração e com que é freqüente enlamear-se a memória do Padre António Vieira. Quero referir-me à conspiração do duque de Hijar e ao plano do Padre António Vieira, combinado com

alguns ambiciosos espanhois para se destronar Felipe IV e casar D. Maria Teresa de Áustria, então sua unica herdeira, com o nosso malogrado D. Teodósio, debaixo da condição de se transferir a capital da nova monarquia dualista para Lisboa. Demonstração eloqùente de que, se houve para nós um *perigo espanhol*, houve também para Espanha um *perigo português*, obriga-nos conjuntamente a admitir que, para as cabeças mais esclarecidas do Portugal-Restaurado, o isolamento do nosso pequeno país, numa Europa entregue ao direito do mais forte e do mais desleal, não se afigurava nem sorridente nem desafogado.

O reaparecimento, com as vitórias de Napoleão, do sempre renascente fantasma da unidade ibérica, — para uns como tema de defesa recíproca, para bastantes, já contaminados pelo vento revolucionário, como aspiração federalista ou unitária, só corrobora a verdade assinalada por Oliveira Martins: em todo o momento de crise, ou peninsular, ou europeia, a questão das relações de Portugal e Espanha acorda e toma corpo diante dos nossos olhos. Porquê? Porque, soma invariável dos superiores interêsses nacionais, tanto de Espanha, como de Portugal, existe um *interêsse peninsular* que toca, em partes iguais, à vitalidade e grandeza de ambos os países. Lamuriavam-se a Beckford os beatos e peralvilhos da Lisboa do Intendente de que não tardariamos a figurar no mapa como província espanhola. Afinal, mal decorrida uma dezena de anos, com os espanhois nos aliámos para expulsarmos da Península as águias do Corso. E a Espanha que abrira passagem ao exército de Junot aprendeu também, — e sangrentamente, que é golpe vibrado contra ela o golpe que se vibra contra Portugal. Querem testemunho mais evidente da existência

dum *interêsse peninsular*, em cuja custódia e manutenção Portugal e Espanha necessitam imperiosamente de colaborar?

Não sendo profeta para que acertasse nesta ou naquela minudência, nêste ou naquêle detalhe, Oliveira Martins acertou, porêm, na direcção a imprimir a tão longo como porfiado debate. «Qual é, portanto, em resultado de todas estas considerações várias, o programa que o juizo aconselha às duas monarquias na Península?» — interrogava o historiador, debaixo da impressão penosíssima da nossa já então absoluta desvalia externa. «E' o regresso à tradição de Avís, a política de cooperação, despida, porêm, das esperanças recíprocas de absorção pelo processo anacrónico dos enlaces dinásticos». E em outro artigo — *Alianças,* Oliveira Martins não é menos explícito, nem menos persuasivo, chicoteado de mais a mais pela brutalidade do *Ultimatum.* «Depois de 1640, — discorre êle —, as necessidades da política impuseram-nos a dura obrigação de nos aliarmos à Inglaterra e à Holanda, que durante os sessenta anos da dominação castelhana, e já antes dela, saqueavam amplamente o domínio colonial português. E aliaram-se a nós essas potências então no primor da juventude, porque dessa forma sancionavam a posse do que tinham obtido mais ou menos legitimamente» ([1]). E o

---

([1]) E' interessante notar que as observações de Oliveira Martins fôram antecedidas em Portugal por alguêm que não achou ainda quem lhe levantasse a sua alta e incomparável figura. Refiro me a António Ribeiro Saraiva, sem duvida, no desordenamento criador das suas raras qualidades, um dos portugueses mais completos do século passado. Vêmo-lo apenas através do seu miguelismo pertinaz, intransigente. E' preciso, porém, vê-lo através da sua prodigiosa actividade, do seu fecundo

historiador, com a pena sangrando, rememora:— «Tal é o ponto de partida da aliança inglesa, a que os factos crueis de há poucos dias vieram pôr definitivamente um termo».

Não puseram. E porque não puseram, conveniente é que continuemos acompanhando a exposição de Oliveira Martins. «Explorando a nossa fraqueza, a Inglaterra, como um vampiro, sugou-nos de vários modos. Em primeiro logar, fazendo-nos como agora tem feito à Turquia, sob pretextos de nos defender, foi-nos arrancado a pedaços, directamente, ou por intermédio da Holanda, a gloriosa herança dos tempos. As duas costas do Indostão, com as suas ilhas, o Zanzibar com Mombaça, o cabo da Boa Esperança, eis aí, entre muitas outras, algumas das possessões outrora nossas e hoje Inglesas».

---

pensamento político, das suas verdadeiras concepções de homem de Estado. Sem a elegância literária de Garrett, Ribeiro Saraiva, mais do que êle, é talvez o exemplo acabado das raíses nacionais do nosso Romantismo. Pois no seu opúsculo *O Miguelista em Londres*, n.º 2, (1871), Ribeiro Saraiva esboça uma singular e antecipada teoria da nossa aliança com a Espanha. Aí penetrantemente se escreve, aludindo ao acto revolucionário de 1640: — «Toda a Europa aplaudiu a esta restauração, não porque se restituia o exercício de direitos a quem os tinha (essa consideração entra muito nas frases, e pouco na realidade dos cálculos da política), mas porque assim se cortava de novo em duas partes confligentes o colosso Peninsular que aterrava». E Ribeiro Saraiva demonstra-o com uma impressionante acuidade: — «Sem deixar de fazer plena justiça aos talentos e habilidade dos negociadores que o Snr. D. João IV enviou a solicitarem nas diversas côrtes o seu reconhecimnto, é preciso confessar que as maiores facilidades que acharam, eram filhas de encontrar-se de acôrdo o objecto da negociação com os principais interêsses e desejos dessas potências. Estas não se limitaram porêm a reconhecer meramente a legitimidade da restauração; trabalharam por estabelecer toda a espécie de precauções a seu alcance, procurando evitar que para o futuro se repetisse a scena da formidável união que vinha de romper-se».

«Por outro lado, finalmente, — prossegue Oliveira Martins, algumas linhas adiante —, a Inglaterra tinha aqui em Portugal sempre aberto um campo de operações contra a Espanha, e nos nossos portos os Ingleses podiam desembarcar livremente impondo-nos a intervenção em todas as contendas europeias e fazendo dos nossos campos teatro de guerras que para nada nos interessavam. Foi o que sucedeu nos dez anos da guerra da sucessão de 1703 a 1713; em 1793, quando fomos obrigados a declarar guerra à republica francesa, e em 1801 quando a declarámos também à Espanha. Foi o que sucedeu, em conseqùência disto, quando, invadido Portugal pelos Franceses, em 1807, começou a guerra, em que, a pretexto de nos defenderem, os Ingleses nos saquearam, aqui, destruindo sistematicamente as fábricas nacionais, e no Brasil, impondo os tratados de 1810 que foram o prólogo da emancipação.

«Que lucramos nós com esta aliança a um povo, tão rapace como astuto, explorando a filantropia ingénua em benefício dum egoismo insaciavel?

«A lembrança dos sessenta anos de dominação castelhana fazia crêr a muitos que lucrávamos a independência. Como se o pensamento da Espanha fôsse repetir o erro de 1580! Como se pudessemos chamar independencia esta franquia da expoliação, rematada pela impunidade do insulto».

E no seu patriotismo maguado e alarmado, Oliveira Martins traceja convencedoramente as vantagens da aliança peninsular. «Só ela é útil para Portugal e para Espanha, considerados nos seus interêsses particulares nacionais, sendo ao mesmo tempo o único meio de nos dar, às duas

nações peninsulares, aquêle papel que a natureza destinou para nossa intervenção no mundo. Desligados, vegetaremos sempre miseramente; aliados far-nos-emos respeitar pelos fortes, porque estaremos entre os primeiros.

«Êsse respeito que vem da fôrça — e não há outro no mundo! — salvaguardará o nosso império colonial, defendendo os nossos portos, que estão à mercê de quem quiser enxovalhar-nos, — insiste Oliveira Martins. E pelo que respeita à Espanha, que também não pode guardar a fronteira aberta que nos separa dela, a aliança põe-na ao abrigo da repetição de casos como os do princípio do século XVIII e do princípio do século XIX, em que Portugal foi o campo de operações, o lugar de desembarque, e o arsenal de guerra voltado contra ela.» Depois o historiador passa em revista as hipóteses que naturalmente se suscitariam, ao encarar-se a necessidade do nos afastarmos da Inglaterra, mas de maneira a não caírmos nos braços da Espanha. Já se preconizava então a aliança com os Estados-Unidos,—com a «Grande Judéa», que, na vigorosa observação de Oliveira Martins, pelo aumento desmedido da sua produção industrial só ambicionava «pôr pé na Europa para intervir nas suas questões, para também disputar os seus mercados».

«Aliados aos Estados-Unidos, — previne —, embarcar-nos-íamos em todas as aventuras em que a ambição dessa nação, pujante duma fôrça em via de crescimento, houvesse de lançar-se, correndo os riscos e pagando-lhes as custas. Depois de termos em parte considerável concorrido para o engrandecimento da Inglaterra, amesquinhando-nos, iriamos agora repetir uma história condenada e preparar no futuro as próprias crises que hoje provocam as nossas angústias».

Desfibra igualmente Oliveira Martins a quimera «de uma liga ou federação do mundo latino», que classifica «de uma frase, ou de uma ingenuidade poética». Invencionice maçónico-romântica, é hoje a máscara em que se rebuçam os desígnios ocultos da França, por exemplo, para acautelar o seu inevitável isolamento e decorar-se, em nome da Liberdade e da Justiça, com as tábuas sagradas de mãe da Latinidade. Por isso Oliveira Martins, com uma penetrante antecipação, afirmava, embora prégando no deserto, que «para nós, incontestavelmente, não há senão uma aliança possível, que é a espanhola». «Nenhuns interêsses, nenhumas simpatias, nenhuns conflitos, nas relações externas dos dois povos peninsulares, lhes separam a orientação política... É a aliança espanhola, por muitos outros motivos, alêm dos motivos fundamentais da identidade dos interêsses étnicos, da comunidade de génio e de história. E' a aliança espanhola, porque, só aliados, os dois povos peninsulares, a Espanha e Portugal, podem contar nos conselhos europeus como uma grande potência, capaz de infundir respeito ou mêdo, protegendo assim o grande império colonial latino, isto é, luso-hispânico, espalhado por todos os continentes do mundo». E apostolizando uma convicção radicada e cheio de íntima claridade, Oliveira Martins aduz: — «Enquanto a Espanha tiver abertas as portas de sua casa pela fronteira portuguesa, indefensável; enquanto tivér em Portugal um aliado de qualquer nação que pode ser sua inimiga, como sucedeu nos princípios do século XVIII e do século XIX, — a Espanha, flanqueada por Gibraltar, jámais poderá ser uma grande potência. E' porque nós temos a dar à Espanha êste grandís-

simo valôr, que a aliança espanhola é possível, e pode ser duradoura e fecunda».

Hoje como ontem, é na incapacidade de se valorizar internacionalmente que reside, sem dúvida, para a Espanha o incitamento a um acôrdo com Portugal. Hoje como ontem, apesar da sua pequenez geográfica, e da ruína económica que o ameaça, é aí que Portugal possui a razão insofismável do seu levantamento no concêrto dos demais Estados. E para a objecção que a cada instante aflora à bôca de certo patriotismo que se intitula de «prudente», porque não gostará de se tratar de «covarde», ainda Oliveira Martins nos fornece uma resposta, de actualidade flagrantíssima: «Contra a aliança espanhola apenas surge a alguns o espectro fugaz da união-ibérica. Pois bem: nós afirmamos que a aliança espanhola é tambêm o único meio de evitarmos a absorção pela Espanha, por isso mesmo que é o meio único de robustecer a nossa força nacional». Porquê? «Porque, aliadas as nações peninsulares, conjugadas as suas forças para um fim superior comum, os perigos de uma absorção afastam-se na própria razão directa da consistência do vínculo político. Separadas, e, se não inimigas, indiferentes, Portugal, lançado nos braços de qualquer protectorado exótico, ou entregue apenas às forças próprias, cuja insuficiencia é manifesta, gradualmente continuará a ir resvalando até se afundar de todo numa cova feita de ultrages como os de agora, e de paixões impotentes como as que vemos desencadeadas».

Irrefutável verdade a que Oliveira Martins emitia ao acentuar que o único meio de evitarmos a absorção espanhola e de, simultâneamente, robustecermos a nossa fôrça nacional, é o da aliança peninsular! Não digo que a absorção

fôsse possível, antecedida por um acto militar de conquista. Não se conquistam já povos, como *res nullius*. Mas, a progredirmos,—singular e macabro *progresso*, reconheçamos para propriedade da expressão!—, a progredirmos, repito, na vertígem crescente do desbarato financeiro e da desordem social, temo-me que, apagadas de todo as possibilidades internas de reacção e pulverizado o país num cáos sem remédio, não se venha a produzir a hipótese que Fialho de Almeida rugidoramente entrevia nos *Gatos*. «Virá um dia em que o povo, desnaturado por todas as lições de compra e venda, farto de ludibrios e vexames, — clamava a ira honrada do panfletário —, abdique por fim do seu ideal de autonomia, perça a noção do solo, encha de excrementos as páginas da história ... e permita Deus que o não ouçamos bramir, com desesperada voz, aos ecos da fronteira: — «Livrem-me desta canalha que me fez odiosa a liberdade, que em paga disso aqui lhes ofereço a minha servidão!» Para tanto, — para que não nos assalte a incapacidade mortal de resolvermos por nós mesmos o nosso angustioso drama interno, é que á cruzada nacionalista importa soberanamente completar-se e reforçar-se pela sua projecção universal, ou seja pela consciência do factor decisivo que, apesar da sua fraqueza, Portugal representa para que a civilização ocidental se salve, sôbre a sua dupla base católica e hispanista. Merecem, pois, e com mais alguma aspereza, os reparos que Chesterton dedica aos patriotas em geral, considerando-os sempre patéticamente atrasados em relação ao seu tempo, a ponto de, obcecados com os inimigos tradicionais, não descortinarem sequer os novos inimigos, — merecem, pois, semelhantes reparos

os supostos patriotas que entre nós, insulados num estéril conceito territorial da pátria, declamam continuamente a ária retórica do seu ódio a Castela. Além de reduzirem a mera expressão negativa a resistência histórica de Portugal, asfixiam-no, matam-no por estrangulamento, dando-lhe a convicção de que, desbaratado em fratricidas pugnas no interior, o abutre o espreita do lado, antegozando já o momento de se cevar nos seus pobres despojos.

A eliminação da consciencia nacional entre nós é crescente, — e não pouco contribuem para tanto os que avolumam os perigos reais, adicionando-lhes borrascas fantasiosas. Daqui o deperecimento das seivas e energias menos esclarecidas e, lógicamente, o convencimento íntimo de que nada nos arranca à catástrofe já desenhada no horizonte. Se, por um desfecho inevitável, a sombra do Estado que estrebucha no Terreiro do Paço se desfaz e some totalmente, quem se sente assim disposto a erguer um dique contra a cachoeira sangrenta que se deflagará? Ora, ou por vizinhança incómoda, ou porque, numa renúncia vil, abdicamos dos sagrados direitos da defesa própria, a Espanha pode intervir, — e intervir em termos que, se não são de conquista, impossibilitarão aquela fraterna harmonia de que tanto nós, como a nação irmã, necessitamos, para que se cumpra no mundo a vocação superior da Península, — o nosso mandato de povos predestinados.

Creio piedosamente que tal não ocorrerá! Mas já não creio com tanta firmeza que não estale, provocado pela insensatez das nossas esferas oficiais, um conflito que nos desvie funestamente da Espanha, desviando-nos do caminho da nossa antiga grandeza. Ninguêm

ignora a que poderes ocultos obedece a nossa República. Tão depressa se pressinta, se apalpe, se constate que a aproximação de Portugal e Espanha significará um passo de incalculável alcance para o restabelecimento da ordem social cristã, não duvido que se busquem todos os motivos de afastamento, que se cave, e em proporções de abismo, o pequeno fosso, — já tão encurtado, felizmente! —, que se alonga entre as duas nacionalidades. E com tristeza noto que são católicos, respeitáveis por seu talento e virtudes, mas em quem adormeceu o sentido ecuménico da nossa história, os que mais ajudam a criar o ambiente de que àmanhã, dum minuto para o outro, a nossa jacobinocracia, retintamente maçónica, se aproveitará!

Caracterizado o nacionalismo português pela feição eminentemente universalista do nosso génio, é solida campanha, e campanha dos maiores benefícios para Portugal, a que se orientar entre nós na direcção do *Hispanismo*. Não só se rasgam as vias à supremacia vindoira de Portugal, como um dos eixos do futuro «Império do Ocidente», («império», valendo como «supernacionalismo)», como acautelamos as conseqüências gravíssimas de qualquer calamidade pública, que houvesse de arrastar na sua cauda uma atitude mais pronunciada da Espanha. Fixemos bem na nossa memória que a aproximação com a Espanha, — como inspiradamente avisava Oliveira Martins, vai para cima de trinta anos—, não só nos preservará de possíveis hostilidades, como robustecerá duma maneira incalculável as nossas depauperadas forças como nação. Assentemos paralelamente em que, mais ameaçador de que o *perigo espanhol* é para nós, é para Espanha o *perigo português*. Porque o *perigo português* subsiste para Espanha, (pasmai, ó patriotas, emba-

lados pelas xaropadas líricas de Tomás Ribeiro!), — e subsiste, engrossado como nunca... É que a Espanha, ansiosa, fremente, por uma situação de hegemonia que a respeitabilize perante a América, não consegue desdobrar as asas, arrancar o vôo, porque está geogràficamente prisioneira de Portugal. E Portugal, prisioneiro do regimen desnacionalizante em que nos degradamos de dia para dia, não será, dalguma forma, um bubão infeccioso, de cujo contágio a prudência nos manda guardar?

Pelas misérias do presente, pelas imposições do passado e pelas exigências do futuro, atinge-se já quanto o nacionalismo português se encontra estruturalmente ligado à aspiração hispanista. Tão descrente de nós, como personalidade histórica definida e autónoma, Oliveira Martins, que, em compensação, se penetrara do espírito unitário da civilização peninsular, chegava ao sentimento da pátria portuguesa, graças à diversidade que punhamos, como um matiz acentuado, mas não discordante, dentro do apanhado geral do Peninsularismo. Se na tortura pèssimista de Oliveira Martins o nosso nacionalismo brotara, embora ensombradamente, como corolário lógico da aspiração hispanista, a aspiração hispanista revela-se-nos a nós, —os que partimos, por operação inversa, da existência da pátria portuguesa como dum dogma, o imprescindível complemento em que ela se projecta e amplia, agitada pelas fundas ânsias universalistas da sua alma, — do seu génio. Como êsse universalismo, tão próprio e tão inseparável do nacionalismo tanto português, como castelhano, gerou o supernacionalismo hispânico, já nós o sabemos. Como o supernacionalismo hispânico é hoje, por entre as nuvens de tragédia que se accumulam no horizonte, o ba-

luarte sólido da civilização occidental, julgo-o igualmente demonstrado.

Limitado pelos preconceitos do seu tempo, Oliveira Martins via na aliança-peninsular apenas um simples, conquanto formidável, arranjo de forças políticas e materiais. Escapava-lhe, em relação à América-Hispânica, o refôrço que daí adviria ao entendimento das duas nações da Península. Escapava-lhe, sobretudo, o alcance espiritual de semelhante aliança,—a sua influência incalculável na sorte ameaçada da civilização ocidental. Mas as razões invocadas por Oliveira Martins subsistem. E subsistem, robustecidas pelo significado, cada vez mais saliente, do super-nacionalismo hispânico. Se a «aliança-peninsular» é o meio seguro de se esconjurar para sempre o fantasma pérfido da «união-iberica», o regresso à antiga ideia de «cooperação», em que se inspirou a casa de Avís, avulta aos olhos de todos como a condição basilar do dualismo hispano-lusitano. Não nos dementam, nem a portugueses, nem a espanhois, loucos sonhos de conquista universal! Único imperialismo admissível, — o imperialismo hispânico destina-se a manter na sua sagrada inviolabilidade o tipo ocidental das nacionalidades criadas por nós. Para que em tudo a idéa de «cooperação» dos reis da dinastia de Avís nos sirva de norma de conduta, nem nos falta para um àmanhã já próximo a luta inevitável da Ásia com a Europa. No orientalismo rugindo, como um sinal de tormenta, não haverá como que uma repetição dos embates épicos de Quinhentos, com Carlos V sustendo o avanço do Turco e os nossos «cristãos atrevimentos», — «os cristãos atrevimentos» da «pequena Casa Lusitana» repuxando a onda invasora para as suas sonolências da India?

Seja como fôr, «nacionalismo», «hispanismo» e «universalismo», na sua maior elevação católica, são sinónimos na história, — na história de Portugal descobridor e evangelizador. A ideia de «oposição» à Espanha, que no dualismo peninsular substituíu a ideia de «cooperação», coincide absolutamente com a nossa decadência e com a decadência da nação irmã. Constitúi até um dos frutos mais daninhos da política do «equilíbrio». Não me canso nunca de repetir que o crepúsculo do Peninsularismo no século XVII não se distingue, nem do crepúsculo da Cristandade, nem do comêço da anarquia em que a Europa lamentàvelmente hoje se desfaz. Perdida, ou impossibilitada, a nossa vocação universalista, as querelas fratricidas de limites, acusando um recuo sensível à Idade-Média, tornaram para o taboleiro da discussão entre espanhois e portugueses. Não se extinguiu, porêm, totalmente a compreensão, tão adormecida, dum *interêsse peninsular* comum. As tentativas de D. João V e de D. Maria I, recorrendo ao velho processo dos matrimónios dinásticos, documentam-no-lo abundantemente. Mas mais abundantemente no-lo documenta o levantamento em massa de Portugal e Espanha contra as águias do Corso, — contra o francês maltrapilho e expoliador.

«*A quoi servirait l'histoire, si elle ne nous apprenait à éviter les grandes erreurs où nos pères ont pu tomber?*», — interroga Jacques Maritain. Apliquemos as suas palavras ao caso da «aliança-peninsular». A história ensina-nos que, realmente, na ideia de «cooperação», inaugurada pela casa de Avís, reside o fulcro do acercamento hispano-lusitano. Mas ensina-nos também que essa ideia nos arrastou à scisão violenta

de 1640, com gravíssimas conseqüências para as duas pátrias da Península, porque o dualismo político, em que se fundamentava a harmonia da Península, cedera o lugar a uma monarquia dualista. Porquê? Porque o vínculo dinástico era então o vínculo que unia os Estados e presidia à resolução da maioria das suas crises. Tal não acontece já hoje. Libertos, por isso, duma recíproca preocupação unitarista, só há que nos defender das cubiças desnacionalizantes da Finança que, sonhando negócios suculentos, não cessa de se immiscuir nas nossas engrenagens governativas, amolecendo-as, corrompendo-as, solidarizando-as, em cumplicidades que podem àmanhã levar os que defendem em Portugal a aspiração hispanista, como remate do seu nacionalismo, a optar pela «ideia de oposição» de 1640. Porque se o Conde-Duque se sumiu nas brumas da morte, um outro centralismo mais temivel ameaça enredar-nos nos seus tentáculos vorazes: — o conlúio de meia duzia de banqueiros, para quem Portugal não é mais de que uma presa ainda abundante.

*

* *

Nas páginas que formam o núcleo originário do presente volume, — páginas que reproduzem, como já dissemos, uma conferência pronunciada em Madrid na *Union Ibero-Americana*, rende-se homenagem às egrégias e pálidas sombras dalgu-

mas princesas de Portugal que, sentando-se no trono de Castela, adoçaram com o perfume do seu coração as hostilidades, que, por vezes, e bem agudamente, explodiam entre as duas pátrias peninsulares.

Ainda que a política dos matrimónios reais trouxesse sempre dentro de si o gérmen fatal que frutificou na monarquia dualista de Filipe II, como poderia ter frutificado antes, ou com o príncipe D. Afonso, filho de D. João II, ou com o príncipe D. Miguel, filho do Rei-Venturoso, não devemos negar a tão diligentes e enternecidas preparadoras das melhores horas da Península a nossa homenagem de homens que, se pensam sisudamente sôbre tão magno problema, como o do *Hispanismo*, sabem também sentir o aroma das virtudes femininas que o anunciaram, dando-lhe até uma certa realização. Com reverência nos inclinamos, pois, diante da memória de Santa Teresa de Portugal, da Imperatriz Isabel, de D. Bárbara de Bragança. Não olvidamos igualmente aquelas plantas régias, transplantadas dos outros reinos da Península ao sólio de Afonso Henriques. Desfila o cortejo transparente, — cortejo enluarado, com espiritualidades doces, de vitral. É Santa Isabel de Aragão, — a nossa Raínha Santa; é D. Joana de Áustria, mãe do mais português dos nossos monarcas, — mãe de D. Sebastião; é D. Luísa de Guzman, obreira admirável do Portugal-Restaurado; é, — porque não acrescentar o seu nome? —, D. Carlota Joaquina, que com tanto denodo defendeu o Portugal autóctone contra o vento maléfico da Revolução.

Do sangue de Avís, inoculado na árvore débil dos Trastamaras, saíu a grande Isabel, — símbolo da Espanha-Maior. Do ventre de D. Joana

de Áustria saíu o rei em quem se personificaram, para a vida e para a morte, — para a glória e para a desdita, os anelos mais ardentes da alma lusitana. Tornemos extensivos êstes laços de família à consciência colectiva das duas nacionalidades! Então compreenderemos, sem receio de mútuas agressões e sempre prontos a expulsar do sacrário da nossa história os seus profanadores, por que misterioso desígnio Isabel-a-Católica era bisneta do Mestre de Avís e do Santo-Condestabre e por que vinha da estirpe ducal de Medina Sidónia a mulher que varonilmente amparou no período mais incerto da guerra a marcha vacilante do Portugal-Restaurado.

E termino. Termino, exactamente, quando passa mais um aniversário da batalha de Aljubarrota, — batalha que não só consolidou a independência de Portugal, mas, cimentando o futuro peninsular, tornou possível a empresa incomparavel das Descobertas. Se houvessemos vencido em Toro, Aljubarrota ter-se-ia perdido, quási cem anos depois. Aljubarrota perdida, estagnariamos decerto nós, os hispanos, em contendas intestinas, como as que enfraqueceram a Itália, — ou não excederíamos o ideal francês de nos arredondarmos e completarmos à custa do vizinho. A vocação universalista do nosso génio não se veria cumprida, nem os *Lusíadas* talvez se escrevessem, insculpindo no acento brônzeo das suas estrofes o « testamento de Espanha ». À raís, portanto, da aspiração hispanista, Aljubarrota existe como fundamento indebelável. Como fundamento indebelável da unidade superior da Península, existe e existirá, conseqùentemente, o dualismo em que ela se reparte. Que Portugal e Espanha o entendam como norma

inspiradora da sua acção futura, — e a civilização ocidental triunfará do negrume denso em que se estorciona, transviada!

Elvas, quinta do Bispo,
véspera de Santa Maria de Agosto
ano de 1924.

A unidade-hispânica



D. Leonor de Mascarenhas.
(Atribuido a Sanches Coelho e tambem a Fr. Juan de la Miseria, seu discipulo)

Colecção particular do Marquês de Vega Inclán.

A unidade-hispânica

A grande significação universal das Descobertas não consiste só em se terem rasgado á actividade humana novos continentes e novos oceanos. Consiste, sobretudo, na circunstância de se haver deslocado do Mediterrâneo para o Atlântico o eixo da civilização. Por êsse facto único, assombrosamente transfigurador da face da Terra, a Idade-Moderna é filha dum pequeno povo de navegadores que, não lhe sèndo fácil desenvolver-se pela expansão territorial, se viu obrigado a procurar no império das Águas o principal apoio da sua soberania militar e política.

Hoje como ontem, é no caminho do Mar que se encontra a chave do ressurgimento de Portugal. Hoje mais do que nunca, é no Poder-Naval que reside a base, não direi

já da hegemonia, mas, pelo menos, da independência e da defesa da Península. Quando falo da Península, falo necessariamente tanto de Portugal como de Espanha. Os mesmos interêsses nos ligam, — ligam-nos as mesmas aspirações. E' património comum das duas pátrias peninsulares o que se nos depara de mais belo e de mais alto nas páginas de toda a história. Só espanhois e portugueses souberam verdadeiramente colonizar, elevando as raças inferiores à participação duma sociabilidade maior, repassada dos preceitos da fé cristã. Não ignoro que uma vasta conspiração de silêncio e de calúnia obscurece porfiadamente o nosso admirável esfôrço civilizador. Mas, sem dúvida, as suas piores consequências reflectem-se na indiferença criminosa que a portugueses e espanhois os torna quási adversários irreconciliáveis. E, no entanto, uma sagrada irmandade nos prende, — irmandade que, sem subirmos ao mistério criador das origens, se evidenciou e fortaleceu ao longo da epopeia formidável da Reconquista, quer nas Navas de Tolosa, quer no Salado. Por portugueses e espanhois repartiu a bula dum Papa o mundo que estivesse por descobrir. No Mediterrâneo nos achamos ao lado uns dos outros, refreando os piratas que infestavam o lago da Cultura-Antiga. E se olharmos para mais perto de nós, — para há pouco mais de cem anos, já com bastantes cicatrizes a sepa-

rarem-nos, o que é que nós presenciaremos ainda? Presenciaremos ainda espanhois e portugueses, abraçados numa desforra heroica e tremenda, levar até à derrota mortal os exércitos prestigiosos de Napoleão!

E não se restringe apenas aos fastos da Guerra essa estreita e indisputável afinidade de portugueses e espanhois. As Letras e as Artes acusam-na simultaneamente com vigor e brilho. Camões é clássico da língua castelhana, como o é Sá de Miranda, como o é Jorge de Monte-Mór, como o é D Francisco Manuel de Melo. Em troca, o nome de Portugal resplandece em todo o teatro do século de oiro com *El Principe Constante*, de Calderon de la Barca, com *El Vergonzoso en palácio*, de Tirso de Molina, com *Reynar después de morir*, de Velez de Guevara. É que existiu uma *consciência hispânica*, tão bem definida no que respeita pròpriamente à poesia peninsular pela pena de D. Carolina Michaëlis de Vasconcelos, quando com raro acerto lhe chama «*bilinguismo-literário*».

Exprimia-se êsse *bilinguismo-literário*, segundo a ilustre senhora, no curiosíssimo fenómeno de «que até fins do século XV a linguagem épica era para todos, — hespanhois, galegos, portugueses e catalães,—a castelhana, (e facultativamente continuou a sê-lo nos séculos XVI e XVII), como a linguagem lírica fôra até 1350 a galego-portuguesa para

portugueses, galegos e espanhois (e mesmo para alguns trovadores limosinos) e continuou a sê-lo facultativamente até 1450. De onde resulta que romances escritos em castelhano nem por isso são necessáriamente obra de castelhanos, —continua D. Carolina Michaëlis de Vasconcelos. E torna-se provável que o povo que burilou joias tão finas como *En el mes era de abril* e *Gritando va el caballero* (e contribuíu de 1450 em diante para o Cancioneiro e Parnaso lírico com uma infinidade de composições valiosas, enriquecendo também o pecúlio da nação vizinha com novelas de cavalaria, novelas pastoris, comédias, obras históricas, etc.) colaboraria igualmente na parte anónima do romanceiro e antes disso na refundição jogralesca das gestas épicas». ([1])

Nascido de condições impossíveis de se

([1]) *Estudos sobre o Romanceiro peninsular.* (*Cultura espanola*, n.º 7, 1907). Não vem fora de propósito fixar aqui a conhecida passagem do *Proémio* do marquês de Santillana ao Condestavel de Portugal àcerca das origens galaico-lusitanas da poesia lírica espanhola. « *Y después hallaron este arte que mayor se llama y el arte común, créo, en los reynos de Galicia y Portugal, donde no és de dudar que el exercicio destas ciencias más que en ningunas otras regiones ni provincias de España se acostumbró ; en tanto grado que no ha mucho tiempo cualesquier decidores y trovadores destas partes, ahora fuesen Castellanos, Andaluces, ó de la Estremadura, todas sus obras componian en lengua gallega ó portuguesa*». (Obras de D. Iñigo Lopez de Mendoza, marqués de Santillana... compiladas por don José Amador de los Rios. Madrid, 1852).

examinarem agora, o *bilinguismo-literário*», tão bem caracterizado por D. Carolina Michaëlis de Vasconcelos, seria magnificamente personificado por Gil Vicente, — epónimo glorioso da gloriosa dramaturgia castelhana, que, na rusticidade encantadora do seu encantador primitivismo, é na literatura da Península o equivalente lírico dêsse assombroso Nuno Gonçalves, de cujo pincel genial o senhor Beruete faz descender toda a pintura tida como genuinamente espanhola, ao considerar que «*de cuantos primitivos peninsulares se conocen es Nuno Gonçalves aquel en que se encuentran tan solo definidas y marcadas las caracteristicas de las grandes escuelas de nuestra Peninsula*». (1) Pois êstes dois nomes: — o de Gil Vicente e o de Nuno Gonçalves, me bastam a mim para que se autorize na minha evocação «*essa despierta y feliz edad en que el sentimiento de la unidad hispanica dominaba la politica y el arte de un al otro lado*

---

(1) *Discursos pronunciados no banquete oferecido... ao académico espanhol Dr. D. Aureliano de Beruete y Moret.* Lisboa, MCMXVI. O senhor Beruete y Moret, depois de afirmar que Nuno Gonçalves «*no tiene antecedentes, ni se parece à nadie*», acrescentà ainda que na personalidade do nosso pintor quatrocentista crê vêr «*un origen, una primera interpretacion de un modo pictórico, de caracteristicas, que son despues las que tan grande hacen no ya solo el arte portuguès, cosa que seria perfectamente explicable, sino el arte peninsular, el arte español.*

de la Peninsula». ([1]) Porque o sentimento da *unidade-hispânica*, acentuemo-lo desde já, não é a utopia aberrativa do *Iberismo*, negando a Portugal, como doutrina absorcionista, os direitos eternos da sua independência. É antes a confirmação da parte que aos portugueses pertence, como nação autónoma, dentro da história imortal da Península.

Se em Aljubarrota se consolidou definitivamente a separação política de Portugal e Castela (de modo nenhum a admitia o testamento de el-rei D Fernando), ([2]) é igualmente certo que ninguêm como a Casa de Avis sentiu a necessidade duma aproximação política entre as duas nacionalidades, não se furtando nunca a orientar nêsse sentido as suas preferências em matéria internacional.

([1]) D. Ramon Menendez. Pidal *Discurso àcêrca de la primitiva poesia lirica española*. Foi lido no Ateneo de Madrid em 29 de Novembro de 1919. Vidè pag. 78.

([2]) Veja-se o tratado de Salvaterra de Magos, de 2 de Abril de 1383. (D. António Caetano de Sousa, *História geneológica da Casa Real. Provas*. Tomo I, pag. 296) «Os incessantes esforços de D. Fernando para manter a integridade de Portugal manifestaram-se em todos os seus actos e sôbre todos no célebre tratado de Salvaterra (1383), em que excluíu do trono sua própria filha e o rei de Castela, passando a corôa ao filho que dêstes nascesse, quando chegasse à maioridade. Como o rei extrangeiro tinha outro filho que reinaria em Castela, ficava assim assegurada a autonomia de Portugal». (Conde de Vila-Franca, *D. João I e a aliança inglesa*. Pag. 2, nota 2).

Eramos então nós, — os portugueses, poderosíssimos no mundo. E não pouco contribuiria para o alargamento da nossa influência e do nosso prestígio a reciprocidade concorde que nas suas relações se empenharam em manter desde certa hora em diante Portugal e Castela. O processo empregado foi, principalmente, o das alianças matrimoniais. «*Les relations de parenté, d'alliance et de cousinage entre des maisons que simbolisent d'autre part d'éminentes rivalités d'intérêts nationaux, représentaient un degré de civilisation et d'humanité qui est en partie abandonné*..., — escreve algures Charles Maurras. *C'était la fleur de leur pays d'origine que les reines portaient aux pays de leurs époux: les mœurs, les langues, les arts, les sciences, les lettres, la poésie*... *et il en resultait comme un aspect nouveau, moral, spirituel, de ce que la diplomatie appelait l'équilibre de nobre Europe, au temps oú il existait encore une Europe* — termina Maurras melancolicamente. (1)

Eis aqui o que sucedia entre Portugal e Castela. Sucedia desde sempre, — desde a constituição do Estado-Português. Exactamente porque os antagonismos nacionais e dinásticos se chocavam a cada instante com extraordinária violência, é que a política huma-

(1) *L'Action Française* de 16 de Outubro de 1915. Citada por M. Walıez no seu livro *La Belgique de demain et sa politique*. Bruxelas e Paris, 1916.

níssima dos matrimónios-reais conseguia obter a harmonia necessária aos destinos superiores da Península, realizando uma constante correcção de ordem espiritual, que bem cêdo se traduziu em benefícios ainda hoje difíceis de se olvidarem. Sobretudo, pelas razões sumariadas por Charles Maurras, ao salientar a influência que as raínhas significaram sempre a favor do país da sua naturalidade, que é houve uma *unidade-hispânica*, — é que a *unidade-hispânica* se tornou possível!

E'-me dôce a mim, — no meu demorado destêrro, recordar o sulco luminoso que em Castela deixaram tantas e tantas princesas da minha raça! Refere-se Charles Maurras ao «grau de civilização e humanidade» que as relações de parentesco introduziam outrora na vida agitada dos povos. Verdadeiramente, que alto grau de civilização e humanidade se desprende da entrevista célebre de Valença do Minho (1) entre Santa Teresa de Portugal e D.

(1) Não concordam os historiadores em qual Valencia seria. O cronista das Ordens Militares espanholas, fr. Francisco Rades y Andrade, opta por Valencia de D. Juan no antigo reino leonês. E' essa também a opinião do meu ilustre amigo D. Antonio Ballesteros na sua belíssima *História de España y su influencia en la história universal* em publicação. (Vid. tom. II, pag. 273). Por seu lado, o Padre Luís Coloma no seu conto *Fablas de dueñas* localiza o encontro de Santa Teresa com D. Berengaria em Valencia de Alcantara.

Berengaria de Castela! Uma guerra fratricida se evitou pelo simples poder do Espírito, encarnado ali em duas mulheres piedosas que, esposas divorciadas do mesmo monarca, possuíam fundos motivos para nem de longe se quererem avistar. Mas foi mais forte a fé militante daquêle tempo, dando às consciências uma regra imperiosa de conduta social, que actualmente não se pratica nem tão pouco se conhece.

Graças a Santa Teresa de Portugal, Leão se uniu a Castela sem que o sangue corresse, — sem que «*las espadas loberas*» tivessem de prevalecer sôbre «*las fablas de dueñas*» ([1]). E para a minha emoção recolhida, com essa figura semi-desfeita de monja coroada e santificada, inicia-se uma teoria amorável de fantasmas que sôbre a terra do exílio me aparecem às vezes diante da lâmpada do estudo, a alentar as minhas longas vigílias de expatriado. É Santa Mafalda, raínha como a primeira e tão esquecida como ela — menina e moça que bem depressa trocou a grinalda de noiva pelo véu de esposa do Senhor. Segue-se-lhe a «formosíssima Maria» do episódio célebre de Camões, que trouxe a Alfonso Onzeno o socorro de Afonso IV de Portugal.

---

(1) Alusão ao episódio contado pelo Padre Luís Coloma, — *Fablas de dueñas*, no seu volume *Histórias várias*.

Passeando a sua nevrose inquieta entre Arévalo e Madrigal, destaca-se agora da procissão enevoada a mãe da grande Isabel, — Isabel também —, que infiltrou na árvore débil e carcomida dos Transtamaras o sangue viçoso da Casa de Avis. Porque, sem recorrer a uma hereditariedade tão magnificamente dotada como era a hereditariedade dos «*altos Infantes*», Isabel-a-Católica apresenta-se-nos inexplicável,—filha dum abúlico como Juan II e irmã de Enrique IV, igualmente incapaz do menor assomo de vontade. De certo modo já assim o pensaria o Padre Florez, ao esboçar-lhe o epitáfio nas *Memórias de las Reynas Cathólicas:* — «*di que sabemos los padres; pero no de quien heredó la heroicidad del animo.*» (1)

Mas eu não quero passar adiante sem arrancar ainda dos limbos da história duas princesinhas quási ignoradas que se adornaram com os florões da corôa de Castela. E' uma, D. Constança, mulher de Fernando IV,—*el Emplazado*, e a outra é D. Beatriz, casada com D. Juan I, — o desventurado vencido de Aljubarrota. Filha de Santa Isabel, D. Constança constitui o penhor da paz negociada por D. Maria de Molina com el-rei D. Dinis. Morta em plena juventude, do seu ventre sairia o heroi do Salado e toda a

(1) Volume II, edição de 1761.

sua vida respira a sombra de tragédia que se alonga sobre o fim shakspeareano de seu marido. Sem esposo, sem trono e sem pátria, não é menos elegíaca a existência de D. Beatriz, que, esmagada debaixo do nome de Leonor Teles, sua mãe, não mereceu de nenhum escritor português a caridade erudíta de a ressuscitar um pouco para a lembrança comovida dos seus compatriotas. E, no entanto, nada mais doce na sua penumbra discreta do que essa sombra de raínha que não se sabe bem onde está enterrada e de quem uma cronista escreveu:—«*perseveró en una ejemplar viudez: pues siendo moza y pretendida por diversos Principes, no quiso admitir segundo tálamo, dejando á la posteridad la memorable sentencia de que las mugeres como ella bien nascidas, y de buenos costumbres, no deben conocer dos maridos.*» (1)

Regressando, porém, ao fio dos tempos, e sem nos determos no estouvamento amoroso que deu o ser à «Beltraneja»,—entre nós *Excelente Senhora*—, eis que, atrás de Isabel-a-Católica, outra Isabel se destaca, envolta numa singular auréola de formosura. E' a companheira querida de Carlos V,—é a Imperatriz, cuja beleza suave e pensativa Ticiano fixou

(1) *Memórias de las Reynas Cathólicas*, já citadas, tomo II, pag. 697.

numa tela admirável, que ainda hoje nos impressiona quando visitamos o *Museu do Prado*. Levou a Imperatriz por sua morte aos caminhos da Santidade o gentil marquês de Lombay, que em breve foi S. Francisco de Borja. E Carlos V deplorou-a tão profundamente que o Cardeal Cienfuegos conta algures a êsse respeito: — «*Las demonstraciones del Emperador en esta desgracia fueron iguales à la perdida, llorando tanto tiempo, y con tanta alma, que se conocia bien que con el trato de la Imperatriz, se le havia pegado toda la ternura portuguesa.*» (1) Mas não é apenas uma alma cheia de discreto perfume a alma de Isabel de Portugal, a quem Pizarro enviou do Perú, como despojo de guerra, um lindo ramo de esmeraldas com as palavras seguintes: — «*Y pues ellas mismas llevan consigo la esperanza, mande V. M. refrescar la que me queda, mandàndome en que le sirva de particular, porque con esta memoria me tendré por pagado de lo que he servido*». (2) Reinando no coração dos Santos e dos Herois, a Imperatriz go-

---

(1) Alvaro Cienfuegos, *La... vida del grande S. Francisco de Borja*. Madrid, 1717, lib. II, cap. VI, § 2, pag. 55.

(2) Antonio Jaen, *Retratos de mujeres* (Monografia de historia y arte). Segovia, 1917.

vernou sábiamente a Espanha [1] durante as longas ausências de Carlos V. E gerada do enlace de D. Manoel I com D. Maria de Castela, de Isabel de Portugal nasceu Filipe II que, unindo-se por seu turno à infanta D. Maria, sua prima, filha do nosso D. João III, daria logar pelo seu casamento a episódios de amor romântico, bem longe de os suspeitarmos em tão concentrado carácter. [2]

Tais foram as principais obreiras da *unidade-hispânica,* na qual residiu o segrêdo da hegemonia mundial da Península durante a Era de Quinhentos. A sua acção — a acção constante e persuasiva das plantas reais de Portugal, assim trasladadas ao sólio dos monarcas espanhois—, completava-se eficazmente em duração e extensão pela acção não menos perseverante do numeroso séquito que das margens do Tejo as acompanhava — damas, fidalgos, tangedores, toda uma turba rumorosa de servidores da mais variada categoria. Nomearei num rápido apontamento, e sem

---

(1) Sôbre a imperatriz Isabel veja-se a interessante monografia de D. Javier Vales Failde, cura de Palácio, auditor do tribunal da Rota e Reitor da Universidade Católica de Madrid, *La imperatriz Isabel* Madrid, 1917.

(2) Sôbre D. Maria de Portugal, há um curioso artigo de Henrique Pacheco y de Leyva no *Blanco y Negro* de 30 de Novembro de 1919.

saír do mundo feminino, D. Beatriz da Silva, precursora do culto da Imaculada e actualmente às portas da beatificação. Irmã do beato Amadeu, D. Beatriz da Silva passou a Castela na comitiva de D. Isabel de Portugal, mãe da grande Isabel, e a sua intensa vida moral inspirou a Tirso de Molina uma comédia conhecidíssima. No cortejo aberto por D. Beatriz da Silva avançam depois, embora com menos transparência, mas tambêm num florido recorte, os perfis nobilíssimos de D. Isabel Freire, de D. Leonor de Castro e de D. Leonor de Mascarenhas. D. Isabel Freire é a *Elisa* de Carcilaso de la Vega ([1]), — a *Elisa* que choraria amargamente na sua dôr de lírico apaixonado:

«Dó estan aquellos claros ojos
que llevaban tràs si como colgada
mi alma doquier que ellos se volvian?
....
Aquesto todo agora ya se encierra
por desventura mia
en la fria, desierta e dura tierra.([2]

([1]) D. Isabel Freire é tambêm a Célia, de Sá de Miranda, que teve por ela um paixão intensíssima, — se é que não influíu antes no poeta o conceito platónico da Renascença, de que foi um exemplo perfeito a amizade de Miguel-Angelo com Victória Colona. Bernardim Ribeiro na sua *Ecloga II* alude ao amor de Sá de Miranda (Franco de Sandovir) por D. Isabel Freire (Célia), dizendo que *«o desterraram por ela»*. Também D. Isabel Freire foi celebrada por Sá de Miranda na écloga *Celia*, a qne deu o nome.

([2]) Garcilaso, *Obras*. Ediciones de «La Lectura». Madrid, 1911. Pags. 18-19, écloga I.

Quanto a D. Leonor de Castro, da casa da Imperatriz Isabel, cabe-lhe a honra de haver desposado aquêle que se chamaria S. Francisco de Borja. Por sua vez, D. Leonor de Mascarenhas, comparada por Sá de Miranda a Victória Colona, é uma das mais activas colaboradoras da Contra-Reforma em Espanha. A imperatriz Isabel confiou-lhe a educação do futuro Filipe II, que lhe entregaria mais tarde a do desgraçado príncipe D. Carlos. Sanches Coelho deixou-nos presumivelmente o retrato de D. Leonor de Mascarenhas, (1) que terminou os seus dias num convento da sua fundação. Amiga dedicada de Santo Inácio e da sua Ordem, então nascente, D. Leonor de Mascarenhas, que por uma hipótese sorridente teria prendido na juventude aos encantos do seu espírito e da sua beleza o galhardo D. Iñigo Lópes de Recalde, com o seu alto prestígio ditou as direcções morais da côrte de Filipe e desembaraçou o caminho da Companhia de Jesus quando da sua introdução em Espanha. (2)

(1) Atribue-se também a Fr. Juan de la Miseria.
(2) Vid. *Poesias de Sá de Miranda*. Edição de D. Carolina Michaëlis de Vasconcelos, pags. 39-40 e pags. 744-745. No *Boletim de la Sociedade Espanola de Escursiones*, ano XXVI de sua publicação, vem com o retrato de D. Leonor de Mascarenhas um curioso artigo do crítico de arte D. Javier Sanches Canton. Filipe II prezava tanto a D. Leonor de Mascarenhas que lhe entregou a educação do príncipe D. Carlos com às seguintes palavras: — «*Este niño no tiene madre, sedlo vos suya, como fuesteis mia*».

Compreende-se, com tão forte penetração e com ambiente tão propício, como em mais dum conflito entre Portugal e Castela as nossas princesas interviessem eficazmente, não cabendo apenas às senhoras da dinastia de Avis essa glória inolvidável. Já antes com Santa Teresa de Portugal e a «formosíssima Maria» nós sabemos quantas contendas peninsulares se abrandaram e solucionaram, unicamente pelo poder tocante do coração e do parentesco. Aragonesa de nascimento, Santa Isabel-Raínha promoveria na entrevista de Fuente-Guinaldo com D. Maria de Molina,— »*D. Maria la grande*«—, as pazes de Portugal com Castela. A tradição que vinha assim da primeira dinastia portuguesa não fizera outra coisa senão avigorar-se na dinastia imediata, — na que entroncava em Aljubarrota, precisamente. Na verdade, com a dinastia de Avis é que se intensifica, como nunca, o acrisolamento dos laços sentimentais e culturais, por cuja virtude pacífica Portugal e Espanha mereceram de Deus a graça de criarem no mundo um tipo imperecedor de civilização. Não nos esqueçamos por isso da nossa infanta D. Brites, tia de Isabel-a-Católica e sogra do *Príncipe-Perfeito*, que, em seguida a Toro, aproxima e reconcilia os dois ramos divididos da família.

Tão íntima, tão estreita afinidade, vai até ao extremo do elemento familiar português

ser decisivo na composição fisionómica dos Austrias espanhois. Efectivamente, se aplicarmos a Filipe II — o seu exemplar mais representativo —, as conhecidas leis de Galton sôbre a hereditariedade, verificaremos que Filipe II, fisiologicamente, quási realizou um caso de puro e exclusivo lusitanismo. Na sua valiosa monografia — *Portraits d'infantes*, (1) observa M.me Louise Roblot-Delondre àcêrca dum *crayon* da infanta D. Maria de Portugal, guardado no *Museu Condé* em Chantilly, que D. Maria tinha «*le masque allongé des princesses de la Maison d'Avis, tipe de race qui, allié au type impérial, deviendra celui de la plupart des infantes*» (2). Ora o »tipo imperial«, que outro não era senão o da casa de Áustria, trazia já na sua ancestralidade uma forte adição portuguesa. Carlos V, descendente do Mestre de Avis e do Santo Condestabre por sua avó Isabel-a-Católica, descendia também do nosso D. João I por Filipe-o-Belo, seu pai, — êste, por sua vez, neto paterno duma portuguesa, — a varonil imperatriz D. Leonor, (3) e bisneto materno

---

(1) *Portraits d'infantes. XVI siècle. (Étude iconographique)*. Paris e Bruxeles, Van Oest & Cie, 1913.

(2) Ob. cit., pag. 27.

(3) Sôbre tão admirável figura de mulher, honra da nossa raça, aconselhamos a leitura do excelente estudo de Luciano Cordeiro, *Uma sobrinha do Infante imperatriz da Alemanha e rainha da Hungria. Lisbôa. 1894.*

da duquesa de Borgonha, D. Isabel, única filha nascida do casamento do Mestre de Avis com D. Filipa de Lencastre.

Perdôem-me a impertinência genealógica! Mas creio demonstrar graficamente a elevada dosagem com que se operara a influência portuguesa até na própria estrutura familiar da dinastia que melhor personificou as aspirações da Espanha imortal. Já com D. Afonso VI, vencido em Toro por Isabel-a-Católica, se verificara uma coincidência notável. E é que descendia de D. João I de Castela, — êle, o monarca português, no mesmo grau em que Isabel descendia do Mestre e do Condestabre, vencedores em Aljubarrota. Nada nos evidencia, como essa circunstância, os vínculos de apertada ligação que acolchetavam entre si os portadores do scetro glorioso das duas gloriosas nacionalidades peninsulares. Em Filipe II então, engrossado muito mais o seu abundante atavismo português por via da Imperatriz sua mãe, à hereditariedade física juntava-se a hereditariedade psicológica. Assim não nos surpreende que o Áustria taciturno — o rei que justamente Salaverria define como »*un rey entero, sincero, que sentió el destino de España en toda su tragica grandeza*», [1] sofresse tambêm o mal lusitaníssimo da *saudade*.

---

(1) *La afirmacion española*, pag. 65. Barcelona, 1917.

Filipe mesmo no-lo confessa numa passagem preciosa da correspondência trocada com as infantas suas filhas, quando se foi a ser jurado nas côrtes de Tomar. «*De lo que más soledad he tenido es del cantar de los ruyseñores, que ogaño no los he oydo* (1)» — desabafa Filipe enternecidamente.

Eis o bastante para se perceber quanto Portugal valia e pesava — e apenas por obra e graça das suas princesas! — nas tendências mais fundas da sociedade castelhana durante aquêle período de esplendor e podério para as duas metades da Península. Prova-o M.me Roblot-Delondre no seu citado trabalho quando se refere às «*modas portuguesas*» (2), que os retratistas da escola de Sanches Coelho nos mostram como predominando na côrte de Espanha até que chega Isabel de Valois com «*les robes très amples et les grandes doubles manches formant manteau de cour*». Mas em que consistiam as «*modas portuguesas?*» *Les modes portugaises,* — explica-nos a simpática autora do estudo iconográfico — *Portraits d'infantes* — *sont caractérisées par la simplicité des grandes lignes qui suivent de près la forme du corps, par*

(1) Gachard. *Lettres de Philippe II à ses filles les infantes Isabelle et Catherine, écrites pendant son voyage en Portugal...*, pag. 161. Paris, 1884.
(2) Ob. cit., pag. 75.

l'emploi de, velours de granade aux tonalités sombres et chaudes, enfin par une sobriété de bon goût (não olvidemos que fala a autoridade especial duma senhora!) *dans la distribution des* «puntas» *et des bijoux*».

Se em tão miudos detalhes Portugal deixava de si vestígios inapagáveis, não é para admirar que o seu nome enchesse as mais belas páginas da literatura espanhola do século de oiro. Eram os últimos ecos do paralelismo social e político que florira tão alto no conceito da unidade superior da Península, a ponto de Camões exclamar no seu poema:

«Eis aqui se descobre a nobre Hespanha,
Como cabeça ali da Europa toda.

Pelo mesmo sentimento Fernando de Herrera na sua *Canción por la perdida del Rei Don Sebastian* ([1]) consideraria como um desastre peninsular a catástrofe de Alcácer-Kibir, onde, ao lado dos cavaleiros portugueses, tombaram bastantes soldados espanhois. Assim é-nos grato para nós, portugueses, ouvi-lo invocar

---

([1]) Fernando de Herrera, *Poesias*. Edicion y notas de Vicente Garcia de Diego. Madrid, 1914. Pag. 80.

«.......................... los famosos,
los fuertes i beligeros varones .
que conturbaron com furor la tierra,
que sacudieron reinos poderosos,
que domaran las orridas naciones
....
com assi s'acabaron, i perdieron
tauto eroico valor en solo un dia,
i lexos de su patria derribados,
no fueron justamente sepultados?»

*

* *

Tamanha se revelava a reciprocidade das duas pátrias, identificadas, inclusivamente, na desgraça! Reciprocidade derivada dum largo passado comum, vai das Armas às Letras, vai da Política à Arte—insisto. Divergências momentâneas podem estalar aqui e além, como no caso de Fernando de Magalhães. Mas o embate dos interêsses nacionais é sempre corrigido pela lei eterna do Sangue e da História, que nos faz encontrar a cada passo portugueses servindo debaixo das bandeiras de Castela e espanhois servindo debaixo das bandeiras de Portugal. E a regra que domina nas relações entre os dois povos é desta forma a duma cooperação com tanto de amigável como de espontânea.

Iniciada pela política matrimonial dos Reis-Católicos, essa cooperação amigável entre Portugal e Espanha traduz-se bem cêdo, e

proveitosamente, na repressão da pirataria berberisca, com a nossa ida à conquista de Túnis. Conta-se que Carlos V, em face do valor da esquadra comandada pelo infante D. Luís, não se contivera sem exclamar que, se fôsse senhor de Lisboa, em pouco tempo o seria do mundo inteiro. O reconhecimento da importância de Portugal como factor imprescindível para que a Península, colocada entre dois mares, se defenda e imponha pelos meios que só o Poder-Naval lhe oferece, está todo definido no desabafo do Imperador. Mais tarde o sentiria igualmente, embora em posição diversa, alguêm que foi um dos maiores obreiros do Portugal Restaurado. Refiro-me ao Padre António Vieira — o célebre jesuita, a cuja incansável actividade e alto génio político o fundador da dinastia de Bragança deveu em boa parte a sua consolidação no trono. Trata-se dum dos episódios mais mal interpretados da nossa longa luta com Filipe IV, quando do acto libertador de 1640. Apoiados externamente por Richelieu, Mazarino, seu sucessor, viria a abandonar-nos em 1659 na paz dos Pireneus. Em guerra no Brasil com a Holanda, ameaçados de que a paz da Espanha com a França, já desenhada no horizonte, reduzisse Portugal a um estado quasi insustentável de resistência, o Padre António Vieira mediu com um golpe de águia a situação e resolveu esconjurá-la, indo absolu-

tamente ao encontro dela e aproveitando-a em quanto, por ventura, pudesse beneficiar a Portugal. Mas como? Negociando, nada mais, nada menos, do que o casamento do príncipe herdeiro de Portugal, D. Teodósio, morto depois prematuramente, com a princesa D. Maria Teresa de Áustria, a essa data (1650) única herdeira de Filipe IV.

Não me é fácil acompanhar aqui a marcha e o desfecho duma tentativa tão curiosa, como obscurecida, da velha política peninsular. O que nos prova mais uma vez é que, se o *Iberismo*, como doutrina unitarista, é a cada passo desmentida pela Geografia e pela História, o *Peninsularismo*, na sua expressão de solidariedade afectuosa, é, exactamente, uma indicação constante da mesma Geografia e da mesma História. Assim nós vemos a todo o instante os dois países — Portugal e Espanha, por mais desavindos que andem, regressarem pela força dos acontecimentos a um princípio de colaboração e entendimento, que antigos factores de divisão não deixam depois consumar-se em consequências duradoiras e fecundas.

Sabemos como em Portugal a Casa de Avis, interessada de perto na política matrimonial dos Reis-Católicos, preparara um raro momento de identidade de aspirações e glória dentro da vida social e cultural da Península. Ao inverso do que freqùentemente se imagina,

a Casa de Bragança não se empenhou menos em o alcançar, conduzida pelas razões já citadas da Geografia e da História que um dia — quem sabe se já bem próximo? — acabarão por se impôr às inteligências mais obcecadas, ditando às duas pátrias hispânicas a verdadeira norma do seu destino comum e imortal. Demonstra-no-lo bem, logo a dez anos do feliz movimento revolucionário que nos emancipou do centralismo odioso do Conde-Duque, a atitude, ainda para tantos incompreensível, do Padre António Vieira. Muitos anos decorridos, escutá-lo-emos justificar-se no seu *Sermão de acção de graças* pelo nascimento do príncipe D. António, filho de D. Pedro II, em 1695. Diria então o famoso jesuita:

«*Agora me consintam os portugueses que* «*lhes tire uma espinha da garganta. Porque es*«*tão notando a El-Rei* (D. João IV) *que quizesse* «*neste contracto* (o do casamento de D. Teo«dósio com D. Maria Teresa de Áustria, «como referimos) *desfazer o que tinha feito*, *e* «*tornar a unir o que tinha desunido. Mas é por*«*que até agora calei uma clausula do projecto*, «*sem a qual eu também não havia de aceitar a* «*comissão. A clausula é que no tal caso a cabeça* «*da monarchia havia de ser Lisboa*; *e d'este* «*modo se conseguia para o nosso partido a* «*segurança*, *e para o governo da monarchia a* «*emenda. O erro que tem causado muitos em Es*«*panha*, *como ponderam os melhores políticos*, *é* «*estar a côrte em Madrid. Por isso El rei Filipe* «*o segundo*, *quando veio e viu Lisboa*, *logo a sua* «*prudencia determinou e prometeu passar a côrte* «*para ela. E a esse fim se começou a edificar* «*aquela parte do palácio a que chamam o Forte.* «*Tendo Espanha tanta parte dos seus domínios*

«*no mar Mediterraneo, tanta no mar Septentrio-*
«*nal, e tantas e tam vastas em todo o mar Oceano,*
«*havia de ter a côrte onde as ondas lhe batessem*
«*nos muros:* **e dependendo todo o ma-**
«**nejo da monarchia da navegação de**
«**frotas e armadas, e dos ventos que**
«**se mudam por instantes** (1), *que poli-*
«*tica podia haver mais alheia da razão, que*
«*tê-la cem leguas pela terra adentro, onde os*
«*navios só se veem pintados e o mar só na*
«*agua pouca e doce, que o inverno empresta*
«*ao Mançanares?*» (2).

Desculpem os madrilenos que me leiam a ironia do grande jesuita à pobreza arrastada do seu rio natal! Não se assomem do outro lado da fronteira os meus compatriotas mais irritaveis, se no éco das minhas palavras chegar lá o éco das palavras do Padre António Vieira!

Com uma visão profundíssima de homem de Estado, o ilustre jesuita considerava bem que, sendo o Poder-Naval («*e dependendo todo o manejo da monarquia da navegação de frotas e armadas*», — declarara êle) a base do império filipino, o seu eixo se desviaria naturalmente para as ribeiras do Oceano, com Lisboa por capital e a herdeira do trono espanhol aliada matrimonialmente ao herdeiro do trono português.

---

(1) O normando é meu.
(2) Transcrição do senhor J. Lúcio de Azevedo na sua *História de António Vieira.* Tomo I. Lisboa, 1918.

E o pensamento do Padre António Vieira precisa-se em termos de inteira justificação nas *Instruções* diplomáticas, recebidas a tal respeito do próprio D. João IV.

Pondera o monarca: — «*Pode parecer-lhes* (aos negociadores) *grande inconveniente ficarem o Príncipe e a Infanta os anos que Deus for servido dar-me de vida privados do título e governo de reis, e ficá-lo eu logrando. Será ainda mais duro de tragar a El-Rei de Castela e seus ministros; porém é tal o amor que tenho ao Príncipe, e tal a confiança que tenho do seu, e desejo tanto ver a meus vassalos o descanço da paz, que facilmente vencerei este inconveniente renunciando-lhe a corôa com tal condição que assim ele como a Infanta hão neste caso de viver no Reino, sem sair dele nem irem a Castela.*» (1)

Por certo que não agradaria à política de Filipe IV a proposta da côrte de Lisboa. A negociação pretendeu levar-se a efeito em Roma, com rasgada aquiescência, especialmente, do cardeal Lugo, — «*em tudo eminentissimo*», — esclarece o Padre António Vieira. Mas o embaixador espanhol, que era o duque do Infantado, opôs-se terminantemente, mesmo a quaisquer aproximações preambulares, intimando ao Geral da *Companhia* que mandasse

(1) Transcritas também na obra citada do sr. J. Lúcio de Azevedo.

sair de Roma o irrequieto filho de Santo Inácio, que tão alto punha os seus olhos, tendo apenas em vista o bem da sua pátria. Assim fracassou o projecto do matrimónio do príncipe D. Teodósio com D. Maria Teresa de Áustria, que estava longe de ser um baixo recurso oportunista de quem não pensasse senão em se subtrair habilidosamente a um lance apuradíssimo. Dotado duma rara penetração política, o Padre António Vieira considerava bem que se a monarquia filipina não subsistiria intacta sem o concurso do Poder-Naval, o Poder-Naval não lhe seria possível sem Lisboa. Ora a capital em Lisboa... E eu juro que a todos os portugueses a ideia sorriria francamente!

Mas o Padre António Vieira enganava-se, supondo que uma transferência de capital de Madrid para Lisboa motivaria na Península o predomínio de Portugal. Sem dúvida que, seguindo a atracção irresistível dos litorais, Castela passaria a incorporar-se na influência da vertente atlântica da Península. Mas não resta dúvida também que o Aragão e a Catalunha se desviariam, por imposição das próprias leis geográficas, para um rumo abertamente oposto. Porque, relacionando os factos com as causas que os determinam e concatenam, teremos de reconhecer que a hegemonia de Castela na Península terminou com a batalha de Toro. Se o partido de D. Joana ali houvesse

vencido, Castela andaria hoje unida a Portugal, abalando então connosco à conquista do império das Águas. Venceu o partido de Isabel e, no fim de contas, quem venceu foi o Aragão, que arrastou Castela consigo para os conflitos subsequentes da Itália e da Europa-Central. Iludia-se, pois, o glorioso jesuita ao acreditar que Portugal se engrandecia, engrandecendo-se com a assimilação da monarquia espanhola. Ocorreria seguramente a Portugal o que ocorreu a Castela quando, fazendo idêntica experiência, tentou a nossa fusão. Um fermento de permanente discórdia não permitiria nunca às duas nacionalidades lograr o mais pequeno instante de sossêgo. Outra é, por conseguinte, a lição a tirar dos propósitos políticos do Padre António Vieira. Realmente, no Poder-Naval reside a condição fundamental do prestígio da Península. Reside, no entanto, numa forma de acto bilateral em que nenhuma das duas soberanias em presença seja diminuída ou subalternizada. A essa condição insofismável nos conduzem os ensinamentos do Passado, mostrando-nos com firmeza que é onde devemos ir buscar a chave do nosso futuro—do futuro de ambos os povos peninsulares.

Não o definia bem a intuïção de Carlos V em Túnis, ao apetecer o porto de Lisboa para que se tornasse um dia possível o seu sonho de senhorio ecuménico. Não o definia

bem, mas adivinhava-o. Adivinha-lo-ia igualmente Filipe II, aparelhando contra Isabel de Inglaterra a *Invencível-Armada*. O podério marítimo da Grã-Bretanha começava a levantar-se. Quis Filipe sufocá-lo no berço. Não lho consentiu o destino,—não lho consentiu a fúria desencadeada dos elementos. E com o tremendo desastre sumiu-se num demorado crepúsculo a preponderância da Península sôbre os dois mares, que Deus parece ter confiado à sua guarda.

Vítima duma calúnia secular que só agora a crítica histórica começa a desfazer, a lenda-negra em que se envolve a personalidade de Filipe II desvirtua obstinadamente os intuitos que determinaram o Áustria, sempre reflectido e prudente, a atacar a Inglaterra dentro da sua própria casa. Ouçamos a êste respeito um testemunho cheio de autoridade, por partir de alguêm que não é pródigo em predileções espanholistas.

«Toda a gente conhece a forma simplista como os fenómenos da história de Portugal são em geral entre nós apresentados e apreciados: D. João III passou a vida a olhar para as fogueiras da Inquisição; D. Sebastião, fanatisado pelos jesuitas, levou o paiz a Alcácer-Quibir; mais tarde D. João V viveu entre Odivelas e Mafra, e o país oscila entre a Inquisição e os jesuitas, e entre os jesuitas e a Inquisição, até que o Marquês de Pombal o

livrou de tudo isso»,—escreve algures na sua monografia *O ultramar português*, [1] o conselheiro Ayres de Ornelas. Mas a quem se dá hoje ao trabalho de estudar ou procurar estudar a história pátria custa-lhe a contentar-se com esta filosofia da história bebida na fonte *insuspeita* da «Deducção Chronológica». Chega por exemplo à conclusão de que a política marroquina de D. Sebastião era não só a verdadeira e tradicional política portuguesa, mas até representava a reacção contra o abandono das praças de África iniciado no reinado anterior. Camões, um dos mais livres e esclarecidos espíritos da Renascença, uma das mais poderosas inteligências do seu tempo, o mais genuino representante da tradição nacional, defendeu, preconizou, impulsionou até, essa política em estrofes imortais. E não julgamos que êle fôsse jesuita ou inquisidor. Da mesma forma o projecto da conquista da Inglaterra, consubstanciado, por assim dizer, na Invencivel Armada, é atribuído muitas vezes ao *fanatismo* de Filipe II que assim queria convertê-la à viva fôrça ao Catolicismo. Mas como êsse projecto representa de facto a sequência natural da política espanhola em relação à Inglaterra, e como essa política tendia sobretudo a manter ileso o poder naval

(1) Pôrto Companhia Portuguêsa Editora, 1919.

da Península, cabe aqui naturalmente expôr, ainda que muito em resumo, o que ela era e o que tinha sido».

E o conselheiro Ayres de Ornelas continúa: — «A tradição nacional espanhola pedia a aliança com a Inglaterra, não só para contrabalançar aquela que de tempos imemoriais se estabelecera entre a Escócia e a França, mas ainda e sobretudo para evitar que os domínios flamengos de Casa de Borgonha caísssem sob o poder da França. Toda a política de Carlos V e a da casa de Áustria na Flandres está nisto. Para se perceber como êste problema era vital para a Inglaterra, basta notar que, com a França senhora dos mares do Norte desde a Mancha até à Escócia, não havia para ela um momento de sossêgo; e da mesma forma, o principal mercado estrangeiro do comércio inglês, a Península hispânica, estaria igualmente à mercê do seu inimigo secular. E acrescentamos ainda que, para o comércio da Península, o nosso, especialmente desde a descoberta do caminho para a India, era de vital importancia ter livre o acesso do Mar do Norte e manter assim seguro o tráfego com as feitorias de Flandres».

Ora para a política de Filipe a necessidade em que se baseava essa tendência da Espanha para com a Inglaterra não tinha de modo nenhum deixado de existir. O seu casamento com Maria Tudor significa bem o

quanto preocupava a Filipe o prosseguimento duma aliança entre as duas nações a ponto de se esquecer por completo o repúdio de Catarina de Aragão por Henrique VIII e mais tarde ser o próprio Filipe o primeiro a favorecer as pretenções de Isabel ao trono de Inglaterra. O que, seguramente, estava em desacôrdo com o tal «fanatismo» de Filipe II, pois, como comenta ainda o conselheiro Ayres de Ornelas, «se Isabel não subisse ao trono, a quem êle caberia era a Maria Stuart, a um tempo raínha da Escócia e casada com o herdeiro da Corôa de França».

É Isabel que rompe com Filipe, empreendendo um ataque sistemático ao poder naval espanhol, tão depressa sentiu a corôa segura. Os corsários ingleses salteiam os galeões castelhanos, carregados de oiro, e Drake deixa um rasto de ruína e sangue nos domínios americanos de Filipe. Os intentos de Isabel são já manifestos. Mas Filipe não se decide ainda, não vá prejudicar-se com algum movimento precipitado. «Na realidade, para um fanático que não pensava senão em converter a Raínha de Inglaterra era bastante condescendente e vagaroso!» «Foi só quando a necessidade da luta se tornou nêle uma convicção, — prossegue o autor de *O ultramar português*—, que naturalmente se lembrou de buscar um aliado no sentimento religioso, unindo o mundo católico numa espécie de cruzada contra o cres-

cente e ameaçador desenvolvimento do poder naval protestante».

E Ayres de Ornelas acrescenta: — «Aí por 1586 o projecto de operações da Armada pode julgar-se completo: o Rei tinha então em seu poder o elaborado e volumoso estudo da sua organização e o subsequente plano de campanha, monumento admirável de conhecimentos técnicos e precisão militar devido ao génio do grande homem de guerra que foi o Marquês de Santa Cruz. E não só são curiosas as coincidências que apresenta com o que mais tarde formou o génio de Napoleão para a resolução do mesmo problema, mas ainda nos seus traços gerais podemos dizer que concordam por completo. Resumia-se em conduzir a Flandres uma armada formidável, embarcar ahi o exército comandado por Alexandre Farnese, e, desembarcado êste na costa de Inglaterra, marchar sôbre Londres».

No propósito em que nos empenhamos de demonstrar quanto para a vida e para a supremacia da Península o Poder-Naval constitui um factor de capital importância, não é indiferente acompanhar de perto os planos de Filipe II no golpe dirigido por êle contra a Inglaterra. Veremos assim, para honra e glória do génio peninsular, apesar do desfecho trágico em que epilogaram tantos e tão dispendiosos preparativos, como Napoleão foi antecedido precisamente dois séculos

no emprêgo dos mesmos meios pelos admiráveis colaboradores do filho de Carlos V. «A armada de Santa Cruz desempenharia no Canal da Mancha o papel que mais tarde Napoleão destinava à de Villeneuve: manter aí o poder naval enquanto se efectuasse a travessia do exército e a sua subseqùente manobra sôbre Londres. Mas a Napoleão faltou o porto de Lisboa, base natural de semelhante operação naval, e por isso teve de complicar o seu projecto com elaboradas manobras para fazer saír dos respectivos portos as esquadras que Villeneuve devia concentrar na sua mão, e a falta de uma tão perfeita e adequada base naval não foi das que menos contribuiram para o malogro dos planos imperiais. Não teve êste senão o projecto de Filipe, mas a morte de Santa Cruz e a sua substituição pelo duque de Medina Sidónia, que *nunca navegara*, foi por certo bem mais prejudicial do que a morte de Latouche Tréville e a sua substituição pelo vencido de Trafalgar havia de vir a ser para Napoleão».

Um destino funesto quis pôr ponto final no poderoso navalismo peninsular. Só Portugal se fizera representar na *Invencível-Armada* com dez galeões e duas galeras, levando 3286 soldados, 1712 marinheiros e 384 bocas de fogo. Tudo por lá ficou desfeito no mar do Norte, numa guerra sem tréguas com a

fúria dos elementos e a perícia estremada da gente de Drake.

E a Península entrou a sumir-se no demorado eclipse que não terminou ainda e que só encantrará remate quando a *aliança-peninsular* volte a restaurar o sentido perdido da antiga *unidade-hispânica*.

O sêlo da raça



S. BRUNO.
(De Manuel Pereira)
Cartuja de Miraflores, Burgos.

O SÊLO DA RAÇA

OBRA, sobretudo, duma diligente e amorável acção feminina, ninguêm talvez definiu melhor a *unidade-hispânica* do que Monís Barreto, — um dos mais belos e desditosos espíritos da nossa terra. Na «Revista de Portugal», de que foi director Eça de Queiroz, publicou Monís Barreto um sensacional estudo, em seguida ao *Ultimatum* de 1890. Intitula-se êle *«A situação geral da Europa e a política exterior de Portugal»*. E embora corressem mais de trinta anos sôbre a sua publicação, (1) o trabalho de Monís Barreto reveste-se na hora presente, para quem o releia, duma profunda e irrefutável actualidade. Encara-se ali o problema da *aliança-peninsular* com a mais brava decisão de inteligência. Assim o vamos provar com as palavras do próprio Monís Barreto: — «Mas Portugal está interessado, não só em viver em paz com Espanha, mas ainda em

(1) Setembro de 1891. Volume IV, pags. 81 a 104.

travar com ela relações de amizade e aliança. Depois que em Aljubarrota e em Toro os portugueses e os castelhanos afirmaram reciprocamente a sua independência contra mútuas tentativas de invasão, iniciou-se na Península um período de inteligências diplomáticas que dura um século e corresponde em Portugal aos reinados de D. João II, D. Manuel, D. João III, D. Sebastião, e em Espanha aos reinados de Fernando e Isabel, de Carlos V e de Filipe II. Durante êste período, que é o de maior prosperidade e grandeza dos povos peninsulares, a consciência da fôrça própria suprime desconfianças e temores e a identidade de aspirações e sentimentos cimenta as bases de uma aliança em que compartilhamos com a Espanha a hegemonia no Mediterrâneo Ocidental e nos dois Oceanos. E' êste pensamento que inspira os casamentos dinásticos e se traduz por auxílios militares, que conduz um infante de Portugal à barra de Túnis, que faz combater os cavaleiros espanhois em Alcácer-Kibir, que, encontrando intérpretes nos grandes poetas da península, enche de elogios magníficos do génio espanhol a epopeia das glórias portuguesas, que dicta a Herrera a lamentação à morte do Rei Desejado, que em pleno reinado de Filipe IV leva o maior vulto do teatro nacional espanhol a coroar com a auréola da poesia a memória do Infante Santo. E é um facto que

se presta a reflexões que o período da aliança espanhola coincida com a época de maior prosperidade e de plena expansão do génio português».

Constitui o depoimento de Monís Barreto uma síntese brilhante de quanto, ao longo dêste trabalho, ficou já afirmado. Vivem, porêm, tão ancorados na psicologia dominanie os preconceitos que, de parte a parte, impossibilitam uma desanuviada e incondicional aproximação *hispano-portuguesa*, que nunca me parece demais insistir num tema como aquêle que a pena de Monís Barreto condensou tão brilhantemente. Por isso volto a recordar a circunstância deveras impressionante de ter a Casa de Avís transmitido aos Áustrias espanhois a sua hereditariedade tanto física como moral. Sêlo admirável da nossa Raça, em tudo êle se manifesta, demonstrando-nos como coincide, na verdade, com essa época, o período da expansão plena do génio português. O «bilinguismo-literário», tão justamente denominado por D. Carolina Michaëlis de Vasconcelos, não é mais do que um dos muitos aspectos do íntimo paralelismo social e cultural que ligou então entre si as duas pátrias hispânicas.

Realmente, se a história de Portugal na centúria de Quinhentos vibra cheia de ressonâncias castelhanas, a história de Castela, por sua vez, é um eco constante, repetindo com

orgulho o nome glorioso de Portugal. Ainda agora, por toda a banda, por onde quer que o viajante peregrine, o escudo sagrado das Quinas se destaca para o nosso olhar surpreendido de entre a mole serena das igrejas e dos palácios que riscam de traços nobres a paisagem pensativa do centro da Península. Em Segóvia, por exemplo, a cruz floreteada de Avis insculpe-se magnificamente no cadeirado soberbo do côro da Catedral. Guarda-se igualmente em Segóvia o precioso pontifical do bispo D. Vasco com as armas portuguesas avultando no esplendor heráldico das bordaduras sumptuosas. A Segóvia pertence também uma outra maravilha de arte, — o *Christo de Lozoya*,—obra do imaginário Manuel Pereira. Autor do formidável *S. Bruno* da *Cartuja de Miraflores*, quási ninguêm em Portugal conhece a existência ([1]) dêsse seu filho ilustre, que é uma das mais extraordinárias expressões do génio plástico da Península. A barreira que

([1]) Informa-me o meu amigo e ilustre poeta marquês de Lozoya, a cuja casa pertence a admirável obra de Manuel Pereira, — «Pereyra» à castelhana — que o crítico de arte D. Juan Allende-Salazar prepára um largo e documentado estudo sôbre tão grande artista. Dou esta boa noticia aos que em Portugal se interessam pelas coisas serenas da Inteligência e da Emoção. Manuel Pereira gozava do maior favor na côrte de Filipe IV e foi autor também de outros Cristos, como o *Cristo del Olivar* (igreja de Madrid), e do *Cristo ajoelhado*, dos Padres Dominicos da referida côrte.

nos separa, por motivos hoje irracionais, leva-nos a nós, portugueses, a repelir criminosamente bastantes florões do património augustíssimo da nossa Raça e da nossa História.

Ora o que sucede em Segóvia, sucede por toda a Espanha, — desde Granada custodiando o corpo de S. João de Deus,—«*decor Hispaniœ: Institutor Ordinis, proles Lusitaniœ ac Granatœ nobilis celebre depositum...*» como se canta no ofício da sua festa de Confessor,—até Fuenterrabia, de sentinela já à terra francesa, mas com as Cinco-Quinas e os Sete-Castelos ocupando orgulhosamente o coração do escudo filipino. De sul a norte, sempre um retalho de Portugal, sempre uma reminiscência da «pátria minha amada», — no dizer inolvidável do Épico! Significará isso, porventura, uma subalternização de Portugal ao espírito militante e unitarista do centro da Península? Não,—de modo nenhum! Monís Barreto já acentuava bem que «a consciência da força própria suprime desconfianças e temores». E' o que se comprova sem dificuldade se nos lembrarmos que, na constante permuta intelectual das duas nacionalidades hispânicas, Aires Barbosa,—um português (1),

(1) «Nebrija, auxiliado por Aires Barbosa, deu aos estudos humanistas o fervor e a organisação definitiva que haviam de conservar no glorioso século XVI».

presidia ao desenvolvimento dos estudos clássicos em Espanha ([1]), enquanto o espanhol Luís Vives dedicava a D. João III o seu tratado *De disciplinis*, antecedido dum caloroso elogio aos serviços prestados por Portugal à cultura humana. Do mesmo modo, se um Brocense recebia em terra portuguesa a sua primeira formação mental, Garcia de Orta, — o nosso grande naturalista, era em Alcalá, na universidade de Cisneros, que preparava o seu espírito e sentia abrir-se à curiosidade scientífica que o notabilizou depois.

Não nos esqueçamos também de que na sua cátedra de Évora é que o jesuíta Luís de Molina sustentaria a sua longa e apaixonada polémica, de que o *Condenado por desconfiado* devia ser a seguir a imorredoira expressão literária ([2]).

Embora granadino de nascimento, por seu lado em Coímbra regeria cadeira Fran-

---

Menendez y Pelayo, citado por Teófilo Braga na sua *História da literatura Portuguêsa. II. Renascença.* Pôrto, 1914.

(1) «... *Antonio de Nebrija era el príncipe de los latinistas españoles, como el português Arias Barbosa el patriarca de los helenisas, surgiendo em torno de estas figuras principales una verdadera legión de gramáticos entendidos en todas las linguas antiguas, y constructores de aquel magnifico monumento, ideado por Cisneros, que se llamó* la Poliglota Complutense. (Angel Salcedo Ruiz, *La literatura espanola*, tomo II, pags. 24-25, Madrid, 1920.

(2) Ramon Menendez Pidal, *Estudios literarios* pag. 60 e segs. Madrid, 1920.

cisco Suárez, — o *Doctor eximius*, tornando a veneranda fundação de D. Dinís um dos mais esclarecidos luminares do pensamento europeu daquêle tempo. E como falamos em Francisco Suárez, vem-me naturalmente à idéa observar a singular circunstância de só ter aproveitado a Portugal, para justificação doutrinária do nosso acto revolucionário de 1640, a agitada contenda jurídico-teológica que os escolásticos espanhois do século XVI ao século seguinte, inspirando-se em S. Tomás, sustentaram porfiadamente sôbre a orígem do Poder e o direito da Revolta, contra as preferências absolutistas dos doutores protestantes. Aproximadamente nessa data um português, Fr. Serafim de Freitas, frade mercedário, estribado na noção ecuménica da «*Respublica-Christiana*», refutaria a conhecida obra de Grotius, *Mare liberum*, como o seu tratado *De justo imperio Lusitanorum asiatico*.

Professou Fr. Serafim de Freitas *Direito Canónico* na universidade de Valladolid, e não há muito que um seu biógrafo e tradutor, ressuscitando-o para os aplausos da posteridade, escrevia dêle que o seu trabalho é incomparavelmente superior ao de Grotius «em método e em doutrina» [1]. E o visconde de Santarêm, numa curiosa nota que nos legou

(1) A. Guichon de Grandpont, comissário geral de Marinha, — *Freitas contra Grotius sur la question de la Liberté des Mers*. Paris-Lille, 1882.

sôbre o *De justo imperio Lusitanorum asiatico*, resumia assim as suas impressões: — «O autor, dotado de pasmosa erudição, trata a questão da liberdade de navegar, e da proïbição, e do *Dominium maris*, com uma independência tal, que sustenta, apesar de servir a côrte de Hespanha, que então dominava a Portugal:

«*Batavi in Indiam non navigarunt nisi postquam Phillipus primus succedit in Lusitania*».

Acrescenta o visconde de Santarêm: — «Êste livro é uma grande defeza contra os detractores qne acusam os portugueses da sua administração colonial», frisando ao mesmo tempo que êle constitui «um fortissimo manifesto contra Castella e que mostra bem como a revolução de 1640 se preparou muitos anos antes». Não escapou por isso ao visconde de Santarêm «a circunstância do governo hespanhol consentir na impressão desta obra, e tanto mais que o auctor era lente de Canones na Universidade de Valladolid» (1).

Mas, se o visconde de Santarêm rebuscasse um pouco nas suas abundantes reminiscências de erudito, talvez se não surpreendesse tanto com a liberdade concedida à pêna e ao livro de Fr. Serafim de Freitas. Precisa-

---

(1) *Estudos de cartografia antiga*. (Autografos e notas dispersas). Vol. II, pags. 224-225. Lisboa, 1920.

mente, durante o «domínio filipino»,—que eu prefiro chamar com mais exactidão «monarquia dualista dos Áustrias» —, é que o «portuguesismo» se afirmara na vida social espanhola de maneira tal que o teatro castelhano do Século de Oiro está cheio de Portugal e de motivos portugueses. Em Tirso de Molina, então, a nossa pátria quási representa o único tema inspirador das suas obras. Ainda mesmo naquelas peças de carácter mais humano e universal, como *El Burlador de Sevilla,* o «lusofilismo» de Tirso, — como se diria hoje—, é transparente de intenção e de carinho para connosco.

Conhece-se a descrição de Lisboa com que nos enobrece Tirso no *Burlador:* — «*Es Lisboa una octava maravilla*». Pois nas *Quinas de Portugal,* escritas às vésperas da Restauração, Tirso de Molina dramatizaria com D. Afonso Henriques, Egas Monís e S. Geraldo a instituição do reino de Portugal. Aí nos surge o «milagre de Ourique», já com a mesma mística com que actuaria tão poderosamente no ânimo dos nossos homens de Seiscentos. E Cristo Senhor Nosso que no campo da batalha entrega a D. Afonso Henriques o estandarte da nova nacionalidade com as palavras seguintes:

«*Las armas que à Lusitania»*
otórga mi amor propicio,
em cinco escudos celestes

han de ser mis llagas cinco;
en forma de cruz se pongam,
y con ellas, en distinto
campo, los treinta dineros
con que el pueblo fementido
me compró al avaro ingrato,
què después, en otro siglo,
un escudo con el Algarbe,
se orlará con sus castillos».

E, ao confiar ao monarca o pendão do Reino nascente, Jesus confirma-lhe essas armas, rematando do alto da Cruz, rodeado de Anjos:

Yo te las doy de mi mano,
Yo con mi sangue te animo,
Yo tu estandarte enarbolo.
Yo victorioso te afirmo.
Alfonso! al arma! debela
a un tiempo á alarbes y vicios.
Reinarás en la Lusitania,
Y eterno despuès comigo!»

Escrevia-se e representava-se isto nos tablados de Madrid em 1638, exactamente na hora em que o centralismo opressivo do Conde-Duque ia restituir outra vez a Portugal os seus direitos imortais de terra livre. Em que atmosfera, na verdade, o nome de Portugal se aprendia e pronunciava!

Bem mais castelhanista que Tirso, aparecem, no entanto, os mesmos sentimentos por Portugal em Calderon de la Barca, que tambêm às vésperas da Restauração, tomando

para protagonista do seu *Principe-Constante* o Infante Santo, empregaria a nossa própria língua para nos reconhecer num verso inolvidável a noosa eterna condição de portugueses. A scena passa-se nas praias de Tânger, quando da «infelice jornada». Dois mouros dão com Brito deitado por terra. É interessante observar que no teatro espanhol do grande Século, sempre que o assunto seja português, é quási inevitável um «Brito», fazendo o jocoso da peça. Ora o «Brito» do *Principe-Constante,* depois de fingir de morto, não se contêm na sua disfarçada imobilidade e... —e Calderon que nos conte o resto!

«Moro 1.º *Cristiano muerto és este.*
Moro 2.º *Porque no causen peste,*
Echad al mar los muertos.
Brito. *En dejando los cascos bien abiertos*
A tajos y reveses;

(Levantase, y acuchillalos.)

Que ainda mortos somos portugueses. (1)

A homenagem que Calderon de la Barca assim nos prestava, marca bem o íntimo parentesco, a evidente familiaridade, com que Portugal era estimado na lareira de Castela, mesmo quando uma tarja negra se empenhava

---

(1) Calderon de la Barca, *Teatro*, vol. I pag. 247. Edição Calleja, Madrid, 1920.

em partir em duas metades inimigas a história gloriosa da Península. Constituiria um desfile curiosíssimo a simples enumeração das lendas e personagens portuguesas que ilustram o teatro espanhol, desde Lope de Vega, Calderon e Tirso de Molina a Velez de Guevara, a Agustín Moreto, a João de Matos Fragoso,—êste, português de nascimento, apesar da sua obra ser toda castelhana (1).

O traço principal que salienta nêsses autores o carácter português é o do *enternecimento* e do *amor*. Na sua *Dorotéa* Lope de Vega, por bôca de D. Fernando,—uma das figuras,—declara significativamente: — «*Tengo los ojos niños e portuguesa el alma; pero creed que quien no nace tierno de corazón, bien puede ser poeta, pero no será dulce*». Transparece no singular testemunho de Lope de Vega a completa consciência que havia da parte do génio castelhano para com a divisória moral que a nós,—os portugueses, nos distinguia inconfundivelmente adentro da unidade cultural e ética da Península. E' sobretudo numa idéa *afectiva* da existência que consiste semelhante diferença. Encontramo-nos dêste modo em face do problema do Lirismo, como sendo a

---

(1) Vêr, além dos estudos de Menendez y Pelayo sôbre Lope de Vega, a conferência de Manuel de Sousa Pinto,—«*Portugal e as portuguesas em Tirso de Molina.*»

linha madre do nosso *ethos*, — a mais invencível de todas as razões da nossa profunda vida nacional.

*

Levar-nos-ia muito longe o exame da questão. Não deixarei, porêm, de lembrar que, se o génio castelhano influíu na literatura europeia, através das suas formidáveis criações teatrais e novelescas, nós não deixamos de influir menos, gerando uma forma típica de sensibilidade que vem desde o *Amadis de Gaula*, —cuja orígem galaico-lusitana ([1]) o insigne Menendez y Pelayo reconhecia — , e é depois continuada pela *Menina e Moça* de Bernardim Ribeiro. Com rara acuidade crítica observaria Menendez y Pelayo apropósito da *Diana* de Jorge de Monte-Mór:—«*La Diana ha influido en la literatura moderna más que ninguna otra novela pastoril, más que la misma* Arcadia *de Sannazaro, más que Dafnis y Cloé, que no tuvo verdadero imitador hasta Bernardino de Saint-Pierre*«. Não me é possível traçar aqui a genealogia da *Diana* de Jorge de Monte-Mór. Mas, àparte as tendências e as modas literárias que a particularizam, entronca directamente na *Menina e Moça* de Bernardim Ribeiro, — »*novela* sui generis, *llena de sub-*

---

(1) *Origines de la novela*, tomo I, pags. CLXXI.

jectivismo romantico, en que el escenario es pastoril, aunque la maior parte de las aventuras son caballerescas.« ([1]) Por seu turno e por essa original combinação do pastoril e do cavalheiresco, a penetração do *Amadis* na *Menina e Moça* é de demonstração facílima. Ora no *Amadis*, ainda segundo Menendez y Pelayo, domina *«un idealismo sentimental que tiene de gallego ó português mucho más que de castellano: la accion flota en una especie de atmósfera lirica que en los siglos XIII y XIV sólo existia alli.»* ([2])

Criou o *Amadis* um «novo tipo erótico» bem diferente do idealismo platónico e petrarquista, *»que es otra quimera mucho más sutil, nacida de doctrinas filosoficas sobre el bien y la hermosura,»*—acentua ainda Menendez y Pelayo. Ao contrário, no *Amadis* o amor *»implica no sólo el reconicimento de la belleza sensible, sino el deseo de poseerla.»* Acontece tambêm que no *Amadis* Oriana,—o eterno feminino—, *«es personage tanto ó más importante que Amadis.»* ([3]) E Menendez y Pelayo entende que *«lo más grave y lo que hizo sospechoso desde luego a los moralistas el* Amadis *con su innumerable progenie fué la falsa*

---

(1) Menendez y Pelayo, ob cit., tom. I, pags. CDXXXII-III,
(2) Menendez e Pelayo. ob. cit., pags. CCXVI.
(3) *Obr. cit.*, pags. CCXV.

idealización de la mujer, convertida en idolo deleznable de un culto sacrilego ó imposible, la extravagante esclavitud amorosa, cierta efeminacion que está el ambiente del libro, á pesar de su castidad relativa.» ([1])

Porque no *Amadis* «*hay todavia mucho de enervante y muelle que contrasta con la férrea austeridad de las gestas castellanas,*»([2]) é que Menendez y Pelayo, sem conhecer a monografia de Antonio Tomás Pires ([3]) que fixou definitivamente o quadro cronológico da vida de João de Lobeira, se decide sem hesitações pela orígem galaico-lusitana da festejada novela. Menendez y Palayo reconhecia assim no *Amadis* a natureza excepcional do nosso apaixonado temperamento lírico, embora, numa dureza de generalização, o considerasse como um excesso quási feminil de sensibilidade. Pois do *Amadis* transitou para a *Menina e moça* o mesmo conceito de amor, que torna a novela de Bernardim Ribeiro em nada devedora a Sannazaro, decalcador de Vergílio e Teócrito, porque Bernardim, »*hijo de la Edad Media... combina el ideal caballeresco con el pastoril*», resultando daí, por influência poderosa do lirismo estrutural da nossa raça,

---

(1) *Obr. cit.*, pags. CCXXVI.
(2) *Obr. cit.*, pags. CCXXI.
(3) Vid *Estudos e notas elvenses*, VII. Vasco de Lobeira. Elvas, 1905.

«una ternura muy poco viril, un sentimentalismo algo enfermizo, pero que llega a ser encantador por lo temprano y solitario de su aparicion, un preromanticismo patético y sincero...«[1]

Rectificaremos de passagem a Menendez y Pelayo pelo que respeita à conta de menos virilidade em que aprecia o nosso lirismo ingénito, recordando que dêsse fundo lírico da Raça é que saíu o mito assombroso do Encoberto,—eucaristia admirável da esperança. E, fixando-nos na felicíssima designação de «pre-romanticismo» com que qualifica a sentimentalidade inconfundível de Bernardim, vejamos aí a nota ancestral que, recebida do *Amadis*, se transmitiu depois, através da *Diana* de Jorge de Monte-Mór, à literatura europeia, particularmente à francesa.

Ressente-se, é certo, a *Diana* do convencionalismo da sua época. Mas, sem dúvida, as transparentes qualidades líricas do seu autor contribuiram para lhe ganhar a notoriedade que faltou por completo a outras obras do género.

Não se ignora a sugestão da *Diana* na *Astréa*,—a novela célebre de Honoré d'Urfé. Foi a *Astréa* em França «o prototipo nunca igualado de todas as novelas sentimentais do século XVII e o oráculo do gôsto cortesão

---

(1) Menendez y Pelayo obr. cit., tom. I, pags. CDXXXV.

desde o tempo de Enrique IV até Luiz XVI». Ultimamente os trabalhos de filosofia histórico-social de Ernest Seillieri, ([1]) sublinhando a impressão que da leitura da *Astréa* ficou em Jean-Jacques Rousseau, atribuem ao sentimentalismo introduzido na psicologia francesa pela novela de Jorge de Monte-Mór, por intermédio do autor do *Émile* e da *Nouvelle Héloïse*, a causa remota em França, não só do Romantismo, mas da própria Revolução. Realmente, entre o falso naturalismo de Jean-Jacques e o lirismo inato do lusitano, há uma relação de parentesco próximo, embora espúrio. No entanto,—categoria bastarda em França, se engendrou, como expressão social, a mentira ignóbil da «Bondade-Natural», em Portugal, dentro do ruralismo fundamental da grei moradora nas ribeiras do Atlântico, traduziu-se na criação suprema do Encoberto, salvador do seu povo oprimido.

Aqui está como a idiosincracia portuguesa, consubstanciada numa forma sua, —a da novela sentimental, accionou profundamente na vida moral e intelectual da Europa, ao lado do génio castelhano, que, pelo teatro e pelos seus tipos novelescos inolvidáveis, determinaria igualmente no mundo europeu uma

---

(1) *Les origines romantiques de la morale et de la politique. Romantiques*, Paris, Renaissance du Livre, 1920.

corrente de gôsto,—castelhana ou espanhola, como melhor se entenda. Dentrò da unidade da civilização peninsular, fica bem manifesta a linha própria a cada um dos dois *ethos* hispânicos. Era a consciência,—insisto,—dessa diferença que levava Tirso de Molina, nas *Quinas de Portugal*, a dramatizar a nossa tradição nacionalista do «milagre de Ourique» e Lope de Vega, depois de pôr na bôca dum dos seu personagens que tinha «*los ojos niños y portuguesa el alma*», a exclamar com outro que dois favores devia a Deus,—«o não ser idiota, nem haver nascido castelhano». [1]

Tal se nos revela a persistência do elemento lusista mesmo dentro da dupla-monarquia dos Áustrias. Não nos admiremos, pois, que na sua cátedra de Valladolid Fr. Serafim de Freitas sustentasse em pleno domínio filipino as téses que sustentou no seu *De justo imperio Lusitanorum asiatico*. A salvaguarda da nossa individualidade devia-se, principalmente,

---

(1) Citação de Teófilo Braga na sua *História da literatura portuguesa, II. Renascença*, em nota a pag. 32.

Não devemos também olvidar que Cervantes nos prestou a homenagem do seu espírito. Em Portugal compôs a *Galatéa*, primeiro livro que publicou. E' a *Galatéa* uma novela pastoril, calcada na *Diana* de Jorge de Monte-Mór e com muito de autobiográfica. Nela se nos mostra Cervantes completamente seduzido pela graça e pela ternura da alma portuguesa. Também em *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, Cervantes se refere a Portugal com carinho.

ao temperamento afectivo do português. Se o Lirismo correspondia socialmente às formas rurais do nosso profundo espírito municipalista, correspondia, por outro lado, na sua imediata expressão pessoal, ao «*tierno de corazon*» do *D. Fernando* de Lope de Vega. Pela ternura do coração nos impusemos na hora em que a nossa dissolução como pátria autónoma esteve mais perto de consumar-se. A nota especial que o Lirismo nos comunica é, dêste modo, tão estranha ao que constitui a essência da restante alma peninsular, que nós já vimos como o próprio Menendez y Pelayo dificilmente a interpretou, ao classificá-la de enervante e pouco viril! Não obstante, com aquela alta e justiceira atenção que as coisas de Portugal sempre lhe mereceram, Menendez y Pelayo não hesitaria em confessar que, mesmo nas obras de portugueses escritas em castelhano, se a língua é estrangeira, o espírito é nacional. Tornam-se assim evidentes os motivos por que nunca, por parte do Estado filipino, a nossa absorção seria possível. Quando nos incorporámos na monarquia dualista dos Austrias, levámos connosco uma política,—a do Mar, uma literatura, com o seu expoente máximo em Camões, e uma tradição de cultura, sem o concurso da qual nunca a Península criaria a civilização que criou. E até nêsse momento em que nos diríamos mais em risco de perder a nossa personalidade his-

tórica, ela se afirmou com traços tão indeléveis que nós já apreciamos o rasto que pôde deixar nas letras espanholas da época,—a maior da história literária de Espanha.

Não foram de menos importância os elementos nacionais que Portugal comunicou à pintura castelhana durante o período aziago, —para ambas as pátrias—, do govêrno dos Filipes. Retratista verdadeiramente notável, Afonso Sanches Coelho com o seu retrato da imperatriz Isabel tinha fixado na arte peninsular o modêlo do retrato da côrte mais em voga (1).

Quem era Sanches Coelho? Preguntar quem era Sanches Coelho é verificar mais uma vez a grande, a irrefutável influência de Portugal dentro da admirável obra cultural e política que designaremos por «*unidade-hispânica*».

Da naturalidade de Sanches Coelho já se não duvida. O que é ainda incerta é a data da sua saída para Castela. Supõe-se que iria recomendado ao imperador por D. Catarina de Áustria, sua irmã e esposa do nosso D. João III. Tido como espanhol durante alguns séculos, em consequência de lhe haverem cas-

---

(1) Louise Roblot-Delondre, *Portraits d'Infantes*, Pags. 74. Vêr sôbre êste curioso problema de história de arte o que escrevem Sanchez-Canton y Allende-Salazar a pags. 34-46 do estudo *Retratos del Museu del Prado*. Madrid, 1919.

telhanizado o nome e os apelidos, Afonso Sanches Coelho é, nada mais, nada menos, do que «*l'admirable portraitiste qui, sorti d'un milieu portugais, deviendra le fondateur de l'ècole de Madrid et le peintre officiel des cours de Charles-Quint e de Philippe II.*» ([1]) Casado com Luisa Reynalte, também de procedência portuguesa e autora dumas *Memórias*, hoje perdidas, sôbre a vida e morte da imperatriz Isabel, a quem servira ([2]), Sanches Coelho fundou uma gloriosa dinastia de artistas que, através de Pantoja de la Cruz, seu próximo parente, dura tanto como a dinastia dos Áustrias, dos quais, na frase definitiva de M.me Roblot-Delondre, fôra «*le peintre officiel.*» Efectua-se com Sanches Coelho a penetração decisiva da pintura portuguesa no quadro geral da pintura espanhola, que estava ainda subalternizada à imitação servil dos modêlos estrangeiros, quando em Portugal «*et sur la frontière de Vieille Castille une admirable pleiade de peintres avait su réaliser, dés le XV.e siècle, un tyoe d'art très personnel.*» Esse «*type d'art très personnel*» ([3]) scindir-se-à depois em diversas tendências. Mas «*l'école essentiellement portugaise perpetuera son type avec un peintre né en Espagne, Carreño de*

---

(1) *Obr. cit.*, pags. 48-49.
(2) *Obr. cit.*, pags. 50-51.
(3) *Obr. cit.*, pag. 39.

Miranda; celle évoluera rapidement et aboutira a Velasquez, peintre d'origine portugaise.» [1]

Em que consistiria, porêm, inicialmente, a «escola portuguesa?» Problema interessantíssimo, não nos é possível encará-lo aqui com a atenção merecida. *«Occupés du réalisme, les peintres portugais réproduisent la figure humaine tel qu'ils la voient... Le prototype de toutes ces figures, par leur aspect général, est evidentement emprunté a Jean von Eick, mais les procédés de ce maître se sont modifiés en Portugal, grâce a l'influence de la lumiére sur la figure.»* [2] E M.me Roblot-Delondre continua observando:—*«Bref, au commencement du XVI.e siècle, nous assistons á une interpenetration des écoles néerlandaises et portugaises qui nous permettra de comprendre, vers le milieu du siècle, la similitude entre les portraits de deux peintres officiels de la Cour des Habsbourgs: le Hollandais Antonio Moro et l'Hispano-Portugais Sanches Coelho.»* [3] A parte que em semelhante interpenetração pertence ao elemento português, a autora do precioso trabalho *Portraits d'Infantes* agudamente a salienta e destaca. *«Si Moro traduit la nature elle-même avec le puissant réalisme*

---

(1) Obr. e pags. cit.
(2) *Obr. cit.*, pag. 42-43.
(3) *Obr. cit.*, pag. 44.

des peintres du Nord et, dans le modélé des chairs, s'il reste très supérieur à ses modèles péninsulaires, l'artiste n'est que leur simple imitateur, quant aux proportions qu'il donne à la figure par rapport au cadre. Cette justesse des proportions est la qualité dominante des portraits hispano-portugais.» (1)

Amigos e companheiros de trabalho, Antonio Moro e Sanches Coelho influenciaram-se reciprocamente. *«C'est sous leur double influence qne se créera cette école de cour qui subsistera à Madrid aussi longtemps qu'y régneront des princes de la famille de Charles-Quint. Mais l'influence de Coelho y deviendra préponderante.»* (2)

Assim, por uma misteriosa imposição do destino, nós estamos vendo que, da mesma maneira que a dinastia de Avis imprimira as suas particularidades fisionómicas aos Áustrias espanhois, em cujas veias corria mais sangue português que castelhano, também seriam pintores de formação portuguesa quem os havia de fixar para a posteridade, notabilizando uma escola de pintura, — descendentes em linha directa do incomparável Nuno Gonçalves, que já imortalizara com o seu pincel alguns dos mais ilustres príncipes daquela

(1) *Obr. cit.*, pag. 70.
(2) *Obr. cit.*, pags. 71-72.

ilustre dinastia. Singular circunstância, na verdade, que se presta a largas reflexões e que bem claramente nos ensina como se mutila a história de Portugal, se teimarmos em a considerar como separada da história restante da Península!

Genealogia duma idéa

GENEALOGIA DUMA IDÉA

OCORRIA isto principalmente, — saliente-se —, quando Portugal, unido a Castela em monarquia-dualista, não tardaria a desembaraçar-se do centralismo opressivo do Conde-Duque, retomando a sua antiga forma de Estado autónomo. E' um parêntesis doloroso que, se trouxe ruína e desmembrações a Portugal, não trouxe a Castela resultados menos desastrosos. Como experiência, foi bastante para que ficasse bem demonstrado que a *unidade-hispânica* não reside, nem nunca residirá, em termos violentos de incorporação ou de conquista.

Mais um facto de espontâneo acôrdo de inteligências e aspirações, a *unidade-hispânica* exige, pelo contrário, que os dois povos se mantenham livres no seu govêrno interno, embora ligados militar e diplomaticamente para a defesa comum, porque comum, pensando bem, é o património que a ambos pertence. Desgraçadamente, o espectro do *Iberismo*, — avantesma inconsistente que, visto

de longe, assume, com efeito, proporções assustadoras—, pretende ainda agora ressuscitar os temores da política do Conde-Duque, impossibilitando aquela aproximação que, tanto para Espanha como para Portugal, é a condição imprescindivel do seu desejado ressurgimento!

Eu bem sei que o *Iberismo,* saído dos conventículos maçónicos da Revolução, não passa de ser já hoje uma ideologia arcaica' apenas visível em uma ou outra caricatura de jornalismo barato. Referindo-se a «*esa hermosa fantasia de la Unión-Iberica,*» com ironia suave a deixou suficientemente castigada o catedrático D. Eloy Bullon y Fernandez numa conferência sua na *Real Academia de Jurisprudencia y Legislación,* desde que a considerou bastante própria «*para escribir romances endecasilabos*», ou para inspirar «*párafos sonoros en los discursos de los juegos-florales.*» (1) Mas, apesar de ser pura retórica, o senhor Bullon y Fernandez é o primeiro a reconhecer que tem sido «*un poderoso disolvente de la cordialidad entre las dos naciones hermanas*».

Tão poderoso dissolvente tem sido, na

(1) *Las relaciones de España con Portugal. Enseñanzas del pasado y orientaciones para el porvenir. Conferencia... pronunciada en la sessión pública de 21 de abril de 1916.* Madrid, 1916.

realidade, que Portugal e Espanha se voltam reciprocamente as costas, não reprimindo o primeiro a sua desconfiança hóstil, enquanto Espanha parece empenhar-se em nos ignorar cada vez mais. Não haverá decerto um crime como êsse que, — obreiros da mesma civilização, — nos leva a abandoná-la aos bocados pelo caminho fóra, para benefício dos outros e humilhante desprestígio nosso! E tudo porquê? Tudo, porque, num minuto bem transitório na vida secular dos dois povos irmãos, Madrid se quis sobrepôr a Lisboa, reduzindo a triste situação de província espanhola o reino gloriosíssimo de Afonso Henriques!

Pretensão insensata que começava logo por ser contrária às indicações da natureza e da história, não tardou a desfazer-se de encontro à vitalidade invencível duma raça que nunca abdicou, nem abdicará jámais, dos seus direitos a uma existência plena, sem fiscalização ou impedimento de espécie alguma. Mas foi a Espanha quem sofreu, talvez mais que Portugal, as conseqùências dum êrro tão funesto como insubsistente. Se o período anterior de aliança entre Portugal e Espanha deu à Península a hegemonia que exerceu na Europa durante o século XVI, sem o apôio de Portugal a Espanha não pôde resistir à reacção europeia que depressa se desenvolveu contra a política tradicional dos Áustrias, vindo

a sumir-se num longo crepúsculo depois do advento de Filipe V. Por outro lado, Portugal, carecendo de se defender a toda a hora duma absorção sempre sonhada pelos estadistas herdeiros dos geometrismos governativos do Conde-Duque, e não dispondo já do Poder-Naval que o ajudasse a manter a integridade tão abalada do seu vasto império ultramarino, viu-se constrangido a negociar novas alianças, adversas em mais duma ocasião ao decôro e à conveniência da Península.

Costuma acusar-se a dinastia de Bragança de anti-espanholismo sistemático e impenitente. Mas, bem diversamente, seguindo o exemplo da Casa de Avís, também a Casa de Bragança pensou e tentou realizar o acordo pacífico dos dois Estados irmãos, usando da mesma política sábia e prudente dos matrimónios reais. Conhece-se o insucesso do plano do Padre António Vieira, propondo a mão do príncipe D. Teodósio para D. Maria Teresa, filha de Filipe IV e então herdeira do trono de Espanha pela morte do príncipe D. Baltasar Carlos. Na sua *Historia de la decadencia de España*, Cânovas del Castillo refere-se significativamente a essa tentativa da nossa diplomacia da Restauração, ainda que se lhe refira, renovando o velho e impossível sonho unitarista da Península. Como testemunho de peso, registamos algumas das suas considerações. São como seguem:

«*Era el pensamiento magnifico, y el más oportuno que en tales circunstancias pudiera ofrecerse para el remedio del mayor mal de la Monarquia. Comprendiólo el de Braganza, y por su parte no puso obstaculo alguno, antes trabajó con afan por hacer partido a D. Teodosio en España... y aun entró en negociaciones muy serias con algunos de nuestros grandes y personas principales... Felipe IV no solo no dió entrada a tal pensamiento en su ánimo, sinó que, acediendo a la suplica de las côrtes de Castilla, que le pidieron que contrajesse matrimonio, lo ajustó en 1647 con su sobrina Doña Mariana de Austria... Sintieron profondamente esta determinición, que podia echar por tierra todos sus planes, los castellanos y portugueses interesados en que la union se llevase adelante, y algunos de ellos con exagerado patriotismo, sin reparar en el odioso del medio, tramaron una conspiración para asesinar al Rey Felipe, robar à la Princesa y casarla en seguida con el principe D. Teodosio de Braganza... Una carta de D. Carlos Padilla a un hermano puyo que servia en las armas de Milan, venida sor azar a poder del gobierno, fué el hilo por ponde se descubrió la trama. Todos ellos fuéron dresos, dióseles tormento, y convencidos del hecho, D. Pedro de Silva, marqués de la Vega de Sagra, y D. Carlos Padilla fuéron degollados en la Plaza Mayor de Madrid... Los demás cumplices padecieron menores castigos,*

y el duque de Hijar, que era de los más culpados, no fué condenado sino a carcel perpetua y á pagar diez mil ducados de multa (1648).» ([1])

Revela-nos a transcrição de Cánovas del Castilho um aspecto novo nos domínios da política peninsular ([2]). Portugal acabava de romper os laços que durante sessenta anos forçadamente o haviam ligado à monarquia dos Áustrias e a sua dinastia estava bastante longe de se considerar consolidada. Pois num período de incertezas para nós, os portugueses, em luta na terra e no mar, Filipe IV castigou duramente aquêles dos seus súbditos implicados no projecto matrimonial de D. Teodósio com D. Maria Teresa. Êsse receio da côrte de Madrid, de que viesse, com a deslocação da corôa de Espanha para uma cabeça portuguesa, a deslocar-se conjuntamente para Lis-

---

([1]) Os propósitos dos conspiradores iam mais além. Carlos Padilla, «militar de idéas levantiscas», pensava em proclamar rei do Aragão ao duque de Hijar. Ao mesmo tempo, na Andalúsia, o marquês de Ayamonte «*trata de erigir la tierra andaluza en reino independiente, dando la corona al opulento duque de Medina Sidonia. La conjura tenia grandes ramificaciones, pues los comprometidos en ella, estaban en relacion con Francia, Holanda y Portugal...*» (*Sintesis de Historia de España*, por D. Antonio Ballesteros Beretta). Madrid, 1920. Por aqui se vê como D. João IV tinha uma política peninsular e como, ao lado dum *perigo espanhol* para Portugal, havia para Espanha um *perigo português*.

(2) Vid. *História de la decadência de España.*

boa o eixo da sua monarquia, presidirá por quási um século, não só às preocupações dos últimos Áustrias, mas do próprio Filipe V.

De facto, a aproximação que D. João IV, por conselho do Padre António Vieira, procurara obter, tentando o casamento do nosso D. Teodósio com D. Maria Teresa, renascerá mais tarde, na regência de D. Pedro II, a propósito dum casamento também: — o da princesa D. Isabel Luísa Josefa, herdeira do trono de Portugal, como filha única do Regente e de sua esposa D. Maria Francisca de Saboia. Em tôrno da mão de D. Isabel Luísa, que, afinal, morreu solteira e na flôr da idade, desenvolveu-se uma larguíssima intriga diplomática, movida toda ela por Luís XIV, que não cessava de recomendar aos seus representantes em Lisboa o interêsse que havia para a França em que o nosso D. Pedro tivesse,—dizia o Rei-Sol,—«*un gendre de ma main.*» Na sua luta encarniçada contra a hegemonia europeia da casa de Áustria, pretendia Luís XIV evitar que, separados nós de Espanha por feridas tão vivas e tão recentes, a reconciliação se tornasse possível, mediante a aliança matrimonial de Carlos II com a nossa princesa. A idéa chegou, realmente, a ser examinada nas duas côrtes, — tanto na de Madrid, como na de Lisboa. Repelida em Lisboa por altos e sensatos ditames de patriotismo, não obteve melhor aceitação em

Madrid, onde pôde, mais que tudo, o desdêm que à monarquia espanhola inspirava então a realeza adventícia e rebelde dos Braganças ([1]).

Não passariam, porêm, muitos anos sem que um novo episódio surgisse nas relações sempre tão desencontradas dos dois povos peninsulares. Pobre fantasma coroado, Carlos II morreu sem sucessores. Apontam, dum lado, o arqui-duque Carlos, do outro, Filipe, duque de Anjou, — como pretendentes. No sentido exacto das coisas, a corôa de Espanha disputada por alemães e por franceses. Tambêm o nosso D. Pedro II formulou as suas pretensões, depressa modificadas a trôco de quaisquer vantagens que, pela consolidação do duque de Anjou, não vieram nunca a traduzir-se em resultados que se vissem. O que se viu foi a ruína em que Portugal ficou depois duma guerra a que não o prendia nenhuma razão, mas de que não pôde alhear-se pelo motivo evidente de que num conflito quási europeu, como o da guerra da Sucessão, não é neutral quem o quere ser.

Não faltavam a D. Pedro bases suficientes para fundamentar o seu direito ao trono vago de Espanha, como legítimo descendente da raínha D. Maria, esposa do nosso D. Manuel I e terceira filha dos Reis-Católicos. Ora,

---

(1) D. Gabriel Maura *y* Gamazo, *Carlos II y su corte*. Tom. II, pags. 442-443. Madrid, 1915.

a cumprir-se o costume da Casa de Àustria pelo qual a sucessão ao trono se deferia de preferência à fêmea que estivesse mais perto do tronco da dinastia do que à fêmea aparentada mais pròximamente com o seu último possuídor, não resta dúvida de que as pretensões de D. Pedro II dispunham de título jurídico superior ao dos outros contendores. Limitou-se, no entanto, a enunciá-las com o fim, por certo, de alcançar para o nosso país algumas compensações no largo bodo que assim se disputava. E por mais que se agarrasse a uma prudente política de neutralidade, a Inglaterra compeliu-o a entrar na luta, porque, tratando-se duma guerra com a Espanha, sobretudo, Portugal dificilmente se manteria estrànho a ela.

As conseqùências sabem-se pelo que a História nos ensina. E ao considerá-las de relance, mais uma vez nos convencemos de que, porta aberta para a invasão da pátria vizinha, Portugal, inimigo ou indiferente à Espanha, é talvez um perigo maior e bem mais grave para Espanha, do que para nós, por ameaçadora que ela seja, a ambição unitarista do Estado espanhol.

E' o que se conclui, sem grande esfôrço, da atitude de Portugal perante a discussão da herança de Carlos II. Pela nossa fronteira penetraram parte dos exércitos invasores, e já se compreende que nós sofressemos os estra-

gos duma campanha, em que só indirectamente nos sentíamos interessados. Quasi às vésperas do famoso tratado de Methuen, encontra-se bem claro o atentado que recebemos na nossa soberania. Empenhou-se nobremente D. Pedro II, em a manter intacta e com dignidade. Mas a nossa decadência começara, tínhamos ainda um vasto império ultramarino a conservar, e sem Poder-Naval em que nos apoiarmos, para mais de mal com a Espanha, como resistir às pressões da Inglaterra, já poderosa pelo alastramento do seu prestigioso navalismo? Tal foi, em resumo, a situação em que se encontrou D. Pedro II e outra não é,— acrescente-se de passagem —, a génese do tratado de Methuen, que merece bem um estudo especial, para a reabilitação daquêle monarca.

Pois, indubitavelmente obsediado pelo receio de que no futuro a corôa de Espanha se deslocasse para uma cabeça portuguesa, o duque de Anjou, desde que se firmou no trono de S. Fernando com o nome de Filipe V, convocou côrtes em Madrid, logo em seguida à paz de Utrecht, e pelo *Auto acordado* de 10 de Maio de 1713 alterou a lei da sucessão, que, segundo as *Partidas*, admitia as mulheres, tal como em Portugal, à herança da corôa sob a condição de que fôssem filhas do rei defunto e não houvesse filhos varões. Sem estabelecer por completo a *Lei-sá-*

lica, Filipe V, na modificação introduzida pelo *Auto acordado*, preferia à sucessão feminina a sucessão masculina, quando o monárca falecido deixasse irmãos. No *Auto acordado* se continha assim o germen da sangùinolenta disputa dinástica que, passado um século, agitaria a Espanha, por morte de Fernando VII.

Palpam-se bem os desígnios de Filipe V. Alterando a tradição sucessorial de Castela, não desejava senão evitar que a corôa de Espanha saísse da dinastia dos Bourbons. E' mais um indício de quanto preocupava os soberanos espanhois o pesadelo que chegara quási a consumar-se com Filipe IV. Observa algures o publicista Ximénez de Sandoval, (1) num desabafo do seu iberismo inconsolável, que o dote territorial de Afonso VI a sua filha D. Teresa «*parece que dejó vinculada por la fatalidad una intervención femenil en los conflictos de los dos pueblos hermanos.*» E insiste com firmeza: — «*Por enlaces matrimoniales, se procuró en los siglos siguientes preparar la reunión de las coronas, y en vez de acercarse al propósito, surgian guerras que arraigaban más la separación*».

Alarmados com o renascimento cons-

---

(1) *Batalha de Aljubarrota. Monografia historica y critico-militar*. Madrid, 1872, pags. VIII.

tante duma ameaça, que nós, portugueses, só vimos por via de regra em relação a nós, bastante se esforçaram em frustrá-la os soberanos do reino vizinho. Lembremo-nos de Filipe IV, contraíndo apressado segundas núpcias e afogando em sangue a conjura de D. Carlos Padilla. Não é também menos eloqùente a resolução de Filipe V, com o seu *Auto acordado* de 10 de Maio de 1713!

Mas, embora se viesse a realizar por meios pacíficos a união de Espanha com Portugal, ou fôsse a benefício de Madrid, ou a benefício de Lisboa, eu continúo repetindo que, resultando contra as leis invariáveis da Geografia e da História, em breve tempo acabaria desfeita, como artifício que era, não sem se ter desentranhado primeiro para a Península numa fonte fecundíssima de discórdias e enfraquecimentos recíprocos.

A prova, — e prova abundante —, existe não só nos ensinamentos da experiência realizada com o acesso dos Áustrias ao trono de Afonso Henriques, mas antes disso com os desastres em que se traduziram para Castela as pretensões de D. Juan I ao scetro de Portugal e para Portugal as pretensões de Afonso V ao scetro de Castela. A Casa de Avís oferece-nos a tal respeito uma dupla demonstração, que Oliveira Martins condensou superiormente num belo artigo seu, — *Iberismo*, que, ao lado do estudo já citado de Monís

Barreto, se pode e deve considerar perfeitamente, àparte uma ou outra interpretação pessoal, como a teoria do ponto de vista que nêste estudo defendemos

Oiçamos Oliveira Martins: — «O antigo reino de Leão-Castela que, completado com a reconquista, encorporado o Aragão e a Navarra nas mãos de Fernando e Isabel, se passou a chamar a Hespanha, definindo assim o pensamento da unificação peninsular, que Philippe II julgou ter consumado: esse reino tem decerto o ideal da unidade; tradição não a poder ter.» E Oliveira Martins prossegue: — «Portugal, porém, nunca teve semelhante ideal, o que não quer dizer que, no pensamento dos seus soberanos, nunca passasse a visão de uma Hespanha unida. Pelo contrario, a idéa de effectuar a união a beneficio da dynastia portuguesa foi constante, a partir de Toro e até D. Manuel. E esteve a ponto de realizar-se na cabeça do filho de D. João I!».

A morte do filho de D. João II nos areais do Tejo, e depois o falecimento do príncipe D. Miguel da Paz, obstaram, por uma fôrça secreta, intervindo inopinadamente, a que se concretizassem em factos as combinações bem encaminhadas dos políticos. E só por isso o gordo Garcia de Rezende diria na sua *Miscelânea* com íntimo acento profético:

«Vimos Portugal, Castela,
quatro vezes ajuntados,
por casamentos liados
Principe natural d'ella
que erdava todos reynados.

«Todos vimos falecer
em breve tempo morrer
e nenhum durar tres annos.
Portugueses castelhanos,
não os quer Deus juntos ver».

Tal é na sua primeira parte a demonstração que ao historiador fornece a conduta da Casa de Avís perante o problema sempre agudíssimo das relações peninsulares. Mais duradoira e mais sólida foi, contudo, a norma adoptada por ela, ao vêr que o destino lhe inutilizava por completo as ambições unitaristas. E' então que a idéa do *paralelismo* surge nos dois Estados irmãos da Península, sendo, na verdade, motivo para reflexões, — como nota Monís Barreto, — «*que o periodo da aliança hespanhola coincida com a época da maior prosperidade e de plena expansão do genio português*».

Assim não nos admira que Oliveira Martins, de acôrdo com Monís Barreto, seu amigo e seu biógrafo, em face do espectro da Revolução Social que já tanto o alarmava, a si mesmo preguntasse:

— «Qual é, portanto, em resultado de todas estas considerações varias, o programa que o juizo aconselha ás duas monarquias da Península? E' o regresso á tradição de Avis, a politica de cooperação, despida, porém, das esperanças reciprocas de absorpção pelo processo anacrónico dos enlaces dinásticos. E' ao mesmo tempo a politica interna de restauração e regeneração social e económica. Acordes, a Hespanha e Portugal, conseguindo sarar as chagas de que enfermam ambas as nações (tambem n'isto irmãs!) poderiam, mantendo-se, manter a ordem n'este bello e glorioso canto do mundo».

«Não é necessario, — continua Oliveira Martins—, excessiva perspicacia para reconhecer que os motivos antigos que levaram a Inglaterra a proteger-nos contra a Hespanha, accentuando e prolongando o caracter de opposição que a restauração teve, são de hoje transactos. Importa pouco ou nada á Europa que a Hespanha tenha dous reinos ou um só. E' para nós positivo que nenhuma das potencias europeas dispararia um tiro em nossa defesa; é obvio, pois, que o interesse recíproco da Hespanha e de Portugal está em que nenhum de nós pense, nem de longe, em aventuras perigosas para o futuro de ambos.» E o autor da *Vida de Nun'alvares* remata: — «União de pensamento e de acção, indepen-

dencia de governo; eis a nosso vêr, a formula actual, sensata e pratica de Iberismo» ([1]).

Não nos demoremos a rectificar o que em detalhe haja de erróneo na opinião de Oliveira Martins. Vindo dos arraiais do romantismo político, em Oliveira Martins pesaria sempre a sua primeira formação mental. Não nos deve por isso surpreender a conta em que reputava a alta missão civilisadora dos «enlaces dynasticos». O que importa é reconhecer que o seu *Iberismo* coincidia, afinal, com o conceito que nós possuímos hoje do *Peninsularismo*, desde que, ao lado da «união de pensamentos,» admitia nas relações entre os dois Estados «independencia de governo». Seguindo a passo e passo a política altamente

---

([1]) Pertencem a um artigo de Oliveira Martins, publicado em *O Paiz*, as passagens que ficam transcritas. Na reconstituição do que seria *O Principe Perfeito*, Barros Gomes reproduziu-o integralmente. Conhecidas as tendencias iberistas de Oliveira Martins, justamente observava Barros Gomes a esse respeito: —«Com que avidez não seriam lidas as paginas que no *D. João II* fossem dedicadas ao estudo do iberismo, e que dariam a expressão definitiva da evolução operada no cerebro do eminente pensador, ácerca do que devam ser na realidade das cousas; e para melhor conveniencia de ambos, as relações politicas dos dois povos da Península?

«Podemos felizmente responder a esta interrogação. As ideias sustentadas por Oliveira Martins seriam por certo as que elle proprio condensara no artigo do jornal *O Paiz*, ultimo dos documentos por elle colligidos para a definitiva e final redacção do capitulo IV do *Principe Perfeito*». *O Principe Prefeito*, pags. 137-38.

experimental da Casa de Avís, Oliveira Martins, com aquela sua admirável maleabilidade de espírito, terminava por achar também como fórmula exacta do *Hispanismo* o sistema da aliança, — e nunca o da incorporação.

Já não ocorreu o mesmo com Cânovas del Castillo. Historiador como Oliveira Martins, mas dominado pela obsessão nefasta da «*Espanha-Mayor*», Cânovas não se contêm sem observar, ainda a propósito dos conspiradores de 1648: — «*Si alguna vez Portugal y Castilla, con Aragon, se juntaran de nuevo y para siempre, realizando las miras de la Providencia, que hizo tales pueblos hermanos, seria de esa manera, viniendo una dinastia portuguesa a sentar-se en el trono español*». A isto, por lisonjeiro que pareça para nós, portugueses, repararemos, antes de tudo, que a irmandade de Espanha e de Portugal, precisamente porque é uma irmandade das mais estreitas e das mais legítimas, é que nunca poderá reduzir-se a um tipo de Estado único, impondo-se arbitrariamente às diversidades essenciais que dentro da mesma familia se expressam duma maneira inconfundível em cada um dos seus membros. Ora a unidade entre Espanha e Portugal é mais *moral* do que *física*, mais *espiritual* do que *histórica*. Na sua corajosa e célebre brochura *La Fédération et l'unité en Italie* claramente pondera Proudhon «*que les États les plus an-*

tagoniques sont justement les États limitrophes, et les nations les moins faites pour s'unir celles qui se ressemblent le plus». Quando outras razões não existissem, bastava a razão de *semelhança* para que Portugal e Espanha vivessem livres, em liberdade completa de govêrno e de interêsses, como nações independentes que são. E no entanto, vincado na parte extrema do ocidente europeu, Portugal possui logo na sua conformação geográfica as características bem marcadas duma verdadeira nacionalidade.

A pátria portuguesa

A PÁTRIA PORTUGUESA

Os geógrafos espanhóis são os primeiros a declará-lo, — sobretudo, os geógrafos militares. Na sua obra *El terreno, los hombres y las armas en la guerra*, o general Quijano y Arroquia classifica de «reduto» ou «cidadela» da Península a «*extenza zona natural constituida por el áspero y poco menos que agréste territorio lusitano*», ([1]) sublinhando-lhe assim significativamente a alta importância militar. Igual critério vimos reaparecer sobre o poder defensivo de Portugal em outros trabalhos da especialidade, tais como a *Geografia historico-militar de España y Portugal*, do general Gómez de Arteche, ([2]) e a *Guerra de la anexión en Portugal durante el reinado de Don Felipe II*, ([3]) do também general D. Julián Suárez Inclán. Mas muito mais expressiva de que êsses testemunhos de valor insuspeito

---

(1) *Obr. cit.*, pag. 26. Madrid, 1892
(2) Madrid, edición de 1880.
(3) Madrid, 1897-98.

é a tése sustentada no *Compêndio de geografia universal*, dos irmãos Izquierdo y Croselles, oficiais de artilharia ambos. Ouçamos o que se diz no referido *Compêndio* ([1]) aprovado por *Real-Orden* de 30 de junho de 1916, como texto oficial para o exame de admissão ás *Acadėmias militares.*

Depois de considerarem Portugal como um prolongamento das diversas regiões que o geógrafo e o viajante encontram em Espanha, eis o que os irmãos Izquierdo y Croselles escrevem com uma imparcialidade notabilíssima:

«*A primera vista resulta, pues, inexplicable la separación politica de España y Portugal. Solamente un exámen más detenido nos convence de que hechos de tal importancia no se producen al azar ni son dependientes de la voluntad ó caprichos de un rey ni de un pueblo.*

«*Durante la Reconquista,* — prosseguem os senhores Izquierdo y Croselles, — *ningun trabajo cuesta comprender la nacionalidad portuguesa, ya que entonces la peninsula estaba dividida en pequeños reinos. La individualidad geográfica del reino portugués estaba bien determinada por dos hechos:*

1.º Por empezar al Sur del Miño, alli

(1) Granada, sem data.

donde la llanura litoral se desarolla sin obstáculos y donde no existen rios ni promontorios que dificulten las comunicaciones entre los diferentes puntos de la costa, como ocurre en Galicia; y

2.º Porque el gran macizo de Tras os Montes, intrincado y dificil de atravessar, cubrió como un escudo las ricas tierras del bajo Duero y del condado de Portugal de las acometidas castellanas.

Al amparo de estas favorables condiciones geográficas, pudo formase el naciente reino e ir ganando terreno á los moros en su reconquista, independiente de la castellana. Conforme se va hacia el Sur, las montañas diminuem, pero las comunicaciones entre los dos reinos siguen es tando dificultadas por lo árido y quebrado del terreno y por los profundos «cañones» *de los afluentes del Tajo y Guadiana que van, generalmente, paralelos á la frontera.*

Cuando la unión de los reinos de Castilla y Aragón y la conquista de Granada hubo dado a España su unidad politica, la vida activa del mundo de la Edad Media se concentraba en el Mediterráneo, y, seguramente, si Portugal hubiese estado en el lado opuesto de la peninsula, en el sitio que ocupan las regiones de Levante, su independencia hubiese desaparecido por constituir un obstáculo para las libres comunicaciones de Castilla con el Mediterráneo.

«Pero vuelto hacia el Atlántico, en nada estorbaba las actividades castellanas, dirigidas entonces hacia el Sur, hacia Italia o hacia Flandres.

«Cuando se produjo el descubrimiento de América, Portugal volvió definitivamente su atención hacia el Atlántico. Los navegantes lusitanos desarrollaran una enorme suma de energia y en intrépidas aventuras (Bartolomé Diaz, Vasco de Gama, Albuquerque) dieron a Portugal un imperio maravilloso, aunque de vida efimera. La rivalidad de los marinos y descubridores de las dos naciones ibéricas, la semejanza de productos de unas y otras tierras, la dificultad de comunicaciones entre ambos reinos y la despoblación y la ruina de las Extremaduras, selló entonces para muchos sigols la separación politica de España y Portugal, que la breve y desdichada anexión de Fel pe II no hizo sino grabar de un modo definitivo». E em nota o *Compêndio de Geografia Universal* acrescenta elucidativamente: —*«Si se observa el mapa de densidad de población, se nota que a las regiónes muy pobladas del litoral siguen las despobladas de Beira, Alentejo* y *Extremadura, pudiendo comparar-se en este ponto la situación de España* y *Portugal con la de Suecia* y *Noruega, cuja frontera está constituida por zonas despobladas»*.

Nem sempre transpõem a fronteira para Portugal palavras tão desassombradas como as que gostosamente acabamos de transcrever. Nota-se dentro delas uma perfeita teoria física de nacionalidade portuguesa e, destinadas como são a conformar a inteligência dos modernos oficiais do exército espanhol, constituem a mais eloqùente prova de que a Espanha não nutre intenções reservadas àcêrca dos destinos de Portugal. De resto, a opinião dos senhores Izquierdo y Crozelles é uma opinião corrente em Espanha em mais duma publicação oficial. «*Los recodos del Duero, los desfiladeros que tiene que pasar el Tajo al entrar en Portugal y la curva del Guadiana,*—depõe agora o eugenheiro D. Antonio Garcia del Real—, *son debidos á la existencia de macizos inclinados de NE. á SO. que constituyen la frontera natural del vacino reino. Tales obstáculos cerrarom por el O. toda la parte central de la Peninsula entre la cordillera Cantabrica y la Bética* y, *conteniendo las aguas, dieron logar en la época terciaria á la formación de los lagos de ambas Castillas... Las asperezas que constituyeron las orillas ocidentales de aquellos lagos, y que hoy impiden que los rios Duero y Tajo sean navigables fuera de Portugal, son las defensas naturales de una fuerte frontera, que sólo desaparece entre el Alentejo* y *la Extremadura española por Ba-*

dajoz y cuyo carácter explica la desmembracion del suelo de la Peninsula». ([1])

Vê-se como a acidentada linha da cordilheira hercínica traçou do fundo das noites geológicas os futuros limites geográficos de Portugal. ([2]) Corresponde a êsses limites a divisoria extrema onde se detêm a influência climatérica do Atlântico na Península, nitidamente marcado pelas grandes chuvas que, segundo Elisée Reclus, os ventos do oeste espalham por sôbre a vertente ocidental, ao longo da qual a nacionalidade portuguesa se enquadra. Pois nêste meio natural, tão fortemente individualizado, uma raça se desenvol-

---

([1]) *Reseña geográfica y estatistica de España. Publicada por la Dirección General del Instituto Geográfico y Estatistico (Ministerio de Instrucción Publica y Bellas Artes).* Tom. I, Madrid, 1912.

([2]) «*En la independencia de Portugal hay un elemento fisico que pone de relieve por admirable manera la dirección de nuestros rios y los accidentes de la región frontera. Para explicar la separación de las dos naciones, no basta considerar la politica de la casa de Austria, mentar Aljubarrota ni volver la vista á Alfonso VI el de Toledo y a sus deudos y auxiliares extranjeros; aquella desgracia nacional tiene un origen más remoto, se funda en fenómenos realisados cuando España estaba unida á Irlanda y á Africa, y por hundimientos y fracturas sucesivos iba determinándose la osatura de la parte occidental de la Peninsula, antes de que la gran quiebra ibérica y la elevación del fonde de los antiguos mares interiores, con el desagüe de estos, engendraran las corrientes actuales hacia la conclusion del periodo mioceno*». Rafael Torres Campos. *Estudios geográficos*, pags. 363. Madrid, 1895.

veu e habitou, dispondo de características próprias. Já Menendéz y Pelayo se debatia na necessidade de recorrer a uma «*oculta afinidad de origenes etnicos*», para explicar o motivo porque a «matéria de Bretanha» encontraria uma «segunda pátria» no noroeste peninsular, de modo a desprertar «*el germem de la inspiración indigena, que sobre aquel tronco, que parecia ya carcomido y seco, hizo brotar la prolífica vegetación del* Amadis de Gaula, *primer tipo de* la *novela idealista española*». (1) E Menéndez y Pelayo justifica-se:—«*Si no se admite la persistencia de este primitivo fondo, no sólo quedan sin explicación notables costumbres, creencias y supersticiones vivas aún, y casos de atavismo tan singulares como el renacimiento del* mesianismo *de Artús en el rey Don Sebastián, sino que resulta enigmático el proceso de la literatura caballeresca, que tan profundamente arraigó alli, que conquistó sin esfuerzo las imaginaciones como si estu-*

---

(1) *Origines de la novela*, tom. I, pags. CLXXI.

A título de subsídio, e em concordância com a observação de Menéndez y Pelayo, recordarei que Avieno na *Ora-Maritima* nos diz «*que al principio todo el O. de la peninsula era ligur y relata que la Ophiusa, tierra del promontorio Sacro, y hasta el golfo de Vizcaya, en tiempos tuvieron los mismos habitantes que la Oestrimnis ó Bretanha, que no eran otros qne los ligures...*» (D. Antonio Ballesteros y Beretta, *Historia de España y su influencia en la historia universal*, tom. I, pags. 126. Barcelona 1919). No *Boletim de la Sociedad Española de Excursónes*, correspondente ao último trimestre de 1921, publicou o dr. Bosch

viessen preparadas para recibirla y que fué imitada con tanta originalidad á la vuelta de algunas generaciones».

Confirmando a intuição de Menéndez y Pelayo, temos que reconhecer, realmente, a existência no Occidente da Peninsula duma familia étnica, um pouco, senão bastante, diversificada da que residia no Centro e no Levante. Não nos demoraremos a deslindar complicados novelos genealógicos. Basta consignar que já Apiano Alexandrino, historiador das Guerras-Ibéricas, se faz éco das divergências existentes entre Lusitanos e Celtiberos que, estando todos em luta contra Roma, não foi nunca possível obter a sua união. (1) Dispondo duma alta erudição clássica, dificilmente haverá quem se socorra com tanta segurança das fontes histórico-geográficas do conhecimento da Península na Antiguidade como o ilustre professor da universidade de Erlangen, dr. Adolfo Schulten, sabio explorador das ruinas de Numância. Pois no seu recente es-

---

Gimpera um notável estudo sôbre *Los Celtas y la Civilisación céltica en la Península ibérica*, onde o autor, conforme a lição de Schulten, dá os Celtas no occidente da Península anteriores aos Lusitanos, classificados como Iberos. No meu trabalho em preparação *Teoria da Nacionalidade* (refundição de *O valor da Raça*) espero ocupar-me dêste problema.

(1) Dr. Adolfo Schulten, *Hispania (Geografia, etnologia, história)*, tradução... dos doutores Bosch Gíempera e Artigas Ferrando. Barcelona, 1920.

tudo sobre Viriato, o dr. Adolfo Schulten aí alude, como factor de significação na vida social e militar da Península, ao que êle chama a «obstinação ibérica . ([1]) A «obstinação ibérica», traduzindo de Lusitanos para Celtiberos, apesar do seu próximo parentesco, uma diferença que os séculos perpetuaram, decerto se radicava em causas mais fundas de que uma simples rivalidade de vizinhança, então bem fácil de explicar pelo apertado cantonalismo em que se confinavam, em relação umas às outras, as diversas tribos peninsulares.

Na verdade, se considerarmos que a Península foi passeada por inumeráveis invasões, para o Occidente,—extremo inóspito e desamparado, seriam empurradas aquelas gentes mais antigas, quási autóctones, que não puderam resistir à conquista e não quiseram fundir-se com os novos senhores. Ou sejam Ligures, Celtas ou Iberos—para o caso a designação pouco importa ([2])—eis o tronco

---

(1) Vid. *Boletin de la Biblioteca Menéndez y Pelayo*, ano II, n.os 3 a 6.

(2) Em abono desta opinião, que um dia espero desenvolver detalhadamente, ponderarei o seguinte: —Tanto pelo que se refere às instituições como ao idioma, o povo português aparenta-se mais de perto com os restos que por ventura subsistam na Península duma raça mais antiga do que essa que, parando pelas regiões peninsulares do Centro, veio a constituir a massa fundamental da nação espanhola. Assim, no *Derecho consuetudinario y economia popular de España*, tom. I, capitulo IX que começa a paginas 204, apro-

donde os Lusitanos derivaram. Representando assim na Península, com um *substractum* menos assimilável, uma étnia mais agarrada à

---

pósito do « direito familiar» no Alto-Aragão, escreve D. Joaquim Costa: — «*El* PACTO DE HERMANDAD *existe con caracteres casi idénticos en los dos extremos Oeste y Noreste de la Península y en una como isla del Norte (regiones lusitánica, aragonesa y cantábrica) y es desconocido en el resto; fenómeno curioso entre los más curiosos que registra la historia de las regiones peninsulares*». *O pacto de hermandad* é a comunhão de bens do nosso regimen nucpial, que no uso corrente é diverso do regimen nupcial espanhol, mesmo nas regiões em que vigora sôbre essa matéria o velho direito foral, — exceptuadas, claro, as ragiões aragonesa e cantábrica (Vicedo, na provincia de Santander), em que prevalece, com mais ou menos variações, o sistema da comunhão de bens entre os cônjuges. Também em certa zona fronteiriça da provincia de Badajoz, com o nome de *fuero del Baylio*, é observado, mas aí na integridade, o regimen matrimonial português.

Pois a coincidir com tais sobrevivências institucionais ouçamos agora a D. Ramon Menéndez Pidal respondendo na *Real Academia Española* em 15 de maio de 1910 ao discurso de recepção do eminente arabista D. Francisco Codera: — «*Ahora bien, la lengua castellana difiere de los demás idiomas romances sus hermanos en perder la* j *ó* g *latina inicial delante del* e *ó* i *inacentuada, por ejemplo, en los vocablos* enero, hiniesta, hinojo, helar, enebro, *mientras los otros idiomos de la Peninsula conservan la consonante latina, de acuerdo con el francés, italiano y demás idiomas romances, y asi el portugués dice* janeiro giesta, *el leonés y aragonés* genero geniesta, *y el catalan* janer, ginesta. *Por donde vemos que el romance hablado en Andalucia, antes de la reconquista de esta región, convenia en este rasgo con el portugés, leonés, aragonés y catalán, y no con el castellano*». E mais adiante o senhor Menendéz Pidal insiste na sua idéa: — «*En fin, esta opinión que acabamos de exponer trae como consecuencia una sumária teoria del estado prehistorico de los idiomas romances en la Peninsula. Estos hallábanse hasta el siglo XI distribuí-*

terra, compreende-se desde já a arreigada índole agrária dessa grei, que, vivendo agremiada em estreitas mancomunidades agrícolas,

---

dos en forma muy diversa de la que después éstuvieron. En el mapa lingüistico de España desde el siglo XIII acá los dos extremos dialectales, es decir, el portugués y leonés al Occidente, y el catalàn y aragonés al Oriente, están absolutamente aislados por el castellano, que entre uno y otro se dilata en una zona central ensanchada notablemente de Norte a Sur. Muy al contrario nos hemos de representar el mapa antiguo: esos dos extremos, no sólo se acercaban mds por el Norte, sino que se unian en el Centro y el Sur, mediante el habla de las regiones de Toledo y Andalucia análoga á la de los extremos. Es decir, lo mismo la corte que las últimas provincias del reino visigodo hablaban una lengua bastante uniforme en sus rasgos principales, hecho que nos explica las ehocantes semejanzas qne enfrente del castellano encontramos hoy entre el portugués y el leonés de un lado. comparados al catalán y aragonés de otro. Sólo allá, al Norte del reino visigótico, se alimentaba latente una radical disidencia linguistica, en un rincon de la Cantabria, en la tierra encastillada y fuerte, que luego vino á ser foco de una disidencia politica, proclamada y afirmada por rebeldes famosos como el gran conde Fernán González. Pero más tarde, en los siglos XI y XII, la expansión militar y social de eso pequeño rincón de España, el empuje que Castilla supo dar á la reconquista y á la literatura, propagó el dialecto castellano, antes insignificante, dilatándose por el Sur, de donde desalojó al empobrecido idioma de los mozárabes, rompiendo asi el lazo de unión que antes existia entre los dos extremos oriental y occidental. He aqui porque hoy aparecem totalmente aislados, á pesar de sus chocantes semejanzas, el portugués y leonés del catalán y aragonés, dialectos extremos que antes se daban la mano por el intermedio de una serie de dialectos afines qne se hablaban en Toledo y Andalucia».

Traz D. Ramon Menéndez Pidal até ao império de Toledo, aproximadamente, a unidade idiomática peninsular, embora reconheça que os dialectos extremos da Península «*se daban la mano por el intermedio de una serie de dialectos afines que se hablaban en Toledo y Andalucía*», o que importa dizer que já então

bem cêdo assentou os alicerces do futuro Portugal.

A' íntima estructura rural do habitante

---

essa unidade não existia no sentido absoluto. De maneira que o depoimento do insigne filólogo mais me ajuda a crêr que o Lusitano correspondia a uma camada populacional da Península anterior ao Celtibérico, — chamemos-lhe assim por facilidade de expressão —, traduzindo dum para o outro aquela diferença que, debaixo do ponto de vista antropológico, já Fonseca Cardoso acentuava no 1.º n.º da *Portugalia*, a pags. 174 apreciando a dissertação *Indices cephalicos dos portuguezes* do doutor Alvaro José da Silva Basto. Escrevia então Fonseca Cardoso: — «Que Portugal é realmente o paíz que tem na sua população uma maior percentagem de elemento de cabeça alongada, o que é escassamente representado em Hespanha e ainda menos em Italia; que a percentagem dos mesaticephalos é maxima e sensivelmente egual nas duas nações da Peninsula iberica, ao passo que na Italia forma a quinta parte da sua população; que dos trez povos latinos, o que apresenta menor percentagem do elemento brachycephalo é o português; vem depois o hespanhol em que esse elemento forma a quarta parte e o italiano que se distanceia com os seus $^3/_4$. O portuguez é, emfim, mais dolichoide do que o hespanhol, que sofreu maior absorpção do elemento brachycephalo. E é esta uma das distincções do descendente lusitano para com o celtiberico».

Claro que, na divisória entre nacionalidades, eu não atribuo hoje a importância que em trabalhos anteriores atribuí ao facto antropológico, objectivamente considerado. A reflexão e o estudo inclinam-me cada vez mais a pensar com Olóriz que *«la uniformidad del indice no significa siempre identidad de raza»* e que *«el conocer los indices no basta para dar por conocidos los pueblos, ni el que dos grupos humanos sean afines por la forma general de la cabeza significa que pertenezcan ambos a la misma raza ni coincidan en los demás caracteres anatómicos»*. Concludentemente que a razão de minha tése não reside apenas numa maior dolicocefalia do «descendente lu-

da vertente ocidental da Península concederia, pois, Menéndez y Pelayo um papel decisivo na génese do lirismo admirável dos *Cancioneiros*

---

sitano» em face do seu vizinho celtibero. O que enumero são factos avulsos, todos eles convergindo em favor da mesma suposição. Não deixarei por isso de apontar ainda a circunstância de corresponder mais ou menos ao mapa dialectal traçado por D. Ramon Menéndez Pidal o *croquis* que da distribuição do índice cefálico na Península nos oferece Aranzadi no seu trabalho *De antropologia de España* (Barcelona, 1915), o qual não foge de assinalar «*la extrema dolicocefalia de la mitad meridional portuguesa, tan bruscamente diferente del carácter de la Extremadura española*», conquanto Aranzadi nos previna «*que no tiene como base estadística más que una décima parte de casos, comparados con los de las provincias españolas*».

E não será difícil agora relacionar a questão do lirismo galaico-lusitano como atributo duma raça mais antiga da Península com todos os dados, tanto institucionais como dialectais e antropológicos, aqui inventariados. Basta-nos recorrer simplesmente ás revelações do senhor Ribera y Tarragó nos seus *Discursos* de admissão á *Real Academia Española* (Maio de 1912) e á *Real Academia de la Historia* (Junho de 1915) sobre a filiação da lírica andaluza durante o domínio islamita numa lírica peninsular anterior, que, não só pela concorrência de escravos cristãos do noroeste da Península aos mercados de Córdova, onde tinham especial aprêço, mas ainda pelos metros e rítmos empregados, seria transparentemente a poesia popular galega, — compreendida nesta expressão a poesia popular, tanto lusitana, como galiciana—, de que derivaram, como fio de água corrente, os nossos *Cancioneiros*. Afirma, o senhor Rivera y Tarragó que «*la clave misteriosa que explica el mecanismo de las formas poeticas de los varios sistemas líricos del mundo civilizado en la Edad Media está en la lírica andaluza, a que pertenece el Cancionero de Abencuzmán*». A prioridade dêsse Cancioneiro sôbre as primeiras manifestações da lírica provençal acha-se suficientemente comprovada. Comprova-se da

galaico-lusitanos. Relacionando as primitivas líricas peninsulares com um discreto e familiar sentido bucólico que no Centro da Península não se conhecia, Menéndez y Pelayo notava

---

mesma maneira, como fica dito, a inserção da poesia lírica de Abencuzman num tipo de poesia popular em idioma-romance, mais natural de atribuir a galaico-lusitanos do que a castelhanos ou aragonêses. De resto, «*la lírica gallega, por confesión de romanistas, es una de las más arcaicas de Europa, la más antigua de España; Jeanroy confiesa que la lirica portuguesa es rebelde a la tentativa de adjudicarle origen francés, sobre todo las cantigas ó cantares de amigo*». E D. Julian Ribera y Tarragó remata expressivamente: — «*Dados tales antecedentes, yo creo que para explicar el origen de la lírica de Abencuzmán debe suponerse: ó una lírica andaluza romanceada, anterior al siglo X, más antigua que la que aparece en los cancioneros portugueses, ó una lírica gallega antiquísima, que la colonia gallega trajo a Andalucía, de donde procede la romanceada andaluza anterior a Abencuzmán*».

Ora como a primeira hipótese se não verificou até hoje, a conclusão não pode ser senão uma, — e é que só no noroeste peninsular se deve procurar o tronco da copada árvore lírica que veio a florir depois por toda a Europa. Tanto mais que, — segundo nos ensina o senhor Ribera y Tarragó —, «*los monumentos de la lírica europea en lenguas vulgares, provenzal, alemana de los Minnesinger y la italiana (y aún los latinos de los Carmina burana, etc.), aparecen con posterioridad á la lírica vulgar de los musulmanes españoles*».

Eis em traços gerais os fundamentos em que me baseio para aventurar a hipótese de que o povo português se aparenta com uma camada étnica, mais velha na península do que essa de que derivou o Celtíbero. Lígure, Ibero ou Celta? Não o sei, nem agora entraria a esmiuçar linhagens de raça, de todo excessivas dentro dos limites do presente estudo. Inclino-me, no entanto, a crêr que o «Lusitano» denuncia os traços apontados por Sergi à raça mediterrânea e que a sua linhagem se incrusta no tronco líbio-ibérico da classificação conhecida de Antón y Ferrández».

com rara acuidade crítica que *«el ideal que reflejan es el que corresponde a un pueblo de pequenos agricultores, dispersos en caserios y que tienen por principal centro de reunión santuarios y romerias»*. ([1]) Aqui nos encontramos novamente com o Lirismo,—diferencial eterna do Lusitano dentro da universalidade peninsular. Porque reflecte, segundo Menéndez y Pelayo, o ideal dum pequeno povo de lavradores, ainda, conforme Menéndez y Pelayo, nas condições de vida dêsse pequeno povo se nos descobre bem transparente o fundo étnico para que o eminente crítico apelava, buscando explicação ao terreno fácil que a «matéria de Bretanha» acharia, para se aclimatar, no noroeste da Península, que foi, afinal, a célula donde irradiou a força constituidora da nacionalidade portuguesa.

Na sua monumental monografia *As «villas» do Norte de Portugal* ([2]) Alberto Sampaio determina superiormente a persistência da antiga e primitiva raça dos nossos castros e citânias através da persistência do seu profundo agrarismo. Assim o Município, — pondo de parte a sua pretensa importação romana —, nasce no território que viria a ser Portugal dessa

---

(1) *Origenes de la novela*, tom. I, pags. CDXV.

(2) Pôrto, Imprensa Moderna, 1908. Saíu primeiro na bela revista *Portugalia*, de Rocha Peixoto e Ricardo Severo.

espécie de «comuna sem carta»,—na frase feliz de Alberto Sampaio—, que era a freguesia rural. Ora a *freguesia rural* não era mais que o reconhecimento, para os efeitos religiosos, do tipo fundamental das nossas mancomunidades agrícolas que, já em grau maior de desenvolvimento, deram ao depois o Concelho. A orígem do Município, ou Concelho, na faxa geográfica que hoje corresponde a Portugal, é, pois, bem distinta da génese do *ayuntamiento* castelhano. O *ayuntamiento* surge sempre á sombra do castelo, com o avanço lento da Reconquista pela extensão desoladora dos páramos do centro da Península. Compreende-se dêste modo que a poesia popular seja aí a poesia heroica — seja aí a Gesta. Aferrado à terra, defendendo-se pelo seu enraízamento do tropel das invasões que iam e vinham, a raça do occidente peninsular, quando a Reconquista chegou, achava-se já secularmente presa ao chão natal, por mercê duma especial tendência agrária que cêdo se expressou em instituições inolvidáveis, dando logar a formas sociais, anteriores em tudo às que o renascimento neo-gótico acabou por impôr mais ou menos ao resto da Península.

Do ruralismo congénito do Lusitano derivaria, por isso, o sentimento lírico que enobrece a mais remota poesia peninsular e que, manifestando por sua vez uma idiosincracia incon-

fundível, em que prevalecia com o amor da Mulher o amor da Natureza, nos obriga a concluir com Menendez y Pelayo que, realmente, habitaria por aqui uma grei, portadora de costumes e aspirações que não se irmanavam com as dos outros habitantes da Península. O tema é largo e apaixonaria até a pena mais rebelde a assuntos da índole do presente.

Lembrando, simplesmente, que o problema do lirismo galaico-lusitano não é alheio, pela sua concepção comunitária da vida, ao regimen conjugal que em Espanha o *fuero del Baylio* e em Portugal o chamado «*costume do Reino*» consagraram desde tempos imemoriais, assinalarei ainda em favor da opinião que expondo a circunstância da «*freguesia*», tanto em Portugal como na Galiza, ser o primeiro grau da hierarquia administrativa, ao passo que na quási totalidade da Espanha achamos logo o «*ayuntamiento*» como base da administração local,

Porque dimana dum entranhado sentido das coisas da terra, apesar do seu tom elegíaco e scismador, não exclui o Lirismo a virilidade e a decisão que tornam possíveis os grandes actos, tanto na existência dos povos, como na dos indivíduos. Se, pelo exposto, o Lirismo é característica indelével do velho tronco lusitano, não nos esqueçamos também de que êle define espiritualmente a autoctonia duma raça, que, se não gerou a Gesta, gerou Artur e D.

Sebastião. Já Suetónio, a propósito de Galba, nos fala daquela sibila de Clúnia,—*fatidica puella*, que prometia à sua tríbu oprimida um salvador no futuro (1). Eis mais uma prova de como a crença num herói redentor é o índice do fundo étnico,—céltico ou lígure, não importa!—, para que Menéndez y Pelayo recorria. Confirma-me simultâneamente na afir-

---

(1) Suétónio *Galba*, *IX*. Vid. tambem Menéndez y Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, tom. I, pags. 369 Madrid, 1911. Segue a passagem de Suetónio: — «*Et confirmabatur quum secundissimis auspiciis et ominibus, tum virginis honestae vaticinatione; tanto magis, quod eadem illa carmina sacerdos Jovis Cluniae ex penetrali, somnio monitus, eruerat, ante ducentos annos similiter a fatidica puella pronunciata. Quorum carminum sententia erat, «oriturum quandoque ex Hispania Principem dominumque rerum*». Oiçamos agora o insigne Martins Sarmento no seu formidável trabalho *Os Argonautas* (*Subsidios para a historia antiga do Occidente*), em nota a páginas 273-274:—«Para completar a sua obra, não seria estranho que os druidas semeassem a promessa d'um libertador. Não ha noticias d'este messianismo na Gallia; mas vamos encontral-o na Hispanha, na Cantabria, onde menos se esperava. Quando Galba subiu ao trono, viu-se n'elle o libertador do mundo, prophetisado dous seculos antes por uma virgem cantabrica (Suetonio *Galba IX*); mas, dois seulos antes de Galba, a Hispanha era ainda independente. O noroeste da Hispanha foi talvez o refugio de muitos Ligures da Gallia e da Inglaterra. E' d'algum destes paizes que vem o mysterioso messianismo dos cantabros?» Obcecado pela miragem erudita do Ligurismo, Martins Sarmento ia pedir lá fora a explicação de factos passados na Península. Sabe-se pelo testemunho de Strabão que Lusitanos, Calaicos, Astures e Cantabros se aparentavam estreitamente nos costumes e nas instituições. De que mais se precisa, para que fique documentado suficientemente o nosso ponto de vista?

mação já feita de que o Lusitano provinha duma humanidade mais antiga na ocupação da Península. Atirado para o Occidente, talvez que o Lusitano se prenda àquela primeira unidade populacional que, um pouco em toda a parte, aqui e alêm, às eruditos surpreendem na Península debaixo dos sedimentos deixados pela sobreposição das invasões passando e repassando. Assim no-lo sugere, pelo menos, a profecia da *fatidica puella* a que se refere Suétonio e que é mais um subsídio a registar por quem haja de descobrir com um golpe feliz de génio a verdadeira chave de tanto enigma entrelaçado.

Não possuíu, pois, o descendente do Lusitano o espírito da Gesta pela mesma razão porque não necessitou do feudalismo para organizar-se. Achava-se organizado por virtude do seu forte instinto localista e graças à malha espessa das suas confrarias agrícolas. O *elemento épico* existia para êle no *elemento mítico*, que, despido do relativismo histórico em que a Gesta cresceu e se divulgou, remonta seguramente à idade sumida em que o progenitor do Lusitano, — ou Celta, ou Ibero, ou Lígure —, diante da aparição dum concorrente mais poderoso, se teve de confiar contra as ribeiras melancólicas do Oceano. A sua mudez dentro da poesia heroica da Reconquista não representa, portanto, nem uma consciência menos nítida do drama que se

travava na Península, nem tampouco uma falta de qualidades guerreiras, que, pelo contrário, sempre manifestou, a despeito dos que vêem no Lirismo unicamente um testemunho de sensibilidade enervante e decaída.

E' até curioso recordar que precisamente as populações da vertente ocidental da Península fôram das menos submissas durante o domínio mussulmano. Assim no-lo diz o malogrado arabista espanhol D. Francisco Javier Simonet. Referindo-se ao reinado de Abderrahman I, escreve êle na sua bela *Historia de los mosarabes de España:* — «*En una de sus expediciones, se movió de Sevilla con su huéste para sossegar á los españoles de la parte ocidental, que al parecer eran los más inquietos, y avassalló á los de Beja, Évora, Santarem, Lisboa y todo el Algarbe*» ([1]). Socorre-se, principalmente, Simonet da chamada *Crónica del Moro Rasis,* cujo original se perdeu, mas de que há uma tradução a que anda ligado o nome del-rei D. Dinís. E logo acrescenta em nota: — *Acaso esta expedición fué la que Abderrahman I llevó á cabo por los años de 763 a 764 contra cierto caudillo llamado Alalá ben Moguit, que sublevado en Beja con el apoyo de varias milicias arabes y de*

---

(1) Madrid, 1897-1903. Pags. 250.

los siervos indigenas, puso á punto de ruina el nuevo Imperio».

Como se vê, são já os primórdios duma nacionalidade que se agitam. E repare-se que o fundamento de tais sublevações é exclusivamente local. Exclusivamente local se nos apresenta também, no occidente da Península, a resistência oposta ao primeiro avanço das armas sarracenas. Enquanto a maioria das cidades se rende sem condições ao novo dominador, Coimbra e Santarêm mantêm-se com govêrno autónomo e livram-se da repartição das suas terras entre as hostes vitoriosas (1). Assim, para Gómez Moreno, na sua recente monografia *Iglesias mosárabes* (2) Coimbra seria talvez, desta forma, «*el foco más potente de mozarabismo en el país ocidental*». E um detalhe curiosíssimo nos comunica ainda Gómez Moreno, e é êle que os motivos ornamentais da nossa restrita arte visigótica (igreja de Balsemão) «*en las Citanias romano-célticas de la región mismo por-*

(1) Simonet, obr. cit., págs. 51. Presume Simonet que o motivo dessa isenção por parte dos vencedores fôsse a conversão ao islamismo das populações de Santarêm e Coimbra. Mas em semelhante caso como se compreende que Coimbra constituísse no ocidente da Península o mais poderoso foco de mosarabismo e que nas suas imediações subsistisse como centro de religião e cultura o mosteiro de Lorvão?

(2) *Iglesias mosárabes. Arte española de los siglos IX a XI.* Madrid, 1919. Págs. 98.

tuguêsa, representando así el arte indígena en persistente actividad». [1]

O que se infere de aqui, sobretudo, é a profunda exactidão de Alberto Sampaio ao escrever no seu já mencionado estudo *As «villas» do norte de Portugal* [2] que «em toda esta região peninsular a sociedade da alta Idade Média formou-se em condições e tempo idênticos, quási ou sem o domínio sarraceno exercer influência directa sôbre os seus homens; dêstes, que continuaram entre si após curto intervalo em relações seguidas, quando no centro e sul imperavam os estrangeiros, partiu o movimento de reconquista, que devolveu a soberania aos naturais, passados muitos séculos de combates. Não tendo havido absorção de sangue e civilisação dos invasores, conservavam-se portanto aí vivas as condições e costumes da sociedade anterior e o génio das populações antigas. E' isto o que constitui a sua homogeneidade histórica».

Ainda que breves, são bastantes por si os elementos que produzimos para se verificar que à individualidade geográfica da pátria portuguesa, conforme ficou definida por autorizados depoimentos da sciência oficial espanhola, correspondia em toda a sua amplitude

---

(1) Obr. e págs. cit.
(2) Obr. cit., pág. 153, not. A.

um fundo étnico, tipificado por diferenciais que, se o aproximavam das mais populações hispânicas, lhe imprimiam, todavia, um particularismo muito seu, que o não deixava, por outro lado, confundir-se inteiramente com elas. Donde o resultar bem nitidamente que a separação política de Portugal e Espanha tira as suas raíses de circunstâncias mais fortes que a ambição dos nossos príncipes, como pretendia Alexandre Herculano,—ou que o simples capricho do deus Acaso, como queria Oliveira Martins num negativismo para lamentar em tão alto e claro espírito!

Sebastianismo e Quixotismo



D. Joana de Austria, mãe de D. Sebastião.
(Por Antonio Moro)

Museu do Prado.

SEBASTIANISMO E QUIXOTISMO

MAS nem todos em Espanha pensarão como eu penso, encostado a factos insofismáveis, não obstante os preciosos reforços que a cada hora a moderna erudição espanhola está trazendo à minha tese. Porêm, êsses mesmos, pouco inclinados a conceder a Portugal fronteiras que nos individualizem como nação àparte e uma raça que nos distinga no concêrto dos nossos irmãos peninsulares, não hesitam em declarar com uma nobre isenção, como, por exemplo, o ilustre professor e publicista, senhor Bullón y Fernández: — «*No han faltado quienes, para dar uma demonstración de que Portugal carece de condiciones que expliquen su existencia como nación independiente, han alegado que no existen entre Portugal y España limites naturales; pero, aun suponiendo que eso sea exacto, y lo és casi en absoluto, siquiera no falten en algunos espacios de zona fronteriza accidentes fisicos que pueden considerarse como algo más que lineas meramente convencionales de separación; pero aunque ello fuera*

exacto, con una absoluta y completa exactitud, eso argumento demostraria todo lo contrario de lo que pretenden sus autores, porque á las naciones no tanto las constituye el elemento psíquico, y si á pesar de no haber lineas naturales de separación, ha mantenido Portugal durante tantos siglos una personalidad independiente, será porque hay allí condiciones psicológicas, modalidades sociales, diferentes y caracteristicas» (1).

Efectivamente, o elemento psíquico, mais determinante duma nacionalidade que o elemento natural ou físico, já nós o indicamos, ao ocupar-nos do lirismo estrutural da alma portuguesa e da sua expressão máxima no mito do *Encoberto.* No entanto, o elemento psíquico é sempre antecedido, quando não condicionado, pelo elemento natural ou físico. E ainda que o senhor Bullón y Fernández nos não reconheça fronteiras naturais acentuadas, não se recusa a acrescentar, — e sempre com a mais louvável sinceridade, — que *«lo que caracteriza territorialmente á las naciones es la manera especial como en determinada región del globo se agrupan y combinan los elementos geológicos, orográficos, hidrográficos, marítimos, climatológicos*

(1) *Conferencia en la Real Academia de Jurisprudencia y legislacion*, já cit., págs. 14-15.

etc., la fisionomia particular y cómo el temperamiento que de aqui resulta para aquella zona terrestre, su modo de ser proprio y peculiar. Y considerado Portugal desde este ponto de vista, — prossegue o senhor Bullón y Fernández, — *no hay duda alguna que tiene una fisionomia especial inconfundible, porque es una zona litoral atlántica situada en el extremo ocidental del mundo antiguo... Y esto daba a el pueblo que viviese en esa zona atlántica, cuyas condiciones maritimas están además avaloradas por rios navegables y puerto tan excelente como Lisboa, una mision semejante á la que tuvo Fenicia en la antiguidad, la de ser un pueblo descobridor, comercial y colonizador».* (1)

Mas o senhor Bullón y Fernández aludiu, principalmente, ao elemento psíquico como sendo o que melhor baptiza e conforma uma nacionalidade. Se conseguirmos mostrar como no *ethos* lusitano o Lirismo se prende ao localismo pela ingénita aptidão bucólica da nossa raça, fácil será reconhecer que a «ternura portuguesa», de que fala o cardeal Cienfuegos, biógrafo de S. Francisco de Borja, quando nos conta as lágrimas de Carlos V pela imperatriz Isabel sua esposa, justifica plenamente as reflexões de Menéndez y Pelayo, ao buscar no noroéste da Península o berço

(1) Obr. cit., págs. 15-16.

do *Amadis*. «*No por estas fútiles presunciones, sino por motivos algo más hondos, aun sin contar con los indicios históricos y documentales, si siente inclinado el ánimo a buscar en el Oeste ó Noroeste de España la cuna de este libro,*—pondera o eminente crítico. *Domina en él un idealismo sentimental que tiéne de gallego ó de portugués mucho más que de castellano: la acción flota en una especie de atmósfera lírica que en los siglos XIII y XIV sólo existia allí. No todo es vago devaneo y contemplación apasionada en el* Amadis, *porque la gravidad peninsular imprime su huello en el libro, haciéndole mucho más casto, menos liviano y frívolo que sus modelos franceses; pero hay todavia mucho de enervante y muelle que contrasta con la férrea austeridad de las gestas castellanas. Todo es fantástico, los personajes y la geografia. El elemento épico-histórico no aparece por ninguna parte, lo cual seria muy extraño en un libro escrito originalmente en Castilla, donde la epopeya reinaba como soberana y lo habia penetrado todo, desde la historia hasta la literatura didáctica* (1)». Ora se nos fôsse aqui possível examinar os componentes morais que do *Amadis* transitaram para o *Encoberto*, nós veríamos como na linha genealógica do segundo o *Donzel do Mar* figura decerto

(1) *Orígenes de la novela*, Tom. I pág. CCXXI.

como o seu principal e mais directo antepassado.

O mito do *Encoberto,* como um alerta permanente de esperança, só do Lirismo brotou e só pelo Lirismo se mantêm ainda agora. Dêste modo, compreende-se perfeitamente que a ternura, (*«tengo los ojos niños y portuguesa el alma!»* — lá dizia na *Dorotéa* aquêle «D. Fernando» de Lope de Vega), gerando em Portugal o sentimento da *saúdade*, tornou ali mais aclimatável a «materia-bretã», enquanto em Castela, com a Gesta, são os herois carolíngios que inspiram e contornam os próceres galhardos do *Romanceiro.* Do *Romanceiro* descende, por seu turno, o patético imenso do *Cavaleiro da Triste-Figura.* Contràriamente, a feição emotiva da grei moradora nas ribeiras ocidentais da Península, ser-nos-ia dada pelo coração esforçado e sensível do donairoso *Amadis.*

«Tras os montes, *en tierras galaico portuguesas, entre ondas y brumas, reaparece, figura inmortal también, el doncel del mar,* el meigo fidalgo. *Contrasta con el hidalgo castellano, al que, sobretodo, perturbó la vigilia. Es locura de sueño, la del amoroso Amadis; en su vida, en su poema, vence a la épica la lírica; pasaron las aventuras, pero no pàsa la memoria de las cuitas: llegan à través de los Cancioneros y vàn indefinidamente prolongàn-*

dose, los ecos de tan sentidas quejas». [1] Assim testemunha algures o meu ilustre amigo senhor marquês de Figuerôa.

A lírica suplantou a épica, — efectivamente. E é essa circunstância que nos revela o traço próprio da psicologia portuguesa. Não que o lirismo falte ao temperamento castelhano, — o qual imprimiu à Espanha actual o seu carácter definitivo. Anda, sem dùvida, na lembrança de todos a tese sustentada a tal respeito pelo senhor Menéndez Pidal no seu magnífico *Discurso àcêrca de la primitiva poesia lírica española* [2]. Para o abalisado filólogo, a primitiva lírica peninsular assumiu duas formas típicas, — uma, peculiar à lírica galaico-lusitana, a outra, peculiar pròpriamente à lírica castelhana. A primeira determina-se pelo emprêgo das estrofes paralelísticas, rematadas por um como que estribilho, ao passo que a segunda é fixada por um *vilancico* inicial, glosado em estrofes, que no final, à maneira de estribilho, repetem o *vilancico* inicial no todo ou em parte. Não é inútil a notação das duas diferenciais, porque, na forma usada pela poesia galaico-portuguesa, a

---

(1) *Discurso leido ante la Real Academia Espanola en la recepción pública del Exc.mo Señor D. Gabriel Maura Gamazo... Contestación del Exc.mo Señor Marqués de Figuerôa.* Madrid, 1920, págs. 112-113.

(2) Madrid, 1920.

expressão, pela sua doce monotonia, acusa uma sentimentalidade profunda, ao passo que a forma castelhana, mais rápida e mais variada, permite um desenvolvimento que pode, sem dificuldade, chegar até ao narrativo. Acentuando o particularismo arreigado da primeira forma no noroeste peninsular, o senhor Menéndez Pidal reconhece implicitamente a existência ali dum meio especial e inconfundível, a cuja influência, como já se registou, o grande Menéndez y Pelayo atribuía a génese do *Amadis*.

Pois a semelhante condicionalismo, mais dos *Cancioneiros* que do *Romanceiro*, queremos nós pedir com o senhor marquês de Figuerôa a linhagem moral do esforçado cavaleiro que, se não tremia diante de dragões e gigantes, desmaiava, no entanto, de pênas de amor. Ninguem se surpreenderá por isso que no mito lusitano do *Encoberto* se evidencie com pureza indubitável a ascendência dos personagens simbólicos do ciclo-bretão. Não por feliz invenção literária, achada,—como no *Quijote*—, ao cabo de gerações sucessivas de *Lizuartes, Clarimundos, Florisseis* e *Palmeirins;* mas como produto ansiado da crença colectiva, apelando para as incertezas do futuro no momento de provação que descia sôbre todos. Há que importar-nos, realmente, com o *Sebastianismo*, para que melhor se entenda e sinta o que é Portugal nos recursos

assombrosos do seu espírito de resistência e de sonho. Foi êsse espírito que concebeu no *Amadis* o enternecido *Donzel do Mar*, amando a Oriana desde a infância *en tal guisa, que una hora nunca de amar se dejaron*».

Sendo assim, não se estranhará, pois, que o *Sebastianismo* marque, em relação à alma lusitana, o que o *Quixotismo*, no mesmo alto e dramático sentido, marca em relação à alma castelhana. ([1]) Eis onde reside a grande e fundamental característica que nos distingue a nós, portugueses, como individualidade àparte, das restantes familias peninsulares,—a Galiza exceptuada, é claro. E porquê? Porque, no conjunto das suas preferências comuns, traduzidas pelos costumes, pelas instituições, pela literatura, etc., cada povo, cada nacionalidade, possui a sua filosofia,—não a filosofia que anda a retalho na feira das idéas por mão de sofistas de aluguer, mas a que representa, por uma lentíssima e inconsciente criação secular, o seu conceito, a um tempo experimental e místico, da existência. No *Sebastianismo* se condensa, pelo exposto, a filosofia inata da alma portuguesa, como a da alma espanhola se consubstancia na essência dolo-

(1) Veja-se sôbre o Quixotismo o belo estudo de Eloy Luís André, *Ética Española*. Surpreende-me que o autor da *Ética Española* não tenha dos seus compatriotas o apêrço que dispensam, pelo menos, a qualquer Ortega y Gasset ou a qualquer Unamuno.

rida do *Quichotismo*, toda imbuída dum extraordinário e comovedor patético.

Se Ganivet teve razão ao escrever de Séneca que, se viesse ao mundo um pouco mais tarde, haveria de nascer em Castela, é o estoicismo do filósofo andaluz, «natural e humano»,—como o qualifica o chorado autor do *Idearium español*—, a fibra oculta de que se socorre a íntima coragem iluminada daquêle pobre senhor Alonso Quijano. «Não te deixes nunca vencer por nada estranho a ti mesmo, e mantêm-te sempre de tal forma erguido que se diga de ti que fôste um homem»,—eis em vulgar resumo a idéa-madre do pensamento de Séneca. Porque na mente do triste fidalgo manchego reinavam, numa sobriedade primitiva, as desdenhadas verdades «carpeto-vetónicas», que fizeram gloriosa a Espanha de outros tempos, em que se via mais Acção e menos Análise, não hesitemos em reconhecer que nelas e só nelas habita ainda agora a lição esquecida do autor enigmático e quási cristão da *Medéa*. No senequismo entronca, desta forma, a genealogia um tanto emaranhada de D. Quixote. E aqui está como, por conselho de Séneca, aos que a todo o instante clamam a necessidade urgente de se «europeizar» a Espanha, Ganivet responde,—e com Ganivet, D. Quixote, seu parente bem próximo—, que é preciso mas é «espanholiza-la».

Tomados, por conseguinte, o *Sebastia-*

nismo e o *Quixotismo* como éticas diversas, necessariamente que temos que tomar como diversos os dois génios, filho de raça e de meio que assim encontraram expressão imortal. Estamos em frente do «elemento psíquico», que o senhor Bullón y Fernández, — e com o senhor Bullón y Fernández todos os sociólogos e todos os historiadores —, considera como primacial na determinação duma nacionalidade. Pela já tantas vezes invocada predisposição emotiva que nos levaria a interpretar melhor a poesia do coração e da mágoa do que a gesta heroica da Conquista, (de Camões, um lírico, nasceu a nossa Epopeia), o Lirismo supõe, antes de tudo, como já dissemos e nunca é demais repetir, uma grei agrícola disseminada por entre guas ácorrentes, numa bucólica constante. Ora a nacionalidade portuguesa, na sua formação histórica, iniciou-se entre o Douro e o Minho com o velho condado portucalense. Como essa célula originária do futuro Portugal era povoada e cultivada, Alberto Sampaio no-lo conta nos seus trabalos memoráveis. A terra lavrava-se, —lavrava-se à sombra do verde-pino, entre as trovas descuidadas que se aprendiam na volta das romarias. «*La romeria tiene en el norte de la peninsula una importancia especial: el fuerte espiritu religioso que alli domina, y el ser la voblación espesa y estar muy repartida en lugarcillos y aldéas, favorecen la costumbre que*

busca en los santuarios famosos el punto de reunión y de mercado de muchos puebecillos de los alrededores»,—elucida o senhor Menendez Pidal ([1]) *No puede sorprendernos que todos los santuarios mencionados en las cantigas de amigo que tienen como fondo la romeria sean santuarios pertenecientes á la region ocidental del Duero, es decir, á la Galicia en su maxima extension romana...»*

Preciosíssima, na verdade, a observação do ilustre publicista! Porque, apesar de certas prevenções castelhanistas, aliás muito explicáveis, do senhor Menéndez Pidal, o seu testemunho insuspeito só confirma as minhas asseverações,—e é que o Lirismo corresponde no noroeste da Península a um trato largo de terra, onde o povo vivia mais do sacho que da bêsta, curvado para o rêgo florente, em que o seu suor se misturava com o aroma verde duma cantiga sempre esparsa no ar. Delimita-nos bem o senhor Menéndez Pidal esse rincão previlegiado, que só à superfície conheceu o tropel das invasões sem que, pelo menos, se alterasse a autoctonia secular do habitante. E',—repetindo as palavras do senhor Menéndez Pidal—, a «região ocidental ao norte do Douro», ou seja a Galiza «na sua máxima extensão romana». Está clara-

(1) Menéndez Pidal, obr. cit. pags. 66-67.

mente incluida a área do antigo condado portucalense. E nós sabemos como na região indicada a cultura dos campos se desenvolvera e prosperara desde que Roma obrigou os moradores das citânias a descerem para o vale, até que os descendentes dêles, algumas centúrias de anos depois, se agruparam em tôrno dum príncipe, alçando-o como seu soberano independente. E', afinal, como se exprime com todo o pêso da sua autoridade o insigne Alberto Sampaio, que foi bem o nosso Fustel de Coulanges. Ouçamo-lo:

«No esboço do largo período de quási treze séculos... os factos examinados mostram-nos o desenvolvimento social, marchando sempre numa filiação historica, desde quando a civilização romana, após a conquista pelas armas (14 depois de Cristo) se impoz á população vencida, imprimindo-se-lhe no espírito, de modo a tornar-se a base da sociedade, que ainda hoje subsiste» — depõe Alberto Sampaio. Fundam-se então as *villas;* nelas os chefes citanienses, instruidos pelos conquistadores, instalam em parcelas os clientes pobres, conforme o grau de dependencia, e tomam para si uma secção, agricultada por servos... Coberto o paiz de predios rusticos, systematicamente organizados para a exploração agrícola, jámais se interrompeu o aproveitamento do solo e o alargamento da gente. Fixou-se a terminologia rural, da qual

o neo-dialecto derivou a d'uso corrente. A romanisação, apagando a lingua, os costumes e o direito indigenas, creou uma nova sociedade....» ([1]) E logo Alberto Sampaio prossegue:— «Em 409 chegam os suevos, mas o seu advento não provocou mudanças radicais; se ocasionou no primeiro instante uma confusão, sobretudo política, a ordem facilmente se restabeleceu, unindo-se invasores e invadidos para formarem na península um reino á parte até 585, ano em que os wisigodos o absorveram. Consoante se vê do Codigo Wisigotico, conservaram-se nas duas epocas as demarcações das propriedades. Nos sexos e costumes e na organisação social, uma das poucas novidades foi a adopção pelos hispanos de nomes germanicos, abandonando os romanos que tinham suplantado os das citânias».

Continua falando Alberto Sampaio:

«Com a invasão Sarracena em 712, a desordem foi maior e mais prolongada. Os recem-chegados não conseguiram firmar-se no norte da península, nem um pouco ao sul do Douro; mas a resistencia cristan não pode tambem estabelecer em acto contínuo a segurança publica das regiões tomadas.

([1]) *Obr. cit.*, pag. 150. Edição em *separata*. Pôrto, Imprensa Moderna, 1903.

Apesar da incerteza, do terror do inimigo e decadencia das cidades, as Vilas permaneceram; dentro delas, guiado pela pratica, o povo perseverou no cultivo da terra, muito embora, na falta de governo, a visse frequentes vezes talada, e tivesse de a defender, ou esconder-se, emquanto passavam os exercitos indisciplinados. Com o trabalho agrícola manteve tambem as tradições do dominio espiritual» ([1]). Donde devemos concluir logicamente com Alberto Sampaio que «o fundamental antigo permanecia então, como transparece ainda hoje«.

Pois o florescimento magnífico das *cantigas-de-ámigo*» dos *Cancioneiros* galaico-lusitanos, em que a *romaria* aparece como fundo preferido, abrange sem tirar nem pôr a extensa zona geográfica, que tanto e tão amoroso interêsse mereceu à erudição de Alberto Sampaio ([2]) E' certo que o senhor Menéndez Pidal pretende encontrar tambêm em Castela o mesmo tema lírico. Mas encontra-o mais tarde e «*sin aquel languido discreteo de las cantigas gallego-portuguesas*». ([3]) Seja como fôr, e em abono das próprias afirmações do

---

(1) *Obr. cit.*, pags. 150-51.

(2) Veja-se no *Cancioneiro da Ajuda*, vol. II, edição crítica e comentada por D. Carolina Michaëlis de Vasconcelos, a pag. 882 e segs. a lista dos santuários mencionados nos «*Cantares de amigo*»

(3) Obr. cit. pag. 68.

senhor Menéndez Pidal, o modo de ser social que a «romaria» representa justifica plenamente a base agrária que, quanto a mim, o Lirismo pressupõe.

E' esta a altura de recordarmos que a romanização organizara a propriedade no noroeste peninsular segundo o tipo latino da «villa». Fragmentaram-se as «vilas» por exigências e necessidades saídas da transformação sucessiva dos tempos. Mas já então para os colonos das «vilas» havia um outro vínculo mais forte: — o da Igreja, que os tomou como filhos. De «*filius-ecclesiœ* vem *freguesia*, — vem *freguês*. O que é a *Freguesia* em Portugal? É, como já acentuamos, uma forma rudimentar de govêrno e administração local. Na sua origem, engendrou-a a «igreja», — muitos dos «santuários» das «romarias» célebres dos *Cancioneiros* —, tornada depressa *paróquia*, em razão das conveniências do culto, e mais tarde com funções distintas dessas, quais eram a de presidir à repartição, entre os vizinhos, das glebas pertencentes ao património colectivo.

Surgindo ao lado das «vilas» com a cristianização da sociedade, «as duas instituições sucedem-se, — esclarece Alberto Sampaio —, mas não se confundem: as vilas fôram propriedades em todo o rigôr da palavra; a freguesia é uma espécie de comuna sem carta, que se forma em volta do campanário.

Precisar a data em que uma deixa de existir e começa a outra, é impossível; transformações destas efectuam-se lenta e parcialmente; ao lado da instituição moribunda, vai despontando a nova, ora balbuciante, ora quási na juventude, até se efectuar a evolução por completo».

E o historiador remata: — «Todavia em ambas o perímetro é em geral o mesmo, e idêntica a população proveniente da stirpe antiga das clientelas, que desceram das citânias acasteladas». (1)

Acompanha-se perfeitamente na exposição de Alberto Sampaio a passagem da «vila» à «*freguesia*», enquadrando na sua massa populacional os descendentes dos íncolas primevos das citânias e castros da época preromana. A constituição social que semelhante regimen de propriedade importava consigo, traduz-se depois em modalidades muito suas dentro do quadro das instituições tradicionais do povo português.

Não conheceu a Espanha, antes do *ayuntamiento*, — ao que suponho —, outro grau na escala do seu sistema administrativo. Só na Galiza deparamos com a *paróquia* no sentido de que administrativamente se reveste a *freguesia* em Portugal. «*La parroquia es denominación jurisdicional eclesiástica, vero*

---

(1) *Obra cit.*, pags. 151-152.

tienne en el país tanta importancia como la denominación civil del ayuntamiento» ([1]). De nada mais se carece para concordarmos que as "romarias" do noroeste peninsular, ao acusarem na lírica dos *Cancioneiros* uma nota psíquica inconfundível, significavam simultâneamente a feição típica duma sociedade estabelecida em condições bem diversas das que se verificavam no resto da Península.

Efectivamente, Castela fundou-se e dilatou-se pela guerra,—pelo acto sistemático da conquista. Ao longo dos infindáveis páramos do coração da Península, por extensões e extensões despovoadíssimas, só à roda das fortalezas vigilantes as póvoas se desenham com tranqüilidade relativa. Eis porque a composição de Castela é mais *urbana* do que a de Portugal. Em Portugal a fortaleza, antecedendo a povoação, apenas aparece quando a nacionalidade entrou de se estender ao sul do Mondego. Até então, onde existia, existia sòmente para salvaguarda dos vilares e aldeamentos anteriores. Graças à rija e miuda rêde das nossas mancomunidades agrícolas é que o feudalismo não conseguiu aclimatar-se na faxa ocidental da Península. E tanto assim que, por virtude dessas obs-

---

(1) Citação de Domingo Villar Grangel na conferencia *El Municipio en Galicia.* Barcelona, 1919.

curas confrarias de lavradores e pequenos proprietários, em Portugal a nacionalidade antecedeu sensivelmente o Estado. Não é fácil explicar-se de outro modo que D. Afonso Enriques e D. Sancho I se intitulassem «reis dos portugaleses». O que não sucedia em Castela, onde a terra pertencia ao monarca em direito patrimonial, porque a achara deserta ou porque a ganhara para si e para os seus barões. Era, pois, com assombrosa vidência que Menéndez y Pelayo atribuía o primitivo lirismo dos *Cancioneiros* a «*un pueblo de pequeños agricultores, dispersos en caserios, que tienen por principal centro de reunión santuarios y romerias*». (1)

---

(1) Importante será registar a êste respeito mais uma passagem bastante expressiva do grande Menéndez y Pelayo. Diz ele: — «*El descubrimiento de este lirismo tradicional, que pertenece al pueblo por sus origines, aunque sufriese sin duda una elaboración artistica, es el más inesperado, asi como el más positivo resultado, de las ultimas investigaciones sobre nuestra literatura de la Edade Media. Hoy no es possible negarlo: hubo en los siglos XIII y XIV una poesia lirica popular de rara ingenuidad y belleza, como hubo una poesia épica aunque en lengua differente. ¿Quien podrá llegar hasta las más escondidas raices de ese lirismo? ¿Quien podrá sorprender sus primeros infantiles pasos? ¿Se trata de un fondo étnico comun á todos los pueblos del Mediodia de Europa, ó de algo proprio y caracteristico del pueblo gallego? ¿Por qué amaneció alli la poesia lirica con carácter más popular que en Provenza y con un cierto fondo de melancolia vaga, misteriosa y soñadora? A' todas estas cuestiones se ha procurado dar respuesta, pero hasta ahora com más fuerza de ingénio y de*

Ganivet chamou ao *Romanceiro* a *Summula-teologica* castelhana. Com intenção bem diferente, mas não com menor realidade, os *Cancioneiros* são a *Summula-teológica* de Portugal. Prova-o a interpretação da existência que no *Sebastianismo* se condensa como filosofia inata da alma lusitana. E' a Esperança a razão sentimental e mística do *Sebastianismo*. Ora a Esperança traduz, palpávelmente, o convívio resignado duma raça sedentária e pacífica que, pelo comunitarismo das suas instituições e pela crença naturalista das Estações e das Sementes, se sabe sobrevivêr a si mesma no momento que passa, aguardando, serena, a promessa do dia seguinte. Assim a

---

agudeza que rigor critico. Cuando los datos faltan' toda generalización ha de ser temeraria y prematura' La hipótesis céltica no satisface del todo ni está exenta de reparos, pero algunas dificuldades allana y es hasta ahora lo más admissible. Buscar soñados origenes germánicos, tomando por pretexto el hecho de la conquista sueva que sólo pudo ejercer una influencia superficial y exterior, y de ningún modo penetrar las capas más hondas de la población galaica, parece tan fuera de proposito como remontar-se, segun otros hacen, á los mismisimos pueblos turanios y al lirismo de los himnos acádicos. Todo esto puede ser materia de paradojas y ameno discreteo, pero conviene conservar á la historia la severidad de su método y dar siempre lo cierto por lo cierto y lo ignorado por lo ignorado. Qué población antecediese en Galicia á los celtas, ni lo sabemos hoy, ni quizá lo sabremos nunca á ponto fijo. Pero de los celtas galaicos sabemos por testemónio de Silio Itálico que ululaban cantos bárbaros en su patria lengua, y consta asimismo por varios canónes de concilios y por un libro de San Martin de Braga (De corre-

Esperança cresceria forte, com as amplas asas desdobradas, ao occidente da Península, entre a Montanha e o Mar, denunciando a grande capacidade lírica que fôra capaz de concebê-la e de amamentá-la. Da Esperança, transfigurada já em fonte de energia nacionalista, derivou o *Sebastianismo*. E o *Encoberto* não é mais que a personificação das tendências anónimas e ainda avulsas que já no *Ama-*

---

ctione rusticorum) *que conservaron, después de convertidos al cristianismo, supersticiones más ó menos poeticas y canciones profanas. Puede disputar-se en que lengua estarian; lo verosimil es que fueran en latin bárbaro, en lengua rústica, y que de ellas se pasase por transición gradual á los cantos en lengua vulgar. Que éstos son indigenas, no cabe duda; lo demuestra* **su misma ausencia de carácter bélico** (o normando é nosso), *la suave languidez de los afectos, el perfume bucólico, que nos transporta á una especie de Arcadia relativamente próspera en medio de las tribulaciones de la Edad Media*". (*Historia de la poesia castellana en la Edad Media*, cap. IV, tom. I, pags. 229-231. Madrid, 1911-913).

Pelos trabalhos já mencionados do senhor Ribera y Tarragó, especialmente, a maior parte das interrogações de Menéndez y Pelayo ficaram desfeitas. Quanto ao fundo étnico a que Menéndez y Pelayo constantemente recorre, pondo de parte a miragem erudita, ou do celtismo ou do ligurismo é já sem maiores desconfianças o velho *substractum* propulacional, que no Lusitano encontrou o seu expoente máximo. Assinala Menéndez y Pelayo, como prova do indigenato da poesia lírica do noroeste peninsular, a total ausência que ela nos manifesta de temas de carácter bélico. Aí reside, com efeito, se não o reconhecimento implícito duma completa autoctonia, pelo menos o duma indiscutível anterioridade do habitante da vertente ocidental da Península sôbre o dos desolados páramos do centro. Na mesma sua *Historia de la poesia castellana en la*

dis se revelam [1]. Mas, em face da sua linhagem bucólica, de nenhuma maneira nos desoriente o facto de no mito do *Desejado* predominar tanto a influência do Oceano, com a miragem constante da *Ilha-Afortunada* onde o *Encoberto* aguarda que se cumpram, para a sua volta, o ano e dia das Profecias. Já no *Amadis* o *Donzel do Mar* nos deixa entrever essa inclinação instintiva

---

Edad Media, observa Menéndez y Pelayo, a pags. 133 do volume: — «*Creemos firmemente que la epopeya castellana nació al calor de la antigua rivalidad entre León y Castilla (rivalidad que ocultaba otra más profunda, la del elemento gallego y el elemento castellano) y que este es su sentido historico primordial*». Outro não é o dualismo que, debaixo do aspecto privado duma luta senhorial, ganhou expressão inolvidável na lenda e cantar «*de los Infantes de Lara*». Num seu precioso estudo, o sr. Ramon Menéndez Pidal (*Leyenda de los Infantes de Lara*) prova-nos a existência histórica de Gonzalo Gustios, pai dos infantes, e a particularidade da origem galega de Ruy Velazques—seu inimigo. Não teremos, pois, na rivalidade entre Castela e Leão, que Menéndez y Pelayo indica como sendo a força criadora da epopeia castelhana e que o *Cantar* dos infantes de Lara dalgum modo reflete, a sobrevivência atávica dos dois *ethos* primitivos que inspiram, desde a história à literatura, a vida superior da Península?

(1) O próprio Menéndez y Pelayo o reconhece. "*Pero no son estas solas las curiosidades literarias con que nos brinda el esplendido hallazgo de los Cancioneros lusitanos. Aparte de la poesia tradicional é indigena del Noroeste de España, que alli por primera vez se afirma y manifiesta con sus proprios caracteres étnicos, y aparte de la imitación provenzal directa y visible en los serventésios y en las tensones; comienza á abrise paso, favorecido quizá por la comunidad de origenes célticos, un nuevo influjo destinado á crear, andando los tiempos, una forma de narración novellesca, que todavia en pleno*

para o enigma das ondas que vão e veem no seu fadário sem repouso.

Sugestão da «*matéria-bretã*», — dir-se-à. Mas a *matéria bretã* floresceu e proliferou, sobretudo, numa zona geográfica, a que étnicamente respondia a mesma identidade de populações, demorando pelas proximidades do Atlântico. Já Artus, retido na sua brumosa Avalon, não era mais que o Saturno das re-

---

Renacimiento fué como el último estertor de la caballeria decadente y moribunda. Asi como en Castilla, pueblo heroicamente enamorado de las grandezas de la acción y de las realidades de la vida, prendió facilmente la semilla de las narraciones del ciclo carolingio, asi en el pueblo gallego inclinado de suyo (no obstante el contrapeso de muy visibles propensiones satiricas) á la soydade, á la melancolia y al devanear inquieto y fantástico, arraigaron antes que en otra parte alguna las historias y de los lays *del ciclo bretón.* No *és vana la antigua tradición que pone en Portugal ó en Galicia la cuna del* Amadis *y de la mayor parte de los primitivos libros de caballerias, derivación muy libre y muy españolizada de los cantos galeses y armoricanos. Allí debieron nacer: por la misma ley de misterioso atavismo céltico que llevó á los portugueses á la conquista del Mar Tenebroso, fascinados por el espejismo de las islas encantadas y de la leyenda de San Brandam; y que á través de los siglos renueva hasta en sus minimos pormenores el mesianismo del Rey Artús,* rex quondam resque futurus, *en la esperanza nunca desfallecida y siempre renasciente, de los que todavia aguardam ver entrar en dia de niebla por la foz del Tajo al Rey Don Sebastian, redentor de su raza e fundador del sexto imperio apocalyptico». (Obra cit.*, pag. 251-52, vol. I).

Ponhamos de parte a constante preocupação celtista de Menéndez y Pelayo, e logo o seu depoimento valerá como um sólido reforço para as idéas medulares do presente estudo. Acentuemos, principalmente, o íntimo parentesco que Menéndez y Pe-

cuadas tradições ocidentalistas das idades proto-históricas, refugiado alêm do limite máximo das águas, e tambêm num lugar de depuração e de mistério. Sucede ainda, particularizando mais o caso, que o lirismo característico das gentes do noroeste peninsular não se manifestava unicamente campesino. (1) Ao lado das *«cantigas-de-amigo»*, celebrando os encantos do *«verde-pino»* ou o

---

layo descortina entre o nosso *Encoberto* e o mito ocidental do Rei Artur. Afasta-se assim o ilustre crítico da versão corrente que atribui o Sebastianismo a profundas influências judaicas sofridas pela alma portuguesa. Para quem deslinde a linhagem psíquica do *Encoberto* verá, efectivamente, que êle nada tem de comum com o messianismo israelita, subindo talvez a sua orígem à lenda mitológica de Saturno e ao seu refúgio numa ilha encantada, onde a primavera é eterna e donde volverá com a Idade-de-oiro restaurada. Ninguêm procure, portanto, afinidades entre o nosso *Encoberto* e *«el Encubierto»* da *Germania* de Valência. Êste não passava dum impostor, explorando em seu proveito o judaísmo esparso no levante espanhol. O nosso, entrando na dignidade da história pela sua personalização no monarca vencido e morto em Alcácer-Kibir, é o índice supremo da resistência lírica das povoações do oeste peninsular. Tema largo, que não se contêm dentro duma ligeira nota, sublinhemos-lhe desde já, em todo o caso, a sua completa identificação com as linhas que lhe consagra Menéndez y Pelayo, — o qual se equivocou ao referir a D. Sebastião a fundação do «sexto império», — e não do «quinto».

(1) Escreve a êste respeito o sempre ouvido Menéndez y Pelayo: *Pero no es sólo la Galicia rural la que dejó impresa su huella en este lirismo bucólico de nuevo género. Asotada de mares por Norte y Occidente, y predestinada á grandes empresas maritimas, la región galaico-portuguesa tuvo desde muy tem-*

louvor de «*S. Simon*», surgem-nos igualmente as «barcarolas» dum João Zorro ou dum Martin Codax em frente ao «mar de Vigo». O sentimento do mar é, por vezes,

---

prano lo que clásicamente llamariamos sus églogas piscatorias, si la brava costa del Atlantico recordase en algo la diáfana serenidad que envuelve á los barqueros sicilianos en los idilios de Teócrito y Sannázaro. Son frecuentísimas en el Cancionero, hasta en las villanescas y en los versos de ledino, las alusiones á cosas de mar, y aun hay juglares como Martin Codax, que parece haberse dedicado particularmente á la composición de estas marinas:

"Ondas do mar de Vigo
Se vistes o meu amigo?
E ay, Deus, se verrá cedo?
Ondas do mar levado,
Se vistes meu amado?
E ay, Deus, se verrá cedo?
Se vist·s meu amigo,
E porque eu sospiro?
E ay, Deus, se verrá cedo?

Assim se exprime Menéndez y Pelayo na sua *Historia de la poesia castellaña em la Edad Media* tom. I, pags. 237-38.

Alude ainda o ilustre crítico ao que êle chama as *barcarolas* de João Zorro. São dêle, entre outras, aquelas duas que começam:

"Em Lisboa sobre lo mar
Barcas novas mandey lavrar,
Ay, mha senhor velida!
. . . ."

e

"El-rey de Portugale
Barcas mandou lavrar
E lá iram nas barcas sigo
Mha filha e voss'amigo!
. . . ."

Salientando esta tendência marítima que já se enuncia nos *Cancioneiros*, não vem fóra de propósito deixar aqui uma reflexão de maior importância ainda àcêrca do fundo étnico, a que parece corresponder

tão intenso e tão fundo nos nossos antigos *cancioneiros*, que Paio Gomes Charrinho, ainda que por sátira, compararia à ira do mar a ira do rei de Leão e Castela.

«De quantas cousas eno mundo son,
non vejo ben qual poden semelhar
Al rei de Castela e de Leon
Se (non) *ua qual vus direi: o mar!*

Eis porque o *Sebastianismo* se nos evidencia agarrado por todas as suas raíses àquela rara delicadeza emotiva, — de *«lân-*

---

em toda a sua extensão êsse magnífico florescimento poético do lirismo galaico-lusitano. Para Strabão a Lusitânia ia desde o Tejo até à costa norte da Península, abrangendo a Galiza actual. E para o geógrafo clássico, os seus limites eram, — além do Tejo ao S., do Oceano ao N. e Oéste —, a Oriente os vetões, carpetanos, vaceus e galaicos. De modo que, segundo Strabão, os galaicos, ou galegos, não tinham o seu poiso no território que é hoje a Galiza, mas conlindavam a occidente com êle na parte mais montanhosa que viria a ser depois, mais ou menos, o coração da terra leonesa. Como se estendeu, porêm, o nome de Galiza a uma parte sensível do território lusitano? O próprio Strabão no-lo diz por estas palavras: «Veem, por fim, os Calaicos, que ocupam uma grande parte das montanhas e que, tendo sido por esta razão mais difíceis de submeter, mereceram dar o seu nome ao vencedor dos lusitanos, acabando depois por se estender e se impôr ao maior número dos povos da Lusitânia». (Strabão, *Geografia*, tradução francesa de A. Tardieu, livro III, cap. III, § 2.º)

Registando simplesmente o facto, verificamos que a região galaico-duriense, ou seja a Galiza em toda a sua extensão da província romana, coincidia, afinal, com metade da verdadeira e antiga Lusitânia. Será, portanto, galaico-lusitano o génio lírico dos *Cancioneiros*, ou lusitano unicamente?

guido discreteo» a qualifica o senhor Menéndez Pidal—, que distingue galegos e portugueses,—insisto—, dentre os outros grupos nacionais da Península. Seria esforçar-nos baldadamente se procurassemos surpreender no *Romanceiro* a linha genealógica do *Encoberto*. O *Encoberto*, produzido como criação colectiva em condições de anonimato análogo ao das diversas gestas castelhanas, guarda consigo inalteràvelmente a fisionomia vincadíssima do espírito social que o gerou e tornou possível. E' um heroi da lenda, sim, resplandecendo bravura e vitórias, mas um heroi paternal que vem sómente para restituir ao seu povo em desgraça a grandeza e a liberdade perdidas. Nêle se expressa, e em termos de identificação imediata, aquela modalidade psicológica que no *Amadis* tanto impressionava o ilustre Menéndez y Pelayo, ao reconhecê-lo tão diverso dos férreos guerreiros da epopeia medieval do centro da Península. E' essa uma outra fibra, — a fibra duma raça conquistadora, partindo para a derrota do inimigo, através dos ermos infinitos, onde a luz crua do sol faz alucinações. São já as caminhadas que D. Quixote ao depois galoparia.

Contràriamente, no *Encoberto* palpita a aspiração nativa duma grei, fortemente apertada ao solo, a cuja imagem e semelhança deseja viver e morrer. Resgatador dos Lares e Altares, eis a missão assinalada ao *Encoberto*,

que não vagueia pelas estradas sequiosas e ardentes atrás dum ideal abstracto de justiça e magnanimidade. Comparem-se bem de perto as duas figuras,—D. Quixote e o Desejado. (1) Notar-se-à desde logo que o primeiro é um espectro de cavaleiro-andante, só compreensivel debaixo do ceu esbrazeado, — no brazeiro vivo dos páramos intermináveis da Meseta, enquanto que o segundo, recebido em manhã de bruma sôbre as areias doiradas de Portugal, transpõe a curva misteriosa das águas, embebido talvez no enlevo místico da *Demanda do Prestes-Joham*. Em conformidade côm o exposto, dois *ethos* se nos denunciam assim, definindo as diferenciais que individualizam, quer ideativa, quer historicamente, a Portugal e a Castela. Que individualizam, mas não separam, — acentue-se. E não separam, porque da justa colaboração de ambas as pátrias, cada uma na plena autonomia da sua personalidade, é que resultou o que, sem desprimor para nenhuma, se pode e deve chamar «*civilização-hispânica*».

Entendidos dêste modo o *Sebastianismo* e o *Quixotismo* como regras de sentir e de pensar, prontamente se apossa de nós a visão da unidade peninsular naquêle superior

---

(1) O conde de Gobineau, preocupado com os seus etnicismos místicos, considerava o *Amadis* a mais alta flor da idealidade humana.

significado moral e cultural em que é imperioso tomá-la. Não se nega com isso, — energicamente o repito e afirmo—, o que é próprio e inalienável tanto da alma castelhana, como da alma portuguesa. Portugal é o *Cancioneiro,* — é a poesia lírica, é o *Encoberto,* é a vocação marítima, é a novela de Amor. Por sua parte, Castela é a vocação terrestre, é o *Romanceiro,* é D. Quixote, é a novela de costumes, eternizada nos seus vários Lazarillos, Alfaraches & C.ia Historica e ideativamente correspondem, pois, a uma unidade ultra-nacionalista, que não existiria nem se completaria nunca, sem a independência dêsses seus dois aspectos inconfundíveis. Nêles reside o segrêdo (1) imortal da alma da Península, gotejando sempre, como romã simbólica de Granada, o seu forte e generoso sangue, para que da face do mundo não desapareçam nem os supremos arrojos nem as grandes aspirações!

---

(1) Olhando a maneira como no *Quijote* é tratado o *Amadís*, podemos admitir que o fidalgo manchego é uma projeção castelhana do cavaleiro português.

O lenço da Verónica

O LENÇO DA VERÓNICA

REFLETE-SE desta forma no domínio do espiritual o que no campo das características físicas imprime fisionomia à Península. «Os trabalhos de Fischer e Kohl, — anota a tal respeito na sua monografia *A terra portuguêsa* o snr. Machado e Costa—, supôem o país uma região perfeitamente distinta de Espanha, trazendo-lhes a sua situação geográfica a impressão duma Holanda da Península Ibérica; outros geógrafos, porêm, com uma noção mais precisa da posição relativa de ambos os países, consideram Portugal, a bem dizer, o plano inclinado ocidental da península a que a exposição duma larga porção da sua superfície aos ventos oceânicos e a influência do Gulf Stream imprimem caractéres climáticos próprios. Segundo Reclus, a Península Ibérica deve ser considerada um todo geográfico, em que a separação em dois estados distintos, justificada, sem a menor dúvida, por um grande número de contrastes, não impede que o orgainsmo europeu hispano-lusitano seja um

membro indivisível; considera-o êste geógrafo uma só e mesma terra, com as mesmas origens e história geológica, formando um todo completo pela sua arquitectura de planaltos e montanhas e bem assim pela rede circulatória de ribeiras e rios». No entanto... No entanto, o autor do estudo *A terra portuguesa* [1] acrescenta logo, sem demora: — «A estreita ligação da geologia e da geografia e a mútua dependência destas sciências, não permite que na resolução do problema da unidade geográfica se possa abstraír da consideração dos fenómenos geológicos que intervieram na formação do sólo português; o estudo da sua evolução corográfica, em especial, leva-nos naturalmente a seguir as idéias de Reclus, acabadas de expôr, com as ligeiras modificações que as precedem. O território português representa, pois, a larga orla ocidental da península, a que a influência do Atlântico imprime caractéres fisiográficos verdadeiramente distintivos; a maior percentagem de humidade na atmosfera produz uma diferença tam acentuada no brilho do ar e do céu de Portugal em relação às províncias espanholas vizinhas que alguns viajantes teem tido na fronteira portuguesa a impressão do aspecto da região mudar como por milagre».

---

(1) Lisboa, 1915.

Pois é, exactamente, nessa gradação mais esbatida, ou menos intensa, da luz do nosso céu, que se traduz, desde os elementos naturais aos psicológicos, toda a razão de ser da nacionalidade lusitana. Se ha tibieza por vezes nas opiniões intermédias do autor de *A terra portuguesa*, elas ficaram já de antemão rectificadas. O que é interessante agora é verificar-se como o seu depoimento de geógrafo se ajusta singelamente, pelo que toca aos factores intelectuais e morais, com o depoimento dum crítico ilustre, — o malogrado Monís Barreto, no seu magnífico estudo *A literatura portuguesa* (1).

«A nós peninsulares a fundação que nos coube na Historia é o Heroismo e a Fé, — escreve Monís Barreto. Destituidos de imaginação penetrante e do dom da vasta comprehensão, desprovidos de larga sympathia e de curiosidade infatigavel, primamos pela energia da vontade e pela grandeza do caracter. O fundo d'esse caracter é a honra militar. A capacidade de afirmar e querer, de obedecer e dedicar-se, uma tendencia singularmente nobre de transformar o mundo á imagem do nosso ideal, uma generosa impaciência de perfeição, o desdem da beleza plastica e das delicadezas aristocraticas, um pen-

---

(1 *Revista de Portugal*, vol I, Porto, 1889.

samento simples como um acto, a paixão concentrada e a seriedade tragica, eis outros traços do génio peninsular. Este génio produz uma singular concepção da Vida, que se manifesta por uma religião realista e violenta, por uma política absoluta e insensata, pela preponderancia do génio da aventura e ausencia de capacidade pratica; que põe o amor no casamento, o ideal na acção, a belleza no valor moral; que inspira os maiores prodigios de energia no mundo moderno, e faz que a nossa historia seja, como o lenço da Verónica, a sangrenta effígie da nossa alma. Importado para a Literatura, esse génio produz um lyrismo robusto e monotono, um theatro destituído de analyse de caracteres, mas animado pelas idéas da honra e da morte, satyras dum sarcasmo violento, romances em que a acção absorve a analyse e que são a pintura da realidade crua e feia, e a maior das modernas epopeias.

«Mas para produzil-a foi preciso a intervenção do génio português, — prossegue Monís Barreto. Do corpo das populações ibéricas, dominadas e unificadas pelo génio castelhano, destaca-se pela influência accidental de influências historicas uma estreita faxa da orla marítima. Esta estreita faxa se constitue em nação independente e durante cem annos exerce um papel culminante na história moderna. Em synchronismo necessário com esta explosão de vida activa, desabrocha uma

breve mas explendida floração literária. Se estudarmos os documentos que a constituem, e completarmos êsse estudo pelo exame das producções que datam da renascença romântica, nada acharemos neles que distinga constitucionalmente o nosso génio do das populações ibéricas constituidas numa nação espanhola, como nada encontramos que geográfica e etnicamente fundamente a autonomia da nossa vida política. Mas um exame mais atento descobrirá certas qualidades secundárias que, dando uma fisionomia peculiar ao nosso espírito, se reflectem na nossa literatura: uma maior capacidade de compreender e assimilar, uma menor energia de afirmação e crença, uma sensibilidade mais delicada e profunda, um carácter menos vigoroso e mais nobre, mais razão e menos vontade, heroes mais humanos e mulheres mais mulheres, alguma coisa de saudoso e vago, de grave e triste, entranhas mais húmidas e o dom das lágrimas. Estes traços manifestam-se na nossa literatura por um lyrismo profundo e sentido, expressão duma alma amorosa e meiga; por um teatro capaz de pintar caracteres e espelhar a vida; por uma, ainda que tardia, floração de romances em que a anályse do coração não é anulada em proveito da acção, e finalmente por uma criação épica em que a grandeza heroica do génio peninsular é vasada em moldes duma nobreza essencialmente nossa. Se esses traços

não são bastantes para constituir um génio áparte, são comtudo suficientes para dar à nossa literatura um carácter peculiar, e para nos assegurar num futuro próximo uma intervenção salutifera na marcha da cultura dos povos peninsulares».

Filho duma época dolorosa de transição, Monís Barreto, embora dotado de excepcionais faculdades construtivas, não pôde fugir ao nefasto criticismo que tolda desastradamente a bela obra de Oliveira Martins. Aceitando a falsa teoria do Acaso, que para Oliveira Martins significava a única dinâmica geradora da nossa existência de povo livre, Monís Barreto aceitava-lhe igualmente as conclusões erradas. Não há já para nós perigo algum no que nas suas palavras se leia de menos exacto. Possuímos, — ao contrário de que o seu péssimismo o supunha —, abundantes alicerces geográficos e étnicos, para que não subsistamos apenas por concessão graciosa ou fortuita do acaso. O próprio Monís Barreto se via compelido a confessá-lo, destacando para a psicologia portuguesa aquela gradação de tintas,—aquela mesma transparência cromática, em que a humidade do Oceano emoldurou Portugal desde o fundo dos séculos.

Somos senhores duma raça fortemente marcada, — somos senhores dum território nitidamente individualizado. O que sucede é que nem as particularidades físicas da pátria

portuguesa, nem os atributos morais do génio lusitano, — conquanto nos distingam com tão sobrado vigor, — nos conseguem separar do resto da Península, impedindo que a nossa história, — a história comum de portugueses e castelhanos nos seus sacrifícios pela civilização — «seja, como o lenço da Verónica, a sangrenta efígie da nossa alma!»

Mas se êsse concurso de circunstâncias várias nos distinguem, sem nos separar, ninguêm pense tambêm em ignorá-lo, sonhando com um unitarismo aberrativo e artificial, tal como o arquitectou o delírio iberista dum ou outro ideólogo truculento que, julgando servir a glória da sua pátria, não tem feito senão aumentar o velho amontoado de erros políticos, cujas conseqùências estão bem à vista, — consinta-se-me o desabafo!—, na desgraçada situação subalterna da Península.

Bem reconheço quanto o assunto é melindroso. Mas, na verdade, torna-se imprescindivel abordá-lo de frente para que me possa pronunciar com mais autoridade e para que a minha voz encontre em Portugal aquêle éco favorável que tanto ambiciono para ela. Prefiro, contudo, ver-me substituido em tão delicada questão por quem oferece maiores garantias de imparcialidade e ânimo sereno. «*No, señores, la culpa no hay que buscarla fuera!*» — já dizia, haverá cinco anos, em conferência pública, o ilustre catedrático senhor

D. Eloy Bullón y Fernández: *somos nosotros, portugueses y españoles, y más los españoles que los portugueses, los que tenemos la responsabilidad de que el estado de las relaciones entre ambos pueblos no sea el que deberia ser»*. [1] E depois de se referir, não sem motivo justificado, ao interêsse que *«en algunos momentos ha habido por parte de las oligarquias politicas de Portugal en mantener recelos ó desvios contra España, á pretexto de que aqui se pensava em absorciones ó conquistas»*, o senhor Bullon y Fernández, não hesita em declarar com louvável sinceridade que *«lejos de eso, no han faltado algunas veces, del lado de aqui, de España, projectos pouco meditados, publicaciones, discursos no muy prudentes que en lugar de contribuir á estrechar las relaciones entre ambos pueblos, han servido, bien á pesar de la excelente intención de sus autores, para envenenar las relaciones de ambos los paises»*.

Não perdendo o nosso tempo com publicações de menor categoria, um maior conhecimento da vida espanhola elucida-nos a nós, portugueses, suficientemente sôbre a significação social e intelectual de certos nomes que dêste lado da raia nos surgem como porta-bandeiras duma tendência iberista que na

---

(1) Obr. já cit., pag. 11-12.

realidade não existe em Espanha, desejo aludir às reflexões que o insucesso dos conspiradores de 1648 mereceu a Cánovas del Castillo. Não nos esquecemos ainda quais elas foram. «*Si alguna vez Portugal y Castilla con Aragón,*— pondera o eminente estadista da Restauração na sua *Historia de la decadencia de España* —, *se juntaren de nuevo, y para siempre, realizando las miras de la Providencia que hizo tales pueblos hermanos, seria de esa manera, viniendo una dinastia portuguesa a sentarse en el trono español*». Uma experiência se tentou realmente nêsse sentido (e, sem dúvida, Cánovas del Castillo não o ignoraria), quando, depois da abdicação de Isabel II, a corôa de S. Fernando andou de rastos pela Europa, a mendigar uma cabeça em quem assentar. Prim puzera os olhos em D. Fernando de Saxe-Coburgo Gotha, viúvo da nossa D. Maria II e pai do monarca então reinante em Portugal. Já em dezembro de 1865 o nome del-rei D. Luís se vira aclamado em Madrid, por ocasião duma das muitas agitações políticas que antecederam a revolução de 1868. Ia nisso um evidente propósito de unitarismo ibérico,—projecto acariciado desde o princípio do século pelas associações secretas peninsulares, a que não se mostraram estranhas em Portugal a conspiração de 1817, que levou à forca o general Gomes Freire, e a revolução do Porto, de 24 de agosto de 1820, de que

derivou em 1822 a nossa primeira *Constituição*. Mais tarde, pensou-se no casamento de Isabel II com D. Pedro V. Falhada mais essa tentativa, a ideia voltava a renascer com Prim e com as suas simpatias por D. Fernando de Saxe-Coburgo Gotha. O fim que se envolvia em semelhante preferência dinástica manifestava-se transparente. «*Les progressistes ainsi que la fraction des démocrates qui ne se prononce pas pour la république, ont un idéal politique tout autre, qu'ils caressent depuis de longues années*,—historia H. Léonardon no seu livro *Prim* (1). *Ils rêvent de réunir sous un même sceptre le Portugal et l'Espagne, et dejá en decembre 1865, en acclamant bruyamment á Madrid le roi Dom Luiz c'était en faveur de l'union ibérique qu'ils se manifestaient. La révolution faite, il semble que leur rêve va pouvoir se réaliser, soit qu'ils donnent la couronne d'Espagne a Dom Luiz ou qu'ils l'offrent á son pére, le roi veuf de Portugal, Ferdinand de Cobourg. Dans le premier cas, c'est l'union immédiate; dans le second, elle est préparée et, par une transition naturelle, s'effectuera à la mort de Ferdinand*».

Daqui resultou a vinda a Portugal, em janeiro de 1869, de Fernández de los Rios como emissário de Prim junto de D. Fer-

---

(1) Paris, 1901, pag. 135.

nando. Tudo nos conta Fernández de los Rios no seu livro *Mi mission en Portugal* ([1]). Conduzido pelo marquês de Niza e vencidas bastantes dificuldades, pôde o enviado de Prim falar a D. Fernando. Foi em Sintra, no castelo da Pena, junto dum «*magnífico bosque de incomparables camelias*».

Al cabo de un rato, — conta Fernández de los Rios—, *apareció en lo alto de un sendero un hombre alto, de gallarda figura, vestido con un chaqueton y una especie de gregüescos de terciopelo verde, botas altas de campaña y sombrero negro de alas muy anchas, enteramente la silueta de un personage de un lienzo de Vandíck...*» Fechado numa escusa polida, mas sistemática, D. Fernando desnorteou por completo o pobre emissário de Prim, sobretudo com o seu sorriso enígmático, — «*una sonrisa que no sabia yo como interpretar, si como señal de satisfacción ó de ironia*». Tranquilizou-o o marquês de Niza, dizendo-lhe «*que era nerviosa y habitual en Don Fernando, cuando le preocupa algo fuertemente*».

Assim, junto do bosque «*de incomparables camelias*», o trono de S. Fernando foi oferecido a um outro Fernando, que, príncipe sibarita e scético, bem longe estava de ser digno da herança gloriosa do seu glorioso homó-

---

([1]) Paris — Lisboa. Sem data

nimo. Não seguiremos aqui os emaranhados fios dessa aventura diplomática. A intriga seguiu, porêm, os seus passos. E é ainda no livro de Fernández de los Rios que nós poderemos vêr como,—fracassada a hipótese D. Fernando por oposição das Tulherias, onde a influência da imperatriz Eugénia se fazia sentir a favor do que mais tarde seria Alfonso XII—, se pensou sem mais nem menos no nome de D. Luís.

«*Se trata, en una palavra, de Don Luis, rey de Portugal, por medio de la reunión de los dos reinos, bajo el cetro único del representante de la casa de Braganza... España y Portugal reunidos bajo el mismo cetro en la monarquia de Don Luís, es decir, un país tan poblado, como la Francia, de los mas favorecidos por la naturaleza, con un litoral magnifico, uma posición excepcional, formarian un imenso e imponente reino con el cual habia que contar*». Nêstes termos se exprimia já um folheto publicado em Paris, no ano anterior de 1868, *Dom Luís Roi d'Espagne et de Portugal*, por um tal F. Van Veerseen. E o plano a executar consistia em manter a autonomia de Portugal e Espanha, conquanto a pessoa do rei fôsse comum.

«Os ministérios de cada uma das duas nações seriam independentes, excepto o da Guerra e o da Fazenda; o Rei residiria em Madrid, mas iria a Lisboa para presidir à

abertura do Parlamento. Em suma, Espanha e Portugal chegariam a ser o que são hoje a Áustria e a Hungria» [1].

Já se afirmava que el-rei D. Luís empenhara a sua palavra, aceitando as propostas que instantemente lhe dirigiam de Madrid. O ruído tornou-se tão grande que, em 26 de setembro de 1869, o filho de D. Maria II entendeu ser seu dever soleníssimo desmentir os boatos que de dia para dia se avolumavam. Reproduzo a carta del-rei D. Luís como um documento digno de se recordar. E' como segue [2]: — «*Meu querido Duque. Palacio de Mafra, 26 de setembro de 1869. Constando-me que alguns jornais asseguram que, em virtude de conbinações feitas anteriormente em Paris, eu vou abdicar em meu filho, debaixo da regencia de meu augusto pai, a corôa de Portugal, para aceitar a de Espanha, e desejando que tão infundado rumor não tome incremento nem que se atribuam em assunto de tanta gravidade intenções que não existem no meu espirito, peço-lhe, meu querido Duque, que se faça desmentir semelhante noticia com a maior brevidade.*

Se a Providencia tem reservados á minha

---

(1) F. de los Rios, obr. cit., pags. 258.

(2) Na impossibilidade momentânea de obter o original português, traduzo-a do livro de Fernández de los Rios. A carta del-rei D. Luís é dirigida ao Duque de Loulé.

pátria dias de dolorosa provação, espero, confiado no amor do país e na aliança sincera da liberdade com o trono, poder resistir a essas terríveis eventualidades. O meu posto de honra é ao lado da nação. Saberei cumprir os deveres que o amor ás instituições e a lealdade da minha pátria me impôem. Português nasci, português quero morrer. Vosso afeiçoado, Luís».

A atitude nobilíssima del-rei D. Luís, querendo morrer português, como nascera, mostra-nos claramente que a promessa contida nas reflexões de Cánovas del Castillo, tendo atingido quási as portas da realidade, não conseguiu deslumbrar a vaidade do monarca lusitano. Já séculos atrás algo de semelhante sucedera com D. Afonso IV,—o sogro de Alfonso-Onzeno e, como êle, também heroi do Salado. Nas lutas que retalharam a monarquia castelhana durante o reinado de Pedro I, um bando irrequieto de nobres, revoltados contra o seu rei, ofereceu a corôa de Castela ao príncipe de Portugal, mais tarde igualmente Pedro I. A' frente dêsse bando figurava a poderosa família dos Castros e o favorito D. João Afonso de Albuquerque, — o do *Ataúde*. Declarando-lhe guerra D. Pedro I, — o de Castela, «*el antiguo favorito contestó a ella conveniéndose con los bastardos Don Enrique y Don Fradique para realizar un levantamiento que arrancase la corona á Don Pedro y la pusiese en cabeza de un hijo del*

rey de Portugal, nieto de Sancho IV; el cual, si aceptó en un principio, rechazó luego la candidatura por recomendación de su padre» [1].

Em tão singelas linhas se contêm toda a chave do enigma histórico da morte de Inês de Castro que o lirismo inato da alma portuguesa poetizou com um aroma perturbante de lenda. Irmã de alguns dos principais comparsas da conjura, Inês de Castro, insigne aventureira, foi o instrumento empregado para atraír ao plano o nosso príncipe D. Pedro. Conta J. B. Sitges na sua curiosíssima monografia *Las mujeres del rey D. Pedro,* [2] ao aludir ao casamento do desgraçado monarca castelhano com D. Joana de Castro, que «*mientras éste* (D. Pedro) *preparaba su boda, Don Enrique y Don Fradique se confederaban con Albuquerque y acordaban ofrecer la corona de Castilla al infante de Portugal, y los encargados de seducir al infante fueron precisamente Doña Inès de Castro y Don Álvar Pérez de Castro, los hermanos bastardos de Doña Juana.*»

A morte de D. Inês de Castro não foi, por isso, a conseqùência dum assassinato. D. Inês de Castro morreu executada, por crime de traição ao Estado. Sàbiamente D. Afonso IV previra os males que para a

---

(1) D. Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española,* Tom. I, pag. 600. Madrid, 1918.
(2) Madrid, 1910. Pags. 408-409.

soberania e tranquilidade do seu reino representava o oferecimento dos conjurados castelhanos. Não hesitou no caminho a seguir, sacrificando os naturais impulsos do seu coração ao interêsse supremo do seu povo. Outro tanto, embora em condições menos trágicas, ocorreu com D. Luís. Esquivando-se ao deslumbramento duma corôa mais aparatosa, ainda que se sujeitasse com a sua recusa a vêr o seu trono varrido pelo vento revolucionário que agitava a Espanha inteira — e eis o que queria dizer com os «dias de dolorosa provação» da sua carta ao Duque de Loulé—, D. Luís, como D. Afonso IV, seu antepassado, salvava patrioticamente Portugal duma guerra inevitável, se a união dos dois scetros porventura se viesse a efectuar.

Não há, na verdade, nessa questão das relações peninsulares, como sistema fecundo e duradoiro, senão o recurso pacífico da aliança. Grandezas imperiais, sonhos unitaristas, tudo são quimeras nefastas que trazem consigo um mar infindo de desilusões e de desastres. Corajosamente o dizia já Ganivet:— «*No hay medio de jugar con la historia; los hechos no se repiten a capricho, ni se puede volver atrás para rectificar lo que yá salió imperfecto en su origen. La verdadera ciencia politica no está en esos artificios: está en trabajar con perseverancia para que la realidad misma, aceptada integramente, dé en el porvenir, avanzando, no*

retrocediendo, la solución que parezca más lógica. Este és el único medio que tiene el hombre de influir provechosamente en el desarollo de los sucesos historicos: conociendo la realidad y sometiéndose á ella, no pretendiendo trastrocarla ni burlarla. La unidad ibérica no justifica nuevas divisiones territoriales, ni un cambio en la forma de gobierno, porque la causa de la separación no está en estos accidentes, sino en algo más hondo y que no conviene ocultar: en la antipatia historica entre Castilla y Portugal, nacida acaso de la semejanza, del estrecho parecido de sus caracteres. La unica politica sensata, pues, será aplicarnos á destruir esa mala inteligencia, á fundar la unidad intelectual y sentimental ibérica; y para conseguirlo, para impedir que Portugal busque apoyos extranos y permanezca apartado de nosotros, hay que enterrar para siempre el manoseado tema de la unidad politica y aceptar noblemente, sin reservas ni maquiavelismos necios, la separación como un hecho irreformable». (1)

Tal é a verdadeira doutrina! A lição da história ensina-nos que, ao cabo de tantos séculos de tentativas recíprocas de entendimento e de aproximação, ainda agora estamos sem que um só passo se houvesse dado com

(1) *Idearium español*, pag. 112-113.

proveito evidente. E tudo porquê? Tudo porque a sereia da ambição, segredando a sua estrofe pérfida ao ouvido dos monarcas e dos políticos, lhes interceptou a compreensão exacta dum problema tão simples, tão fácil de equacionar. A culpa, — confessemo-lo, — tanto é de Espanha, como de Portugal. A desconfiança entre as duas pátrias, a criminosa indiferença, em que ambas se alheiam uma da outra, não vem nem de ontem, nem de ante-ontem. Porque é conveniente repeti-lo e acentuá-lo: — é que, se existiu para Portugal um *perigo espanhol*, existiu também para Espanha um *perigo português*. Êsse perigo continua existindo da parte de Portugal, — não por Portugal, manifestamente, mas pelas possibilidades que as costas de Portugal, na hipótese duma guerra, facilitam a um desembarque de forças inimigas da Espanha. Aqui está porque dentro da própria Península a Espanha não é senhora dos seus movimentos e porque há do seu lado toda a utilidade em atraír a si Portugal, afastando duma vez para sempre a miragem aberrativa duma unificação que nunca foi possível, nem nunca o será. De outro modo, retalhados e divididos, a história da Península jámais deixará de ser como o pano da Verónica, — segundo a inolvidável imagem de Monís Barreto—, a estampa ensanguentada do nosso lento e irremediável suicídio!

Pecados velhos

PECADOS VELHOS

MAS é necessário esclarecer, detalhando mais, o grande crime do Liberalismo na Península. Logo nos seus alvores cúmplice da dominação francesa, à sua inventiva se deve a fórmula hipócrita da «harmonia-ibérica», em que se encarnou, para a ideologia revolucionária dum século inteiro, o sonho sempre acariciado duma Ibéria unificada.

«A solidariedade cosmopolita dos princípios da revolução, — escrevo algures, se é permitido citar-me—, não é do tempo presente com Lloyd George discursando aos Aliados e a Inglaterra declarando, sem que ninguêm lho pregunte, que nada teve com os acontecimentos de Espanha. Vem de atrás e muito de atrás. Por essa solidariedade a nossa Maçonaria facilitou a entrada de Junot em Lisboa, mandando mensageiros a Napoleão e dispondo-se a entregar-lhe com a Dinastia o único penhor da independência da Pátria. A mesma solidariedade, jurada sôbre as insígnias triangulares ou debaixo do ôlho simbólico do

Supremo Arquitecto do Universo, obriga Gomes Freire, traidor desde que espontaneamente se dedicou à fortuna de Bonaparte, a preparar a queda da Monarquia em 1817, de acôrdo com conspiradores espanhois, a cuja testa se encontrava o general Cabanes» ([1]).

«Tal é a genealogia da famosa «harmonia-ibérica» que, no fundo, não é mais que a républica federal da Ibéria, — continúo na minha transcrição — , anunciada para depois da insurreição, agora malograda em Espanha, pelo doutor Luís Simarro no convento maçónico realizado em Paris a 2 de julho passado. Prometeu-se aí que, a triunfarem os revoltosos, a bandeira verde e vermelha seria imediatamente reconhecida como bandeira da Ibéria. Não se tratava senão da execução testamentária de Gomes Freire. Procuraram já efectivá-la os homens de 1820».

«De facto, é um maçon, D. José Pando, ministro de Espanha em Portugal, quem coadjuva então e acoberta as cabalas dos conjurados. Conta-se até que, dois meses antes, chegara ao Porto o coronel espanhol Barreros com o fim de promover uma revolução em Portugal, prometendo para isso auxílios do

---

(1) Vid. o artigo *Dia de S. Bartolomeu*, publicado no jornal *A Monarquia*, de 24 de agosto de 1917. Será incluido no meu proximo volume *Ao ritmo da ampulheta. Critica & doutrina.*

govêrno de Madrid. Parece que Fernandes Tomás não aceitou as propostas de Barreros. No entanto, ao rebentar o movimento do Porto, um corpo do exército espanhol avizinhou-se da nossa fronteira de Trás-os-Montes».

«O mais interessante é que os jornais da época afirmaram (*Diário do Govêrno*, do Rio de Janeiro, de 22 de abril de 1823) que Manuel Fernandes Tomás recebera de D. José Pando cinco milhões de reales para levar a cabo a revolução, pondo-se depois em prática o plano traçado na *Sociedade dos Regeneradores do Género Humano*, fundada em Cádiz à roda de 1812».

Consistia semelhante plano numa confederação ibérica, em que Portugal e Espanha se repartiriam em nove repúblicas independentes da maneira seguinte: —*Bética-ulterior, Bética-citerior, Galega, Navarra, Asturiana, Lusitania-ulterior* e *Lusitania-citerior*, «com a declaração expressa de que os Algarves pertenceriam à *Bética-citerior*». Inspira-se singularmente, como vêem, no programa político dos *Regeneradores do Género Humano* o programa daquêles tantos que há umas dezenas de anos se fôram de jantar até Badajoz. É mesmo o espírito que anima o livro do senhor Magalhães Lima, *La fedération ibérique*. Convem não o esquecer, muito menos desde que vivemos em Maçonaria e que o «minuto de

amor» nos visitou recentemente na perfídia disfarçada duma gran-cruz de Carlos III».

No trecho que recorto para aqui dum artigo, já velho de quatro anos, condensam-se as linhas principais da conspiração persistente que, de fronteira a fronteira, intenta, vai para mais dum século, derribar a ordem tradicional. Estalara nessa altura em Espanha a *gréve* revolucionária de 1917, e pelas indicações recebidas de amigos nossos de Paris sabia-se de antemão em Portugal que um mês antes, — a 2 de julho —, no convento maçónico realizado em França, o doutor Luís Simarro dera conta do andamento dos trabalhos revolucionários da Maçonaria em Espanha, prometendo para breve a república aos Ir... ali reunidos. Do relato secreto dêsse congresso constava igualmente que, vencedora em Espanha a república, a bandeira arvorada seria a bandeira verde-e-vermelha da república portuguesa, cujas côres sinistras significam a utopia subversiva da unificação ibérica.

Talvez contribuissem bastante para a vitória das instituições monárquicas em Espanha, ao estalar a referida *gréve*, os documentos que espontaneamente fôram facilitados a Dato, Presidente de Conselho naquêle agosto de 1917. Por êles o ilustre estadista tomaria conhecimento de toda a rêde em que a Maçonaria envolvia a Espanha, acontecendo até, por impressionante casualidade, que nas suas

mãos se encontrava uma cópia dos mesmos documentos, quando em março de 1921 o assassinato o colheu miseravelmente.

Conscientes, pelo exposto, os elementos nacionalistas de Portugal de quanto a república representava de perigo permanente para a Realeza espanhola, receberam necessariamente com desgosto a notícia da prova de aprêço concedida a Afonso Costa por Sua Magestade Católica, ao agraciá-lo com a gran-cruz de Carlos III. Esboçava-se a essa data uma espécie de idílio entre a democracia regida de Lisboa e o govêrno monárquico de Espanha. Nada influiria mais desastradamente no ânimo dos portugueses do que a atitude benévola de Madrid perante o regimen que nos desorganizava e ia matando a pouco e pouco. Receioso de que a Espanha usasse para connosco da fórmula que Bismarck aplicou à França, facilitando-lhe a república para que melhor se enfraquecesse, compreende-se a razão que me assistia, ao aludir ao «minuto de amor» que nos acabara de visitar «na perfídia disfarçada duma gran-cruz de Carlos III». Tanto mais que não havia muito tempo ainda que, num livro desgraçado, um tal senhor D. Juan del Nido y Segalerva não hesitara em declarar alto e bom som: — «*Nosotros no debemos ayudar ni la Monarquia ni la República; pero en todo o caso, más debemos ayudar la República que la Restauración monár-*

quica«. E porquê? Porque «*la política sensata aconseja la más absoluta abstención* y *esperar el desenvolvimento de la república portuguesa*», — acrescentando depois o publicista que «*sobre esa Dinastía* (a de Bragança) *pesa la responsabilidad de haber deshecho en tiempo de Felipe IV la obra de Felipe II, y si fuere restaurada renacerian con ela todos los obstáculos que desde 1640 vieron impidiendo la Unión Ibérica*» (1).

Felizmente, as perseguições republicanas, atirando para Espanha com bastantes portugueses, não tardaram em restituir aos factos as suas verdadeiras proporções. O espírito da Espanha oficial a nosso respeito não nos admite, em bôa fé, a mais leve sombra de dúvida. Certas atitudes dos seus governos para com a república de Lisboa inspiram-se até numa nobilissima isenção. Não a hostilizando como sua inimiga natural que é, — e a polícia espanhola não o ignora por certo! —, a monarquia de Afonso XIII quere assim demonstrar a Portugal que lhe deixa total liberdade para resolver por si próprio as suas questões internas. Como monárquico que sou, aplaudo inteiramente essa conduta. E o meu desejo é que, por sua vez, os espanhois, em face de tantos e tão sucessivos fra-

---

(1) *La unión ibérica*, pags. 364. Madrid 1914.

cassos restauracionistas em Portugal, não tomem como descrédito duma Causa o que não é senão a falência dum Princípio!

Efectivamente, o que tornou possível a república entre nós foi o príncipio liberal que a monarquia portuguesa, abastardando-se, nem de longe teve escrúpulo em desposar. É o príncipio liberal que não permite mais a restauração duma realeza que, entregue aos desvarios dos partidos, caminhou de ânimo contente e leve para o seu suicídio. O que importa antes de tudo é despertar em Portugal a consciência adormecida da Nação e levá-la a aceitar deliberadamente a solução orgânica da Monarquia, — mas da verdadeira Monarquia, da tradicional. No olvido das nossas virtudes ancestrais, impõe-se-nos uma como que segunda fundação da pátria, — pelo menos, no seu superior conceito moral. Desnaturámo-nos, — incaracterizámo-nos. Há que volver, portanto, às orígens imortais da Raça e redimir-nos pelos poderes ocultos da nossa história. Sebastianismo? E porque não? A acção, para ser fecunda, carece sempre de ser conduzida por uma labareda de fé alta e imarcessível. Assim se apresenta para a mocidade lusitana o problema trágico dos nossos destinos. Assim, de coração erguido, andamos a preparar a jornada heroica em que se há-de alcançar, pela constância da vontade e pelo fervor da inteligência, a redenção da terra querida que,

em herança sagrada, recebemos dos nossos Maiores.

Não perfilhamos por isso os erros que facilitaram o período de desagregação em que hoje Portugal parece perdido. Eis o motivo do nosso combate ao Liberalismo, cujo processo Oliveira Martins instruíu definitivamente no seu *Portugal contemporâneo.* Não só lhe devemos, — a essa aclimatação indigna dos erros nefastos de 89, a ruína das instituições que fizeram grande Portugal, mas também o insucesso de tantas e tantas tentativas libertadoras de 1910 para cá. Como que interpretando o sentir daquela juventude que jurou levantar Portugal ao grau de respeitabilidade e prestígio que já desfrutou, oxalá as minhas palavras se revistam da simplicidade quente das afirmações indiscutíveis, para que não se confunda nunca a ânsia nobre dos que em Portugal se esforçam e trabalham por erguer de novo o trono de D. Afonso Henriques com quantas aventuras transpõem às vezes a linha da raia no noticiário do jornalismo quotidiano e que em Espanha, causando já o sceticismo dos mais indulgentes, parecerão seguramente capítulos arrancados à novela célebre do Padre Coloma!

Mas nós acentuávamos a íntima cumplicidade da Revolução na Península com as varias espécies de *Iberismo* que, durante o sé-

culo findo, de quando em quando nos vinham bater à porta. Já vimos que a bandeira verde-e-vermelha da República-Portuguesa é a bandeira improvisada à sombra dos clubs maçónicos para insígnia duma Ibéria emancipada e una. Já vimos igualmente o paralelismo que estreita entre si o avanço liberalista nos dois povos peninsulares. O dedo da Maçonaria, — não ríamos, meus senhores! —, evidencia-se bem patente. Tão patente, que, para no-lo documentar, nos basta a nota dirigida por Silvestre Pinheiro Ferreira, nosso ministro dos Estrangeiros, ao governo inglês em 1 de dezembro de 1821, porque se receava em Lisboa que o gabinete de Londres sufocasse o nosso revolucionarismo nascente, em harmonia com os compromissos tomados pela Santa-Aliança. Ei-la nos seus principais lineamentos:

«*Que se o Governo inglez annuir ás pretensões dos Alliados do Norte e se não se oppuzer a ellas, formal, positiva, e muito publicamente lhe fará sentir... que a consequencia d'este abandono da nossa antiga alliada será formar entre os dois povos da Peninsula uma união que não podendo ter firmeza senão pela fusão de ambos em uma só Nação, debaixo duma só constituição, e um só governo, resultará infalivelmente mallograrem-se todos os esforços dos seculos passados feitos com o fim de se evitar aquella união; ao que acresce,*

que não podendo-se verificar este phenomeno politico sem se preceder da abolição d'uma das Dynastias Reinantes, e talvez d'ambas, para ceder o logar a um novo governo, porventura conduziria este fatal desfecho o tomarem os dois congressos o partido de que a Historia nos offerece mais do que um exemplo, de se ir chamar para o Chefe do Poder Executivo, personagem de alguma das Dynnastias da Europa que, desposando d'este modo os interesses da Peninsula, trouxesse em seu apoio uma força effectiva...»

Expedia-se isto com D. João VI no trono e já de regresso a Lisboa, onde desembarcara a 4 de Julho de 1821 ([1]). Na referência expressa aos «dois congressos», revela-se claro o entendimento que a tal respeito existia entre os revolucionários de Lisboa e o mundo maçónico de Espanha. Não passava então Fernando VII dum farrapo a toda a hora enxovalhado e cuspido pelo populacho mais ínfimo. No volume de Fernández de los Rios, já atrás mencionado, — *Mi missión em Portugal*, encontramos uma pequena indicação que ajudará a esclarecer êsse infamíssimo trama.

([1]) Vêr, entre outras publicações da época, o curiosíssimo folhetim *Exposição resumida do que durante os desoito meses que estive em Lisboa soffri á facção, e aos scelerados que dominavão El-Rei* (D. João VI)*, e o levarão á sepultura*, por Heliodoro Jacinto de Araujo Carneiro. Paris, Oficina Tipográfica de Paul Renouard, 1826.

Alude Fernández de los Rios a «*un libro en pasta de 333 hojas, señalado en el numero 88, que se encuentra entre los Papeles reservados en el archivo del palacio de Madrid*», como contendo a prova das ambições de Fernando VII ao domínio de Portugal ([1]). E mais adiante, em outra passagem do seu curioso relato, Fernández de los Rios entrega-nos a chave do enigma. «*En 1820,* — diz—, *habia quien hacia llegar la idéa de la unión á Fernando VII, entre cuyos papeles reservados, los hay como hemos dicho, que revelan sus propósitos en este assunto*».

É suficiente a claridade que semelhantes detalhes nos fornecem sôbre a extensão da conjura revolucionária em que se andava decidindo da autonomia das duas pátrias livres da Península. Fernando VII, coitado!, não era mais que um pretexto, como palpavelmente se infere da nota de Silvestre Pinheiro Ferreira e da coacção em que o monarca espanhol jazia. Mas Fernández de los Rios fornece-nos ainda elementos que será bom recordar. «*En 1818,* — escreve — , *siendo secretario de la embajada en Londres don Joaquim Francisco Campuzano, trataba con el embajador portugués y aùn con el ministro Canning de la probabilidad de la unión. En 1829, don Alvaro*

(1) Pag. 180, nota 8.

Flórez Estrada, don Francisco Diaz Morales, don Juan Rumi y don Andrés Borrego se dirigieron á Don Pedro II (sic) *emperador del Brasil, para tratar con el la cuestión de la unidad peninsular*». Reinava ainda Fernando VII, — acrescente-se. Como é que de mótu-próprio anos antes aspiraria ao domínio de Portugal, quando era a sua corôa a que ofereciam agora ao filho renegado do nosso D. João VI?

Começamos assim a perceber a aparição do banqueiro espanhol, Mendizábal, — judeu e maçon, junto de D. Pedro. D. Pedro, ao abdicar no Brasil, pensava realmente em reinar na Península, mediante o destronamento de D. Miguel, seu irmão, e de Fernando VII, seu tio e cunhado. Não arrefeceu o projecto, nem com a morte de D. Pedro, nem com a aclamação de D. Isabel II. Mendizábal não desistia do seu propósito, e as inteligências que sôbre o as unto existiam entre êle e D. Pedro continuaram a existir com o primeiro marido de D. Maria II, o príncipe Augusto de Leuchtemberg. Mas com o falecimento do príncipe Augusto descaíu um pouco o plano, em que as responsabilidades pertencem tanto aos liberais espanhois, como aos liberais portuguêses. Contudo, o *Iberismo* traduzia de tal maneira na Península um objectivo maçónico-revolucionário, que em 1848, ao proclamar-se em França a segunda república, mais de quatro-

centos emigrados de ambas as nacionalidades «*recorrieron las calles de Paris,* — conta Fernández de los Rios—,*aclamando la unión peninsular, precedidos de una bandera con los emblemas de la Iberia*». Seria já a bandeira verde-e-vermelha?

Pouco antes, a opinião em Espanha agitara-se fortemente a favor do casamento de Isabel II com o nosso D. Pedro V, então ainda príncipe herdeiro, e da infanta Luísa Fernanda com o Duque do Pôrto, mais tarde D. Luís I. Não é de mais salientar que êstes arranjos de «harmonia-ibérica», bem longe de se entenderem como sendo a continuação do velho intuito dinástico que, de parte a parte, tanto em Espanha como em Portugal, procurara sempre corrigir os respectivos antagonismos pela virtude humaníssima das relações de família, partiam agora dos elementos «avançados», — dos «progressistas», que na Política espanhola corporizavam fortemente a idéa niveladora e subversiva duma Ibéria unificada. Pretendiam assim obter, por uma transigência temporária com a Monarquia, o que já antes tinham tentado obter pelo processo mais directo e mais sumário da revolução.

Desvaneceram-se, porêm, as possibilidades que nêsse duplo projecto de matrimónios reais depunham os inflamados condutores da incipiente democracia peninsular. Mas o nome de D. Pedro V não se sumiu inteiramente da

lembrança dos mais exaltados anti-bourbonistas. A intenção denunciava-se, transparente, buscando-se para a unificação da Península a cumplicidade da dinastia portuguesa, que desempenharia aqui a função desempenhada em Itália pela casa de Saboia. «*A principios de 1854,*—informa o pormenorisado Fernández de los Rios—, *circulaba un papel debido á un aprovechado jóven, el señor Cánovas del Castillo, cuyo entusiasmo ibèrico le llevó á arrostrar el perigro de imprimir un recuerdo histórico, demonstrando que ninguna dinastia de las cuatro que habia habido en España habia passado nunca de seis reys, terminando con profetisar la caida de Doña Isabel y la proclamación lisa y llana de Don Pedro V como médio de realizar la unión*».

Chama Fernández de los Rios, com lacerante ironia, «*aprovechado joven*» a Cánovas del Castillo que, realmente, surgira nas arenas da política, ostentando o mais desembaraçado radicalismo. Sem talvez imaginar que, expulsos os Bourbons, êle se tornaria o eixo vigoroso da sua restauração, Cánovas participou com Fernández de los Rios dos motins e pronunciamentos de 1854, saíndo da sua pêna o *Manifesto* de Manzanares, lançado à nação por O'Donnell. A que ponto subia o calor jacobino de Cánovas vêmo-los nós claramente nas afirmações que lhe atribui Fernández de los Rios. Arrependido depois, era freqùente

Cánovas observar que «*un hombre de bien no puede haber tomado parte más que en una revolucion, y esto por no saber lo que era*» (1)

O mais interessante, porêm, é conhecer-se que em Portugal os políticos do Constitucionalismo não se mostravam alheios a essas cabalas. «*Em 1854, tambien el «Diario Español «sacaba á plaza el nombre de Don Pedro V para Rey de España, se formaba nna liga hispano-lusitana, en la que figuraban personalidades muy notables y se aprobaba por las Cortes Constituyentes un proyecto de ley para la supresón de passaportes en la frontera portuguesa* .(2) Assevera-se até que O'Donnell com os seus companheiros de Vicálvaro não estavam alheios a entendimentos com Lisboa. E daí as declarações públicas de Cánovas, — nos seus começos políticos: «Eminência-parda» do general O'Donnell. Era a altura em que Antonio Rodrigues Sampaio não sentia pejo em afirmar nas colunas dum jornal, apropósito da construção do primeiro caminho de ferro peninsular, que «se nos colocassem na alternativa de sermos miseráveis com a nossa independência, mas sem caminho de ferro, ou de sermos prósperos com êle, arriscando a autonomia, nós não

(1) Angel Salcedo Ruiz, *Historia de España (Resumen critico(*. pág. 131.

(2) Angel Fernandéz de los Rios, obr. cit., pág. 201.

hesitaríamos sequer um instante, preferindo antes a nossa prosperidade». Ha nas palavras do panfletário de *O Espectro* alguma coisa de macabro, tal como o culto suicida duma religião africana. Morresse a Pátria, mas os princípios que se salvassem! É êste um depoimento, na verdade, que sintetiza uma época e classifica uma mentalidade!

Convém aditar ainda, — porque é uma página da história a que estamos escrevendo —, que de modo nenhum D. Pedro V se mostrou avesso a tais combinações. Consagrou-se no sentimentalismo fácil da gente portuguesa a figura dêsse monarca que passou rápido, sem outro sulco que não fôsse o da sua precoce viuvez e o da parte que tomou com coragem nas dôres do seu povo, quando das terríveis epidemias que saltearam Portugal. É uma espécie de «rei-filósofo», extraviado no século findo, pedantesco e melancólico, — mas melancólico à maneira germânica, que o tornava um segundo Werther, coroado e póstumo. Inclinando-se nos hospitais para o catre dos doentes estertorisados, fazia-o à Kant, — por «imperativo-categórico», em nome de sua razão geométrica que só conseguia encontrar «filantropismo» onde devera existir «caridade».

É necessário restituir D. Pedro V à sua exacta significação. Não é mais que um príncipe maçonizado na inteligência e na sensibilidade que a morte, levando-o prematuramente,

roubou talvez, ou às linhas caricaturais de seu primo Pedro II do Brasil, ou ao burguesismo sem nome, apático e horizontal, dum novo Luís Filipe. (1)

Ainda que intencionais, creio, por isso, que não são exagerados os informes do representante em Lisboa da côrte de Madrid, Pastor Diaz, para o seu govêrno. Esforça-se Fernández de los Rios por diminuir-lhe o efeito numa defesa de D. Pedro V que só, afinal, o compromete. Recebia o monarca em audiência particular a D. José de Salamanca, —o célebre e opulento banqueiro. Empapado de sciência, como qualquer preceptor alemão, S. M., «*queriendo lucirse ó singularizarse*», fez-se éco de todas «*las vulgaridades más populacheras*", depois de alardear o seu filosofismo de última categoria. Numa irreverência que apetece ressuscitar, Pastor Diaz notava nos seus comunicados secretos que «*El-rey Don Pedro habla de idéas y de principios,*

(1) O estudo recente do conselheiro Júlio de Vilhena, *D. Pedro V e o seu reinado*, publicado já depois de escritas estas linhas, projecta algumas luzes interessantes sôbre o carácter político de D. Pedro V, principalmente sôbre a noção moral que êle possuía àcêrca da sua missão de rei funcionário. Não invalida, porêm, a definição *wertheriana* da sua psicologia, nem a ideia central da nossa apreciação a seu respeito. No capítulo então do *Iberismo*, subsistem completas as afirmações de Fernández de los Rios.

como su padre habla de cuadros de Rafael y Murillo». [1]

Pois, pensador régio, arejando-se com um intelectualismo de logar-comum, não rejeitava D. Pedro V as solicitações que de Espanha chegavam diáriamente até aos seus ouvidos. «Quando vivia o senhor D. Pedro V,—descoseu-se duma vez o *Diário Popular*, segundo transcrição de Fernández de los Rios — toda a gente sabe que o senhor Fontes e outros dos chefes mais activos do partido regenerador queriam um império ibérico com aquêle príncipe por imperador». Não surtiram efeito os pretextos inventados. No entanto, a dinastia de Bragança, — mais própriamente o ramo Coburgo-Gotha dessa dinastia, fiel serventuário da Revolução —, chegou a inspirar verdadeiro receio à côrte de Madrid. Os motivos já ficaram apontados e são os que na sua *História de España* (*Resumem crítico*) D. Angel Salcedo Ruiz sucintamente nos expõe: — «...*dentro del progressismo puro predominó la tendencia revolucionaria, la cual no se contentaba ya con un pronunciamiento por el estilo del de 1854, sino que aspiraba a una revolucion que destronase á Isabel II como el único medio de hacer prevalecer el principio de la soberania nacional. En Inglaterra, decian,*

(1) Fernández de los Rios, *obr. cit.*, pags. 201-203.

no fué la Monarquia servidora de la nación hasta que, destronado Jacobo II, Guilhermo y Maria recibieron la corona de manos del Parlamento; relacionando esta idéa con el ejemplo contemporáneo de Italia y con la doctrina de las nacionalidades, que justificaba la unidad italiana, soñaban con el iberismo, forjándose la ilusión de que un rey Braganza elegido por unas cortes españolas realizaria fácilmente la unidade ibérica. ([1])

Reconhece-se assim a coerência dos «progressistas» espanhois, depois da queda de Isabel II, ao tentarem seduzir D. Luís com a miragem traiçoeira duma dupla corôa. E não nos desnorteie a idéa de que era o «império» a sua fórmula de execução. O «império», ou moldado no antigo tipo romano, ou nas modernas formas que o cesarismo nos oferece com Bonaparte ou com Bismarck, é sempre a consagração dum conceito materialista e simplesmente numérico do Poder. Ou se impõe pelas armas, pretorianamente, ou é o resultado inconsistente duma inconsistente operação plebiscitária. A sua estrutura, mais teórica do que histórica, faz tábua-rasa das realidades sociais, tomando apenas o indivíduo por base e atrofiando até ao aniquilamento, por um regimen de apertada concentração burocrática,

---

([1]) *Obr. cit.*, pag. 766.

os chamados «corpos» intermédios do Estado, tais como os Municípios, as corporações, as Províncias, etc. Não sai, como a Realeza, dum processo de elaboração natural, em que o Estado se estabiliza hereditariamente num tipo fixo, que é na sociedade como que o fecho da abóbada dum edifício construído pedra a pedra, de baixo para cima. Eis porque alguêm chamou à Realeza, — e sensatamente! — «instituição complementária». Vê-se, pois, com que profunda razão observava um publicista francês, Octave Tauxier, em relação ao seu país, que *«l'Empire est une réaction contre l'anarchie, mais il n'est pas une réaction contre les causes de la anarchie»*.

Constitui o «império» mais uma forma de *admistração*, do que um sistema de govêrno. Corresponde assim, logicamente, ou a um período de conquista, ou a um estádio de organização rudimentar na vila dum povo, mal regressado ainda da barbaria original. No segundo caso, a Rússia; no primeiro caso, com tantos exemplos da história, o paradigma completo que é o Império-Romano. Deu Napoleão mocidade a essa velha reminiscência clássica, criando o Estado-Moderno com todos os seus inúmeros tentáculos congestivos, de que Taine nos deixou a análise acabada e sem recurso. Porque preferiria Napoleão o Império aos quadros tradicionais da Realeza? Porque o Império, centralista e uniformizador, coadu-

nava-se perfeitamente com o espírito unitário da Revolução.

Não marchavam, portanto, em terreno falso os iberistas do século passado, quando, para atingirem a sua Ibéria-Una, — a Ibéria da bandeira verde-e-vermelha da República-Portuguesa, procuravam tambêm no Império o instrumento mais eficaz da ditadura revolucionária. Obtida pela compressão do Estado a fusão das duas nacionalidades, logo viria, seguramente, pelo impulso dos próprios acontecimentos, o desfecho sonhado da Península Nação-Única,—primeiro passo para a Nação-Humanidade das falsas profecias do Enciclopedismo e do Socialismo. Nada mais exacto, por isso, do que as reflexões do poeta António Pereira da Cunha, que já em 1879 classificava o «princípio da fusão peninsular» como sendo «no século actual, completamente oriundo da revolução europeia». Enunciado em Cádiz, por um português, em 1812 [1], — esclarece—, desenvolvido em Londres, diplomaticamente, depois de nós perdermos o Brasil, recebeu, afinal, a sanção pública no manifesto bem claro, assinado por Kossuth, Ledru-Rollin e Mazzini».

Desfolharam-se, porêm, as ilusões dos «progressistas» espanhois com o seu insucesso

---

(1) Palmela.

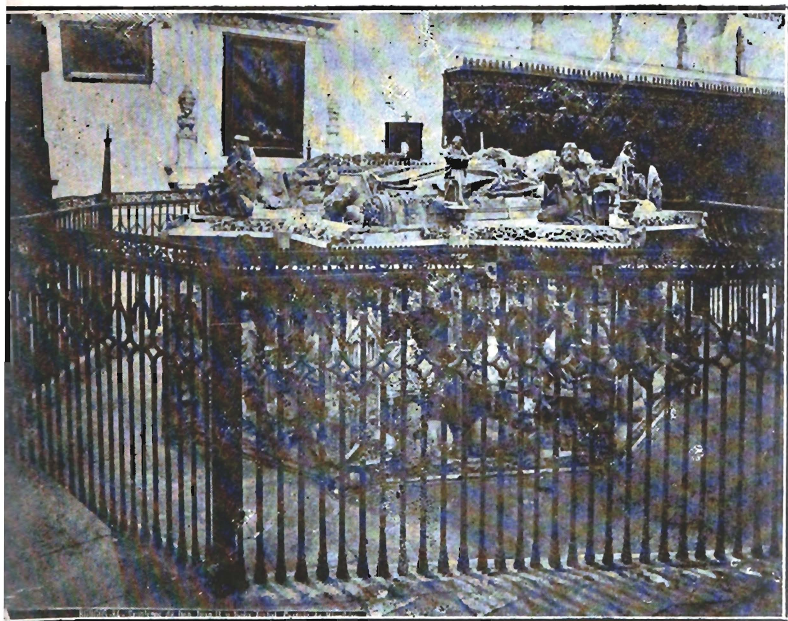
junto do nosso D. Fernando e sobretudo com a admirável resposta del-rei D. Luís. Resgatou D. Luís a cumplicidade evidente da sua dinastia com os fusionistas de Portugal e Espanha. Os compromissos assumidos durante a incerteza da vitória do Liberalismo na Península fôram-se lentamente dissolvendo e olvidando. Quanto a nós, só uma interrogação séria subsiste àcêrca de D. Pedro V. Pelo que respeita à Espanha, é de justiça recordar que Prim, já em negociações com a Itália para o advento do Rei Amadeu, repeliu em toda a linha as proposições que Jules Favre fizera chegar até êle por intermédio de Mr. de Kératry.

O enviado de Jules Favre saíra, em balão, de Paris, cercada pelos exércitos alemães. Napoleão III rendera-se em Sedan, perante a revolução. O Terceiro-Império caíra, e o *comité* da Defesa-Nacional procurava resistir ainda. Nêsse sentido foi mandado Mr. de Kératry a Madrid na esperança de obter um socôrro de 60 a 80:000 homens. Entre outros oferecimentos, a França comprometia-se, em compensação, a facilitar à Espanha «*ses bons offices pour aider á la constitution d'une État-ibérique*». Prim repudiou, sorrindo-se, as proposições francesas, sem se deixar prender nas asas tentadoras da quimera iberista que o estrangeiro, à busca de carne para a guerra, baldadamente se empenhava em agitar. Decididamente, nas esferas governamentais, o *Ibe-*

rismo desaparecera como projecto de realização política. Mas continuaria aninhado nas penumbras sórdidas da Maçonaria peninsular, onde ainda agora não é difícil descobrir-lhe o rasto.

E os Reis, — os nossos Reis? Não seria nêles tambêm um crime a sua ambição unitarista? Cuido responder com a diferença que já ficou estabelecida eutre o Império e a Realeza. A Realeza é uma instituição complementária, — insistimos. Por isso nunca a nacionalidade se dissolveria, — como não se dissolveu no tempo dos Filipes —, desde que ficasse de pé a sua estrutura social. É o que se verifica com D. Manoel I, — foi o que se verificou com D. Fernando.

Quinas de Portugal



Túmulos de Isabel de Portugal e de seu marido Juan II de Castela, pais de Isabel-a-Católica.

Cartuja de Miraflores, Burg

QUINAS DE PORTUGAL

Mesmo quando perturbados pela idéa da incorporação de Castela na sua corôa, os nossos Reis tiveram sempre em relação a nós um sentimento nítido das realidades. A prova deuno-la D. Manuel I na hora em que, pelo nascimento de seu filho, o príncipe D. Miguel da Paz, o scetro duplo de Castela e de Aragão esteve para se reunir ao de Portugal. Andam publicadas as «*Declarações del-Rei D. Manuel, de como se havia de governar o Reyno de Portugal, depois que o Principe seu filho, que herdava Castela, succedese naquelles Reynos.*» (1) Constituem elas um documento longuíssimo que decerto inspiraria mais tarde Filipe II ao pôr em prática as suas normas de governo autónomo para Portugal. Para D. Manuel «*a principal couza... he que o dito Princepe meu filho, e os que depois delle vierem,*

---

(1) J. J. Lopes Praça, *Collecção de leis e subsidios para o estudo do direito constitucional portuguez*. Vol. I, pags. 127-130.

governem as couzas destes Reynos por officiaes naturaes delles, e que a elles todallas couzas delles encomendem, e nom a extrangeiros, que nom sabem os costumes da terra, nem se podem tam bem conformar com os outros naturaes delles...» Assim, dispunha entre outras determinações, «*que quando quer que o dito princepe meu filho, ou qualquer dos seus herdeiros, vier a estes Reynos que, logo que nelles entrar, todollos officiaes de Castella e Aragam que trouxer deixem as varas da justiça que trouxerem, e as tomem os officiaes Portuguezes, e nenhum outro official extrangeiro tenha juridiçam em couza alguma, em quanto em Portugal estiver, salvo que os do seu Conselho e officiais de Castella e de Aragam possam entender nos negocios e couzas que dos ditos Reynos vierem*». Sem dúvida que a marcha dos acontecimentos modificaria as intenções de D. Manuel,—a quem é preciso prestar toda a justiça—, se a morte, justificando os versos célebres de Garcia de Rezende,

> «*Portugueses, castelhanos,*
> *Não os quer Deus juntos ver,*

não desfizesse os projectos de unificação tão entranhadamente acariciados, de parte a parte, pelas famílias reais de Portugal e de Castela. E ninguêm acuse os nossos Reis de menos pa-

triotas por êsse facto! Êles não procuravam senão a grandeza da sua corôa, que era, no fim de contas, a grandeza de Portugal! Procuravam-na às vezes erradamente, subjugados pelas tendências imperialistas do velho tempo, — e tão erradamente que já antes o alto talento político de D. Fernando se esterilizara em conseqùências funestas para o trono e para a Pátria, ao intentar o noso crescimento territorial, a expensas das lutas intestinas que dividiam e laceravam Castela. Não se dirá, contudo, — e os documentos iniludivelmente o proclamam —, quc os monarcas portugueses olvidavam o pequeno reino confiado por Deus à sua guarda!

Efectivamente, ao inverso do que é costume vulgar asseverar-se, apresentam-se de tal natureza as cláusulas respeitantes à sucessão do Reino, incértas no contrato nupcial da «*Iffante Beatriz com El Rey D. João I de Castella*», assinado em Salvaterra dos Magos aos 2 de abril de 1383, que um autor espanhol, D. Cristóbal Lozano, em *Los Reys nuevos de Toledo,* (1) comenta-as da maneira seguinte: — «*Vaia-se reparando, y se verá, como he dicho, que al Rey de Castilla, no se le daba, con este casamiento, sino nn titulo honorifico, sin renta ni vasalos, y aun esto al quitar en*

---

(1) Toledo, 1744. Pag. 242.

teniendo hijo mayor, con que no me espanto que los portugueses, de una y otra parcialidad, viniésen bien á ello, pués de qualquier modo quedaba Rey, ó Reyna portuguesa, que los gobernase y el de Castilla sólo por Rey de comedia». Na verdade, do lado de D. Fernando, exigia-se que Portugal fôsse *«sempre Reino sobre si»* e que os filhos, nascidos do casamento de D. Beatriz com D. João I de de Castela, *«se trarão a Portugal»* e que *«el dicho Rey de Castilla non pueda fazer moneda em el dicho Reyno de Portugal»*. Envolto numa espessa nuvem de descrédito, D. Fernando, — o admiravel continuador da obra económica de D. Diniz, sofre ainda hoje os impropérios duma história míope e sectária por causa do casamento de sua filha única com o monarca castelhano. Mas na sua previdência o pobre rei, deixando D. Beatriz de tenra idade e sem amparo, buscava-lhe assim um apoio provável em Castela, que seguramente, nas disputas civis em que a herança de D. Fernando viria a ser discutida, não desprezaria ocasião tão oportuna para intervir em Portugal. E antes intervir com propósitos amigos de que intervir exclusivamente com miras de conquista e absorção. É êste um assunto para exame mais largo e cuidadoso.

Abordando-o de raspão, pretendo demonstrar apenas quanto é iníqua e sem fundamento a *«leyenda-negra»* que em Portugal

se esforça por obscurecer a acção da antiga Realeza. A idéa de que Portugal seria «*sempre Reino sobre si*» nunca, em circunstância nenhuma, a abandonaram os nossos monarcas. Vimo-lo com D. Manoel I. Acabamos de vê-lo com D. Fernando. E já vimos que não foi outro o pensamento em que se inspiraram os planos de D. João IV e do P.e António Vieira, — seu consultor político. Mas não era aí que residia a fórmula exacta do problema, — a fórmula destinada a obter os sufrágios unânimes do futuro. Significando como significava a união de duas dinastias, o dualismo inaugurado por êsse processo não passaria jàmais dum artifício, de fácil desconjuntamento. Quem pondera os ensinamentos da história não póde nem deve hesitar: — entre tanta experiência, umas afogadas em sangue, as outras atiradas logo para o limbo das coisas inúteis, só, no fim de contas, subsiste para a nossa meditação, como digno de nos recolher os aplausos, aquêle belo paralelismo social e cultural em que vieram a concluir fecundamente os esforços das duas casas reinantes da Península, para viverem em paz entre si e entre si conseguirem no mundo o prestígio dos dois povos irmãos que a Providência identificara na mesma sorte. Foi o que sucedeu durante a centúria que decorre do século XVI ao XVII, — precisamente no período que, segundo Monís Barrêto, «é o de maior prosperidade e gran-

deza dos povos peninsulares» e com o qual coìncide, — ainda segundo o mesmo pensador —, a «plena expansão do génio português».

Ao contrário do que se imagina, atribuíndo-se-lhe um irreductível anti-espanholismo, tambêm, — como já afirmamos —, a dinastia de Bragança quis levantar do esquecimento a magnífica tradição que lhe legara a casa de Avís, empenhando-se em promover de novo a apròximação pacífica entre os dois povos da Península, por meio da já sabida política dos enlaces matrimoniais. A situação tinha mudado sensivelmente para os dois países, desde que a influência da Espanha na Europa desaparecera em Westphalia e Utrecht, e Portugal, despojado do seu antigo poder-naval, se vira obrigado a aliar-se com a Inglaterra, já senhora do império do Mar. Portugal, com semelhante passo, não só defendia a integridade dos seus domínios ultramarinos, como resistia eficazmente às pretensões absorcionistas de Madrid, — agora outra vez perigosas, desde que a França deixara de ser a inimiga tradicional da Espanha pelo advento da dinastia burbónica ao trono de S. Fernando. Mas bem mais poderosa e bem mais eloqüente que os erros dos homens, a fôrça dos factos terminou por impôr-se! E o próprio Filipe V necessitou regressar à política dos seus antecessores espanhois, negociando o ca-

samento do futuro Fernando VI com D. Maria Bárbara de Bragança, e o da infanta D. Mariana Vitória com o príncipe D. José, herdeiro do scetro de Portugal. Por momentos, a visão da unidade moral da Península pareceu sobrepôr-se às pressões estrangeiras que sistemáticamente a impossibilitavam. Não colheu, em todo o caso, a Espanha os frutos que esperava colhêr, — e só por culpa das ambições de Isabel Farnésio, que, dispondo do ânimo vacilante de seu marido, o enredou no demorado conflito em que a Europa então se debatia. Sobe, porêm, ao trono Fernando VI,—e *«c'est plutôt Marie qui succede à Elisabeth que Ferdinand à Phillippe»*, (1) como informaria Vaureal a Luís XV, quarenta e oito horas depois da morte de Filipe V.

E quem era essa «Maria que sucedia a Isabel muito mais que Fernando a Filipe?» Era a filha de D. João V,—D. Maria Bárbara de Bragança. De condição superiormente dotada, D. Bárbara de Bragança honrou, como poucas princesas, o seu país e a sua raça. Em Portugal quási se ignora a existência da filha del-rei D. João V, que, chamada a participar da corôa de Espanha, pôde deixar atrás de si, em inteligência, coração e virtude, um sulco bem

(1) Alfonso Danvila, *Estudios españoles del siglo XVIII. Fernando VI y Doña Bárbara de Braganza*. Madrid, 1905, pags. 224.

difícil de se apagar. Não possuía D. Bárbara de Bragança formosura física que a tornasse atraente e simpática. Mas *«la non bella y singularmente amada Bárbara de Braganza»*,— como escreve António Jaen na sua curiosa monografia *hetratos de mujeres*—, conseguiu, no entanto, apoderar-se do afecto de seu marido, que, ao avistá-la no pavilhão do Caia pela primeira vez, ia quási desfalecendo diante da sua figura desengraçada. D. Bárbara de Bragança tinha na alma um tesouro de infinitos recursos. E assim não nos surpreende que, anos andados, ao dar-se o seu falecimento, Fernando VI lhe sobrevivesse pouco, finando-se louco furioso. *«El-Rey amó a la Reina con un perpetuo y finissimo cariño, que parece excedió los limites de la vida, perdiendola de resulta de su muerte, en que exaltó desenfrenadamente el humor melancolico, que solia fatigarle algunas veces»* [1] Nêste exemplo de perfeitos Bem-Casados, quis o destino prestar uma singular homenagem às qualidades

---

(1) P.e Flórez, *Memorias de las Reynas Catolicas*. Tomo II, pags. 1017-1018. Sôbre D. Bárbara de Bragança, que está exigindo da parte duma pêna portuguesa um trabalho circunstanciado, vejam-se os seguintes estudos: — *Fernando VI y Doña Bárbara de Braganza (1748 1759). Apuntes sobre su reinado*, por D. Angela Garcia Rives, Madrid, 1917; *Fernando VI y Doña Bárbara de Braganza (1713 1718)*, por Alfonso Danvila y Burguero, Madrid, 1905; *Don Cenón de Somodevilla Marqués de la Ensenada*, por Antonio Rodriguez Villa, Madrid, 1878; *El monasteiro de*

discretas, mas persuasivas, da mulher lusitana. Lindíssima fôra a imperatriz Isabel, esposa de Carlos V. Mas ela domináva mais pelo perfume feminino do seu imenso recato do que pela formosura rara que o pincel de Ticiano imortalizou. Outro tanto aconteceu com D. Bárbara de Bragança, compensada abundantemente do desfavor com que a beleza a olvidára, não só pelos seus altos predicados de espírito, como também pela dôce afectividade do seu trato íntimo. Dormindo, esquecida, num túmulo das Salésias-Reais, será sempre um dever de patriotismo ir ali esfolhar-lhe piedosamente sôbre a campa as breves palavras duma oração, — porque há portuguéses que ainda sabem rezar!

Entronca D. Bárbara de Bragança na elevada linhagem moral das princesas da casa de Avís, que prepararam, tão sómente pelo poder do coração, a obra incomparável da *unidade-hispânica*. Influíndo com rara prudência no pensamento e na conduta de Fer-

---

la Visitación de Madrid (Salesas Reales), pelo conde de Polentinos, Madrid, 1918; *Sintesis de história de España*, por D. Antonio Ballesteros Beretta, Madrid, 1920, onde a paginas 363-364 se lêem os seguintes períodos:—«*Estaba casado Fernando con Maria Teresa Bárbara de Braganza, hija del faustoso Juan V de Portugal. Era fea de rostro, su cara picada de viruelas, la boca grande, los labios gruesos, los ojos pequeños y los pómulos salientes; de joven habia tenido cierta gentileza de cuerpo; al subir al trono conservaba un empaque regio que entonaba bien con su amor à la*

nando VI, não contribuíu pouco D. Bárbara de Bragança para que a Espanha liquidasse com dignidade a herança belicosa, recebida de Felipe V. À sombra da paz, alcançada com perseverante e honroso empenho, conseguiu a Espanha refazer-se do longo esgotamento que lhe vinha já desde os Áustrias. O período de esplendor material que se atinge depois com Carlos III,—no reinado seguinte, há que agradecê-lo, sobretudo, a D. Fernando VI e a sua espôsa. Filho de francês e nascido como Bourbon de estirpe estrangeira, Fernando VI foi um verdadeiro monarca espanhol, a ponto de exclamar expressivamente que nunca seria no trono de Espanha um logar-tenente do rei de França. Reflicta-se um pouco nessa circunstância, e logo se verá que ao espanholismo de

---

ostentación, defecto heredado de su padre. Paliaba todo esto con una gran bondad, un caracter adorable y una inteligencia cultivada. Amaba apasionadamente a su marido y era correspondida por el en la misma medida. Muy española en sus sentimentos y aficiones miró siempre por el bien de la nación». Sôbre o casamento de D. Bárbara de Bragança ver ainda o *Quadro elementar das relações politicas e diplomáticas de Portugal com as diversas potências do mundo*, tom. V. Há também, além de outras publicações curiosas sôbre o assunto, o opúsculo de Rodriguez Villa:— *Embajada extraordinária del marquês de los Balbases a Portugal em 1727*, Madrid, 1872, e o folheto n.º 32 da série *Estudos eborenses*, de Gabriel Pereira, *Os festejos de Evora em 1729 (Casamentos da infanta D. Maria Bárbara com o principe das Asturias, e da infanta de Castela, D. Maria Anna de Bourbon, com o principe do Brasil, D. José I)*.

Fernando VI corresponde uma espectativa amiga entre as duas pátrias da Península. Com efeito, por intermédio do nosso D. João V, a Espanha negociou a paz com a Inglaterra. Os desacôrdos que existiam entre Espanha e Portugal, com motivo na colónia americana do Sacramento, iam-se levando à melhor solução. E tanto se mudara o rumo das coisas na Península que, ao encontrar-se a Europa às vésperas da guerra dos Sete-Anos, o concurso militar da Espanha era solicitado ardentemente pelos dois grupos de potências adversas. Depois de Filipe II, voltava a Espanha a ter situação na Europa. E porquê? Porque a tinha dentro da própria Península, a bem com Portugal, devolvida outra vez ao antigo paralelismo político dos seus e nossos monarcas do século XVI.

Manteve Fernando VI a neutralidade dos seus Estados, resistindo com toda a firmeza às promessas que de ambas as partes se lhe faziam. Conta-se até que, por insistir com a raínha D. Bárbara para que a Espanha interviésse no conflito a favor do seu país, a embaixatriz de França recebera por única resposta às suas repetidas instâncias: — «*Nosotras, las mujeres, nada entendemos de estos asuntos!*» Entendia dêles, porêm, — e à maravilha! —, D. Maria Bárbara de Bragança. Pena é que, não tendo sucessão, o seu esfôrço peninsularista se perdesse sem continuidade

capaz, tão depressa a corôa passou para Carlos III, —seu cunhado.

Apressou-se Carlos III a entrar no chamado *Pacto de Familia*, a cujos preparativos Fernando VI recusara aderir. Não tardou que Portugal se visse invadido, apesar de ser irmã do monarca espanhol a nossa raínha, D. Mariana Vitória. Data desde então a ideia da transferencia da nossa côrte para o Rio de Janeiro,—ideia para a qual, em lance apurado, com os franceses às portas de Lisboa, o Príncipe-Regente D. João apelaria em último recurso nos comêços do século findo (1). Um eclipse sobreveio assim no bom andamento das relações hispano-portuguesas, até que, reinando D. Maria I, sob a inspiração de D, Mariana Vitória, sua mãe, se regressa de novo à política sempre iniciada, mas nunca prosseguida, da aliança peninsular. O meio a que os dois Estados recorrem é o dos matrimónios dinásticos. D. Carlota Joaquina,

---

(1) Verdadeiramente a orígem dessa ideia sobe mais longe. Aparece-nos com o prior do Crato e a seguir com D. João IV. Mas é, realmente, no tempo de Pombal que se toma como resolução de Estado, chegando a estar organizada no Tejo a esquadra que transportaria a côrte ao Brasil. Oiçamos a êste respeito François Rousseau no seu estudo *Régne de Charles III d'Espagne* (1759-1788), Paris, Plon, 1907: — *Les Portugais n'avaient rien à opposer à l'invasion. Depuis le commencement du siècle ils jouissaient d'une paix profonde ; aussi leur marine et leur armée étaient-elles laissées à l'abandon. Les secours anglais tardaient à venir. Ce ne fut, qu'après de nom-*

filha do futuro Carlos IV, consorcia-se com o sucessor da corôa de Portugal, matrimoniando-se com o infante de Espanha, D. Gabriel António, a nossa infanta D. Maria Ana Vitória. Mas a teia de Penélope voltaria a ser desfeita! Carlos IV, esquecendo as afinidades familiares, entrega-se de todo à influência francesa e, traído por Godoy, depois de haver contribuído para a invasão de Portugal, termina por caír nas mãos de Bonaparte. Dêste modo, a Espanha, que conhecera com Fernando VI o respeito da Europa, sofria, sem maior demora, as conseqüências do seu êrro, ao aliar-se contra Portugal com os seus falsos amigos de alêm dos Pireneus. Bem depressa, porêm, as direcções ocultas da história se sobrepuseram aos desvarios do vergonhoso parêntesis, corrigindo-lhe os resultados funestos. E o que presenciamos nós então? Pisados e devastados por um adversário comum,

---

breux pourpalers, que l'Angleterre daigna envoyer, à ses alliés, six mille hommes de mauvaises recrues; en attendant, les officiers anglais, établis à Lisbonne, équipaient et instruisaient de leur mieux des guérillas. Pombal, plein d'inquiétude, croyait que les Espagnoles profiteraient de ce desarroi pour marcher promptement sur la capitale; il tenait douze vaisseaux prêts à mettre à la voile, qui emporteraient, au Brésil, la famille royale (*Tom. I, pags. 78*). Não me parece certo o que François Rousseau assevera àcêrca de oficiais inglêses equipando e instruindo «guerrilhas». Quando muito, deve tratar-se de tropas das Ordenanças.

portugueses e espanhois unem-se no mesmo impulso sagrado de insurreição e, sem fórma consistente de Estado, — os portugueses com a dinastia ausente, os espanhois com um monarca intruso em Madrid —, restauram nobre e galhardamente a independência da Península!

Detenhamo-nos aqui numa necessária reflexão. E consiste em salientar que a Península, segundo o que largamente já deixamos exposto, não póde nunca ter *política-exterior*, sem o concurso solidário e amigável das duas pátrias que a compõem. Assim se verifica desde os Reis-Católicos a Filipe II e, paralelamente, em Portugal, desde D. João II a D. Sebastião. A ruína da preponderância de Espanha na Europa coincide com a absorção transitória de Portugal. Consegue mais tarde a Espanha fazer-se sentir outra vez na Europa, reinando Fernando VI. Achamo-nos em Portugal no reinado de D. João V, que desfrutou de grande reputação na política geral das côrtes europeias. Mas um colapso divide com o *Pacto de Família* a acção concordante dos dois govêrnos peninsulares. E o que sucede? Sucede que, desde que a Península cessa de pesar nas chancelarias da Europa, volve-se logo numa arena em que se degladiam os apetites em jôgo dos outros Estados mais fortes. Foi, com efeito, o que se passou. Tenta Portugal, ao declinar o século XVIII, uma atitude de energia contra a

França perturbadora e anárquica. Facilitavam-nos êsse propósito os princípios de Poder-Naval que entrávamos a possuir com as medidas benéficas e previdentes dos ministros de D. Maria I, Martinho de Melo e Castro e D. Rodrigo de Sousa Coutinho. A amizade com a Espanha apresentava-se-nos então segura pela apertada aliança dinástica, acabada de consumar, e que já nos permitira, como primeiro fruto, o arranjo das velhas questões de limites entre o Brasil e os vice-reinados espanhois, seus visinhos.

Acena, no entanto, a França ao arrivismo de Godoy com o principado do Algarve e Alentejo. E Portugal, retalhado teòricamente em Fontainebleau, salvou-se da vergonha dum rei francês em Lisboa,—como José Bonaparte em Madrid—, e dum espectáculo igual ao da abdicação ignominiosa de Bayona, graças à sábia retirada do Príncipe-Regente para o Brasil. Atentando contra a autonomia de Portugal, novamente se via a Espanha atentar contra si mesma. Pelo contrário, na reacção unânime que não demorou a alastrar por toda ela, dentro de breve se veria que tudo quanto fôsse salvaguardar a independência do povo espanhol, era contribuir tambêm para a independência do povo português.

Não se aproveitaram as vantagens que a ambas as pátrias naturalmente adviriam do desfecho glorioso da guerra da Península,

tornada esta, como sempre, uma espécie de taboleiro onde a intriga das outras potências se exercitou à vontade. Para mal maior, o vento da Revolução, com o seu cortejo de vocábulos em «ismo»,—Liberalismo, Maçonismo, Romantismo etc., agravaria as causas já de si numerosas da decomposição peninsular. Uma figura excepcional se destaca, contudo, dentre as mesquinhas proporções do quadro. É a de D. Carlota Joaquina, ao mesmo tempo tão espanhola e tão portuguesa. Tão espanhola como o demonstrou na sua conduta em face das agitações, que no *Rio de La Plata* antecederam a emancipação; tão portuguesa, porque soube encarnar a resistência instintiva da nação que adoptara perante a onda crescente e desorganizadora do vento liberalista.

Anda D. Carlota Joaquina caluniada grosseiramente por uma história que nada tem de história e que não é mais de que o depoìmento inqualificável de quanta imundície anónima acumulou o ódio farisaico dos partidos que em cem anos de contendas civis desgraçaram Portugal. Mas a reabilitação de D. Carlota Joaquina impõe-se de dia para dia, — virá a sair da justiça indefectivel do tempo.

Já um moço publicista espanhol lhe consagrou recentemente um estudo, em que se analiza a sua pertinaz actividade, com tanto de

novelesca como de genial, na complicada contenda de Buenos-Ayres e Montevideu.(1) Por nossa parte limitar-nos-emos a recordar os esforços empregados em benefício da causa sempre renascente e sempre desfeita da *amisade peninsular*. Enveredou D. Carlota Joaquina nas suas tentativas peninsularistas pelo caminho já certo e sabido dos casamentos reais. Irmã de Fernando VIII e de Carlos Maria Izidro, — o futuro «Pretendente», ela mesmo negociou o matrimónio dos dois com suas filhas, as infantas de Portugal, D. Maria Isabel e D. Maria Francisca de Bragança. É pena não me' crescer o espaço para relatar as circunstâncias deveras significativas que dificultaram o projecto inteligentíssimo de D. Carlota Joaquina. Contento-me em registar que, embora não frutificasse o plano da difamada esposa do não menos difamado D. João VI, o sangue de Bragança não passou novamente debalde pelo

---

(1) D. Julian Maria Rubio, *La infanta Carlota Joaquina v la politica de España en America* (1808-1812) Madrid, 1920. Ver tambem do marquês de Lema, *Calomarde, discurso leido en la Real Academia de la Historia*, Madrid. 1916; do marquês de Villa-Urrutia, *Relaciones entre España y Inglaterra durante la guerra de la Independencia* Madrid, 1914; e de D. Manoel Fernandez Martin, *Derecho parlamentario español*, tom. II. Madrid, 1885 E' interessante o opúsculo *Embajada de Portugal desde el año 1823 á 1825. Relacion de los sucessos acaecidos en Lisboa el 30 de abril de 1824. extratadò de la correspondencia particular del embajador de España, duque de Villa hermosa*, pelo duque de Luna e de Villahermosa. Madrid, 1920.

trono de S. Fernando! D. Maria Isabel morreu prematuramente, e por isso se inutilizaram os intuitos que certamente inspirariam os projectos de D. Carlota Joaquina. Todavia, a dôce princesinha que, por conveniências duma diplomacia intriguista, esteve para se ocultar durante algum tempo no adorável incógnito romântico de «duquesa de Olivença», ainda que pouco vivesse, não se limitou apenas a viver e a morrer. Era D. Maria Isabel de Bragança «*de agraciado rostro y grandes cualidades morales que fueron apreciadas por la nación y que ejercieron notable influjo en su real esposo, aunque no tanto ni tan gran como hubiera sido conveniente para el País,* — escreve o marquês de Valdeterrazo na sua conferência *Las bodas reales en el Derecho internacional*(1) Legou-nos Vicente López o retrato de D. Maria Isabel de Bragança. É tão singularmente incorporada na lembrança de cultura e virtude qne as princesas de Portugal deixaram na côrte de Espanha, parecia a raínha D. Maria Isabel seguir de perto o exemplo de sua tia, D. Maria Bárbara de Bragança, quando, na flôr dos anos, uma operação mal sucedida lhe roubou a existência. Jaz no Escurial, num túmulo de mármore branco, cuja

---

(1) *Real Academia de Jurisprudéncia y Legislacion. El Dcrecho internacional. Colección de conferencias celebradas durante el curso 1904-1905.* Madrid, 1914, pags. 239.

inscrição,—*Sapiens mulier ædificavit domum suam*—, é todo o seu elogio, cheio do discreto aroma que se exalava da sua alma boa e afectuosa. Contribuíu eficazmente D. Maria Isabel de Bragança para a fundação do *Museu do Prado*, e tanto basta, na verdade, para que dela nos ficasse um rasto de enternecido carinho pelas coisas belas do espírito.

Mais enérgica, mais varonil, a outra irmã, D. Maria Francisca, é a esposa infatigável do «Pretendente» e o nervo oculto da luta que em Espanha se desenrola à roda da herança de Fernando VII. Pertencem a D. Maria Francisca de Bragança aquelas soberbas palavras a D. Carlos: — «*Quien aspira a ceñirse un diadema por la fuerza no ha de mirar los peligros, sino solo á adquirir la responsabilidad de alcanzar el triunfo*». Adversária implacável de sua concunhada, a infanta de «*las manos blancas*», D. Luisa Carlota,— a que deu a bofetada célebre no ministro Calomarde, sobrava ainda a tempo a D. Maria Francisca de Bragança para cultivar com esmero a pintura. A *Real Academia de D. Fernando* guarda alguns quadros seus, de indiscutível merecimento

Mas é de justiça recordar também a «princesa da Beira",—filha mais velha de D. João VI e que, viúva do infante D. Pedro Carlos, casaria mais tarde,—ambos em segundas núpcias — , com D. Carlos Maria Izidro,

seu tio e cunhado. O primeiro marido da princesa da Beira foi filho do infante de Espanha D. Gabriel, a quem já nos referimos, e da nossa infanta D. Maria Ana Vitória. Orfão de tenros anos, acolheu-se à côrte de seus tios, D. João VI e D. Carlota Joaquina, casando com sua prima D. Maria Teresa, que, por ser a filha primogénita do Príncipe-Regente, usou o título de «princesa da Beira». Morreu o infante D. Pedro Carlos no Rio de Janeiro, aonde acompanhara a Familia-Real portuguesa na sua transferência para o Brasil, quando da invasão de Junot. D. João VI queria-lhe com afecto paternal, e do seu casamento com D. Maria Teresa nasceu o infante D. Sebastião, que militou nas fileiras carlistas e veio por fim a reconhecer a realeza de Isabel II.

Merece a «princesa da Beira» os cuidados especiais dum monografista que a ressuscite na sua intensíssima acção política, não só ao lado de D. Carlos, de quem seria segunda esposa, mas aconselhando ainda do fundo do Escurial, antes da sua saída de Espanha, a seu irmão, el-rei D. Miguel I. Dotada da maior vivacidade e com uma extraordinária percepção para as questões complexas da vida do Estado, D. Maria Teresa de Bragança, pelas suas raras prendas de inteligência e mesmo de audácia, tinha, efectivamente, direito a elevar bem alto as suas aspirações.

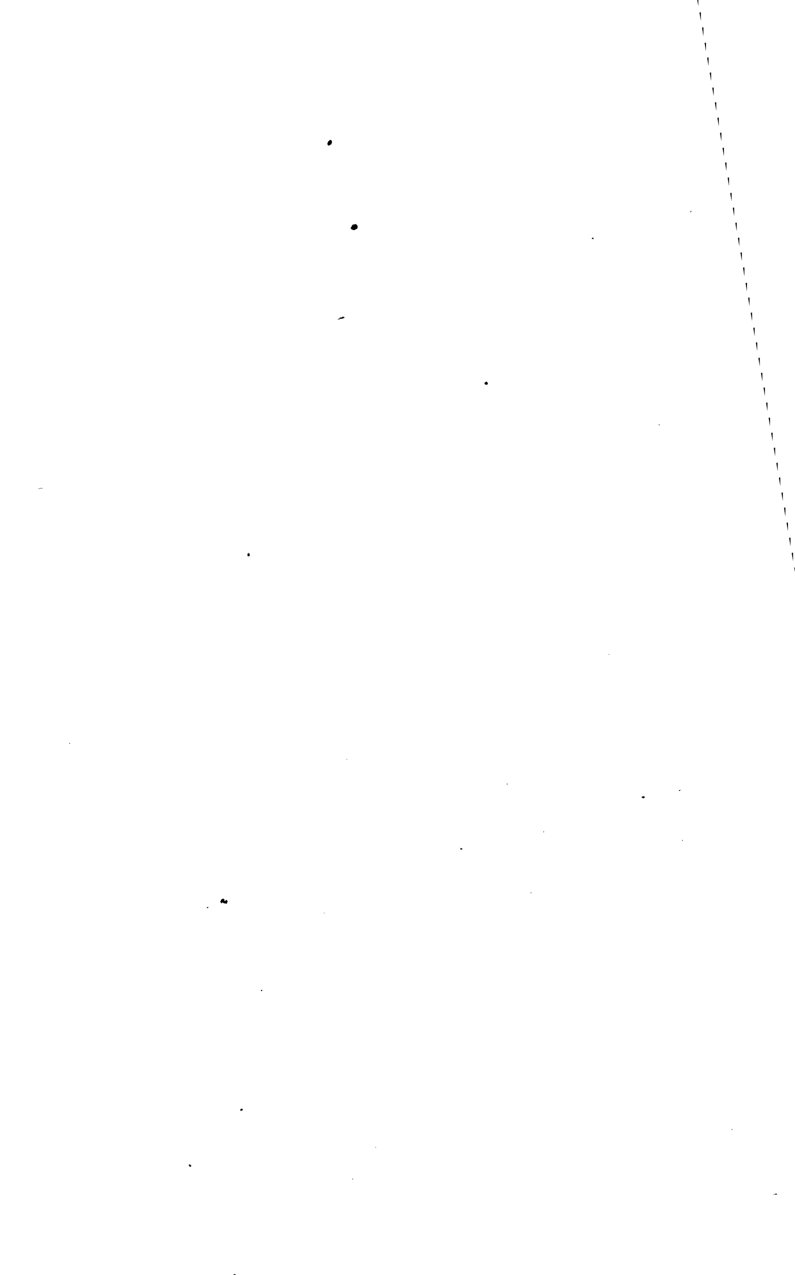
Da mãe herdara, sem dúvida, as evidentes aptidões governativas que não se resignaram jámais à subalternidade da sua situação. E assim é preciso acrescentar que durante algum tempo, já no cansaço e na velhice de D. Carlota Joaquina, D. Maria Teresa de Bragança representou com consciência e altivez as direcções supremas da causa da Legitimidade na Península. (¹)

Mas uma má-estrêla inutilizou os desígnios de D. Carlota Joaquina, ao procurar reconstituir o conceito perdido da «amisade-peninsular» por meio dum estreitamento de laços de família. Ocorreu, como primeira desgraça, a morte prematura da raínha D. Maria Isabel de Bragança. Seguiu-se-lhe o exílio de D. Maria Francisca e da princesa da Beira. Um novo factor intervinha agora para a desorganização da Península, mascarado no pretexto sangrento duma questão dinástica. Para que em tudo a nossa afinidade, — a afinidade de espanhois e portugueses —, se revelasse bem, aí a encontraríamos mais uma vez à mostra na guerra que se ateou, tanto em Portugal como em Espanha, à volta de «miguelistas» e «liberais», — de «carlistas» e de «cristi-

(¹) No livro *Sangue azul (Estudos históricos)* veem algumas cartas da princesa da Beira que nos documentam a riqueza e o vigor do seu temperamento.

nos» O paralelismo já apresentado como sendo a regra natural das relações peninsulares, ei-lo que se manifesta tambêm na absoluta identidade de que se reveste na Península o duelo tremendo da Revolução com a Tradição. O período que se segue ao falecimento de Fernando VII e à expulsão em Portugal de el-rei D. Miguel I é um período de desordem convulsa, cujas conseqüências, mais de que nunca, hoje se estão padecendo. As relações de Espanha e Portugal serão daí em diante, ou ditadas por um *Iberismo* de marca maçónica, como presenciamos, ou obedecerão insensatamente ao sistemático e recíproco afastamento em que as duas grandes pátrias peninsulares andam cavando de dia para dia a ruína uma da outra.

Errata necessária



ERRATA NECESSÁRIA

SÓ aos seus antecedentes radicais, numa época de permanente perturbação mental, se deve atribuir o conceito que subsistiria sempre em Cánovas del Castillo àcêrca do futuro da Península. Pèssimista, ou, pelo menos, scéptico em face do porvir, é cheio de visível amargura que Cánovas escrevera na sua *Historia de la Decadencia de España:* — «*Con la España austriaca pereció la verdadera, la antiqua, la grande España de los Reyes Católicos, no quedando más que el ódio que à causa de lo pasado nos han profesado hasta ahora unanimemente los extranjeros... España puede ser todavia uma gran nación continental uniendo-se pacífica y legalmente con Portugal su hermano, comprando o conquistando à Gibraltar tarde o temprano, y extendiéndose poi la vecina costa de Africa. Pero tambien puede quedar reducida a nulidad vergonzosa, ejecutandose en todo o en parte el funesto pensamiento que era traer al Ebro la frontera francesa, y dando a Portu-*

gal la Galicia, repartir la Peninsula entre dos Coronas casi iguales en poderio».

Tanto nas palavras de Cánovas, como no facto já mencionado da vinda a Madrid de Mr. de Kérantry, é conveniente que os portugueses aprendam o que, em verdade, se pode agradecer à França. Inútil é iludir-nos com a promessa da incorporação da Galiza! Era mais um motivo de divisão na Península, — agora com a França no Ebro, dominando-nos inteiramente a nós, peninsulares. Seríamos assim uma zona da sua influência. Claro que a hipótese é cada vez menos provável. Mas, recordando-a, não vem fóra de propósito êste comentário, porque sofremos precisamente em Portugal as conseqüências da nossa intervenção na Guerra, a favor duma causa a que por todas as razões nos devíamos manter alheios. Se ao longo da nossa história ha nacionalidades em conflito permanente com o que representa a mais bela essencia de génio português, é a França, irrecusávelmente, uma delas. Nas costas do Brasil, ou nos encontros do alto-mar, com Villegagnon ou com João Ango, são franceses que abordam, como piratas, as nossas conquistas e as nossas carregações, sem haverem contribuído em nada para o poema eterno das Descobertas. Quando, ao lado de Espanha, no século XVI, salvávamos a hegemonia europeia, ameaçada de morte pelo Turco,

— a Espanha, detendo-lhe o avanço através da Europa-Central, nós, ferindo-o nas costas com a nossa acção militar na India —, não hesita a França em se aliar ao inimigo secular da civilização christã, a ponto de Camões não conter a sua justa indignação e de a vazar em acentos de bronze nas imorredoiras estrofes dos *Lusíadas*:

> «Pois de ti, Gallo indigno, que direi?
> Que o nome Christianissimo quizeste,
> Não para defendêlo, nem guardalo
> Mas para ser contra elle, e derribalo?»

E' certo que Richelieu nos auxilia em 1640. Mas com a sua morte, quem seguir, no ascenso de Mazarino ao poder, as longas teias diplomáticas em que êsse auxílio se retraíu, de maneira a ficar quási em palavras apenas, não alardeará grandes sentimentos de gratidão para com a França. Há um livro que se deve folhear, porque representa um guia seguro para que nós, sôbre factos insofismáveis, firmemos definitivamente o nosso juizo. Intitula-se *Estudo histórico das relações diplomáticas e políticas entre a França e Portugal desde a constituição da monarquia portuguesa até à queda de Napoleão Bonaparte*, [1]—e é seu autor B. L. de Moraes

(1) Lisboa, 1895.

Leite Velho, advogado que foi no Rio de Janeiro. Suponho que nada mais se precisa para que, suficientemente elucidados, a nossa opinião a tal respeito seja uma só.

Não é que eu deseje com isto cultivar *chauvinismos* irritantes. Entendo, porêm, que é necessário corrigir as preferências internacionais que, apesar das lições do presente e do passado, continuam a dominar na inteligência e na sensibilidade de muita gente que presume de culta. Mal se contaram ainda cem anos, desde os latrocínios e dos massacres das três invasões napoleónicas. Os nossos monumentos fôram mutilados, pilhadas as nossas igrejas, fuziladas em massa populações inteiras. Nada existe nas nossas lutas com a Espanha que se compare à página negra a que me refiro. Esteve então em maior perigo a nossa independência do que esteve no reinado dos Filipes. No entanto, nada hoje recorda ou celebra o heroísmo dos guerrilheiros do princípio do século findo, gastando-se toda a saliva da farta oratória nacional em reeditar anualmente — pelo Primeiro de Dezembro — os velhos logares-comuns da sua indignação arcaica e teatral contra a Espanha, — nossa irmã nos destinos superiores da Península e colaboradora na obra imortal de civilização que soubemos ligar ao mundo.

Creio que nêste singular esquecimento do que valeu em esfôrço e em resistência

admirável a parte que a nossa raça tomou na Guerra-Peninsular anda alguma coisa de conspiração maçónica, — de propósito muito bem delineado e conduzido, no sentido evidente de amortecer as justas iras do espírito patriótico para com a França, donde nos viera com semelhante flagelo o flagelo peor do romantismo revolucionário. Exactamente por ser a França a pátria das idéas desorganizadoras que nos saltearam perfidamente, trazidas pelas mochilas dos soldados de Napoleão, é que em Portugal o liberalismo dos pastoreadores do pensamento colectivo, com o obscurecer o sulco de ruína e mortalidade deixado pelos franceses entre nós, se empenhou com rara pertinácia em nos apresentar a França como um país modêlo, irradiando por todo o universo um facho de luz redentora.

Ora nós, em Portugal, carecemos de restituir a tudo o seu significado preciso. Pois que as nossas preferências pela França se tornam num elemento dissolvente para a restauração da unidade-moral da Península, temos que as dominar e combater sem tréguas. Já vimos como a França, aliada com o Turco, arrancou a Camões uma apóstrofe candente. Já vimos também como, sem participar dos perigos que sofremos na descoberta do Mar, se nos atravessou depois no caminho, pirateando-nos atrevidamente. Mas a mais repu-

gnante de todas as suas piratárias foi a embusteirice erudita com que pretendeu mais tarde adornar-se para os favores da posteridade, procurando antecipar-se ao nosso avanço pelas costas de África com a conhecida fábula dos marinheiros de Dieppe, que o visconde de Santarem pulverizou notabilissimamente. Vem de seguida a restauração da nossa soberania política no século XVII. Nas suas maquinações contra a hegemonia europeia da casa de Áustria. Richelieu anima de longe os conjurados que elevam ao trono o duque de Bragança. Praticamente, porêm, em bem poucos se concretizaram as suas promessas, porque a Rechelieu o que importava não era a nossa emancipação, mas sim o que nós poderíamos incomodar a Espanha, enquanto andasse em guerra com a França.

Morreu Richelieu em dezembro de 1642. E se não ficamos abandonados à nossa sorte na paz de Westphalia, foi porque a França se não desembaraçou da Espanha tanto como quisera. O rosário de traições e de enganos contínúa, por isso, arrastando-se disfarçadamente. Sobrevêm um *intermezzo* lírico com a embaixada do Cavalheiro de Jant. Mas, malograda a sua missão junto da côrte de Lisboa, para honra e glória do nosso caluniado D. João IV, Mazarino decide-se sem demoras pela reconciliação com a Espanha. As conversações preliminares desenvolvem-se

com lentidão excessiva. Entretanto, Turenne ganha a batalha das Dunas e nós derrotamos D. Luís de Haro nas linhas de Elvas. O govêrno da Regência (já D. João VI tinha falecido) publica um manifesto enérgico, «no qual dizia, alto e bom som, que das ligas feitas e propostas com a França nenhuma vantagem tinha tirado, o que lhe devia servia de lição, porque durante dezassete anos tinha ficado ao desamparo e no descuido de procurar auxílios noutra parte, devendo lembrar à França que se êle e a Espanha reunissem contra ela os exércitos que tinham na guerra, com que se hostilisavam reciprocamente, não era difícil prevêr os resultados». ([1]) Mas nada consegue evitar que a paz conhecida por «paz dos Pireneus" se firme em 7 de Novembro de 1659.

E' indubitável que Turenne nos demonstrou sempre disposições favoráveis e, graças à sua intervenção pessoal, se obteve a vinda de Schomberg com algumas centenas de aventureiros e de mercenários. Contudo, metade da campanha estava ganha e para as vitórias seguintes não seria indiferente o apoio que negociámos em Inglaterra, com Carlos II já restaurado. Nas condições apertadas em que nos íamos achar, com o pêso da Espanha voltado contra nós, não houve remédio senão

---

(1) Leite Velho, obr. cit., págs. 130-31.

ceder Tânger e Bombaim, não viéssemos a sossobrar num naufrágio ainda maior.

Observa Leite Velho no seu trabalho já citado: — «Extranhas vicissitudes da história, diz H. Martin, Mazarino, Luiz XIV e Turenne aliando a Inglaterra com Portugal, chamando-a ao estreito de Gibraltar! Viu curto o grande historiador, porque não viu Bombay e não quiz ver que á traição da França se deva o início da grandeza marítima, e da influencia política da Inglaterra...» [1] Efectivamente, desde essa data, a integridade territorial da Península começou a sofrer a acção nefasta de factores que não tardariam a contribuir para a sua rápida decadência. A «unidade-hispânica» sofria um golpe mortal e, como conseqüência lógica, a França instala-se hoje na melhor porção de Marrocos, ao passo que a Inglaterra guarda consigo as chaves do Mediterrâneo Ocidental.

Mais longe nos estenderíamos nas nossas considerações, se não se encontrasse já sobejamente demonstrado quanto há de insensato na tendência de nos inclinarmos mais para a França do que para a Espanha.

Enfermamos dum francesismo abominável. Dele deriva a avariose das nossas idéas, dele deriva a epilepsia macabra em que hoje

(1) Obr. cit., págs. 155.

Portugal se debate. E como nos paga a França? Oferecendo, por exemplo, à Espanha, por intermédio de Mr. de Kératry, a possibilidade da unificação ibérica, evidentemente pelos meios violentos, embora insubsistentes, da conquista.

Repeliu o governo de Prim com desdenhosa nobreza tão inqualificável proposta. Não saìria ela nunca do capítulo das promessas. Traduz, contudo, um conceito humilhante, que Portugal parece ter olvidado. Não me demorarei eu a relembrar-lho. O que lhe recordo é a transparente marca maçónica do nosso inexplicável «francesismo». Podem bem aplicar-se à nossa situação presente aquêles versos do século XVII, satirizando a côrte de D. Maria Francisca de Saboya:

«Enfermo do mal francez
Ha anos está Portugal;
E não sára deste mal,
Porque o cúrão ao revez.
Deus lhe acuda desta vez!
Porque este reyno coitado
De sorte está galicado,
Que he dificultoza a cura,
E assim está na sepultura
Vivo, mas quási enterrado.

....

Ah, mízero Portugal,
Como temo de te ver!
Pois podendo renacer
Te vejo quasi mortal.

Se queres sarar deste mal,
Lança este gàlico fora!
Verás que assim se melhora
Por meio desta virtude
A tua antiga saude,
Se a tens perdida agora». (1)

E o aspecto mais grave de tão baixa superstição é a impossibilidade em que ela nos deixa de olhar com olhos de vêr a solução do problema peninsular. De certo modo, Marrocos, nas suas relações com a Península e ainda por direitos de incontestável prioridade histórica, é para nós «terra-irridenta». Alheados inteiramente da questão marroquina, a obsessão suicida dos portugueses vai até ao ponto de achar melhor que Tânger fique para a França do que para a Espanha, desde que, por culpa nossa, não pode ficar para nós. Quando se perdeu por completo a consciência dos grandes objectivos nacionais, não é para estranhar que a própria idéa da nacionalidade se dissolva na incomensurável anarquia mental e política em que Portugal parece pulverizar-se irremediavelmente!

Nesta crise moral do pensamento nacionalista português, abrangemos nós um índice bem claro de quanto actuou em nós, como

(1) R. Francisque-Michel, *Les portugais en France, Les français an Portugal*, Paris, 1882. Pags. 243 e segs.

agente corrosivo, o francesismo racionalista e romântico dos nossos ideólogos de há século e meio. Nas suas *Ultimas páginas*, Eça de Queiroz, arrependido com a maior sinceridade do muito que contribuíra para o agravamento do mal, deixou-nos num capítulo admirável o testamento da sua inteligência e da sua sensibilidade. Intitula-se êle, expressivamente, «*O Francezismo*» e, por entre scintilações de graça nolvidável, o incomparável mestre de *A correspondência de Fradique Mendes* e de *A ilustre càsa de Ramires* confessa-nos o seu pecado, cheio da maior compunção patriótica.

«Em logar de ser culpado da nossa desnacionalização, escreve, eu fui uma das obras melancólicas della. Apenas nasci, apenas dei os primeiros passos, ainda com sapatinhos de crochet, eu comecei a respirar a França... Depois ensinaram-me a ler: e o Estado, que certamente tinha interesse em que eu soubesse ler, e que, por meio das suas Repartições Publicas, estudara prudentemente o livro que melhor me convinha, como lição moral e como lição patriótica, meteu-me nas mãos um volume, traduzido do francez e chamado *Simão de Nantua*... Depois, comecei a subir o duro calvário dos preparatórios: e desde logo, a cousa importante para o Estado foi que eu soubesse francez... Ora naturalmente até aqui, simples estudante, eu do vasto mundo só vira, só me interessara aquêle

detalhe que mais se relaciona com o estudante, — o compêndio. E só encontrava, só respirava o francez».

Encontrou-o Eça na literatura, encontrou-o no teatro, na sociedade, até nos limites burocráticos da sua carreira burocratíssima. «Se n'esta capital do Reino, resumo de toda a vida portugueza, — observa o romancista referindo-se a Lisboa —, um patriota quizesse aplaudir uma comédia de Garrett, ou comer um arroz de forno, ou comprar uma vara de briche — não podia.» E acrescenta, entre doloroso e irónico: «Nem nos palcos, nem nos armazens, nem nas cozinhas, em parte alguma restava nada de Portugal. Só havia arremedos baratos da França».

«Enquanto á Politica propriamente portugueza, — prossegue Eça — escuso de dizer que nenhum de nós verdadeiramente sabia se o regimen que nos governava era a Constituição ou o Absolutismo. De taes detalhes portuguezes não curavam os filhos de Danton. Enquanto ás divisões parlamentares de Regeneradores, Historicos, Reformistas, nem sequer as suspeitavamos, nós que conheciamos as menores *nuances* da opposião franceza, e distinguiamos as pequenas subtilezas de opinião que devidiam Jules Favre e Gambetta, Picard e Jules Simon». E o escritor insiste: — « Mas para que hei de continuar? Não quero escrever uma pagina de memorias.

Apenas mostrar, typicamente, como eu, toda a minha geração (exceptuando espíritos superiores, como Anthero de Quental ou Oliveira Martins) nos tinhamos tornado fatalmente francezes no meio duma sociedade que se afrancezava e que, por toda a parte, desde as creações do Estado até ao gosto dos individuos, rompera com a tradição nacional, despindo-se de todo o traje portuguez, para se cobrir, — pensando, legislando, escrevendo, ensinando, vivendo, e cosinhando —, de trapos vindos de França».

Alarga-se Eça de Queiroz num humorismo sempre amargurado, em que o amor pela gleba natal transparece com a maior diafaneidade, a despeito do monóculo implacavel do romancista.

«O pai dum amigo meu, em 1836 ou 1848 — é êle quem no-lo conta — num odio repentino a tudo o que lhe lembrava o velho Portugal, foi-se á sua mobilia antiga, de pau preto torneado e de assentos de couro lavrado, e num só dia vendeu, queimou, sepultou em sótãos, dirpersou todas essas formas vetustas, que lhe vinham do passado; depois correu a um estofador da esquina, e comprou ao acaso, num lote, uma mobilia franceza. O que este homem fez, todo o Portugal o fez. Num rompimento desesperado com o velho regimen, tudo quebrou, tudo estragou, tudo vendeu. Achou-se de repente nú; e como não

tinha já o caracter, a força, o génio, para de si mesmo tirar nova civilização feita ao seu feitio e ao seu corpo, embrulhou-se á pressa numa civilização já feita, comprada num armazem, que lhe fica mal e lhe não serve nas mangas».

Eça de Queiroz torna-se verdadeiramente memorável na defesa que lhe merecem as virtudes cívicas da sua e nossa raça perante a onda nauseante do francesismo invasor: — «Mas, pergunto eu, este *collage* com a França, é uma tendencia fatal, necessaria, de similitude, a que não possamos escapar, como a Dinamarca não pode escapar a imitar a Alemanha, e a Belgica se não pode eximir a imitar a França? Não creio. O dinamarquez é um alemão desbotado. A Belgica é uma edição barata da França. Mas não ha similitude alguma de temperamento, de feitio moral, entre nós e a França. Nada mais diferente dum francez do que um portuguez; nem eu compreendo que satisfação, que goso possa achar o espirito portuguez em se nutrir, em se banhar nas creações do espirito francez. A França é um paiz d'intelligencia; nós somos um paiz d'imaginação. A literatura da França é essencialmente crítica: nós por temperamento, amamos sobretudo a eloquencia e a imagem. A literatura da França é, desde Rabelais até Hugo, social, activa, militante. A nossa, por tradição e instincto, é idyllica e contem-

plativa. Não é só por uma fria imitação de Theocrito e dos bucolicos latinos que nós, desde Rodrigues Lobo até aos elegiacos da Arcadia, amamos a ecloga pastoral: é porque nós somos realmente o povo que se compraz em estar quieto entre os choupaes, a ver correr as aguas meigas, pensando em cousas saudosas. Fomos á India, é verdade, mas quasi trez seculos são passados, e ainda estamos descançando, derreados, d'esse violento esforço, a que nos obrigaram alguns aventureiros que tinham pouco do fundo comum da nossa raça, e que, a julgar por Afonso d'Albuquerque, deviam ser d'origem phenicia, puros cathaginezes, talvez da familia dos Barcas. Emfim, o symbolo da França será eternamente o gallo, o gallo petulante e lustroso que canta claro, com uma limpidez de clarim, no fresco arrebol da manhã: e o nosso emblema é e será eternamente o rouxinol, que geme na espessura mal alumiada dos arvoredos, o rouxinol «amavioso e saudoso» que faz chorar Bernardim».

Dificilmente Eça de Queiroz se limparia do seu antigo pessimismo, mesmo num acto de fé nacionalista tão alto e tão crepitante como o que fica transcrito. Subsistiriam sempre no seu espírito alguns resíduos da negação primitiva, tanto mais que não era alheio às sugestões de Oliveira Martins e de Antero de Quental àcêrca das causas da nossa deca-

dência. Não nos admiremos por isso que repute o nosso contemplativismo como um permanente estado de extasi sentimental, excluindo-nos de toda a capacidade activa, de toda a fórma poderosa de acção. Enganava-se também o glorioso romancista, quando reputava estranhos ao fundo ancestral da raça os que nos levaram à India, por mercê do seu impulso heroico, e com D. Francisco de Almeida e Afonso de Albuquerque legaram ao mundo moderno os dois sistemas de ocupação ultramarina mais eficazes, — respectivamente, o de *feitoria*, seguido pela Holanda, e o do *império*, desenvolvido e aperfeiçoado pela Inglaterra. Não passa, pois, dum lugar comum aliteratado a explicação de sobrevivência púnica que Eça de Queiroz apõe aos nossos descobridores e colonizadores. Começa logo que os Barcas eram mais líbios que fenícios,—conseqùentemente aparentados bem de perto com a presumível árvore genealógica do lusitano antigo. E feita a rectificação necessária, não nos percamos agora em divagações que, embora interessantes, nos desviariam, contudo, do nosso alvo predominante.

Como o lirismo, apontado por Eça, constitui a nossa fôrça madre, sabemo-lo nós já. E como do lirismo subimos às maiores criações épicas com exemplo máximo em Luís de Camões, não o duvidará ninguêm.

Reconhece-o, de resto, Eça de Queiroz, lembrando-se do mito do Encoberto. «A alma d'um povo, — anota ele —, define-se bem a si mesma pelos heroes que ella escolhe para amar e para cercar de lenda. O grande rei para os francezes é e será sempre Francisco I, enorme, robusto, ligeiro, rindo alto, batendo-se valentemente ainda, radiante, gosando largamente a vida, poeta em certos momentos, artista por ostentação, e falador eterno... O nosso genuino heroe, e isto resume tudo, é o poético e pensativo D. Sebastião»

Não nos é possível acompanhar Eça de Queiroz no seu longo estudo. Mas nos recortes que dêle trasladamos para aqui, assinala-se bem expressamente o protesto fundamentado de quem em Portugal, com toda a fulgurância do seu belo talento, mais usou e abusou do francesismo. O que devemos a essa peste é inútil recapitulá-lo, depois do depoimento brilhante de Eça de Queiroz.

Na verdade, tanto literariamente, como politicamente, padecemos hoje as conseqüências duma mortal desnacionalização, cuja responsabilidade única provém do mais injustificavel dos feticismos por quanta novidade nos custuma soprar o vento funesto dos Pireneus. E lembrarmo-nos nós que já démos à França normas de cultura, de pensamento e de sensibilidade! Basta recordar a admirável dinastia professoral dos Gouveias, tios e sobrinhos,

que, durante o século XVI, preceptoraram em *Santa Bárbara* (Paris) e no afamado colégio de Guyenne, em Bordeaux, quási todo o florecimento humanista francês. Apesar da sua secura extreme, Montaigne não oculta a veneração intelectual que lhe merecia o nosso André de Gouveia.

Mas isto não é tudo. Se na Idade-Media fôra um português, — o lisbonense Pedro Hispano, pontífice com o nome de João XXII, quem exercera uma das mais profundas influências nas universidades europeias com as suas *Summulæ logicales*, os *Commentarii Collegii Conimbrensis* propagariam depois por toda a Europa o ensino filosófico professado na nossa tradicionalíssima Atenas, onde Aristóteles se lia e interpretava em grêgo. Viajando por Portugal, ainda rapaz, escreveria Menéndez y Pelayo em data de 29 de Outubro de 1875: — «*Hombres en lo demás doctos y juiciosos, están llennos de preocupaciones respecto á la antigua filosofia, y sólo asi se explica el que tengan olvidadas por completo a los comentadores de la Escuela Conimbricense, y para nada tomen en cuenta el desarollo del Suarismo en Portugal que fué tan notable. Los libros más recientes vienen llenos de declamaciones contra la filosofia de los jesuitas, como si estuviéssemos aún á la altura del siglo XVIII*».

Pois pelo renascimento actual do Tomis-

mo, nós apreciamos devidamente quanto valeu o esfôrço dos velhos mestres conímbricenses, que a Menéndez y Pelayo arrancavam palavras de homenagem e que com os seus *Commentarii* fôram escutados e glosados por toda a Europa. Conquanto represente a corrente filosófica que os desterrou dos espíritos inexoravelmente, Descartes seguiu ainda as lições dos *Commentarii collegii Conimbrensis*, e com êle a França culta que nos primeiros quarteis do século XVII raciocinava e meditava.

Avalia-se já o sulco que abrimos com a nossa influência intelectual na vida francesa. Não influiríamos menos na sensibilidade! O caso das *Cartas da Freira*, que estou bem longe de atribuir à pobre Mariana Alcoforado, precisa de ser encarado e revisto à luz dêsse critério. Trata-se, à evidência, duma composição literária, destinada a ganhar os favores da publicidade numa época em que a epistolografia andava no sabor corrente e em que o sentimentalismo português se acolhia em Paris, com os sucessos da Península durante a guerra da Restauração, como um tema favorito na Côrte e nos salões. No seu curioso volume — *Les portugais en France, Les Français en Portugal*, justamente observa R. Francisque-Michel: — «*D'un autre côté, on semble avoir oublié que nous étions toujours à l'époque de notre litterature, que j'appellerais*

épistolaire, et où, chez nous, on parlait beaucoup du Portugal».

Seja como fôr, ou da autoria de Soror Mariana, ou de simples fabrico editorial, as *Cartas da Freira (Lettres d'une réligieuse portugaise)* manifestam a penetração do nosso sentimento, com os exageros próprios do artifício em que se reproduzia, nas inclinações geométricas, rectilíneas, da França do grande século. «Tornou-se proverbial a locução «sensivel como uma Portuguesa». E M.me de Sévigné, logo dois anos depois, escrevendo á sua filha, dizia: — «*Brancas escreveu-me uma carta tão expressivamente terna, que compensa todo o seu esquecimento passado. Falla-me no seu coração em todas as linhas. Se eu lhe respondesse no mesmo tom, a minha carta seria uma verdadeira portuguesa*» (1). Detrás das *Cartas da Freira* há alguma coisa de parecido com os *Sonnets from the portuguese*, de Elisabeth Barrett Browning. Mas o caso importa demorado exame. E registando o testemunho de Madame Sévigné, só agora nos preocupa documentar a impressão fundíssima da nossa índole apaixonada e branda nos contemporâneos de Luís XIV. Do marquês de Cascais, enviado de D. João IV em Paris, conta-se nas *Historiettes de Tallemant des Réaux*: —

(1) Conde de Sabugosa, *Gente d'algo.*

«*C'estoit un vrai Portughez derretido...*», E Corolandi notaria: — «*C'est du Portugal que nous sont venues toutes les façons de parler outrées. Les Portugais ne disent rien, quelque bas et quelque petit qu'il soit, qu'en des termes lumineux...*»

Ora a soma de todos êstes factos avulsos enche-se da maior claridade, se recorrermos a Ernest Seillière no seu recente ensaio, — *Les origines romanesques de la Morale et de la Politique romantiques* ([1]). Estudando a passagem do misticismo passional ao misticismo social, aí se nos apresenta Rousseau, pai da Revolução, como discípulo do «romanesco» francês que, antecedendo o «romântico», encontra o seu tipo perfeito na *Astrée* de Honoré d'Urfé. No aspecto utópico da *Astrée* filia Ernest Seilliére a sugestão da «bondade-natural» em Jean-Jacques. Descendente do lirismo da nossa raça, embora descendente bastarda, através da *Diana* de Jorge de Monte-Mór, a *Astrée* significa mais um elemento a favor da presente ordem de idéas. O bucolismo convencional de Honoré d'Urfé não era mais que um decalque rebuscado e falso da nossa altíssima condição lírica. Vê-se perfeitamente em que termos Jean-Jacques Rousseau conceberia o mito da «bondade-natural»: — sofrendo a pressão dum sentimenta-

---

([1]) *La Renaissance du livre.* Paris, 1920.

lismo, alheio de todo à estrutura psicológica do génio francês. O seu «coração-sensível» estava compreendido nos receios de M.me de Sévigné, ao referir-se a Brancas. Por essa desorganização entusiástica da personalidade humana, desde que o lirismo, natural em nós, se tornava nos franceses afectação e *sensiblerie*, abria-se de par em par o caminho da Revolução.

Quem nos diria a nós as culpas que havíamos de ter, embora involuntárias, no flagelo que se ia desencadear por sôbre o mundo inteiro!

Talvez por isso a França, vingando-se, nos subalternizasse mais tarde com os venenos que soube extraír da emoção cristalina da boa alma lusitana! O que é indubitável é que somos em tudo suas vítimas: — na política, na literatura, no gôsto, no entendimento! Que a reacção se inicie por uma mais justa compreensão do que valemos como raça, e de quanto valem as criações colectivas do nosso povo! Nem ontem, nem hoje, ha paralelismo entre a França e Portugal. A nossa história sangra com ofensas e mutilações que é obrigação nossa não olvidar. E se as apreensões de Cánovas del Castillo em relação aos destinos da sua pátria se desvaneceram um pouco, não se desvaneceu, — se é que não se agravou! —, o perigo que elas importavam consigo. Evidentemente que já ninguêm pen-

saria a sério em trazer até ao Ebro a linha da fronteira francesa, entregando como compensação, — ou Portugal à Espanha, ou a Galiza a Portugal, conforme o negócio se fechasse, ou com Madrid, ou com Lisboa. No entanto, ocupada pela França a mais bela parte de Marrocos, se o imperialismo francês se vem a radicar e a desenvolver na cabeceira de África, uma grave ameaça se constitúi ali para o futuro de toda a Península, que, colocada entre a França de África e a França da Europa, ficará reduzida a uma simples terra de passagem. Com inspirada razão declarava Vázquez de Mella, numa conferência recente em Burgos, que a guerra de Marrocos era para os espanhois uma espécie de guerra da independência. E para os portugueses, — permito-me acrescentar. Que nós nos convençamos dessa verdade iniludível e, gravando bem na memória as propostas infames de Mr. de Kératry ao general Prim, inscrevamos nas aspirações do Portugal-Maior a reivindicação plena dos direitos que nos pertencem no sultanato marroquino, regado pelo sangue generoso dos nossos antigos cavaleiros e tão de perto ligado ao nosso desenvolvimento que lhe chegamos a chamar o «Algarve de Além-Mar!»

A “lenda negra„



D. Bárbara de Bragança.
(Por Duprat)

Museu do Prado.

A "LENDA NEGRA"

COM esta triste manifestação do «francesismo» em Portugal, tocamos numa das causas principais do decaìmento espiritual da Península no mundo. Não só Portugal se sacrificou a uma falsa miragem europeia, centralizada em Paris, tendo o seu esfôrço civilizador como nulo. Tanto, ou mais do que nós, a Espanha abandonou-se-lhe por completo, a ponto de ainda hoje Salaverria denunciar no que êle chama a «superstição da Europa» o mal gravíssimo de que adoecem as inteligências e as sensibilidades no seu país. Constituiria, efectivamente, um longo e elucidativo estudo aquêle que dedicássemos ao simples inventário das circunstâncias que, a seguir ao seu eclipse no século XVII, arrancaram à vizinha Espanha o primado que durante mais de cem anos exercera na política e na cultura do nosso continente. Identificada em absoluto com a razão fundamental da Europa, que era a razão católica, ao alastrar-se o incêndio individualista soprado pelo vento da Reforma,

a Espanha filipina viu-se isolada e esgotada, depois que entraram a vencer na vida dos Estados e na consciência dos cidadãos os fermentos de rebeldia disseminados por Lutero, —o «homem-alemão», o destruìdor da ordem natural e tradicional, tão custosamente levantada dentre as agonias criadoras da Idade-Média.

Sempre que o medito, toda a imensa alma patética da Espanha se materializa para mim nêsse formidável quadro do Greco, — *Enterro do Conde de Orgaz.* Ao clarão vacilante dos círios, embebido nas realidades quotidianas da «Cidade-de-Deus», é bem o espírito espanhol, militante, apostólico e incompreendido, quem recebe ali as homenagens últimas duma idade do mundo que vai terminar. Quixote, no seu infinito drama, torna-se assim a expressão macerada da Espanha qne defendeu a Latinidade das alterações bárbaras do Protestantismo e do açoite inexorável do Turco. Caricatura truculenta e arcaica para os que não sentem dentro de si a chama inspiradora da Cruzada, não tardará, pois, que a Espanha role para o limbo obscuro dos detritos da história e que, em pleno carnaval naturalista do século XVIII, os filósofos da França superficial e gárrula a cubram de vitupérios dasapiedados. «*Con la irreligiosidad de los filósofos uniase un ódio y un menosprecio singulares a España, en que*

veian ellos el pueblo de la Inquisición, de las supersticiones, de la intolerancia y de la escolastica, como nos llamó Voltaire repetidas veces, procurando pintarnos, a tenor de esa tendencia, de la manera más antipática y repulsiva», — escreve Salcedo Ruiz (1). *En el* Ensayo sobre las costumbres *dice que en España «las práticas devotas ocupan el lugar de los quehaceres para los ciudadanos que nada tienem que haçer», y, según el, todas las españolas están claustradas, contemplando por la reja a sus amantes que tocan la guitarra al pié de la ventana. El sesudo Montesquieu tampoco concibe al español sino tocando la guitarra junto a una ventana y larga sandeces tàn hueras como que en España la primera condición para ser galante es no tener miedo a los constipados, sin duda por haber de pasar tanto tiempo al aire libre rasgando las guitarras; dice que somos en primer lugar devotos y en seguida invidiosos, adictos á la superstición y que no leemos más que novelas y libros de escolásticos. En este ambiente fué escrita la Enciclopedia, e no es de maravillar que Masson de Morvillers, en el articulo* España, *fulminase contra nuestra patria aquella tremenda simpleza tan repetida después: que*

---

(1) *La Literatura española, resumen de historia critica*, Tomo III, pags. 67.

en diez siglos habia sido completamente inutil a Europa y á la cultura universal».

E Salcedo Ruiz conclúi: — «*No hay que alegar que Masson de Morvillers fuese un escritor obscuro en Francia; no lo era la Enciclopedia en que soltó esa paparrucha con beneplácito de los dioses mayores del filosofismo y de la literatura, y no hizo otra cosa sino repetir, como fiel discipulo ó sectario, lo que enseñaban aquellos maestros. Era, según decimos, el ambiente, desconocido antes en la literatura francesa, y que por odio a la Iglesia Católica nos odiaba y menospreciaba a la vez. Así nacian juntamente «la leyenda de la España negra» y «la leyenda de la España de guitarra y pandereta», siendo la primera motivo para execrarnos y la segunda para reirse de nosotros. Lo peor del caso fué que los españoles, a quien sedujo el movimiento enciclopedista, adoptaron tambien la tendencia antiespañola, comenzando de este modo las generaciones de liberales españoles enemigos de España, y los que siguieron tales rumbos aceptaron, como una verdad demonstrada, la España de la guitarra que llevaba dentro de si la España de los toros, de los manolos y de los chulos. Por sugestión extrangera acabamos autofalsificandonos*».

Eis perfeitamente condensada a genealogia da longa calúnia que entenebrece a Espanha e lhe rouba a irradição com que durante

períodos de alta e desinteressada cultura iluminou e ennobreceu a Europa. Bipartida no aspecto trágico e no aspecto burlesco, essa «lenda-negra» que à Espanha picaresca das pandeiretas e dos toureiros alía a Espanha sinistra dos *Autos-de-Fé* e dos Filipes, tem, como se vê, uma orígem sobretudo francesa. Não bastara que Francisco I se aproximasse do Turco com grave ameaça para a Civilização! Não bastara ainda que, em ódio à Espanha e à sua política eminentemente cristã, a França de Luís XIV destruísse em Westphália a sociedade-internacional, baseada no velho e sempre humano consórcio da Fé e do Império, substituindo-a pelo princípio anárquico do «equilíbrio-europeu», gerador remoto do Tratado de Versailles e da actual «balkanização» da Europa! Pela pena mercenária e esverdinhada de Mr. Masson rematava agora, em pleno bazar ideológico do Enciclopedismo, que, através da arrastada procissão de dez séculos, a humanidade, o mundo, nada deviam à Espanha! E, no entanto, mal se haviam extinguido os resplendores da intensa supremacia intelectual e literária que a Espanha exercera com os seus teólogos, com os seus dramaturgos, com os seus pintores, na mesma França que tão incansável se revelava na difamação!

Evidentemente que não nos cabe instruir o processo da mentira sistemática que

transformou a Espanha num mixto de hediondez e de jocosidade, — espécie de bobo com entranhas de Nero, amando os espectáculos estridentes em que Moloch se reverencia entre farfalhar de guisos e chamas supliciatórias subindo. Contudo, ao nosso propósito de abrir roteiros a uma nova compreensão do ideal hispanista não é indiferente que deixemos, pelo menos, apontada mais uma necessária e inadiável *errata*. Ninguêm melhor, para a formular, de que um francês, — francês especializado em largos trabalhos de erudição espanholista. «A nação que barrou o caminho aos árabes, — observa Morel-Fatio, porque de Morel-Fatio se trata [1]; que salvou a cristandade em Lepanto; que descobriu um mundo novo e levou até êle a nossa civilização; que formou e organizou a bela infanteria que só pudemos vencer, imitando-a na sua constituição; que criou em arte uma pintura, cheia do realismo mais poderoso; na teologia um misticismo que elevou as almas a uma altura prodigiosa; nas letras uma novela social, o Quichote, cujo alcance filosófico iguala, se não supera, o encanto da invenção e do estilo; a nação que soube dar ao sentimento da honra a sua expressão mais requintada e al-

---

(1) Citação de Julian Juderias en *La leyenda negra*.

tiva, merece, fóra de toda a dúvida, que se considere no devido aprêço e que se intente estudá-la sèriamente, sem entusiasmos tontos nem injustas prevenções».

Tais são os termos exactos do problema. Deduz-se, embora sumáriamente, das sensatas reflexões de Morel-Fatio que há uma *civilização espanhola* e que essa *civilização* abriu na história um rego fundo e inextinguível. Para caracterizá-la, cedamos o lugar ao autorizado publicista D. Rafael Altamira. «*Com todas estas reservas, cuyo desarrollo necessitaria mucho espacio,* — pondera o douto escritor —, *cabe formular la interpetración y juicio de la civilización española en si y en su relación con la del mundo* [1]. *Aqui no haremos, segun va ya dicho, mas que apuntar algunos de los servicios realizados por España y en virtud de los cuales, en el acervo común de idéas, produciones, costumbres y sentimentos que constituyen el patrimonio util de la Humanidad, el nombre español tiene un sitio, imborrable é insustituible en su peculiar modalidad*». E Altamira prossegue: — «*Los servicios a que me refiero son:*

1.° *España ha recogido, á la caida del imperio romano, la cultura clássica, y ha contribuido eficazmente a mantener su tradición*

(1) *Espana y el programa americanista*, pags. 170 e segs. Madrid, Editorial-América.

en Europa durante algunos siglos; San Isidoro; la Lex romana visigothorum.

2.° *Ha recogido y difundido en la Edaa Media la cultura antiqua que los musulmanes se asimilaron y la que estos y los judios produjeron en diferentes órdenes de la ciencia y de la literatnra: Toledo, Afonso X.*

3.° *Ha contribuido notablelmente á salvar á Europa del peligro musulmán y turco: — la Reconquista; luchas en Hungria, en el Mediterráneo e en África.*

4.° *Ha colonizado y civilizado casi toda América y parte da Oceania, y le corresponde una parte considerable en los descobrimientos geográficos que han completado el conocimiento de la tierra, con sus consecuencias extraordinarias en orden á las ciencias naturales y fisicas y al aprovechamiento de nuevos productos.*

5.° *Ha impulsionado el desaarrollo de la cartografia y de las ciencias aplicadas á la navegación, difundiendo sus obras de esta especie en otros paises, que lo aprovecharon.*

6.° *Ha puesto las bases con los trabajos de sus crónicas y viajeros en América y Oceania, de la filogia y la sociologia de los pueblos indigenas del Nuevo Mundo, y ha iniciado, com Hervas, los estudios de linguistica comparada.*

7.° *Ha dado al mundo el ejemplo de un sentimiento inquebrantable de independencia,*

concurso á la obra de las nacionalidades modernas.

8.º *Ha reconocido, como nadie, el derecho humano que corresponde á los llamados «pueblos inferiores», de quienes son las leys de de Indias el más alto ejemplo de legislación amparadora y tutelar.*

9.º *Ha creado uma literatura realista* y *un teatro modelo de su espécie, asi como un alto ideal literario* (Don Quijote), *echo «humano» por reconocimento de todos los pueblos* y *de todas las épocas; asi como un realismo pictórico,* y *en general, plástico, que será siempre educador de los artistas: Velázquez, nuestra escultura indigena...*

10.º *Las qualidades generosas, caballerescas, romanticas, en el bueno sentido de la palabra, liberales* y *hospitalárias de su espíritu, sóbrias* y *honradas de sus costumbres, significan una corrección viva, siempre saludable, del espíritu egoista, mesquino, utilitario, á que con demasiada frecuencia arrastran las necessidades materiales de la vida* y *de la codicia de los hombres».*

«Prescindo, — acrescenta em nota D. Rafael Altamira —, *de lo que significaron* (y *todavia significam*) *en el órden de las ciencias juridicas, filosóficas* y *teólogicas nuestros escritores del siglo XVI* y *XVII, para que no se diga que resuelvo de una vez cuestión que todavia se discute. Pero devo decir que la dis-*

cussión no existe ya más que para una parte de essas disciplinas. Asi, ya reconoce todo el mundo el valor de muchos de nuestros jurisconsultos (Vitoria, Suárez, Márquez, Soto, etcetera), precursores de Grocio, en cuanto al Derecho internacional, y de varias teorias modernas de filosofia juridica. Lo mesmo poderia decir-se de otros assuntos de filosofia general» ([1]).

Em apertado esquema condensa o professor Altamira as linhas substanciais da civilização espanhola. Fica suficientemente salientado o alcance ignóbil da «lenda-negra» que deprime a Espanha e a leviandade sectária com que o enciclopedista Masson escarnecia todo o seu passado de evangelização e cultura. Mas para que a corrigenda se complete, impõe-se-nos aditar que essa civilização,

---

(1) Não concordo com as afinidades que Altamira encontra entre a construção jurídica de Grotius e a dos insignes teólogos espanhois. A do Grotius repousava sôbre o individualismo dos Estados. Foi a que triunfou em Westphalia, mais ou menos, e destruíu a sociedade-internacional baseada na idéa de Cristandade. Contràriamente, os teólogos e tratadistas peninsulares, com o nosso fr Serafim de Freitas à sua frente, reelaboraram num sentido orgânico os conceitos recebidos dos escolásticos da Idade-Media. Nêsses conceitos reside ainda agora a única possibilidade espiritual dum direito-internacional firmado, para a sua aplicação e sanções, numa regra comum, tanto para os Estados como para os indivíduos. Tudo o mais são subjectívismos estéreis, senão insensatos e mortíferos.

tida e apresentada como «espanhola», é menos «espanhola» que «hispânica». De formação exclusivamente peninsular, ela não pertence unicamente ao aglomerado de povos e de antigas soberanias que se concretizaram na Espanha actual. Portugal possúi nela o seu quinhão, — e ainda aqui, na maneira como as duas pátrias irmãs se desconhecem e hostilizam, se verifica o efeito mais desastrado e funesto da «lenda-negra!»

Com a sua profunda clarividência histórica, embora quási sempre pervertida por uma errada formação filosófica, Oliveira Martins já acentuava bem a unidade dessa civilização, que êle chamou «ibérica», sacrificando aos mitos intelectuais do seu tempo. Chamemos-lhe nós «hispânica», recolhendo de Camões o sentido superior que à palavra «hispanismo» se deve conferir. Não se trata, — declaremo-lo com nitidez —, da grosseira superstição política, traduzida no *Iberismo* revolucionário e maçónico do século findo. Para o pensamento de Camões, e segundo a tradição clássica, a Espanha representava sómente um apelativo de natureza geográfica. Dêste modo, e conforme ainda Camões, a Espanha

«Com naçoens differentes se engrandece,
Cercadas com as ondas do Oceano,
Todas de tal nobreza, e tal valor,
Que qualquer dellas cuida, que he melhor».

São essas nações:

«...o Tarragonez, que se fez claro,
Sujeitando Parthenope inquieta;
O Navarro; as Asturias, que reparo
Já forão contra a gente Mahometa».

E' mais:

« ..... o Gallego cauto, e o grande, e raro
Castelhano, a quem fez o seu Planeta
Restituidor de Espanha, e senhor della,
Bethis, Leão, Granada, com Castella».

Em face dos *Lusíadas* e para a consciência alta de Quinhentos, vemos, pois, como a Espanha concretizava cultural e geogràficamente um conceito supernacionalista que tinha os seus limites nos limites da própria Península. Reproduzindo posteriormente o sentido camoneano da *unidade hispânica*, Almeid Garrett recordaria nos princípios do Romantismo, e em nota ao seu *Camões:* [1] —«Nem uma só vez se achará em nossos escritores a palavra «hespanhol» designando exclusivamente — o habitante da Península não portuguez. Enquanto Castella esteve separada de Aragão, e já muito depois de unida a Leão, etc., nós e as outras nações das Hespanhas, Aragonezes, Granadiz, Castelhanos, Portuguezes e todos, eramos por estra-

---

(1) Canto III, nota *D.*

nhos e domésticos comummente chamados *hespanhoes;* assim como ainda hoje chamamos alemão indistinctamente ao Prussiano, Saxonio, Hanoveriano, Austriaco! Assim como o Napolitano e o Milanez, o Veneziano e o Piemontez indiscriminadamente recebem o nome de italianos. A fatal perda da nossa independencia política depois da batalha de Alcácer-Kibir deu o título de reis das Hespanhas aos de Castella e Aragão, que o conservaram ainda depois da gloriosa restauração de 1640. Mas Hespanhoes somos, e de Hespanhoes nos devemos prezar todos os que habitamos esta península».

Percebe-se, sem que se exija maior rectificação, que, apesar do seu apurado nacionalismo, Almeida Garrett confundia «espanhol» com «hispânico», derivadamente, «hispanismo» com «espanholismo». Àparte, porêm, esta diferença essencial, o sentimento da unidade peninsular aparecia-lhe a êle, já no crepúsculo dos grandes motivos que tão de perto haviam enlaçado as duas pátrias da Península, na mesma elevada compreensão com que Camões os celebrara e cantara. Se considerarmos bem, o esquecimento da solidariedade que na vida e desenvolvimento da civilização hispânica nos pertence a nós, portugueses, coincide significativamente com os períodos mais baixos e mais ignominiosos da nossa decadência. Não representa isto, de

maneira alguma, afronta ou ofensa para o nosso brio de povo livre. Meditando com demora e espírito independente de preconceitos na função que desempenhamos dentro do quadro social e cultural da Península, constata-se sem custo que o «génio peninsular» ou «hispânico» é constituído por duas faces ou aspectos, respectivamente encarnados por Castela e por Portugal. Militante e dominador, Castela, — e com Castela o *Quixotismo* —, interpreta-lhe o conceito imperialista da existência. Mas simultâneamente persuasivo e comunitário, Portugal, na sua íntima compleição lírica, serve-lhe de bôca expansiva, sobretudo através da religião instintiva da Esperança, de que o mito do Encoberto é a revelação máxima.

Amando assim o Absoluto, — «sêde insensata do Absoluto» lhe chamava no seu criticismo esterilizante a pena scéptica de Monís Barreto —, não é difícil perceber como o «génio hispânico» se ajustou sem constrangimento às verdades do Cristianismo. Santo Agostinho já observava que os povos ibéricos puderam alcançar por êles próprios a contemplação e a posse de Deus-Uno e Omnipotente (1). E, seu discípulo, foi um hispânico, Paulo Osório, quem achou, primeiro

(1) *De civitate Dei* (Lib. III, cap. XIX).

por intermédio da concepção cristã da Redenção, o sentido da História-Universal. Infere-se daqui limpidamente como o Cristianismo é na alma das gentes hispânicas alguma coisa do próprio, — como que uma estratificação racial. Erra-se, portanto, na ideia que se costuma atribuir vulgarmente à designação «Latinidade». A «Latinidade», nos seus componentes, é unicamente a soma do influxo religioso e moral do Cristianismo, ligada à máxima germinação das virtudes nativas dos povos hispânicos. Basta, para demonstrá-lo, fixar-nos em que depois de Augusto; e encerrado o ciclo de oiro do prestígio de Roma, são as Espanhas, — é a Península que alimenta de generais, de políticos, de poetas, de filósofos e até de imperadores a cidade augusta das sete-colinas. Registemos, em prova, nomes como os de Séneca, de Lucano, de Marcial, de Columela, de Quintiliano, de Trajano e de Teodósio. «*Me peritus discet Iber*», — ponderaria mestre Horácio, capitulando o Ibero de douto, no remanso deleitado do seu horto em quietação.

Possibilidades fortíssimas essas que em plena romanização afloraram com tamanho vigor, o Cristianismo as afinaria mais tarde, multiplicando-as a um grau insusceptível de comparação. Não é, no entanto, indiferente acrescentar que o «hispânico» não ascendia a tal esplendor unicamente pela

graça e pelo esplendor de Roma, — da Roma dos Césares. Metido na sua autoctonia, — fechado ainda no aro estreito da sua sociabilidade rudimentar, êle dava-nos em Viriato o tipo imorredoiro do caudilho nacionalista, — como que o irmão mais velho dos herois fundadores das modernas nacionalidades. O que Roma fez ao «hispânico» foi desbasta-lo — foi incorporá-lo na universalidade dos valores humanos. Mas enquanto Roma, como administradora geral da humanidade, lhe coordena e capitaliza apenas o património, o «hispânico», atirado para a Dácia por Trajano, deixa ali, no meio duma feira contraditória de raças, o sinal inapagável da sua orígem. Assim, no alvorecer da adolescência peninsular, mal sacramentados ainda pela fé de Cristo, nós lançávamos os alicerces da actual Romania, — da Romania, espécie de filha natural, nascida fóra do matrimónio, numa aventura da primeira mocidade!

O sêlo estampado pelo génio hispânico no coração da terra balcânica ficou impresso de tal maneira que numa interessantíssima conferência, pronunciada em Paris pela poetisa romaica Adrio Val (1), nós deparamos com a passagem seguinte: — «*Mais toutes nos doi-*

---

(1) *Poëtes Roumains. Conférence faite «Au Lyceum» le 26 Avril 1921.* Pags. 16.

nas (1), *gaies ou tristés, desesperées ou joyeuses, sont des chansons de Dor... Dor... le mot le plus romain qui soit au monde, celui qui nous embrasse tous, qui naît avec chacun de nous, qui ne meurt avec aucun»*. E Adrio Val explica-se: — «*Dor? l'expression même de notre pays et de nobre âme... dor, parole intraduisible. qui ne se comprend pas, qui se sent seulement et dont je n'ai trouvè le presque equivalent que dans la langue de nos frères portugais—la «saudade»* (2).

Desta fórma, antecedendo-se a si própria, a queixa maguada dos nossos Cancioneiros (*«Dôr? cela veut dire nostalgie, désir, dou-*

---

(1) *Les doinas: — chansons! chansons qu'on murmure sans savoir pourquoi, qui s'éveillent en vous avant votre pensée, avec votre âme même...»* (Adrio Val).

(2) Comentando algumas trovas populares romaicas que reproduz, observa Ramon de Basterra no seu livro recente *La obra de Trajano:* — «*Se nota la insistencia en usar la palabra* dor, doru, dorul, *intraducible y que no presenta equivalencia sino en el léxico de otro pueblo desventurado. Dor es* saudade *em portugués. Solo que el sentimiento rumano es más intenso, más corrosivo y, por decirlo asi, igneo. El lirismo rumano presenta con el lusitano surprendente parecido. En ambos romances se desmenuzan las emociones en diminuitivos cariñosos, y se revela la misma infinita capacidad de sufrimento en la cantiga* (Basterra escreve «cantinha» por equívoco) *del portugués y en el canticel del dacio. Separados de las bajas verdes de sus tierras, los dos sienten la misma angustiosa ausencia, que el uno llama «saudade da menha* (sic) *terra» y el otro «doru de tara mea»*. Madrid, Calpe, 1921, pags. 181.

leur, joie de souvenir, tristesse d'être loin, mélancolie inconnue qu'on porte en soi dès l'enfance, et cela veut dire la fièvre héróïque d'aller combattre l'énnemi de la terre roumaine...» —esclarece ainda Adrio Val), dêste modo, — insisto —, a queixa maguada dos nossos Cancioneiros, — dos Cancioneiros galaico-lusitanos, floria à borda dos Carpatos, no desterro perpétuo das solidões balcânicas. Evoca Adrio Val na sua conferência o encontro casual de Helena Vacaresco, durante uma noite gelada de inverno, com um velho morrendo de frio: «*Mlle Vacaresco entendit avec stupeur que le vieux murmurait sans cesse les mêmes et les mêmes paroles:*

«Père Trajan, père Trajan, pourquoi nous as-tu amenés ici?...»

Entendez-vous ce cri à moitié inconscient du vieux, glacé par l'âpre hiver, ce cri vivant, adressé deux mille ans plus tard à l'Empereur Trajan, maître de Rome, qui, le premier, emmena dans ces terres lointaines des colons romains?..» «Père Trajan, père Trajan, pourquoi nous as-tu amenés ici?...» Oh! la poignante nostalgie du pauvre vieux, — comenta a poetisa:—, *qui n'avait jamais vu le soleil de la Méditerranée... mais qui le portait tout entier dans son cœur usé!...»*

Não era o sol do Mediterrâneo que o pobre velho guardava no seu coração desfeito! Guardava, mais belo e mais inolvidá-

vel, o perfume emotivo que desabrochou na «dôr» e que não é senão a ânsia alada da borbulhante poesia lusitana. Saudemos nêsse velho, increpando Trajano, debaixo da neve e do vento, a quási dois mil anos de distância, de o haver atirado, como guarda da Latinidade, para uma riba estranha e inóspita, — saudemos nêsse velho a persistência do génio hispânico que já, no alvorecer das suas scintilações, se mostrava tão vivaz e apaixonado! Ao mesmo tempo, no cunho especial que imprime à Romania uma personalidade que nada encobre ou assimila, seja-nos agradável contemplar a qualidade madre dos povos peninsulares. Destinou-nos Deus para criadores de nacionalidades, — para semeadores de civilização. Por isso, o Cristianismo se casou tão apertadamente com a nossa profunda vocação apostólica.

Não legou Roma ao mundo mais que colónias, e delas só a Romania, engendrada pela colaboração hispânica, perdura hoje no xadrez balcânico como célula latina. Também as nações contemporâneas se não condecoram, como se condecoram Portugal e Espanha, com êsse colar das vinte e tantas pátrias americanas, em que são faladas, como suas, as duas gloriosas línguas peninsulares. Do outro lado do Atlântico se manifesta claramente como da aliança do Cristianismo com o Hispanismo dimana ainda agora a única fórma possível de

Latinidade. «Civilizar é espiritualizar», — repara algures Jacques Maritain. E o que espiritualiza a sociedade, o que torna fecunda a lei do Espírito, senão o Cristianismo? Porque se identificou inteiramente com as suas doutrinas e com os seus princípios de salvação, o Hispanismo foi o fermento civilizador da idade moderna, exactamente por virtude do seu amor ao Absoluto, que nos negrores da proto-história da Península levava já os seus naturais a entrever a verdade dum só Deus Criador.

Com o avanço da fé de Cristo, a Península assume o papel de seu baluarte, — de seu maior gonfaloneiro. Ligada como está ao Cristianismo a sorte da Europa, é na Península, sobretudo, por influência dos concílios de Toledo, que a barbaria germânica se adoça e latiniza. No espraiar da maré islamita, a Península lhe sofre e lhe detêm o choque avassalador. Entretanto, aproveitada pelos doutores árabes a sciência eclesiástica do Oriente,—restos da velha sabedoria clássica—, a Península a transmite à Europa, sedenta de novas luzes. Já Isidoro,—o santo arcebispo de Sevilha, redigira uma como que enciclopédia de todos os conhecimentos possuídos pelo estudo e pela indústria do homem. Agora, no desenrolar da Idade-Média, os filósofos e pensadores árabes da Península ocidentalizam-se, graças à penetração salutar de Aris-

tóteles. Os materiais que transmitem à síntese de San-Tomás são importantíssimos, porque ninguêm já duvida dos subsídios fornecidos pelas escolas arábigas da Península ao labor intelectual do grande «*Doutor-Angèlico*».

Como há que defender pela espada as barreiras da Civilização, os cavaleiros e monarcas peninsulares aproveitam o concurso dos judeus e maometanos submetidos, entregando-lhes a conservação, a cópia e até mesmo o comento dos manuscritos salvos nos escombros fumegantes de tanta e tanta catástrofe sobreposta. A cruzada ilumina-nos então inflamadamente e, para se ganharem as indulgências respectivas, não é necessário ir à Terra-Santa, — basta que se venha à Península combater o Moiro, inimigo da Cristandade e, portanto, da Civilização. Compreende-se, pois, porque no desenlace da pugna que se travou nas Navas de Tolosa Inocêncio III concentrasse toda a sua nobre e crepitante ansiedade. Compreende-se tambêm porque, ao acolhêr nos átrios do seu palácio de Avinhão os despojos do Salado que Juan Martinez de Leyva lhe levava da parte de Alfonso-Onzeno, Bento XII os saísse a receber, entoando, jubiloso, o *Vexilla Regis*.

Em cruzada continuamos — portugueses, castelhanos e aragoneses, ao empreendermos, para alêm das águas, as rotas da nossa segunda expansão. Sobretudo, a Castela e a

Portugal pertenceria a dilatação da Fé e do Império,—na definição inspirada de Camões. Portugal, portador da vocação marítima da Península, desloca para o Atlântico o eixo da Civilização, até aí confinado no Mediterrâneo. Castela mantêm na Europa a hegemonia da Cristandade, batendo o Turco sôbre a terra e sôbre o mar, e reduzindo aos limites da desordem alemã o alastramento da rebelião luterana. Depois, enquanto na epopeia ultramarina nós rasgávamos ao nosso continente horizontes e caminhos imprevistos, em Trento os teólogos espanhois garantiam a liberdade do espírito humano, esfarrapando triunfantemente as influências da terrível doutrina calvinista da Predestinação. Atinge-se bem nesta altura porque, num rasgo de genial percepção, Oliveira Martins chamasse aos *Lusíadas* o *testamento de Espanha*. Realmente, nas estrofes do poema imortal, palpita, como em nenhuma parte, essa unidade da civilização peninsular, que, por ser tanto castelhana como portuguesa, é por isso mesmo *hispânica*.

Partiu-se, fragmentou-se, quando, no altear de ideologias adversas, o individualismo social e político, saído da Reforma e agravado com o naturalismo da Renascença, levou Portugal e Espanha ao divórcio e isolamento recíprocos, em seguida ao rompimento do século XVII. Tornadas adversárias irrecon-

ciliáveis as duas pátrias da Península, porque se quebrara o sábio paralelismo em que ambas tinham vivido durante a centúria de Quinhentos, a hegemonia do Hispanismo desapareceu da face da Europa, na hora em que a ideia da Cristandade se desfazia totalmente em Westphalia, dando lugar à anarquia e à preponderância do mais poderoso nas relações internacionais dos Estados. Nem tudo se perdia, porêm! Espanha (antes Castela, guardando a lição da política camoneana!) comunicava à cultura europeia no *Don Quixote* um compêndio vivo de sugestões literárias e filosóficas. Nós, universalizada pela *Diana*, de Jorge de Monte-Mór, a nossa inconfundível sensibilidade lírica, ditávamos à Europa um cánon de soberano sentimentalismo, de que se alimentará depois todo o doirado século de Versailles, e com êle Jean-Jacques Rousseau, — a própria Revolução-Francesa. Assim, comquanto abastardada nos requintes naturais da sua emoção, uma das duas faces do génio peninsular preside ao desenvolvimento da concepção romântica da Vida; a outra, através do eterno patético do *Quixotismo*, vê derivar dela, igualmente por via espúria, todos os absurdos subjectivismos intelectuais e morais, que reconhecem em Kant o seu pontífice supremo.

Espanhois e portugueses, completando com o seu concurso espontâneo e amigo a

síntese superior do *Hispanismo*, possuíam da existência o conceito que Calderon de la Barca exprimiu em versos inolvidáveis no *Alcalde de Zalaméa:*

«Al Rey la hacienda y la vida
Se ha de dar; pero el honor
Es patrimonio del alma,
Y el alma solo es de Dios...

Não é custoso de entender como, pequena minoria que eram, conseguissem impôr à Europa uma lei, — a lei do Espírito, e atirar ainda para lá do Oceano com sementes, que florescem agora magnificamente no despertar da América maravilhosa e moça. Da lei servida e dilatada por espanhois e portugueses em pleno festim da Renascença, deriva o pouco que se mantêm de sólido e de fecundo nas nacionalides modernas. Defendida e aumentada pelos dois povos peninsulares, a civilização, — e civilizar é espiritualizar, não o esqueçamos! —, corrompe-se, vicia-se, quando a noção *social e religiosa* do indivíduo é substituída, no crescer da Enciclopédia, pela noção *individualista* da sociedade. Desenham-se então os começos da economia chamada «liberal», engendradora do Capitalismo. Qual a sua génese, — qual a sua formação? São conhecidas as afinidades do Puritanismo com o desenvolvimento das tendências capitalistas. Ora publicistas, como o professor Wer-

ner Sombart ([1]), chegam à conclusão que todos os elementos do Puritanismo que facilitaram a vitória do Capitalismo pertencem à religião judaica, principalmente à sua prática e interpretação talmúdica.

O tema é interessante e amplo de mais para que se cotejem aqui devidamente as duas noções de sociedade em conflito, — a noção *hispânica*, nutrindo-se do seu amor ao Absoluto, e a noção *capitalista* ou *democrática*, não pensando senão em dominar o *relativo* e materializando as mais altas e nobres aspirações do homem.

Venceu a segunda, atirando a Europa para a beira do abismo em que hoje se suspende, indecisa e quási destroçada. Daí a divulgação sistemática e apaixonada da «*len-*

([1]) Veja-se o livro de Henry Wickam Steed, tradução de Firmín Roz, — *La monarchie des Habsbourgs* —, Paris, 1917, a pags. 237 e segs. Leia-se tambem o livro de Georges Batault, *Le problème juif*, onde há um capitulo intitulado *Le Judaisme et le Puritanisme* suficientemente esclarecedor. Informa Georges Batault, a pags. 48-49 do citado volume: — «*L'économiste Max Weber s'était efforcé de mettre en lumière le rapport étroit qui unit le mouvement puritain au developpement du capitalisme moderne; c'est en reprenant cette étude et en la poussant plus à fond que M. Werner Sombart fut amené à démontrer que tous les éléments de la mentalité puritaine qui sont en relation avec les progrés de l'esprit capitaliste procédent directement du judaisme*». O livro de Werner Sombart intitula-se *Die Juden und das Wirtschaftsleben*.

da-negra» contra a Espanha defensora dum conceito do mundo tão irredutivelmente oposto. Êsse conceito é um conceito cristão. Mas nós, peninsulares, o imprimimos como ninguêm nos nossos costumes e nas nossas instituições, fazendo dêle o fundamento e a razão de ser do nosso imperialismo, que é o único *imperialismo legítimo*, porque é o único que se fundamenta em motivos espirituais e, portanto, civilizadores. Impõe-se, por isso, que, como prelúdio à nossa ressurreição nas scenas da história, a «lenda negra» se desfaça por obra do nosso esfôrço, — dum esfôrço inteligente de portugueses e espanhois, efectuado com perfeita lealdade.

Sem dúvida, que um dos capítulos mais turvos e mais falsos da «lenda-negra», é o capítulo que respeita à separação dos dois povos tão chegados, tão irmãos. Nós sabemos já a parte que a portugueses cabe no património de cultura e glória que na transcrição de D. Rafael Altamira um pouco ciosa e injustamente se atribúi só à Espanha, — sinónimo de nacionalidade, e não da Península. Sabemos tambêm o valor que é necessário dar ao apelativo «hispânico» e o significado que dêle se encontra em Camões. Desbravando desta fórma o caminho das gerações futuras, contribuamos incessantemente para que, — segundo os votos de Sánchez Moguel —, *«se reconosca alfin y al*

cabo que la história de Portugal y la historia de España son inseparables, que una y otra se explican y conpletan reciprocamente, y que en esa historia común estarán siempre, con las venerandas memorias de nuestros padres, los sagrados titulos de fraternidad y concordia de sus hijos en ambos Continentes». (1)

(1) Sánchez Moguel, *Reparaciones historicas. Estudios peninsulares. Primera serie.* (E única publicada). Madrid, 1894, pags. 130.

O que nos divide

O QUE NOS DIVIDE

SE a História e a Geografia nos individualizam como nação àparte, a História e a Geografia nos ampliam e completam também numa espécie de super-nacionalismo, que excede os limites da própria Península, para transpôr o Atlântico e enquadrar as pátrias americanas de orígem peninsular. Na rápida revisão a que procedemos dos laços culturais e sociais que estreitam Portugal e Espanha numa superior unidade espiritual, ficou suficientemente esclarecida a importância do problema hispanista, quanto ao passado. O que se não corrigiu, ainda que sucintamente, foi êsse aspecto da «lenda-negra», que se prende com os ressentimentos portugueses contra Castela. O assunto é vasto e o terreno difícil, porque não se desmonta dum momento para o outro toda a complicada engrènagem declamatória que mascára ainda hoje a verdadeira face da questão peninsular. Aos reparos que, porventura, nos hajam de dirigir os que, em nome duma falsa razão patriótica, professam

a mais inadmissível das ignorâncias, nós poderemos responder, agora e sempre, com aquela passagem de Sousa Viterbo na sua esplêndida monografia *A literatura hespanhola em Portugal* (1). — «Temos para nós que, longe de ser uma inconveniência ou uma leviandade, será até um acto de patriotismo inatacável o demonstrar qual o gráu de influência civilizadora, que mutuamente se tem exercido as duas mais importantes nacionalidades da península, mostrando qual a parte com que cada uma tem contribuído para afirmar a exuberancia vital da raça ibérica. O confronto não nos será humilhante, antes nos será glorioso, levando-se em linha de conta a proporcionalidade dos nossos recursos». E porque o testemunho de Sousa Viterbo é de autorizado peso, não se nos afigura demasiado registá-lo aqui em mais algumas afirmações, conquanto se repitam com isso idéas e pontos em que já largamente se insistiu.

«Houve uma época, — continua o falecido professor e erudito —, em que a lingua portuguesa, elevando literàriamente o dialecto galiziano, e depurando-se na convivência e na escola do lirismo provençal, chegou a

---

(1) Lisboa, Imprensa Nacional, 1915. Separata das *Memorias* da Academia.

exercer incontestada supremacia na vida culta da península. O predomínio da côrte trovadoresca de D. Diniz circunscreveu-se, porêm, às regiões da poesia, e foi limitado, tanto intensiva, como extensivamente. A língua castelhana levou a palma àquela, cantando afinal o triunfo definitivo. O seu rasto é extenso e duradoiro na nossa literatura, assim como é extenso o rasto que deixaram os nossos escritores na literatura espanhola. O espírito português, adoptando-lhe as fórmas materiais, chegou todavia, em alguns casos, a imprimir-lhe carácter. Que o diga, por exemplo, a *Diana* de Jorge de Montemór».

E Sousa Viterbo acrescenta: «É principalmente no século XVI e no século XVII que a literatura espanhola se torna quási comum aos dois países. Êste fenómeno explica-se facilmente, tendo concorrido para êle diversas causas, umas naturais, outras de momento. As duas côrtes não só se estreitavam fortemente pelos laços de família, mas identificaram-se na sua política e nas suas aspirações religiosas. A vinda freqùente de princesas espanholas trazia aos nossos paços um séquito numeroso, que se impunha sem grande dificuldade e que era aceite gostosamente. A linguagem castelhana tornou-se habitual entre os cortesãos, que procurariam assim lisongear as raínhas. De Portugal tambêm iam princesas para Castela, e isto explica o apa-

recimento naquela côrte de figuras salientes como Jorge de Montemór e Rui Gomes da Silva, mas a côrte de Madrid absorvia e identificava a influência estranha.»

Aditemos um breve reparo a êstes períodos de Sousa Viterbo. O uso da linguagem castelhana em Portugal foi um fenómeno de natureza puramente literária, e mais que à moda espalhada no seu ambiente pelas nossas raínhas, oriundas do reino vizinho, deve-se semelhante facto atribuir à hegemonia que o idioma castelhano ganhara na Europa, em virtude das vitórias e mais êxitos da política continental dos Áustrias. Tanto assim era, que exactamente poetas insignes, como Gil Vicente ou Camões, são os de mais puro e extremado sabor nacionalista.

Mais tarde, na centúria de Seiscentos, o castelhano será empregado ainda com evidente favor por muitos dos nossos escritores. Mas inspirava-os, a bastantes dêles, uma ideia profundamente patriótica: «*Primero escrebi estas relaciones en mi lengua materna Portuguesa, y solo el primer libro hasta la entrada de los Arabes en la Persia, y queriendole imprimir por licencia que ya para ello tenia, obrigado de la instancia y consejo de amigos, puselo em lengua castellana añadiendo-se segundo libro hasta nuestros dias; iuzgãdo que en esta lengua quedaba mas communicable: y mi patria antes reciba servicio que ofensa...*» Assim se ex-

plica no prefácio da sua conhecida obra, — *Relaciones... del origen, descendencia y sucesión de los Reys de Persia y de Hormuz, o viajero portugués»*, — como êle mesmo se confessa—, Pedro Teixeira. Iguais propósitos inspiraram Faria e Sousa,—e não nos choque que muitos dos tratados e panfletos com que se justificou e defendeu a nossa Restauração se redigissem e estampassem em castelhano. Exemplo: António Pais Viegas, secretário de D. João IV, nos seus *Principios del Reyno de Portugal*, e Luís Marinho de Azevedo no seu curioso *Principe encubierto*, saído com o pseudónimo de Lucindo Lusitano. No seu célebre tratado *Defensa de la musica moderna contra la errada opinión del Obispo Cyrilo Franco* (Lisboa, 1646), outra não foi a língua de que D. João IV se serviu. E porquê? Pelo carácter, já apontado, da universalidade cultural do castelhano.

Não significava o emprêgo do castelhano desnacionalização ou bastardia das nossas letras. Sem dúvida que se abusou largamente dessa moda ou tendência social, — e não faltaram entre nós penas que a fustigaram, ou lamentaram, com justificada razão. Mas sucede que muitos dos nossos escritores e poetas mais tocados do amor da nossa terra e que mais relêvo e dinâmica imprimiram à nossa expressão literária são, pelo seu cuidado bilinguismo, postos na melhor fila dos clás-

sicos, tanto em Portugal como em Espanha. Já nos referimos a semelhante circunstância, mencionando Camões. Não deixaremos de acrescentar ao nome do Épico o de D. Francisco Manuel de Melo,—um dos criadores da prosa e da crítica portuguesa. Tratava-se duma fórma especial de europeísmo essa do emprêgo da língua espanhola, mesmo em assuntos e temas de exclusiva intenção nacional. Ao contrário de hoje, que se escreve em português tantas vezes, — e em que português, Santo Deus! — , mas sentindo-se e pensando-se em francês, então, ao escrever-se em castelhano, só se divulgava, apregoava e transmitia aos quatro cantos do mundo a glória e o prestígio de Portugal. Depois, o castelhano não se considerava para nós tão estrangeiro como o reputamos em nossos dias. Cedamos nesta altura de novo a palavra a Sousa Viterbo. «As ordens religiosas, — informa êle na citada memória —, eram um meio freqùente de relações internacionais. Numerosos frades espanhois prègavam nos nossos púlpitos, ouviam de confissão nos nossos confessionários e auxiliavam na catequese do gentio os nossos evangelizadores. Basta citar Luís de Granada, Anchieta, S. Francisco Xavier. Muitos dêles subiram às cadeiras do episcopado, e eram os conselheiros espirituais de muitos membros da família real».

Igual acontecia com a educação universitária. No internacionalismo cultural da Renascença, professores espanhois regem cátedra em Portugal e catedráticos portugueses professam cursos públicos na senhoril Castela,— tais como Aires Barbosa, discípulo de Ângelo Policiano e iniciador na Península dos estudos humanistas, e como mais tarde Serafim de Freitas, — o esquecido refutador de Grotius. E' em Portugal, por seu turno e já no adianto de Seiscentos, que Francisco Suárez e Luís de Molina ministram aos seus auditórios suspensos a penetração filosófica que os notabilizou. E convêm aqui relembrar que dos comentários de Suárez, sobretudo, às doutrinas de S. Tomás, derivou a teoria do «pacto», a cuja sombra e autoridade defendemos o nosso acto revolucionário de 1640, iniciando na Europa, com razões de inteligência e a antecipação de dois séculos, o moderno movimento nacionalista que apaixona o nosso continente.

Conclui-se, pois, de quanto se afirma que o uso literário do castelhano não importava enfraquecimento de espírito nacional. A consciência da unidade hispânica existia com raíses na alma colectiva, e o bilinguismo habitual da gente culta entre nós não via no castelhano senão uma língua irmã, em que a nossa se ampliava e difundia. O próprio Sousa Viterbo o reconhece ao acentuar que «merece registar-se que muitos portugueses, apesar de

adoptarem a língua castelhana, não abandonavam a sua nacionalidade, e como faziam gala do epíteto *lusitano*, ainda mesmo no tempo em que a união política da península se tinha consubstanciado no domínio filipino».

A integridade do património intelectual e moral da nossa raça manifestou-se sempre de tal fórma que, em contraste frisante com o uso espontâneo do castelhano no século que vai de Quinhentos a Seiscentos, os documentos emanados dos três Filipes, em relação aos assuntos de Portugal, são inalterávelmente redigidos em português. Não nos surpreendemos, pois, se em face da história verdadeira se houver de reconhecer que os três Filipes reinaram entre nós, não como reis de Castela, imperando numa província anexada, mas como soberanos de Portugal, aclamados e jurados em Côrtes.

Há uma página de Camilo Castelo Branco que nos demonstra bem quão pouco os Filipes se empenharam em destruir-nos como nacionalidade, — ao inverso do que é freqüente asseverar-se e repetir-se. «Acusam os Filipes,— comenta o romancista (1)—, de abaterem a literatura portuguesa com o propósito de embrutecerem e apagarem os derradeiros lampejos

(1) *Curso de literatura portugueza*, por José Maria de Andrade Fereira e Camilo Castelo Branco. Vol. II, pags. 21-23.

do patriotismo nas almas obscurecidas pela ignorância. Esta arguição poderia vingar, se as sciências em Espanha, no século XVII, se avantajassem às nossas. O menoscabo das letras, no ânimo dos Filipes, pesava por igual sôbre todos os seus estados (1). Portugal, entre 1580 e 1620, produziu, em várias províncias da sciência, livros comparativa e numericamente mais perfeitos e eruditos do que produzia antes de conquistado por Castela, exceptuada a epopeia de Camões. «Se desde a invenção da imprensa até ao ano de 1580 — diz Rebelo da Silva—, se publicaram em Portugal 182 obras, desde 1580 até 1640 não saíram dos prelos menos de 486, entrando n'este número 36 edições de Camões.» Os reis intrusos, bem longe de impedirem a vulgarização dos engenhos portugueses, deram impulso ao prosseguimento de obras incompletas, e iniciaram com o incentivo do louvor a publicação de outras. Entre alguns exemplos que nos ocorrem, lembro o encargo cometido por Filipe II a Duarte Nunes de Leão, e satisfeito em 1616 por João Baptista Lavanha, para a formação da 4.ª Parte das *Decadas* que João de Barros deixara informe; lembro o encargo dado a Diogo do Couto para conti-

---

(1) Isto não é exacto, porque o Século-de-Oiro da literatura castelhana foi exactamente o período filipino.

nuar as *Decadas* de Barros; deu privilégio a frei Bernando de Brito e a Duarte Nunes Leão para lhe facilitar a impressão das crónicas; e Filipe IV incumbiu frei Luís de Sousa (1) de escrever a crónica de D. João III. Êste modo de proceder com escritores portugueses que encareciam as glórias de Portugal é o menos significativo que pode ser de intenção hostil às manifestações dos talentos da nação subjugada. Quanto à censura política, essa consentia que se divulgassem profecias aplicadas à restauração do reino, e permitia que Luís da Natividade prègasse em Guimarães, mandando arvorar no templo o pelote de D. João I, enquanto discorria violentamente sôbre o *Retrato de Portugal Castelhano,* na presença da guarnição espanhola. Se nos replicarem que os escritores escolhidos para êsses honrosos encargos eram parciais dos Filipes, a isso responderemos que semelhante argumento vem despropositado, porque não estamos questionando sôbre patriotismo — palavra que exprime um sentimento obliterado nos portugueses da primeira metade do século XVII».

Enganava-se Camilo, reputando parciais dos Filipes escritores como frei Bernardo de Brito e considerando o patriotismo obliterado

---

(1) Por carta régia de 20 de Outubro de 1627.

na primeira metade do século XVII. E enganava-se por partir da ideia falsa de que os Filipes reinaram como soberanos estrangeiros, quando a nossa ligação com a restante monarquia dos Áustrias não passara nunca duma simples união estadual mediante a pessoa do dinasta. Para que nos convençamos de tanto, basta percorrer os cinco volumes de Rebelo de Lima, — a sua *História de Portugal nos séculos XVII e XVIII*. E se completarmos a sua leitura com dois trabalhos indispensáveis. — um de Cánovas del Castillo, *Estudios del reinado de Felipe IV*, e o outro, mais recente, de Danvila y Burguero, *Don Cristobal de Moura, primer marqués de Castel-Rodrigo* (*1538-1613*) verificaremos que em tudo, desde o político ao económico e ao administrativo, Portugal desfrutou da mais completa autonomia durante o parêntesis castelhano. »O governo dos Filipes não teve directamente em vista a absorção da nacionalidade portuguesa», — testemunha algures o insuspeitíssimo Teófilo Braga, referindo-se à compilação e publicação das *Ordenações Filipinas* (1). E adita, precisando a afirmação: — «Nas côrtes de Tomar de 1581, o rei de Espanha, tomando posse dêste reino, jurava «guardar os fóros, costumes e isenções da nação portu-

---

(1) *Historia do Direito Portuguez Os foraes*. Coimbra, 1868, pags. 180.

guesa; que o seu govêrno, administração e economia andariam em separado do resto de Espanha. Não fôram abolidas as côrtes, por determinação das quais só se poderia lançar tributos. A camara de Lisboa, em 1602, embargava um alvará dos governadores do reino, em que se pedia o serviço de oitocentos mil cruzados, «por ser feito sem consentimento nem procuração das cidades e lugares do reino, que tem voto em côrtes».

Por estas e por outras razões percebe-se já porque Cánovas del Castillo assevera nos seus *Estudios del reinado de Felipe IV:* — «*Que para decir la verdade entera, no solamente es falso que fuese en Portugal tirano Felipe II, sino que ni siquiera mereció alli el titulo que en general merece de* Prudente». [1]

Não fazia Cánovas mais que repetir o que já em defesa do Conde-Duque de Olivares ficara dito no célebre memorial, chamado *Nicandro*, dirigido a Filipe IV, em seguida à queda do seu omnipotente e tão contraditoriamente apreciado ministro. O mesmo se nos depara na *Storia della guerra de Portugallo succeduta per l'occasione della separazione di quel Regno della corona cattolica,* (Veneza, 1689), mencionada por Cánovas del Castillo e cujo autor, Alexandre Brandano, de orígem

(1) Brockans, 1895, pags. 75-76.

portuguesa, não oculta a sua inclinação pela causa da dinastia de Bragança. Comentando o relato de Brandano, pondera ainda Cánovas: — «*Pero eran con tal evidencia excessivas las concessiones hechas en las cortes de Tomar que el primero* (Brandano) *confessaba que habrian rebajado, estrictamente cumplidas, el poder real hasta el punto de dejarlo reducido al nombre y la apariencia, sin verdadera substancia; como que se comprometia, entre otras cosas, Felipe II á excluir á todos los que no fuesen portugueses de las dignidades eclesiasticas, gobiernos civiles, ejército y fortalezas, sin poder confiar siquiera el vicereinato sino a persona real. Por todo lo cual, concluye el historiador, que no debia esperar el Rey católico la conservación de aquel reino, ni mas que insignificantes provechos mientras lo conservase; pues que, además de lo expuesto, consumia todas sus rendas el pago de las milicias y de las escuadras, continuamente en el mar para defensa y comodidad del comercio portugués, asi como la sustentacion de los funcionarios de la real casa de Lisboa, que se conservó asimismo como estaba. Brandano, ardiente enemigo de España,* — prossegue Cánovas —, *que, si confesó la verdad, no hubo de confesarla sino á pesar suyo, pretendió que generosidad tamaña se explicaba tan solo suponiendo el oculto propósito en Felipe II en no cumplir*

nada de lo prometido, que era de lo que se acusaba precisamente a su nieto aunque no con mucha más razón. En buena lógica debió inferir que aquel Rey que, después de allanado Portugal, en gran parte por fuerza, otorgó, á la cabeza de un ejército triunfante y sin peligro algun exterior que por de pronto lo amenazara, tan exorbitantes privilegios, y cumplió religiosamente lo prometido durante su vida, protegiendo y aun engrandeciendo á una casa que con más ó menos vigor le habia disputado el trono, en vez de echarla del Reyno, era el menos mal intencionado y tiranico que han conocido los siglos».

Ora o que sucedeu com o primeiro Filipe sucedeu com Filipe IV (numerando-o à espanhola), seu neto. Para demonstrá-lo, basta examinarem-se as «*Instrucciones dadas por Filipe IV en Noviembre de 1634 á la princesa Margarita para el gobierno de Portugal*, reproduzidas por Cánovas na sua aludida obra. Recomenda entre outras disposições Filipe IV à duquesa de Mântua, mais tarde surpreendida pela revolução de 1640 no exercício do seu pacífico mandato: — «*De la fidelidad de aquellos vassallos no puedo dudar; pero habiendo sido para contenerlos en mayor obediencia los castillos que hay en el Reyno de gente extrangera del, habreis de estar muy atenta a mirar mucho por su conservación, favoreciendo todo lo tocante á la Capitania*

General, sin que se entienda que correis en esto con fin de desconfianza de ellos, sino solo por la conservación propria del Reyno, y en esta parte os encargos mucho la brevedad en todos los aprestos de armadas, en que entiendo que por omisión de los Ministros corre esto con gran dilación, dejandose de conseguir los buenos sucesos que con la brevedad se podiam disponer, executándose mis órdenes y resoluciones, y en no disimular en esto consistirá la mayor del buen acierto de vuestro gobierno».

São as *Instrucciones* de Filipe à duquesa de Mântua datadas de 1634, — às vésperas das alterações de Évora, e veja-se o cuidado com que Madrid procura não melindrar o brio dos portugueses, ao mesmo tempo que, insistindo com diligência pelos preparativos das frotas, só tem em vista acudir ao Brasil. Eis aqui um aspecto, — o aspecto da defesa do nosso império ultramarino, que nos elucida terminantemente àcêrca da liberdade que a dinastia filipina nos permitia. Para melhor, escutemos o ilustre historiador brasileiro Oliveira Lima no seu ensaio sôbre Pernambuco (1): «Dois anos antes, ainda não sendo do regresso de D. Antonio de Oquendo, ordenara Filipe IV

(1) *Pernambuco. Seu desenvolvimento histórico.* Leipzig, 1895. Pags. 75-76.

o armamento em Portugal de uma nova esquadra destinada à defesa do Brasil e renovara essa ordem quando voltou o almirante espanhol; oferecendo para os gastos, de sua própria e desfalcada renda, quinhentos mil cruzados anuais. O outro tanto de renda fixa recomendava o monarca que se obtivesse por meio do estanco do sal, extensivo ao Brasil, e de um empréstimo. Da sugada Lisboa, porêm, onde já assomavam veleidades de rebeldia, fizeram-lhe por tal fórma ouvidos de mercador, provavelmente tambêm porque na carta régia se mandavam suspender na quarta parte todas as terças e rendas da corôa, comendas e mercês redituais feitas pelos soberanos, as quais, diz o historiador Rebelo da Silva, absorviam o melhor dos rendimentos públicos: que em Setembro de 1633 Filipe IV se via obrigado a escrever uma nova carta a todas as câmaras municipais. Nêste documento, publicado por Varnhagen nas suas *Lutas dos Hollandezes no Brazil*, o rei tão facilmente apelidado de inepto e desdenhoso das cousas públicas, declara aplicar todos os anos, para o apresto das armadas portuguesas, um milhão das rendas castelhanas; pedindo que algum sacrifício tambêm fizesse Portugal pelas suas colónias, reunindo-se adrede procuradores das cidades e vila de Santarem, do clero e da nobreza. Contudo, nem soldados nem dinheiro acudiram às suas instantes so-

licitações, nas quais os portugueses diziam ter perdido toda a confiança, apesar de elas serem portadoras de vantagens e facilidades, e os holandezes puderam prosseguir as suas tentativas, quási, sempre venturosas».

O problema histórico da situação de Portugal durante o govêrno dos três Filipes aparece-nos agora em termos de equação, depois dos testemunhos e factos invocados. Somemos a êles um depoimento não menos interessante, — o do célebre escritor seiscentista Saavedra Fajardo, uma das belas figuras políticas e intelectuais da Espanha de Filipe IV. É como se reproduz:— «*No deben desdeñarse los portugueses de que se junte aquela corona con la de Castilla, que de ella salió como condado y vuelve a ella como Reyno; y no a incorporarse y mezclarse con ella, se no a florecer a su lado, sin que se pueda decir que tiene Rey extranjero sino proprio, pues no por conquista, sino por sucesión... poseia el Reyno y le gobernaba con sus mismas leves, estilos y lenguajes, no como castellanos, sino como portugueses. Y aunque tenia su residencia en Madrid, resplandecia Su Magestad en Lisboa. No se veiam en los escudos y sellos de Portugal, ni en sus flotas y Armadas, el León y Castillo, sino las Quinas... No se daban sus premios y dignidades a extranjeros, sino solamente á los naturales,* y *estos gozaban también de los de Castilla* y *de toda la Monarquia,*

favorecidos con la grandeza, con las encomiendas y puestos mayores de ella, estando en sus manos las armas de mar e tierra y el gobierno de las provincias más principales. El comercio era, como en todas partes, común; tambien la religión y el nombre general de españoles...» (1)

Como teoria do dualismo estadual em que Portugal coexistia governativamente com Castela, as afirmações de Saavedra Fajardo apresentam-se-nos mais que demonstrativas.

---

(1) Em confirmação do testemunho de Saavedra Fajardo, encontramos em Fr. Francisco Brandão, continuador da *Monarquia Lusitana* e Cronista Mór do Reino, os trechos que passamos a trasladar. São de seu raro e curioso *Discurso gratulatorio sôbre o dia da felice restituição y aclamação da Magestade del Rey D. João IV N. S...*, impresso em Lisboa nas oficinas de Lourenço de Anveres, ano de 1642. Diz o monge alcobacense, referindo-se a Filipe IV: — *«Quem negará ser o melhor dia de Portugal o primeiro de Desembro, em que se vio sugeito a Vossa Magestade, & livre do governo del-Rey D. Felippe IV de Castella? Não digo que se vio livre Portugal então de hum mao Principe, porque o decoro que se deve ás Magestades, o não permite, nem as excellencias pessoaes del-Rey catholico poderão nunca ser menoscabadas. De hum mao governo digo, que se livrou justamente, & nesta parte não fica offendida a catholica Magestade, a quem sempre veneraremos, pello que foy em quanto tolerado Rey deste Reyno... Nunca da nação Portugueza, observantissima veneradora dos Principes que teue, emandrão indecencias descortezes, contra a immunidade de Principe tam grande. Bem he verdade, que servirá de mayor pena a El-Rey Felippe Quarto, verse privado da reconhecença, que lhe dava hua nação tal, que no voto dos estrangeiros, não só venera a seus Reys, mas adora-os»*.

Recordemo-nos, em contra-prova, de que em nada, a não ser na instauração duma dinastia nacional, a Restauração alterou o sistema político ou jurídico em que Portugal vivera debaixo do scetro dos Filipes. Ficou de pé, regendo direitos e tribunais, o aparato romanista das *Ordenações Filipinas*. E nos domínios da cultura geral, se em alguma coisa se tocou, tocou-se para peor. Informa Camilo Castelo Branco: — «Pelo que respeita à difusão do lêr e escrever, confrontemos. Em

---

Mas o mais interessante é o trecho seguinte que nos confirma na significação camoneana do «hispanismo» como abrangendo as nações e povos de toda a Península: — «*Irei nomeando sempre a este Principe* (Filipe IV) *Rey de Castella; & não pareça, que me abstenho de lhe dar titulo de Rey de Hespanha sem fundamento, porque em quanto ouve Reys nesta coroa, nunca derão tal titulo aos Reys d'aquelle Reyno, intitulando do sobrescrito, até ao Emperador Carlos Quinto Rey de Castella sómente; porque logo que Alexandre Sexto concedeo este titulo a El-Rey Dom Fernando o Catholico, se reclamou em Portugal: & ainda que confirmado despois por Leão Decimo a Carlos Quinto, não consentirão em tal cousa os Reys deste Reyno, sentidos justamente do aggravo, que lhes fazia, em dar titulo de Reys de Hespanha absolutamēte a seus vizinhos, sendo* (o normando é nosso) **que he Portugal hũa parte tam principal de Hespanha**».

Justifica em seguida Fr. Francisco Brandão as suas afirmações: — «*Mais razão mostrurão os Reys de Castella em contrariar aos Pontifices dar titulo de Rey de Toscana ao Duque de Florença, por serem senhores do lugar de Piombino naquelle Estado, & por respeito deste lugar, que alli possuem, cõtendem, que a aquelle Principe se não dé nome de Rei da Toscana. Quanto é mais hũ Reyno, & tal Reyno como o de Portugal, que hũ lugar limitado, qual Piombino, tanto mais razão temos os Portuguezes de approvar este capricho dos Reys de Castella, & não lhe conceder nunca o titulo de Reys de Hes-*

pleno reinado de D. João III, os mestres de primeiras letras em Lisboa eram trinta e quatro; e no reinado de Filipe III, de Castela, subiam a sessenta. A concorrência aos estudos maiores é ainda mais significativa. O colégio das Artes abrangia cêrca de dois mil alunos em 1586; e em 1615 orçavam por quatro mil. E observe-se que D. João IV inclinou-se a converter em despesas da guerra o que dispendia com a instrução pública; os Filipes ampliaram-na, e D. João IV atendeu nas côr-

---

panha, mayormente em occasião, que se lhe desunio a coroa de Portugal, & se restituhiu a V. Magestade; o Cristianissimo Rey de França Luis Decimo tercio está jurado cõde de Barcelona, cabeça do Principado de Catalunha, porção outra de Hespanha tão consideravel. El Rey de Leão, & Castella D. Affonso Sexto, se fez chamar Emperador das Hespanhas, porem o conde de Barcelona, Dom Ramon Berenguer, seu sogro, se intitulou Marquês das Hespanhas, para mostrar, que em Provincia, onde avia dous senhores independentes, não podia hum delles presumir titulo, em que ficasse incluido o Estado do outro: & quando hum quizesse ampliar o titulo, ficava lugar ao vizinho para a mesma ampliação. Hoje he el-Rey Christianissimo Conde de Barcelona, quem impedirá darse titulo de Conde das Hespanhas, vendo que el-Rey de Castela conserva o titulo de Rey de Hespanha, sendo elle legitimo Senhor de Catalunha? Quem notará tambem a vossa Magestade o intitular-se Rey (se quizer) de Hespanha, aonde o Reyno de Portugal está situado. O Bispo de Palencia, D. Rodrigues Sanches, trabalhou quanto poude por persuadir, que nos Reys de Leão, & Castella andava direitamente o titulo de Reys de Hespanha, mas foy com tam pouco fundamento, como o que teve Antonio de Nebrissa para attribuir aos castelhanos **o nome de Hespanhoes, que qualquer das outras nações de Hespanha póde applicar a sy,** *quando não quiser usar do proprio, & particular de cada Provincia...»*

Depois, com respeito ao regimen dual em que viveramos durante o reinado dos três Filipes: —

tes de 1641 aos capítulos que lhe pediam se fechassem as universidades do reino, salvante a de Coimbra, a fim de louvavelmente se dar aos cabos de guerra o que se dispendia com professores. Quanto ao regulamento da universidade de Coimbra, escreve o Sr. José Silvestre Ribeiro: «A imparcialidade manda observar, em honra de Filipe III de Portugal, que muito melhor andou êle do que o rei

---

«Nas Chronicas de Sam Francisco se conta que estando o Seráphico Patriarcha em Portugal vaticindra que nunca este Reyno avia de ser unido a Castella. Muitos, que, sem cõsiderar as cousas as desestimão, negavão esta predicção vendo que entrou Felipe Segundo na herança do Reyno: mas ainda assi sustentava o doutissimo Padre Frey Lucas Wandingo, chronista da mesma Ordem, ser verdadeira a professia do Sancto, **porque ainda que vnidos os Reynos de Portugal, & Castella em hum herdeiro, entre sy erão distinctos, tanto que os naturaes de hum Reyno se reputavão por estrangeiros no outro; a moeda era differente, & as provisões se passavão em differentes lingoas, em forma que se não podião chamar Reynos vnidos. Intentou nos dous annos passados a soberba Castelhana apertar mais o ponto, & fazer, que esta vnião de Reynos, que avia na pessoa do injusto possuidor, estivesse tambem entre os mesmos Reynos.** *Aqui acodió Sam Francisco, & mostrou com o effeito o entendimento de sua profecia, que era não ser Portugal nunca vnido a Castella, & assi quando naquelle Reyno pretendião a vnião de ambos, executámos nós a total separação...»*

Escrevia-se o que fica transcrito antes da batalha de Montijo, com todo o peso da guerra da Restauração por se descarregar ainda. Reputamo-lo bastante para esclarecer os que persistem, por inércia mental, no erro histórico do «Cativeiro».

português D. João IV, o qual pela provisão de 29 de abril de 1641 mandou que as cadeiras vagas se provessem por votos dos estudantes». Donde se depreende que o jugo de Castela, pesando cruelmente sôbre o país empobrecido e esfacelado, não tolhia a cultura dos espíritos, antes a equiparava à melhor que se dava em Espanha. O sensato amor à independência não carece de arvorar a calunia como bandeira de patriotismo.»

Ora exactamente, porque o «amor à independência não carece de arvorar a calúnia como bandeira de patriotismo», é que se intenta aqui uma breve corrigenda dos aleives e difamações que entenebrecem, mesmo nas mentalidades mais prevenidas, uma visão perfeita de quais devam ser as relações entre Portugal e Espanha. O espectro melodramático do «cativeiro filipino» desperta-nos romanescamente a sentimentalidade, sem querermos pensar no que à evidência a lição da História nos ensina. Funesto, sem dúvida, foi para nós êsse parêntesis, de que, afinal, não conseguimos até hoje acordar. Mas não o foi menos para com a Espanha, nossa irmã! O admirável paralelismo em que as duas nações peninsulares tão alto se haviam manifestado ao longo da centúria de Quinhentos conclúi no enlace de ambas as soberanias na mesma expressão dinástica. Fatalidade preparada, tanto pela política dos *Reis-Católicos*

em seguida a Toro, como pelas aspirações imperialistas dos nossos D. João II e D. Manuel I, Filipe subiu ao trôno de Afonso Henriques, como sucessor legítimo da dinastia fundada em Aljubarrota. Por igual circunstância poderia ter subido ao trôno de S. Fernando um puro, um autêntico Avís, — e por direitos recebidos da costela longínqua do pobre Trastamara, vencido por Nun'Alvares e pelo Mestre nessa tarde luminosa de 14 de agôsto de 1384. Verificasse-se a última hipótese, — e nem por isso seriam menos desastrosos os resultados! Portugal, com a outra monarquia da Península anexada, sossobraria na sua empresa centralista, como sossobrou Castela. E' através dêste aspecto que a questão carece de ser encarada, — e encarada com toda a calma.

Nem com diverso espírito se nos torna possível compreender as causas do conflito que a guerra da Restauração epilogou com felicidade para nós. Nas razões aduzidas ficou suficientemente demonstrado que o govêrno dos Filipes não representou nunca para Portugal uma anexação. Mas como não passava dum artifício, — duma composição política sem consistência nem raíses, colocado debaixo do puro ponto de vista castelhano, o Conde-Duque pretendeu ainda evitar o desastre pelo único processo que se lhe oferecia, — reduzindo Portugal à simples condição de província,

incorporando-nos, numa palavra, na unidade da monarquia dos Áustrias. Não desconhecemos qual era a situação de Castela, obrigada, inclusivamente, a sustentar à custa do seu tesouro privativo a defesa do Brasil, sem que Portugal se decidisse a realizar um esforço em igual sentido. Eis porque um contemporâneo, Fernández de Navarrete, observava no seu memorial *La conservación de Monarquias* que «*si Roma esquilmaba á las provincias* y *se enriquecia á costa de ellas, Castilla habia hecho todo lo contrario, y ella sola sustentaba todo lo presupuesto de la Casa Real y las Armadas de Aragón*».

Em prova do que asseveramos, pondera algures Oliveira Lima (1): —«Cánovas del Castillo teve a nobre coragem de no seu livro (2) reabilitar Olivares, não daquelas estupidas acusações da plebe, mas de calúnias mais sérias. O Conde-Duque aparece-nos aí fascinado por um ideal, o da centralização política da Espanha, então como ainda hoje um agregado de reinos diferentes nas tradições, nos costumes e nas tendências, mal amalgamados naquele tempo pelas dificuldades de comunicações e pelas rivalidades sempre fumegantes, mas cujo espírito nacional

---

(1) *Obs. citad.* Pags. 57-58.
(2) Alusão aos *Estudios del reinado de Felipe IV.*

êle queria a todo o transe criar. No *Nicandro*, espécie de manifesto muito provavelmente da lavra de Olivares, e publicado depois da sua queda, se diz que o contrato existente entre as partes do todo peninsular era *ajeño de la sociedad humana* y *desigual*. Com efeito, Castela, a séde da monarquia, devia defesa aos outros reinos, emquanto que êstes não tinham obrigação de ampará-la em qualquer invasão, antes salientavam sua desunião ao menor revez das armas espanholas. A missão era portanto díficil, mnito superior á do seu grande inimigo Richelieu, de abater os restos de feudalismo que a férrea mão de Luís XI não havia estrangulado. Ao passo que em França, alêm dos nobres, apenas a burguesia parlamentar, um tanto particularista, se contrapunha ao cardeal tibiamente, com excepção da Bretanha pouco antes anexada: Olivares tinha que arcar com estados ciosos da sua independência secular e com uma plebe que, fóra de Castela e pronunciadamente em Portugal, era inteiramente dedicada á fidalguia, porquanto a ausência do feudalismo obstara á formação de ódios inveterados de classes».

O testemunho de Oliveira Lima definenos com justeza a situação de Castela na Península e a fragilidade dos vínculos que nos ligavam a Madrid. Dentro do seu patriotismo espanhol, o conde-Duque tomou com arrojo pelo caminho que se lhe oferecia. Sossobrou.

Não é a nós que nos compete julgá-lo. O pacto que Filipe II jurára em Tomar desfizera-se, e Portugal lògicamente, quebrava o dualismo estadual em que vivera, restituindo-se rei natural. Seguiu-se uma luta porfiada e sanguinolenta. Nada mais que a repetição dos tantos embates e duelos em que de parte a parte se se engolfam sempre as nacionalidades limítrofes. E se essa luta traduzia para nós a presença real dum perigo, — o *perigo espanhol*, é conveniente não nos esquecermos também que a conspiração, desfechada em 1651 num patíbulo da *Plaza-Maior*, de Madrid, revela-nos, do lado de lá da fronteira, o temor, senão a existêneia, para os espanhois, dum perigo semelhante:—*o perigo português.*

Não vinha de agora *o perigo português.* Nos seus interessantissimos *Estudios del reinado de Filipe IV,* Cánovas del Castillo anota: —«*Lo cierto, en tanto, es que no quedó por ellos, sino por los castellanos, que con el desposorio solemne celebrado en Plasencia entre la infanta Doña Joana* y *D. Alfonso V de Portugal se abrieran futuros caminos para una consecuencia parecida á la que trajo el de Isabel la Catóiica con D. Fernando, juntándo-se á la larga Portugal y Castilla, en vez de Castilla con Aragón. No consta que á la unión personal de Portugal con Castilla se opusiesem más que dos magnates portugueses, uno de ellos por cierto el que era duque de*

Braganza, y otro el arzobispo de Lisboa. Por lo demás, no sólo el-rey D. Afonso se entusiasmó con aquel pensamiento hasta empeñar trono y vida, sino tanto y más su hijo y heredero Don Juan, el quál incitó vivamente á su padre para que con aquel motivo se apoderase de Castilla, corriendo el mismo á las armas para ponerlo por obra al frente de a fina flôr dos cavaleiros portugueses, *según acaba de recordar un escritor de aquella nación, y confirma el testimonio de todos los historiadores. Ni hay esto á secas, sino que se sabe también que el propio D. Afonso V habia disputado ya antes á D. Fernando de Aragón la preciosa mano de la Infanta, que se llamó luego Isabel la Católica, lo cual quiere decir, en substancia, que á fines del siglo XV procuraba Portugal por todos los medios acercarse á Castilla, no obstante el recuerdo de Aljubarrota; siendo á sazón Doña Isabel y D. Fernando los que, para enardecer á los castellanos contra los portugueses, propalaban que éstos les eran, por indole, hostiles, y D. Alfonso quien lo desmentia, conforme se lee en el Manifiesto de Doña Juana, dirigido á la villa de Madrid, que publicó Zurita».*

Em que redundaram as intenções absorcionistas de D. Afonso sabemo-lo nós, como sabemos para que estado ruinoso atirou Portugal a política idêntica do nosso D. Fernando. Tanto o *perigo espanhol* como o *pe-*

rigo português, inimígos um e outro da unidade espiritual da Península, contribuiram assim para que tivesse a duração ligeira de menos dum século o período de esplendor que Portugal e Castela atingiram na gloriosa época de Quinhentos. Com tão intímas e inapagáveis afinidades, é a lembrança do que nos divide que teima em persistir, empurrando-nos para um divórcio moral e político que é sinónimo do mais ignominoso dos suicidios, — e não a lembrança de quanto nos prende e aparenta, numa magnífica solidariedade de fundadores de pátrias, de evangelizadores de povos, de criadores de civilização!

Discursando em Santiago de Compostela, na *semana regionalista*, exclamava em 1918 o grande tribuno tradicionalista, D. Juan Vázques de Mella [1]: — *En Portugal, en el Monasterio de Batalha, donde descansàn los restos del vencedor de Avis y del vencido de Toro, como si el monumento fuese levantado, màs que a la discordia entre Castilla y Portugal, a una unidade superior à los dos... senti un intenso afecto al pueblo hermano y no le consideré ni por um momento como algo estrano a mi Patria*». Efectivamente, é essa unidade superior a Castela e a Portugal, que os

(1) *Discurso del Señor Vásques de Mella pronunciado en la Semana Regionalista que se celebró en Compostela en el mes de agosto de 1918.* Madrid. 1918.

abraça e completa na dupla feição do genio peninsular, o sinal característico da história da Península e a condição sempre viva para o resurgimento da Política mundial das duas graddes pátrias hispânicas. Em tal consiste o significado do Hispanismo, — tão moço e tão actual, como na hora já recuada em que Camões bradava no acento brônzeo das suas estrofes:

«Eis aqui se descobre a nobre Espanha,
Como cabeça ali da Europa toda!»

Não são, por isso, os erros dum determinado momento, ou duma determinada geração, os obstáculos que hão-de impedir a restauração da «unidade-hispânica». Mais de que nunca a justifica e reclama a maravilhosa adolescência das vinte e tantas pátrias que alêm, na outra margem do Atlântico, falam as nossas linguas e perpetúam o nosso sangue. Hoje como ontem, o sentido da universalidade do nosso génio toma corpo real na assenbleia augusta dos povos e das raças. Hoje como ontem, êle é o eixo da civilização que treme, debatendo-se entre os ventos contraditórios da renovação e da destruição. Acentuou-se a dupla feição dêsse génio, — do «génio-hispânico». Através de semelhante critério é que é necessário interpretar o tema cada vez mais imperioso das relações peninsulares. Existe assim um *patriotismo hispânico*, que

não exclúi, mas antes os integra e dinamiza, o *patriotismo espanhol, o patriotismo português, o patriotismo argentino, o patriotismo brasileiro.* As características nacionais de cada uma das pátrias hispânicas nem de longe se diminuem ou alteram. Somadas numa espécie de *super-nacionalismo*, contribuem, pelo contrário, para que resplandeça mais vigoroso e imperecível o tipo da civilização que geramos e andamos difundindo por oceanos virgens e continentes misteriosos.

Demonstram-no-lo satisfatóriamente os ensinamentos bem expressivos do Passado. Mesmo no período agudo do dualismo filipino, o fulgor lírico da alma lusitana irradiava de tal maneira e com tanto viço que ninguêm ignora como a literatura castelhana daquêle tempo se impregna dum suave e atraente portuguesismo. Tirso de Molina encheu o seu teatro de figuras e lendas portuguesas, indo ao ponto de dramatizar nas *Quinas de Portugal* a tradição do milagre de Ourique, inspiradora das formas primitivas do nosso nacionalismo. Calderon de la Barca, em plena ditadura do Conde-Duque, esmaltava o seu *Principe Constante* com um verso inolvidavel, de marcada e saborosa estrutura camoneana:

«Que ainda mortos somos portuguêses».

Lope de Vega, êsse, comentava em brandas ironias a condição amoravel do nosso temperamento, declarando aos seus deuses que os portugueses morriam de puro amor. Tirso de Molina, Calderon de la Barca, Velez de Guevara e Moreto celebrariam com as melhores flores do seu horto poético a personalidade espiritual e militar de Nun'Álvares, quando em 1640, precisamente, aparecia em Madrid, na casa de Juan Sanchez, a *Vida y hechos heroicos del gran Condestable de Portugal D. Nuño Alvares Pereyra* por Rodrigo Mendes da Silva, lusitano. Autor igualmente da *Población General de Espana*, Rodrigo Mendes da Silva nascera em Celorico da Beira e, transitando a Castela, alcançara de Filipe IV que o nomeasse Cronista-Mór e Oficial do Supremo Conselho de Castela. Pertence ao grupo numeroso dos nossos escritores bilingues. Representava isso uma desnacionalização? Longe de o supôrmos ou admitirmos, — graças à voga europeia do castelhano —, a nossa sensibilidade com o *Amadis*, de Montalvo, e a *Diana*, de Jorge de Montemór, se infiltrou no sentimento culto da Europa, ganhando-nos a paternidade dos pastoralismos convencionais da *Astrée*, que é donde vem direita a genealogia psíquica do Romantismo. Foi o meio por que nos conheceram na Europa, —por que Camões se divulgou e ainda o alto intuito patriótico que levou

o tão denegrido Manuel de Faria e Sousa a historiar em castelhano as nossas glórias e os nossos loiros. De certo modo, é por intermédio do espanhol actualmente que os personagens de Eça de Queiroz se tornam universais e humanos, chamando-se já no Chili e no Perú um «Pacheco» às freqùentes improvisações de individualidades em que as democracias contemporâneas são mais que fecundas. De resto, ao próprio castelhano, quando escrito ou composto por portuguêses, nós soubemos imprimir alguma coisa de nosso, não faltando quem — Pero de Magalhães Gandavo —, no *Diálogo em defensão da língua portuguesa*, estabelecendo a simultaneidade literária das suas línguas, estatuísse os casos e os géneros em que uma devesse ser empregada de preferência à outra. «A nossa merece ser escolhida nas comédias em prosa e no verso heroico, ao passo que a espanhola leva vantagem nas *trovas redondas e garridas, que naturalmente parecem feytas & inventadas para ella*».

Idêntico era o parecer de D. Francisco Manuel de Melo. «Olha o cómico como se chega para os de Castela. O grave para os de Portugal». Dir-se-ia que repassava no instinto que então existia da natureza e predicados de cada uma das suas línguas, a razão oculta e profunda que inclinava Portugal para as intimidades apaixonadas do Lirismo,

enquanto Castela, na decadência das prosoficações épicas da Gesta, entregava o seu verbo resoante e livre aos destinos mais amplos da Novela e do Teatro.

Nesta comunhão tão enlaçada e permanente, que diminuto não é o que nos separa, — que vergonhoso receio é o nosso, ao trocarmos por névoas e duendes todo o clamor unânime da História?! Façamos, serenos, exame de consciência, — e que Portugal, devolvido à universalidade da sua missão no mundo, tenha confiança na fôrça secularíssima dos seus direitos de nação independente, para aceitar da Espanha, nossa irmã, o paralelismo herdado da Era de Quinhentos! Se nos *Lusíadas* ha uma política, não é outra a política de Camões. Abracemo-nos a ela, restaurando-a! E debaixo do patrocínio sagrado do Epico, estará connosco a alma eterna da Pátria!

Cabeça de Europa



D. Mariana Vitória, esposa do nosso D. José.
(Por Nicolas Largillière)

Museu do Prado

CABEÇA DE EUROPA

PROVADO como fica que há uma *unidade-hispânica* e que existe, conseqùentemente, um *interêsse peninsular*, já se sabe que semelhante *interêsse* não é nem pertença exclusiva de Portugal, nem de Espanha pròpriamente dita. Resulta, evidentemente, da soma natural e concorde dos interêsses vários das duas gloriosas pátrias da Península. Em que se concretiza, porêm, o *interêsse peninsular?* Concretiza-se, sobretudo, — insistimos —, na salvaguarda do tipo superior de civilização, criado e difundido tanto por Castela, como por Portugal. O «interêsse peninsular» leva, durante a Reconquista, castelhanos e portugueses a suspenderem as suas lutas de limites e de desenvolvimento, para de frente encararem o islamismo nas Navas de Tolosa e no Salado. O «interêsse da Península», perante um inimigo que a ameaça escravizar, é aí, não só o interêsse conjunto de Castela e Portugal, mas um interêsse maior e mais sagrado, — o interesse da ordem europeia. Assim, o tipo de

civilização que as duas pátrias da Península salvaram da subversão e que derramaram depois pelo mundo, é na sua essência o que equivocadamente se designa por «civilização latina».

Trata-se duma como que predestinação que a Península já trazia consigo, desde o mais recuado dos tempos. Devia-a à sua excepcional posição geográfica, — situação tão rara e tão privilegiada, que entendemos reproduzir os termos com que no-la descreve um autorizado sábio espanhol. Eis como se expressa a tal respeito o eminente geólogo D. Eduardo Hernández-Pacheco no seu *Discurso de admissión á Real Academia de Ciencias Exactas, Fisicas y Naturales* (1): — «*La Peninsula ibérica ocupa en el extremo del conjunto peninsular europeo una situación avanzada hacia el Oeste y hacia el Sur, de tal modo que constituye el término de enlace entre Europa y el Continente africano, de cuyos caracteres fisiográficos participa en gran parte, de tal modo que, mientras por el Noroeste, el borde cantábrico y la cordillera pirenaica y en cierta zona de su prolongación por las montañas catalanas, su fisiologia es claramente europea, la mayor parte coincide com los caracteres norte-africanos ocidentales,*

(1) Madrid, 1922, pags. 20-21.

ofreciendo el tipo intermedio o mediterráneo la ancha zona levantina que asciende hacia las mesetas centrales».

«*Por otra parte,* — acrescenta o mencionado autor —, *es la tierra más avanzada hacia el Oeste del actual Continente europeo, siendo la más cercana a América, situación central y privilegiada, que contribuye a explicar en el pasado geológico el caracter de sus faunas de mamiferos terciarios, com analogias con las americanas, como algunos descubrimientos recientes van poniendo en evidencia, pudiendose suponer que nuestro país fué en aquellas remotas épocas lugar de origen, y cientro de dispersión de ciertas especies, tales como algunas antecesoras de los equidos actuales, através de las entonces existentes tierras atlanticas*». E Hernández-Pacheco prossegue: — «*Esta especial situación geografico nos explica también por qué en reciente época histórica ejerciera España el dominio del mundo, y los pueblos ibéricos, españoles y portugueses, extendiesen su influjo hacia América y hacia África, avanzando sus navegantes por el ignoto y oscuro Atlantico hacia nuevas tierras, o, remontando la inhospitalária costa africana, doblaron el cabo de las Tormentas y, proa á lo desconocido, se extendieron por todos los mares y por toda la redondez de la tierra*».

Lançada conjuntamente sôbre o Medi-

terrâneo e sôbre o Atlântico, a Península participou em outras eras dos benefícios do mar antigo das civilizações, como participa hoje da hegemonia atlântica, cada vez mais acentuada, da idade moderna. Compreende-se sem dificuldade como através da Península se transmitissem à restante Europa as velhas fórmas culturais, comunicadas do Oriente. A importância da Península assinala-se logo no alvor dos tempos proto-históricos, — e a partir de então a violência com que a disputam na Antiguidade os povos predominantes ensina-nos bem o valor que já se lhe atribuía. Mais tarde, pela Península se estadeiam, com maior ou menor sucesso, os vários imperialismos, conscientes ou instintivos, que aspiram ao senhorio universal do Orbe. Se a posição imcomparável da Península lhe atrái com os piores flagelos um turbilhão interminável de invasões, abre-lhe por isso mesmo as mais belas perspectivas do futuro. Enquanto os roteiros da civilização se concentram no Mediterrâneo, ninguêm é mais favorecido por êles de que a Península. Deslocam-nos para o Atlântico as Descobertas, — e a Península, terraço da Europa, onde, segundo o Épico, «a terra acaba e o mar começa», vê desdobrar-se-lhe diante um horisonte sem fim, carregado das melhores promessas. A sua qualidade de terra intermediária intensifica-se e aumenta de

alcance. E olhando agora às nações moças do Novo-Mundo, podemos, na verdade, afirmar que a hora presente, como nenhuma outra, é a «hora da Península»!

Efectivamente, na preponderância já definida dos países americanos, o Atlântico vai tornar-se na vida social do planeta num mar interior, — no lago doméstico da civilização, tal como outrora o Mediterrâneo. O fruto dos Descobrimentos amadurece enfim! Preparemo-nos, portanto, para receber a alta dignidade em que Deus nos investe como ponto de ligação entre a Europa e a América, — e preparemo-nos, como é imperioso que nos preparemos, rasgando sem reservas nem intenções condicionadas, o caminho da *aliança peninsular!*

«A vida é, de facto, uma criação constante»,—observa algures Claude Bernard. Em cada gérmen vivo há uma ideia criadora que se desenvolve e manifesta por meio da organização. Em toda a sua duração o ser vivo permanece debaixo da influência dessa fôrça vital criadora, e a morte sobrevêm quando já não pode dar-lhe realização». Qual seja na existência da Península a *ideia-criadora* que presidiu à sua genese e engrandecimento é já de sobejo conhecida por nós.

Pretendeu ela organizar-se na sua fórma natural, — a da colaboração solidária das duas nacionalidades peninsulares. Não lho

consentiu um falso conceito da realidade, inspirando condutas extremas ou erróneas, já com a miragem perniciosa do unitarismo, já com a prática suìcida do isolamento e da desconfiança sistemática. Se, conforme a aguda reflexão de Monís Barreto, «o período da aliança espanhola coincide com a época de maior prosperidade e de plena expansão do génio português», não é também menos certo que a decadência das duas nações peninsulares corresponde ao desentendimento que logrou separá-las em atitudes hóstis. Com exclusão das experiências já arredadas pelo seu total insucesso, é a política da Casa de Avís,—é a política da aliança a política que, sem constrangimento e com perfeita lógica, se deduz das lições do passado e apertadamente se cinge aos problemas da actualidade.

Mas em que condições? As condições enunciadas no magnífico estudo de Monís Barreto, por nós citado tantas vezes e que está aguardando que o arranquem, para uma mais vasta publicidade, das colunas adormecidas da *Revista de Portugal*. Oiçamo-lo nas suas sensatíssimas considerações:

«Conquanto a situação geográfica de Portugal, — aponta êle —, seja diferente da dos pequenos países encravados entre as grandes potências adversas do continente, conquanto não estejamos como a Suissa, a Romania ou a Bélgica, na passagem das

hostes que se precipitam ao encontro umas das outras com as armas na mão, é porêm certo que a privilegiada situação do nosso litoral sôbre o Atlântico e à entrada do Mediterrâneo, e a importância do porto de Lisboa como base de operações marítimas nas águas ocidentais da Europa, impede que a nossa attitude seja indiferente às potências empenhadas numa guerra que será em grande parte naval. A neutralidade é uma ilusão quando não é garantida, ou pelo isolamento geográfico, ou pelo desenvolvimento de fôrças imponentes. E os diplomatas que vissem na inacção um meio de fugir às responsabilidades, poderiam ser rudemente desenganados pela contingência das complicações imprevistas».

A pena de Monís Barreto acende-se por vezes em chispas proféticas! Prevendo a quási trinta anos de distância muitas das conseqüências da Guerra-Europeia, apressa-se êle a acentuar que, «se a nossa neutralidade continental, bem que insuficientemente garantida, não está contudo directamente ameaçada, a ponto de justificar temores pela nossa autonomia, a nossa integridade colonial é um problema grave e que requer solução urgente». Não se verificou, no desenlaçar da grande contenda, a hipótese encarada por Monís Barreto em relação ao património ultramarino português. Mas todas as

preocupações são poucas, se atentarmos nos desígnios bem manifestos da União Sul-Africana, no tocante a Moçambique. Acresce que a maneira como entramos na guerra e como depois nos vimos abandonados em Versailles, se encarrega de actualizar por si própria, com um sublinhado espantoso e trágico, as justas apreensões de Monís Barreto.

«Ora contra esta eventualidade (a eventualidade de Portugal ser expoliado no desfecho furioso dos furiosos egoísmos internacionais) a aliança espanhola é o único expediente exequível e é uma garantia suficiente. Conquanto os recursos de que dispõem as duas nações peninsulares não sejam por ora comparáveis aos das grandes das potências europeias, eles são porêm bastantes para assegurar o respeito dos nossos direitos, sobretudo se reflectirmos na repugnância extrema da Inglaterra por acções donde possam resultar conflitos. E se se atende a que no derradeiro conflito a Inglaterra não apoiou senão contrafeita as espoliações dos seus colonos do Cabo, conquanto folgasse com os resultados, é licito esperar que a Liga peninsular nem mesmo precise de desembainhar a espada para impôr silêncio às ambições deshonestas dos flibusteiros da África austral».

«Para que uma aliança entre duas potên-

cias,—avança Monís Barreto —, seja exequível, é preciso que ambas estejam interessadas na sua manutenção e que não haja desproporção entre os interêsses que lhes aconselham a comunidade de acção. Para que a aliança peninsular se possa tornar um facto, não basta que nos convenha, é preciso que os espanhois encontrem nela vantagens que os recompensem dos sacrifícios a que porventura ela haja de os arrastar».

E discorrendo àcêrca do ambiente moral em que essa aliança se produziria, o cronista da *Revista de Portugal* reconhece com desassombrada sinceridade: — « E' certo que existe em Espanha uma forte corrente de simpatia e fraternal amizade em nosso favor. E' certo que essa simpatia é um sentimento antigo, arraigado, capaz de inspirar acções, nomeadamente nos meios em que a sensibilidade prepondera sôbre a razão, como o povo, a mocidade, os partidos extremos. E' certo que por ocasião do último conflito com a Inglaterra tivemos disso provas frisantes (1). As duas imprensas que mais calorosa-

---

(1) Vêr, por exemplo, o interessante opúsculo de Castaños y Montijano.—*Estudio Geoestratégico de Portugal en el supuesto de una agresión por la costa*, (Toledo, 1890), onde a hipótese encarada é a de que «*la agresión partiria de la Gran Bretaña y seria dirigida á la costa occidental de nuestra Peninsula*». E Castaños y Montijano justifica-se :«—*Digo de nues-*

mente tomaram a nossa defesa fôram a francesa e a espanhola.

«Mas saltava aos olhos a diferença dos sentimentos que as inspiravam. Os artigos dos jornais franceses eram ditados dum lado por essa rectidão gaulesa que se exerce sempre que a paixão a não perturba, do outro por uma violenta animosidade contra a Inglaterra ocupadora do Egipto; mas via-se que, no fundo, os seus autores interessavam-se pelos portugueses tanto como pelos chilenos. Nos artigos dos jornais espanhois via-se, ao lado da indignação que inspira o abuso da Fôrça, o ressentimento dum insulto feito a gentes do próprio sangue. A unanimidade da opinião espanhola só foi igualada pelo seu desinteresse, e a surpresa da imprensa inglesa em frente da atitude da imprensa espanhola explica-se, dada a ausência de dissentimentos políticos entre as duas nações e dada a calculada amabilidade que afecta nas suas relações com Espanha, a Inglaterra interessada em combater a hegemonia francesa no Mediterrâneo».

---

tra Peninsula, porque en tal situación España no habria de permanecer impasible ante la desgracia de una Nación que por su historia tiene el derecho de reclamar su auxilio; que la ha acompañado siempre en sus glorias de allende y aquende el Atantico, en sus prosperidades, en sus desgracias y hasta en sus discordias intestinas, con comunidad de origen y *actualmente comunidad de miras»*. Significativo, pois não?

E Monís Barreto prossegue: — «Tudo isto é exacto. Mas é tambêm certo que aos diplomatas que têm a seu cargo gerir os interêsses externos duma potência assiste a obrigação de se determinarem por considerações de ordem positiva e, subordinando os motivos de sentimento aos de natureza racional, dirigirem-se pelos ditames duma política essencialmente realista. Ora sucede que nêste caso, por uma dessas coincidências que são a expressão das necessidades mais íntimas da historia, o sentimento está de acôrdo com a razão», — adita Monís Barreto. A inteligência com Portugal não só vai de harmonia com os instintos do povo espanhol, mas satisfaz às exigências da política espanhola.

Como? E Monís Barreto responde: — «O programa dessa política obedece a duas considerações de ordem superior: a defesa da integridade territorial no continente e a manutenção do *statu quo* em Marrocos. Êsse programa consiste numa neutralidade armada, servida por uma diplomacia vigilante, e conservando plena liberdade de acção para utilizar as fôrças disponíveis em proveito dos direitos ameaçados». Detalha agora com espantosa acuidade Monís Barreto: — «No que toca à defesa da integridade nacional no continente, não padece dúvida que a natureza da fronteira oriental e a conhecida energia e constância do patriotismo espanhol constituem

garantias sérias a favor do respeito da neutralidade espanhola por parte das potências empenhadas num conflito europeu. Mas quem tiver meditado as lições da história e tirar delas o ensinamento que delas resulta, a saber, que os direitos não valem se não são garantidos pela fôrça, que nos tempos modernos como nos antigos é a violência quem decide em última instância, êsse não achará demasiadas todas as precauções destinadas a pôr a sua pátria ao abrigo dum golpe de mão, tendente a arrastá-la na órbita de influências estranhas. E quem completar essa lição geral pelo exame da história particular da Espanha nos últimos duzentos e cincoenta anos, quem tiver observado como durante a sua longa decadência ela foi não sòmente espoliada no seu império colonial, atacada na sua segurança peninsular, mas ainda obrigada a alianças desastrosas, transformada em campo de batalha de ambições alheias, explorada e lograda pelos seus mesmos amigos, êsse aprenderá quão pouco se deve contar com a lealdade e desinteresse das nações estrangeiras, mesmo daquelas que lançam aos quatro ventos o prègão da própria generosidade e se proclamam confessores e mártires da causa da civilização europeia».

Verdadeira teoria da *aliança-peninsular*, continuemos escutando Monís Barreto no seu admirável estudo. «A questão marro-

quina prende-se de tal modo com a questão da integridade nacional espanhola, que não é mais que um dos aspectos desta. Um ilustre historiador inglês pôde afirmar ser uma lei da história que as populações da península dominem ou sejam dominadas pelos que estanceiam na região africana que lhes fica fronteira. Com efeito, se por algum lado Espanha é vulnerável, não é pelo Oriente defendida pela muralha prienaica, mas pelo sul, aberto às arremetidas do litoral africano, desvantagem agravada pela existência duma grande posição militar estrangeira sôbre o Estreito e em terra espanhola. É por isso que uma diplomacia patriótica tem de vigiar ciosamente as tentativas de ingerência no império marroquino, da parte de potências europeias, nomeadamente daquela que tem já largos interêsses criados na região berberesca, e que não faz mistérios das suas vistas sôbre todo o noroeste africano. E procedendo dêste modo, Espanha segue as tradições da sua gloriosa história. Seria mais um capítulo a ajuntar à crónica lamentável da decadência peninsular, se essa região marroquina aberta à acção dos dois povos cristãos pela espada de D. João I e dos conquistadores de Seuta, ilustrada pela valentia dos fronteiros de Africa, dourada pela fama robusta de D. Afonso V e pela glória nascente de D. João II, consagrada pelo

apostolado de Raimundo Lullio, pelo martírio do Infante Santo, pelo sangue de D. Sebastião, venha a caír, como Túnis, arrancada por nós aos barbaros, nas mãos daquêles que no século XVI se ligavam aos inimigos da cultura europeia, em proveito das suas conveniências políticas e dos seus interesses comerciais no Levante.

«Para impedir isto, é preciso que Espanha disponha de forças que possam pesar na balança europeia,—aduz Monís Barreto. Mas para consegui-lo, não é necessario que desenvolva recursos iguais aos das grandes potencias europeias, porque o seu programa é um programa de conservação. Quando uma nação não aspira a conquistas nem a desforras, quando ela não está interessada na denunciação dos tratados existentes, quando tudo o que ela deseja é a manutenção do *statu quo*, essa nação póde dispensar-se dum alarde de armamentos igual ao que serve rancores ou cubiças; e o orçamento das suas ambições póde ser reduzido ao mínimo».

Mas é preciso que êsse mínimo exista, —observa o publicista. «Supôr que a inacção é o proceder mais prudente, representa um grave êrro. Quem tiver estudado a história da Europa nos ultimos trinta anos, sabe que, ao mesmo tempo que as condições do equilíbrio aumentaram, os problemas constitucionais da diplomacia europeia se teem definido e cami-

nham para uma solução que ninguem póde garantir que seja pacifica. Entre esses problemas constitucionais conta-se aquilo a que se póde chamar desde já a Questão do Ocidente. A incapacidade, a um tempo social e étnica, dos musssulmanos do Moghreb para se constituirem num grande estado viavel e progressivo, envolve na extremidade ocidental do Mediterraneo consequencias análogas ás que condições análogas do imperio otomano determinam na extremidade oriental. A questão dos Estreitos reproduz-se na ponta oposta do velho mar em que se elaborou a cultura europeia, e atrái a atenção de todos os que teem interesses presos á situação das passagens maritimas. E entre essas, a Espanha, para quem a questão do Estreito é não só de liberdade comercial, mas de segurança nacional, não póde ser a ultima a se precaver».

E aqui Monís Barreto ataca o ponto central do problema. «A inteligencia com Portugal representa pará Espanha a segurança da sua fronteira ocidental, a acquisição dum extenso litoral como base de operações navais no Atlantico, e um acrescimo de forças militares pela addição do contingente português. Espanha póde encontrar alianças mais poderosas que a aliança portuguesa, mas nenhuma que custe menos caro, que a comprometa menos, e que mais se coadune com o seu programa de neutralidade vigilante e decidida a

fazer respeitar os seus direitos. E comquanto as forças somadas das duas nações peninsulares sejam diminutas para intervir dum modo decisivo nas contendas europeias, elas são contudo assás consideraveis para fazer pagar por um preço razoavel a benevolencia da peninsula, sobretudo se se faz entrar em calculo a facilidade de defesa que lhe confere a sua situação geográfica, e a grandeza dos recursos que se esconde sob o manto agitado da anarquia politica.

«Combater essa anarquia,—agrega o escritor —, será finalmente o derradeiro e mais grave resultado duma corajosa acção exterior. Quando se considera a desastrosa situação da fazenda portuguesa e a embaraçada situação da fazenda espanhola, e quando se reflecte que ela não é mais que a expressão da desordem politica que paralisa as energias dos dois povos peninsulares, póde parecer uma utopia de espiritos ambiciosos e quiméricos redigir programas que comportam audacia e riscos a nações mais precisadas de reconstituir as suas forças económicas no repouso da vida vegetativa. Mas aqueles que teem meditado sobre os paradoxos profundos que constituem a natureza humana, sabem que em questões de ordem politica a audacia é muitas vezes prudencia consumada, e que é mais facil obter o excessivo que o bastante. Com efeito nenhuma razão exterior ao estado

moral das sociedades determina a lamentavel decadência dum povo cheio de talento e dispondo dum país rico, como é o povo português, nem exclue do grupo das grandes potências e mantem na mediocridade uma nação notável pela extensão e situação do sólo, e ilustre pelo génio dos seus filhos, como é a gloriosa nação espanhola. Nenhuma outra causa se póde assinar a êste deplorável facto, alêm da ausência dum principio superior que unifique as vontades dispersas e crie no meio da flutuação das doutrinas e dos interesses um ponto de apoio para a acção governativa. Essa dispersão das vontades e esta flutuação das doutrinas, próprias duma época individualista e crítica, é-nos comum com todos os países situados na metade ocidental da Europa. Para combater os seus resultados, a única estrada a seguir é apelar para os sentimentos que estabelecem um laço de conexão entre energias aliás opostas. O sentimento patriótico, com a sua mistura proporcionada de paixão animal e simpatia geral, e o perpétuo estimulo da rivalidade com as nações estrangeíras, é porventura hoje o unico movel colectivo de que póde usar um estadista creador, como é ainda um dos termos mais profundos que póde explorar a invenção artistica. É á persistência e á energia dêste sentimento que a Alemanha deve a manutenção da sua unidade contra os antecedentes separatistas e as

discordâncias religiosas e políticas. É a ela que a Itália deve a sua pacificação sob a dinastia de Saboia, a despeito das tradições republicanas da sua velha historia e da energia do partido revolucionario que tão grande papel desempenhou na obra da sua ressurreição. E' ainda a solidariedade em frente do estrangeiro que mantem reunidos esse agregado heterogeneo de raças e linguas que é a monarquia austro-hungara, e impede que role disperso esse colar de reinos que tem por fio o Danúbio. E' para esse sentimento que apelam os estadistas franceses sedentos de equilibrio entre a oposição dos elementos reaccionários e as arremetidas do radicalismo intransigente. E se alguma coisa póde retirar as duas nações peninsulares do marasmo da indiferença e do circulo vicioso da intriga politica, é a lembrança do seu glorioso passado e o pensamento da missão historica que teem a desempenhar no concerto das nações europeias e na marcha da civilisação universal».

Largo comento se nos impunha nesta altura, ouvida e ponderada a extraordinária previsão de Monís Barreto. Antecipado assombroso, nada há que modificar no que de geral e essencial o seu excepcional espírito nos aconselha. O ritmo desordenado dos acontecimentos confere até um vigoroso sublinhado a quanto de profético palpitava na agudeza,

por vezes crua, da sua penetração. Assim, a instalação da França em Marrocos, adicionando mais um lamentável capítulo à crónica da decadência peninsular, veio encher de dolorosa confirmação as preocupações já longínquas de Monís Barreto. Atingindo, por outro lado, o ponto extremo da sua decomposição, o regímen parlamentar, saído do romantismo político, com as suas quadrilhas de devoristas e de sub-medíocres insaciáveis, arvorou na Península a anarquia governativa em fórmula permanente do Estado, quer se trate de Portugal debaixo do gorro frígio, quer se trate da católica Espanha, com um monarca por graça de Deus e da Constituíção. A rampa ignominiosa por onde as duas nacionalidades irmãs se deixam arrastar, enredadas nos tentáculos duma execrável firma de plutocratas e arrivistas, reveste-se de tintas negras de tragédia, se considerarmos a inconsciência dos governos e a apatia da consciência colectiva. Portugal, ao menos, reage já contra os mitos ignóbeis que o exploram e escravizam. Há aqui o que não há em Espanha: — uma «direita» (chamemos-lhe assim) intelectual. Nada mais inverosimil no seu arcaísmo ideológico do que, dum modo genérico, a mentalidade espanhola! Vive-se ali na fermentação revolucionária, que nós conhecemos em Portugal há cincoenta para sessenta anos, com Antero de Quental por chefe supremo.

E, para peor, nem de longe se desenha com o carácter positivo duma *doutrina* a intensa demolição do Liberalismo, que os próprios fundibulários das *Conferências do Casino* iniciaram entre nós, tocados pelo verbo forte de Proudhon.

O que sucede em Espanha nos domínios da sua vida interior, sucede igualmente pelo que respeita aos horisontes da sua vida exterior. A questão de Marrocos, patenteando bem manifestamente, num rosário de desastres sucessivos, a total ausência dum critério seguro por parte do Estado espanhol em face de tão magno assunto, demonstra-nos a fraqueza, a debilidade congénita dum regimen, — o regimen individualista da Revolução Francesa—, para restituir a Espanha ao lugar a que as suas seivas e virtudes magníficas naturalmente aspiram. Padece-se no país vizinho, — conquanto seja nominalmente uma «monarquia» —, da mesma ausência de autoridade e finalidade nos governos de que padece o nosso agitado e democrático Portugal.

De modo que as razões invocadas por Monís Barreto em 91, — logo depois do *Ultimatum*, subsistem, poderosas como nunca, pelo cortejo incessante de desgraças e humilhações em que o prestígio da Península se afunda cada vez mais. Só a restauração do sentimento perdido da «unidade-hispânica» evitará que a catástrofe final se consuma e

que tanto Espanha como Portugal, solidários no suicídio comum, rolem sem epitáfio para as criptas anónimas da história! Na preparação do futuro, à Inteligência compete a obra inicial. Enferma a Espanha do mal que Salaverria definiu com acerto «superstição da Europa». O desprezo dum Unamuno, ou dum Ortega y Gasset, pelas linhas estruturais do génio castelhano, representa, em personagens que se reputam de cultos, uma demissão completa de autonomia mental. Títeres da larga feira das ideias, cultivam o aplauso das plebes do pensamento, assumindo posições de dúvida metódica que, perante o rumo do espírito contemporâneo, bastam só por si para caracterizarem quem as usa, como forçados deploraveis das coisas nobres do Entendimento. E, no entanto, ostentam-se como professores de anti-espanholismo, não lhes faltando ambiente, — não lhes faltando auditório! O pèssimismo heroico de Angel Ganivet e, sobretudo, a formidável labareda nacionalista de Menéndez y Pelayo, não encontraram sucessores que de tão salutares incitamentos extraíssem uma teoria de salvação pública. Eis onde buscar a raíz fundamental do desarranjo que a Espanha sofre, como nação, nas suas categorias intelectuais e sentimentais. Espelha-se na desordem do Estado a desordem ainda mais revôlta das almas e das vontades. Daí o assistirmos em Espanha a uma incrível preponde-

rância dos sofismas e das ficções que já passaram de moda em toda a Europa que estuda e que age, esforçando-se por apôr à mentira torpe do 89 uma errata necessária e inadiável. Porque em Portugal tocámos mais de perto o fundo da taça com que a Democracia empeçonhou as instituições sociais e políticas dos dois povos peninsulares, nós possuímos hoje uma percepção dos destinos da Península que dificilmente se topa em Espanha, entontecida por aquela «flutuação de doutrinas», de que já nos falava Monís Barreto. Minoria que sejamos, cumpre-nos talvez o começo dum empreendimento, que decerto não procura vazar-se em realizações imediatas, sem que se forme e tome consistência primeiro um movimento paralelo e concorde que fortifique as duas pátrias internamente, libertando-as da oligarquia infamante dos banqueiros e dos profissionais da política.

A preparação do patriotismo, tanto espanhol como português, é, desta maneira, condição basilar para que se entre sem vacilações no caminho da aproximação e, conseqùentemente, da aliança entre Portugal e Espanha. Não o patriotismo romântico e verbalista, — bandeira de todas as clientelas, máscara de todos os desígnios, ainda os mais inconfessáveis! Mas o patriotismo que se nutre das lições do Passado, encarado como uma experiência e como uma disciplina, fóra

de cujo concurso não há para os agregados humanos nem estabilidade nem continuidade aproveitável.

Semeadores portugueses e espanhois do mesmo tipo de civilisação, o seu patriotismo amplia-se e completa-se numa espécie de super-nacionalismo, de que participam igualmente as demais nações que da Península tiram a sua orígem. Valorizar a sua posição no mundo, corrigirem-se dos êrros políticos que nos enfraquecem e desautorizam no concêrto das potências, eis o programa que se impõe a Portugal e Espanha, para que não desmereçam das atenções crescentes em que os seus filhos da América não se cansam de envolver o nome sagrado da Península. Compreende-se, pois, que, sôbre tudo, há a difundir um estado de espírito que liberte na Península as mentalidades dirigentes dos inconcebíveis fetiches políticos a que não se envergonham de sacrificar ainda. Vítimas do sofisma democrático, — como acentuámos —, não são outras as causas do isolamento aviltante em que a Espanha se encontra na Europa, nem da dolorosa subalternização internacional que Portugal padece. A chamada «decadência dos povos peninsulares» não existe como motivo que explique o seu declive, — o seu longo crepúsculo. O que existe é um divórcio absoluto entre as directrizes fundamentais do génio peninsular e a noção vigente de Estado,

que, em vez de as servir, coordenar e engrandecer, se empenha, por uma degenerescência sem qualificação, em abastardá-las e deprimi-las.

Mas basta que os conceitos negativistas, através dos quais se aprecia a história das duas pátrias da Península, se substituam pelo sentido exacto da sua admirável alma criadora! Vivemos prisioneiros das nossas próprias mãos, numa obsessão suicida que nos torna indignos da missão espiritual que outrora realizamos e para que o futuro nos está convocando a cada hora. «*En sentir general*, — escreve algures o General Guijano y Arroquia (1), convergindo autecipadamente para a opinião já citada de Hernández-Pacheco —, *sólo España y Portugal, por sus precedentes, e indole especial de raza, pueden llegar á ser el verdadero lazo de unión entre Europa, América y África, y esto si en vez de verse sistematicamente contrariadas en sus ideales, se les ayuda, por el contrario, a realizarlos en provecho de la humanidad entera*». Iludia-se numa convicção simpática o autor de *El terreno, los hombres y las armas en la guerra*, supondo que alguêm nos houvesse de ajudar, — a espanhois e a portugueses, na consecução dos nossos altos destinos históri-

(1) *El terreno, los hombres y las armas en la guerra.* Madrid, 1892. Pags. 143.

cos. Do nosso esfôrço, e só do nosso esfôrço, terá que saír o impulso que nos restitua ao lugar que outros nos usurparam e que tranqùilamente desfrutam, com o nosso assentimento tácito, pelo menos. Laço de união da Europa com a África e com a América, a Península dispõe assim das condições exigidas para o alevantamento do seu prestígio e dos seus legítimos direitos, desde que se emancipe dos estrangeirismos, tanto políticos como intelectuais, que a volvem numa colónia miserável de quanto de mau vegeta para lá dos Pireneus. Com a agudeza do seu penetrante cirurgismo salvador, já observava Angel Ganivet no belíssimo *Idearium espanol:—Una restauración de la vida entera de Espana no puede tener otro punto de arranque que la concentración de todas nuestras energias dentro de nuestro territorio. Hay que cerrar con cerrojos, llaves y candados todas las puertas por donde el espiritu espanol se escapó de España para derramarse por los cuatro puntos del horizonte, y por donde hoy espera que hade venir la salvación; y en cada una de essas puertas no pondremos un rótulo dantesco que diga: —«Lasciate ogni speranza», sino este otro más consolador, más humano, imitado de San Agustin: «Noli foras ire; in interiore Hispaniæ habitat veritas».*

Enunciava Angel Ganivet o primeiro mandamento do nacionalismo espanhol. In-

teiramente o perfilhamos, não só em relação à Espanha pròpriamente, mas também em relação a Portugal, — em relação à Península toda. Antes de empresas mais largas e maiores, dentro de nós temos que buscar a claridade que nos falta, — o estímulo que não cultivamos! Isso obriga-nos a remodelar-nos de cima para baixo, aspando da nossa fisionomia social as instituições importadas que no-la vilipendiam e tatúam. Como projecção universal do nosso nacionalismo, virá depois o nosso super-nacionalismo. Qual seja êsse super-nacionalismo sabemo-lo nós já. Mas convêm que o oiçamos definir por um escolhido espírito brasileiro.

Ensina-nos Sylvio Romero, na conferência *O elemento portuguez no Brasil*, pronunciada em maio de 1902 no *Gabinete Português de Leitura*:—«Quatro fôram as nações europeias que, na época do Renascimento, se atiraram à faina dos descobrimentos e colonização dos continentes longínquos e exóticos, e há nisso uma certa simetria, sob mais de um aspecto interessante: dois povos católicos e latinos e dois povos teutónicos e protestantes; dois, um latino e outro teutónico, fôram felizes, quero dizer, conseguiram criar patrias novas, novas nacionalidades e fôram: a gente hispânica, permitindo vós que sob tal designação compreenda as duas nações peninsulares—Portugal e Es-

panha, e os ingleses; dois outros, um latino e um teutónico, não conseguiram, até hoje, fundar nacionalidades, patrias novas, e fôram os franceses e os holandeses». E Sylvio Romero esclarece:—«D'est'arte, os portugueses-hespanhois formaram o Brasil, o Chili, o México, a Argentina, o Peru, as republicas latino-americanas, em suma; os ingleses, os Estados-Unidos, o Canadá, a Australia, o Cabo, independentes por completo aqueles, quasi independentes estes; ao passo que a França e a Holanda, na Argelia, na Cochinchina, no Congo, em Java, em Sumatra, não teem passado de feitorias mais ou menos prósperas, nuns pontos, mais ou menos atrazadas, noutros» ([1]).

Discordamos de Sylvio Romero quando êle considera a Inglaterra como fundadora de novas pátrias. Não só a Inglaterra se lançou à faina do mar depois e muito depois de portugueses e espanhois haverem dissipado os pavores do Oceano, como as suas fundações coloniais não são mais que simples transplantações da metrópole, sem elaboração, ou assimilação de factores estranhos preexistentes. Ninguêm ignora a caça inexorável ao indígena que nos Estados-Unidos caracterizou o período colonial, prolongando-se sem rebuço pela vida

---

(1) *Discursos*. Porto, Livraria Chardon, 1904.

da já independente república norte-americana.[1] Graças à protecção da Corôa, influenciada benéficamente pelas sugestões cristãs dos missionários, o indígena viu-se tratado de modo diverso nas regiões ocupadas por portugueses e espanhois. Daí o orgulharmo-nos com justo devanecimento de havermos trazido a uma sociabilidade superior os povos com que nos defrontámos nas terras por nós descobertas e abordadas, enquanto sucedia o inverso com os colonos, saídos da Gran-Bretanha,—êsses *quakers* do século XVIII, imbuidos dum judaismo novo, em que a Bíblia alternava com a mais dura sêde utilitarista.

Feita, porêm, a rectificação, é evidente no restante que, a par das nacionalidades provindas da Madre-Hispânia, só se nos deparam nações ou quási nações, derivadas da acção persistente da Inglaterra. As reflexões de Sylvio Romero, para quem portugueses e espanhois são igualmente «hispanos», traduzem os justos receios do eminente publicista e professor perante o crescimento populacional e económico dos Estados-Unidos. Já então se desenhavam as ambições imperialistas que explodiram com a Grande-Guerra. Sylvio Romero, apelando para a aliança do Brasil com

(1) O conde de Ficquelmont, no seu estudo *Lord Palmerston l'Angleterre et le continent*, já em 1852 afirmava o nosso ponto de vista.

Portugal, exclama:—«Só assim, quando estamos a assistir á difusão do elemento anglo-saxónio por todos os continentes, do elemento slavo por toda a Europa oriental e por toda a Asia do norte e do centro, e do elemento francês nessa ultima parte do mundo e pelo coração a dentro da África; só assim, quando até o Japão se aparelha para as peripecias do futuro e é de esperar que a China venha a fazer o mesmo; só assim, só pela união, é que se manterá no porvir longinquo a formosa lingua de Vieira e de Herculano». Em pouco alteraram os factos o desenho das apreensões de Sylvio Romero! Mais do que nunca, com o braseiro faùlhante que é a Europa e com o alongar das ambições incontidas do Japão e dos Estados-Unidos, o ilhote constituído pela raça lusitana, na sua dupla face portuguesa e brasílica, se acha envolto de ameaças sinistras. Ainda aqui se nos impõe com clara lição a necessidade da aproximação das duas famílias hispânicas, ramificadas por mais dum continente e dotadas dum poder expansivo, difícil de se igualar. De sorte que, nas necessidades da nossa defesa,—da defesa de Portugal e do Brasil —, se nos apresenta uma das mais fortes justificações da constituíção do grande bloco hispano-americano. Conveniências análogas o recomendam às nacionalidades de procedência castelhana. Singularmente no-lo demonstra um artigo publicado pelo impor-

tantíssimo jornal da Califórnia, *The San Francisco Examiner*. Segundo D. Rafael Altamira, de cujo livro *España y el programa americanista* recolhemos o expressivo informe, êsse artigo, intitulado «*Os sete competidores*», reproduz a tése chamada dos «*sete perigos*», de Herbert Quick no seu *On Board the Good Ship Earth*. Mas resumamos a doutrina do articulista.

Diz êle aproximadamente: — «Uma nação como a nossa é um grande negócio. O seu fim principal consiste em triunfar, — em tratar bem aos seus empregados, isto é, aos cidadãos que trabalham; em desenvolver no interior a economia e a produtividade; em estudar e preparar a conquista da hegemonia na concorrência exterior». E discorre sôbre êste tema: — «Quando termine a guerra, com a Europa praticamente falida e os Estados-Unidos em quasi iguais condições... será precisa toda a inteligência dos homens trabalhadores da nossa terra e especialmente toda a competência legislativa que a nação possa suscitar para serviço próprio». Surgem para o articulista os obstáculos com que os Estados-Unidos terão que se bater, — e então aparecem os «sete competidores», que são por sua ordem os seguintes: — mussulmanos, hispano-portugueses, russos, índios, negros, amarelos e «brancos». Comenta Altamira: — «*Es de suponer que con esta classificación el ar-*

ticulista no pretende arrojar del grupo de las razas blancas (ó como se decia antes, indo-europeas) á los españoles y á los portugueses, mejor dicho, á los hispano-portugueses de América. De todos modos, la separación es curiosa».

Ocupa-se o articulista em seguida do «perigo» que, pela concorrência, resultante da facilidade da produção e do menor custo de mão de obra, representa para os Estados-Unidos essa onda inimiga,—ou seja emigrante, ou seja indígena da América, tenha êle a côr que tiver,—ou branca, ou negra, ou amarela. Fazemos nossas as palavras de Altamira ao declarar que «*no nos importa ahora recoger lo que dice de los musulmanes, de los rusos, de los indios, de los negros, y de los amarillos; pero, si, y mucho, lo que escribe acerca de los americanos no yankis y de eses blancos de quienes los separa*». Eis textualmente; conforme a versão de Altamira, a parte relativa aos «hispano-portugueses».

«Os homens de sangue espanhol e português desfrutam connosco o domínio do hemisferio ocidental. A sua antipatia para connosco fundamenta-se em algumas razões que são justas e em outras que não o são. Os hispano-portugueses possuem a totalidade dêste continente ocidental, desde o Rio-Grande ao Polo-Sul, exceptuada a nossa pequena faxa de Panamá, — a faxa civilizada, se com mo-

déstia se pode dizê-lo (sic). Possuem, portanto, nove milhões de milhas quadradas de terra americana... E' provavel que possuam igualmente, pelo menos, três quartas partes da riqueza do hemisfério ocidental, na maior parte por explorar». E o articulista enumera as inconveniências de semelhantes competidores:— «As prodigiosas condições de que dispõem para a luta as raças hispano-portuguesas... por nenhuma outra são igualadas. Temos desprezado louca e desdenhosamente este facto nos Estados-Unidos. A fecundidade da raça é enorme, e isso desempenha um papel importante na questão da competência nacional. No entanto, se os Estados-Unidos querem assegurar-se com sensata precaução, como cumpre a um homem de negócios, não devem preocupar-se em demasia com a competencia hispano-portuguesa. São, na verdade, excelentes lutadores, mas a sua energia empregam-na a combater-se a si proprios. Se, por exemplo, Nova-Jersey tivesse cada dois anos uma guerra com Conneticut, nem Nova-Jersey, nem Conneticut, poderiam causar ao Illinois dano que se visse.

«A sua extraordinaria natalidade, — pondera o articulista—, encheria os nove milhões de milhas quadradas, atemorizando-nos seriamente, se de cada cem crianças, nascidas entre os infelizes, ignorantes e supersticiosos (Altamira sublinha este mimo de adjectivação) his-

pano-portugueses não morressem cincoenta, e em muitos pontos, 70 %. Com pais que se matam uns aos outros e com as semi-desfalecidas, boçais e desgraçadas mães que vêem como lhes desaparecem os filhos, de nada mais carecemos senão duma boa esquadra e de senso comum para dominar tais concorrentes.» E passando adiante, o articulista confessa com irreprimido alarme: — «O grande perigo «branco» está dentro de nós, — na nossa casa. E' o perigo da arrogância nacional e duma louca indiferença. O perigo existe na competência estranha: — na maravilhosa capacidade da Alemanha, na consistência e astúcia diplomática da Inglaterra e no intenso patriotismo da França... Para prevalecer contra o mundo exterior, necessitamos de protecção, de muita protecção durante larguíssimos anos. Assim mesmo não lograremos o nosso quinhão no mundo dos negócios, enquanto não aprendamos a criticar-nos devidamente e a vencer o grande perigo branco: — a arrogância nacional e o amor próprio». Define, pois, o articulista por «perigo branco« a extravagância americana, e a sua debilidade «para vencer a competência estrangeira».

Haverá sem dúvida exagêro nas afirmações do articulista do *The San Francisco Examiner*, —sobretudo no seu pèssimismo em relação às possibilidades orgânicas dos Estados-Unidos. No que não exagera, é no juizo

que forma da desagregação mortal em que se debatem na América os povos hispano-portugueses e na conseqùente demissão de predominio e prosperidade, em que de hora para hora decaem com as suas lutas fratricidas. Refiectem-se lá longe, — na outra margem do Oceano, os espectáculos vergonhosos das antigas metrópoles. Nós que tornámos possível êsse belo florescimento de pátrias, perdemos a idealidade tradicional, — e com ela a primitiva fôrça criadora! Não só por Espanha, não só por Portugal, é imperioso que nos devolvamos às direcções fundamentais do nosso génio. Exigem-no-lo as nossas responsabilidades para com as nações a quem démos o ser e perante a civilização que heroicamente soubemos gerar!

Pensando em tal, ocorre-nos à memória certo episódio que Angel Ganivet nos conta no seu *Idearium español*. Cônsul em Antuérpia, chamam-no duma vez ao hospital. Já na agonia, um pobre anónimo suplicava a sua assistência. Era um colono, chegado do Congo, quási às portas da morte, com a febre devorando-o implacavelmente. Cedamos o logar a Ganivet: — «*Ahora mismo estoy viendo a aquel hombre infelicisimo, que más que un ser humano parecia un esqueleto pintado de ocre, incorporado trabajosamente en su pobre lecho y librando su ultimo combate contra la muerte... — Yo no soy español,*

me dijo; pero aqui no me entienden, y al oirme hablar español han creido que era á usted á quien yo deseaba hablar. — Pero si usted no es español, le contesté, lo parece y no tiene por qué apurar-se. — Yo soy de centro America, señor: de Managua, y mi familia era portuguesa; me llamo Agatón Tinoco. — Entonces, interrompi yo, es usted español por tres veces. Voy á sentarme con usted un rato; y vamos á fumarnos un cigarro como buenos amigos. Y mientras tanto, usted me dira qué es lo que desea.— Yo nada, señor: no me falta nada para lo poco que me queda para vivir; sólo queria hablar con quien me entendiera, porque hace ya tiempo que no tengo ni con quien hablar». E começa nesta altura o ponto agudo da tragédia de Agatão Tinoco, com tanto de humana como de simbólica!

— «*Yo soy muy desgraciado, señor, como no hay otro hombre en el mundo. Si yo le contara á usted mi vida, veria usted que no le engaño.—Me basta verle á usted, amigo Tinoco, para quedar convencido de que no dice más que la verdad; pero cuenteme usted con entera confianza todos sus infortunios, como si me conociera de toda su vida. — Y aqui el pobre Agatón Tinoco me referió largamente,* — esclarece Ganivet, *sus aventuras y sus desventuras; su infortunio conjugal que le obrigó á huir de su casa, porque «aunque pobre, era hombre de honor»; sus trabajos en*

el canal de Panamá hasta que sobrevino la paranza de las obras, y, por ultimo, su venida en calidad de colono al Estado libre congolés, donde habia rematado su azarosa existencia con el desenlace vulgar y trágico que se aproxima y que llegó aquella misma noche». Ganivet condói-se. E tocado de súbita inspiração, é, à cabeceira do agonizante, uma voz repleta das sonoridades de toda a epopeia hispânica.

«*Amigo Tinoco, le dijo yo, después de escuchar su relación, es usted el hombre más grande que he conocido hasta el dia; posue usted un mérito que sólo está al alcance de los hombres verdaderamente grandes: el de haber trabajado en silencio; el de poder abandonar la vida con la satisfacción de no haber recibido el premio que merecian sus trabajos. Si usted se examina ahora por dentro y compara toda la obra de su vida con la recompensa que se ha granjeado, fíjese usted en que su única recompensa ha sido una escasa nutrición, y á lo ultimo el lecho de un hospital, donde ni siquiera hablar puede; mientras que su obra ha sido nobilissima, puesto que no sólo ha trabajado para vivir, sino que ha acudido como soldado de fila á prestar su concurso á empresas gigantescas, en las que otro habia de recoger el provecho y la gloria. Y eso que usted ha hecho revela que el temple de su alma es fortisimo, que lleva usted en sus venas sangre de una raza de luchado-*

res y de triunfadores, prostrada hoy y humillada por proprias culpas, entre las cuales no es la menor la falta de espíritu fraternal, la desunión que nos lleva a ser joguete de poderes extraños y à que muchos como usted anden rodando por el mundo, trabajando como obscuros peones cuando pudieran ser amos con holgura. Piense usted en todo esto, y sentirá una llamarada de orgullo, de intimo e santo orgullo, que le alumbrará con luz muy hermosa los ultimos momentos de su vida, porque le hará ver cuán indigno es el mundo de que hombres como usted, tan honrados, tan buenos, tan infelices, ayudem á fertilizarlo con el sudor de sus frontes y á sustenerlo con el esfuerzo de sus brazos».

Morreu por fim Agatão Tinoco, transfigurado no sentido imortal da sua raça, que Ganivet soube inspiradamente comunicar-lhe. Todo o patético imenso do seu caso resume o patético imenso da situação dos povos hispânicos sôbre a face do globo. Alêm, na América, o *yankee* avança enredando nos seus tentáculos o florescer de tanta seiva com direito a um desenvolvimento autónomo. Na Europa reproduzimos, — Portugal e Espanha—, aquêle aspecto de retalhada angústia que Monís Barreto fixou numa imagem inolvidável, ao comparar-nos, dalgum modo, ao lenço da Verónica. Não se perderam, porêm, os gérmens da antiga grandeza! Senhora duma

posição inegualável que lhe entrega a chave do Mediterrâneo, ao mesmo tempo que a lança como um terraço sôbre as águas sempre moças do Atlântico, a Península póde voltar ainda a ser a «a cabeça da Europa» — como Camões a definiu. Novas fôrças lhe sorriem do outro lado do Oceano. Carecem essas fôrças de idealidade e de directriz. A nós, peninsulares, nos cabe formular-lhas, devolvendo-nos ao espírito obliterado da nossa história.

Possuímos hoje, na ruína das convenções políticas e sociais engendradas pelo individualismo do século findo, o segrêdo dum ressurgimento que se encontra na concepção absoluta da Vida, tão galhardamente disseminada por nós, — os hispânicos, através de mares misteriosos e de terras desconhecidas. Verdadeiramente, estruturalmente, se há uma *latinidade*, nós é que lhe imprimimos consistência duradoira, descontada a parte que lhe vem,—e importante parte! —, do Catolicismo. Com o seu parecer insuspeito, comenta num artigo de *L'Opinion* Albert Thibaudet (1) : — «*Dans ce qu'on apelle l'idée latine il y a évidemment une bonne part de nuée oratoire et de verbalisme. Ni du point de vue de la civilisation, ni du point de vue des*

(1) Referência de *La Revue Française*, n.º 25, décimo-oitavo ano.

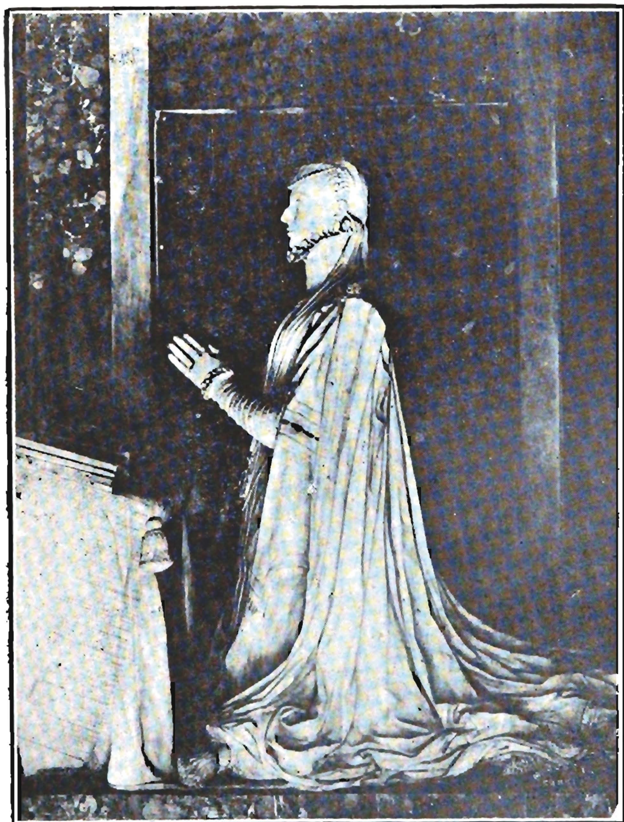
interêts, les peuples qui s'étendent de la mer Noire à l'ocean Pacifique ne réprésentent une solidarité de fait, et, pour prendre l'exemple le plus proche, nous avons beaucoup plus de liens de tous genres, et surtout intellectuels et l i t e r a i r e s, *avec les Anglais qu'avec les Espagnols. Mais il n'en est pas moins vrai que l'analogie relative des langues constitue, entre des peuples, un lien qui, comme tous les liens, doit être vérifié, entretenu, utilisé dans un sens d'amitié humaine. On a dit que le XX.e siècle serait le siècle de l'Amérique du Sud. C'est peut-être exagéré. Mais enfin il est probable qu'une grande civilisation de langue latine viendra un jour équilibrer lá la grande civilisation anglo-saxonne de l'Amérique septentrionale. Si l'Europe entre en décadence et si l'Amérique est appellée à recueillir en partie sa succession, le problème du latinisme pourra prendre une belle ampleur; la solidarité des langues latines, qui n'est anjourd'hui qu'une realité philologique, pourra devenir ce qu'est, dans le nord de l'Europe, sur champ plus restreint, la solidarité des langues germaniques, une réalité de culture»*.

Por tão expressivo depoimento, vê-se que, afinal, despojado de todo o seu velho aparato retórico, o «latinismo», se alcança identificação, é o «hispanismo» quem lha oferece. Compreende-se assim que um Maurice Barrés, dirigindo-se a Charles Maurras,

afirme sem reticências: — «*Je croix comme vous à l'utilité d'orienter une partie des imaginations françaises vers l'Espagne, vers notre voisine et vers ces immenses Amériques qui parlent les langues de la péninsule ibérique*». Não sei se notaram: — «*ces immenses Amériques qui parlent les langues de la péninsule ibérique*». Ao enunciar a sua fórmula de aproximação franco-americana, Maurice Barrés considera Portugal e Espanha em igualdade de circunstâncias.

Em presença, portanto, dos caminhos que o futuro nos rasga, cumpramos o conselho de Ganivet, cirurgião heroico, à Espanha, sua mãe: — intensifiquemo-nos dentro de nós mesmos, para que em toda a sua latitude a alma ancestral se restaure! Unidos depois os dois nacionalismos, — o nacionalismo português e o nacionalismo espanhol, que êles se completem no supernacionalismo duma grande aliança espiritual e política que sirva de moldura ao espelho azulino do Atlântico. Curada da gafa ideológica que nos perverteu, a Península será na Europa, não só a sua cabeça, mas a sua salvadora. E então pela primeira vez, na algidez do túmulo, Agatão Tinoco dormirá descansado!

Estaremos decadentes?



D. Joana de Austria, Mãe de D. Sebastião.

(Estátua no seu túmulo das *Descalzas Reales*, de Madrid, atribuída a Pompeu Leoni.)

ESTAREMOS DECADENTES?

VERIFICÁMOS que a posição geográfica da Península, ditando a aliança de Portugal e Espanha, valoriza sobremaneira o futuro que espera as duas nações irmãs, desde que sàbiamente queiram aproveitar-se de tão alto e permanente benefício. Importa agora averiguar se a anarquia governativa em que os povos peninsulares se debatem, denuncia um desvio epidérmico e transitório, ou se corresponde a um morbo mais profundo e, como tal, possivelmente incurável. Conhece-se todo o doutrinarismo desenvolvido a êsse respeito, — doutrinarismo que unanimemente responsabiliza a Igreja e a Realeza pela decadência dos dois países. Acusação saída do criticismo sectário do século passado, de fórma alguma se acomoda aos factos, e os métodos críticos, sinceramente utilizados, são hoje unânimes em esfarrapá-la totalmente.

Tocar no problema da decadência dos povos peninsulares é recordar a conferência célebre de Antero de Quental, tão ruidosa-

mente discutida no seu tempo. A três factores atribuía Antero a decadência de Portugal e Espanha. O primeiro, de natureza moral e religiosa, filiava-o na feição assumida pelo Catolicismo depois de Trento. O segundo, de índole política, consistia no desaparecimento das liberdades locais e corporativas pela implantação definitiva do Absolutismo. E, finalmente, o terceiro, de conseqùências económicas, estava no desenvolvimento das conquistas ultramarinas. Apreciando as afirmações de Antero, repara o insuspeito Adolfo Coelho no seu estudo *Alexandre Herculano e o ensino público* (1) que a floração da literatura e da arte espanholas coincide com a influência tridentina na Península e com o reinado do tão denegrido Filipe II. «Êle (Antero) não viu como as obras dêsses homens (escritores e pintores) revelavam o espírito do catolicismo e da política do seu tempo, posterior àquelas datas. Cervantes mesmo, celebra a morte da cavalaria, a supressão da velha nobreza ante o absolutismo. Leia-se a *Viagem* de M.me d'Aulnoy na Espanha, em 1679, de que Taine extraiu o essencial num belo artigo, ver-se-á como Cervantes, Vega e Calderon... reproduzem a sociedade espanhola como ela era

---

(1) Lisboa, Livraria Rodrigues, 1910.

ainda no ultimo quartel do século XVII e tinha sido já no tempo de Cervantes».

Herança do conceito espalhado pelos Enciclopedistas àcêrca do papel civilizador de Espanha, a teoria racionalista da decadência peninsular encontrou o seu mais categorizado doutor no inglês Henry Thomás Buckle, de quem bebeu Antero de Quental, de quem bebeu Oliveira Martins e, em Espanha, entre outros, Pompeyo Gener, — como acertadamente observa Sylvio Romero (1). Para Henry Thomás Buckle (2) o carácter essencialmente religioso da história da Península só se explica pelos terramotos que convulsionaram a milenária terra da Ibéria, tornando os seus habitantes supersticiosos até à ferocidade! Se-

---

(1) *A América Latina (Analyse do livro de igual titulo do dr. M. Bomfim).* Pôrto, Livraria Chardron, 1907.

(2) No livro, tão interessante por todos os aspectos, — *El solar de la raza*, do festejado escritor argentino Manuel Gálvez, escreve-se sensatamente a este respeito (5.ª edição, Madrid, 1920):—«*La principal causa, a mi ver, que ha determinado la formación de las leyendas sobre España, se halla en la falsificación de la Historia realizada con fines de relgión y de raza. La Historia ha sido hecha por protestantes ingleses, quienes, como natural, debian sentir escasa simpatia hacia la nación latina y católica. La deformación de la Historia puede ver-se en Buckle, cuyo capitulo sobre España es un* bric-á-brac *de mentiras y de ridiculeces Los españoles de talento llenarian una misión noble y patriótica escribiendo la história de su pais con criterio español. Desgraciadamente no lo hacen. España no es tierra de historiadores*».

gue-se, claro, a refervida novela do atrazo espanhol com motivo na absorção secular do Catolicismo,—novela acrescentada dos vários apêndices que constituem a famosa «*leyenda-negra*», magistral e irremissivelmente pulverizada por Julian Juderias num livro notabilíssimo. Cita Buckle antes de tudo, (e com Buckle a procissão infindável dos seus infindáveis repetidores) o predomínio do elemento eclesiástico na monarquia visigótica, — isto a propósito dos concílios de Toledo. Não cabe aqui o esfarelar, embora rápido, das generalizações parciais e grosseiras, tanto de Buckle como dos seus sequazes. Precisamente da influência da Igreja sôbre as direcções sociais do império gótico de Toledo deriva o grau de adiantada humanidade que dotou a Península com institutos e costumes só mais tarde, e por custoso esfôrço da civilização, estendidos aos demais países europeus.

No número dêles figura, como é de vêr, a Inglaterra. E muito se pasmaria a inteligência simplista de Buckle, — o inolvidável homem dos terramotos!—, se lhe fôsse permitido meditar a obra recente do seu compatriota C. K. Chesterton,—*Pequena história da Inglaterra* ([1]), onde êste original escritor, co-

---

1) Sirvo-me da tradução espanhola de Alfonso Reys, Madrid, 1920.

locando-se com firmeza ao lado da Igreja e de toda a Idade-Média, considera como uma quebra mortal para a Inglaterra a sua ruptura com o espírito católico que a tinha formado e consolidado. O espanto de Buckle cresceria se se fixasse com atenção no expressivo capítulo, — o capítulo XII—, «*Espanha e o scisma das nações*». Falando da *Invencível-Armada* e da ameaça que significou para a Inglaterra, escreve Chesterton: — «O inimigo, sem exageros, representava a civilização. A grandeza de Espanha é que deu glória á Inglaterra. E só podemos apreciar devidamente a audácia do seu desafio ou a felicidade da sua aventura se nos lembrarmos de que os ingleses eram, ante a Espanha daquele tempo, tão obscuros, tão rudimentares, tão diminutos como os *boers*. Só se atingirá a transcendência de semelhante acontecimento, considerando que para a maior parte da Europa a causa da Invencivel assumira quasi o aspecto dum ponto de vista cosmopolita e comum, como se se tratasse duma cruzada». E mais adiante Chesterton, apreciando os resultados da vitória inglesa, diz-nos com um golpe de visão inesperada: — «Porque o esplendor da era isabelina, que é costume comparar a uma aurora, foi antes um crepúsculo. Ou se encare como o fim da Renascença, ou como o fim da velha civilização medieval, até o crítico mais limitado concordará em que ali se acabou uma

era gloriosa. Pregunte-se ao leitor o que mais o deslumbra entre as magnificências isabelinas, e logo se verá que são os vestígios mediévicos, de que nada restará já nos períodos seguintes». De modo que, para Chesterton, a Espanha católica encarnava uma causa universal, — a da civilização —, e o que insuflava vida à dura e modesta Inglaterra, retraída na sua ilha obscura, vinha-lhe exactamente da Idade-Média dos monjes e dos conventos. Tanto a causa da unidade religiosa se confundia com a causa da civilização europeia, que Chesterton não se restringe nas suas asseverações, as quais é de conveniência reproduzir, por serem dum autor tão nomeado, mas ainda tão pouco conhecido entre nós.

Apresentando-nos o quadro geral da Europa ao desenhar-se o «scisma das nações», Chesterton aponta-nos para lá das fronteiras do Santo-Império uma terra estranha, «tão vaga e tão movediça como o mar», «quási toda christã na forma, mas superficialmente civilizada». E esclarece: — «Um pálido reflexo da cultura do Sul e do Oeste estendia sobre essa região selvagem um como que manto de gelo. Por muito tempo esse país, semi-civilizado, tinha vivido na sonolência, começando, porêm, agora a sonhar. Uma geração antes de Isabel, certo grande homem que, apesar da sua violência, era fundamen-

almente um sonhador, — Martin Lutero —, inha atirado de dentro do seu sonho uns grios como trovões, em parte para denunciar os maus costumes e em parte também para tacar as boas obras do christianismo. Mais arde, na geração seguinte á de Isabel, o desenvolvimento das novas doutrinas por toda aquela terra selvagem transformara já a Europa central numa guerra cíclica de religiões. A casa que mantinha a divisa do Santo Império Romano, — a de Áustria, aliada germânica de Espanha, combateu pela antiga religião contra a liga alemã que combatia pela religião nova. Na Europa continental a situação complicava-se verdadeiramente, e mais se foi complicando á medida que se dissipava o sonho de se restaurar a unidade religiosa. A firme determinação da França em se constituir nacionalmente, no sentido moderno da palavra, surgia como outra dificuldade mais. Queria a França alhear-se de toda e qualquer combinação e arredondar as suas fronteiras, obrigando-a tais circunstâncias a conceder certo apoio diplomático a muitos protestantes estrangeiros, unicamente para conservar a balança do Poder contra a gigantesca confederação dos espanhois e dos austríacos. Nova dificuldade se manifestava com o recente alevantamento dum Estado calvinista e comercial nos Países Baixos, — Estado desconfiado e ponderado que se defendia valentemente da

Espanha. Em resumo, pode dizer-se que a guerra dos Trinta-anos foi como que o despontar de todos os problemas internacionais modernos, quer a consideremos como uma revolução dos semi-bárbaros contra o Santo Império Romano, quer como o advento duma nova sciência, duma nova filosofia, duma nova ética, — a do Norte».

E o autor da *Pequena história da Inglaterra* elucida-nos: — «A Suécia interveio e mandou em auxílio da nova Germânia um herói militar. Mas o heroismo militar dessa época oferece-nos um estranho mixto de estrategia cada vez mais complexa e de crueldade cada vez mais própria de canibais. Dentro da matança geral, não foi a Suécia o unico poder europeu que rompeu caminho. Para as bandas do Noroeste, numa terra estéril e pantanosa, existia uma minúscula e ambiciosa família de prestamistas, erguidos ao grau de cavaleiros, — uma família cauta, frugal, excessivamente egoista, que aceitou sem grandes entusiasmos as teorias de Lutero e começou a emprestar-lhe os seus criados e os seus soldados quasi selvagens. O protestantismo pagou-lhes bem, dispensando-lhes ascenções sucessivas e cada vez mais altas. O seu principado naquele tempo formavam-no sómente os feudos de Brandeburgo. Assim era a família dos Hohenzollern».

Escrito durante o esbravejar furioso da

guerra europeia, o testemunho de Chesterton traça-nos com vigorosa precisão a genealogia da catástrofe que ia abatendo a Europa. Ela entrou a gerar-se desde a hora em que às sínteses claras do mundo ocidental se opôs com a rebeldia de Lutero uma ética confusa e anárquica, — a ética do Norte. O «scisma das nações», perante a ideia da unidade moral e cultural que a Espanha serviu até caír destroçada em Westphalia, é, desta maneira, para o eminente escritor inglês, a raís do longo crepúsculo que desceu sôbre a nossa civilização. Porque na concepção absoluta do Universo e da Existência que os hispânicos abraçaram e difundiram, se abastecem as verdadeiras razões de grandeza para o homem quando promove e deseja a grandeza da sua espécie. Com a sua rara penetração psicológica, também Oliveira Martins o entrevira, conquanto o seu juizo seja negativo, por culpa, evidentemente, do pèssimismo intelectual que lhe ensombrava o espírito. No final da *Vida de Nun'Alvares*, declara êle, cheio da fôrça persuasiva dum místico: — «Nos tempos modernos, ninguêm soube a vida melhor de que nós, os povos da Hespanha; isto é, ninguêm afirmou tão superiormente a energia da vontade humana. Ninguêm tampouco melhor soube morrer de que o povo que encarnou em si, paradoxalmente, a teoria da Morte no seio do Eterno: esse pensamento agudo como

a lâmina de uma espada que, desdobrando-se e transpassando o mundo, na sua redondeza, veio cravar-se-nos no coração para no-lo desangrar. A Hespanha foi vítima dum êrro de definição; e se um dia os homens atinarem com a verdadeira teoria da Vida, ninguêm tampouco saberá morrer por ela, como o povo dentre todos gerado para o heroísmo».

Vítima a Península dum êrro de definição? Talvez. Mas, sobretudo, vítima da conspiração urdida contra ela pelos agentes dissociativos da unidade europeia. Como a nossa psicologia de peninsulares se casava com a essência do Cristianismo, é êsse um ponto já assinado no presente estudo. De tão íntima identificação nasceu, em todo o seu esplendor, aquilo que constituíu o prestígio do Ocidente. Dominado pelos subjectivismos falsos do século findo, Oliveira Martins não podia abranger que, na noção simples e dógmática da Vida, professada por castelhanos e portugueses, se encerra o único gérmen possível de espiritualização. Ora como «espiritualizar» é «civilizar», e como só se «espiritualiza» deixando a *parte* pelo *todo*, o *relativo* pelo *absoluto*, Chesterton, ao discorrer sôbre o «scisma das nações», responde terminantemente a Buckle e restitúi à Espanha a auréola de guardiã da Europa,— «cabeça» lhe chamou Camões —, de que a incompreensão, a inveja e a calúnia a haviam despojado.

Se o declinio da Espanha como definidora do sentimento e do interêsse europeus se consuma em Westphalia, originando-se ali a situação confusa e artificial que nos traz sôbre um brazeiro crepitando, o seu desastre,—o nosso desastre de peninsulares, ultima-se com o alargamento aos países católicos das concepções protestantes do Poder e da Utilidade. No respeitante ao primeiro factor, a França é a principal responsável pelos progressos rápidos do Absolutismo, pois rasgou a estrada à omnipotência absorvente do Estado, que já o legista Nogaret antepunha às legítimas reivindicações de Roma e que, por fim, se traduziu, centenas de anos andados, no opressivo tipo governativo, imposto e inaugurado por Napoleão. Quanto à concepção da Utilidade, de marcada ascendência puritana, a economia dita «liberal» significa, nada mais, nada menos, de que uma acomodação do Talmude ao Ocidente, mercê duma hábil e profundíssima infiltração judaica. De sorte que, dirigindo-se tanto a Utilidade como o Poder ao *indivíduo* como princípio e fim de si mesmo, o génio hispânico, insensato no tocante ao *relativo*, mas criador no tocante ao *absoluto*, não tardaria em resultar anacrónico e fossilizado, — tal como o patético D. Quixote, seu imenso e inolvidável símbolo. A declamada «decadência» dos povos peninsulares não deriva, pois, de taras pró-

prias irremediáveis. Deriva antes, e quási exclusivamente, do alastramento das éticas individualistas do Norte, ajudadas tanto pelo triunfo total da noção pagã, ou naturalista, do Estado, como pela preponderância depressiva do Capitalismo, cujos fundamentos hebraicos, como sistêma económico, Max Weber e Werner Sombart desenterraram e esclareceram suficientemente.

Escusado é, por conseqùência, anotar agora o que há de fragilidade pueril e facciosa nas críticas de Buckle e dos seus copiadores. Actuaram êles nefastamente, a ponto de, em Portugal, com Antero de Quental e com Oliveira Martins, se arvorarem em chave mestra de interpretações históricas. Na sua *Carta autobiográfica* (1) a Wilhelm Storck, Antero de Quental rectificar-se-ia, ainda que fugitivamente: — «O meu *Discurso sôbre as causas da decadencia dos Povos peninsulares dos seculos XII e XIII,* embora pisasse um terreno mais sólido, o terreno da Historia, resente-se ainda muito da influencia das ideias políticas preconcebidas, da critica historica com *tendencias*». Oliveira Martins procuraria emendar-se aqui e além, parcialmente, das gafas que na sua bela inteligência lhe deixara essa avariose ideológica. Mas o seu inqualifi-

---

(1) Vid. *Cartas de Antero de Quental.*

ável panfleto, rotulado de «*Historia de Portugal*», prevaleceria largamente, conduzido om sucesso pelo espraiar, entre nós, da onda acobina. E na pobreza da sua ideação mental, m contraste manifesto com a sua tronitroância verbalista, de Oliveira Martins se socorreria Guerra Junqueiro, ao compôr a mentira nti-patriótica, que sacrilegamente chamou «*Patria!*»

Intoxicados assim pelas peores superstições racionalistas, só tardiamente a reacção se iniciou. Iniciou-se no campo da erudição, vagarosàmente, mas com frutos sàdios. Como modêlo, recomenda-se a leitura do *Discurso leido ante la Real Academia Española* (1), no acto da sua recepção, pelo insigne historiador D.Gabriel Maura, conde de la Mortera. Aí se sustenta a tése de que a raça espanhola está incólume das supostas inferioridades que se lhe assacam, sofrendo apenas dos males que já sofria em tempos do último Henrique, —o IV, quando no horizonte se desenhava, firme e varonil, a figura de Isabel. Não padece Espanha, por isso, dos males do «germanismo» ou do «austracismo», que, na opinião de Macias Picavéa, detivera «*el desarrollo proprio de la civilización española en el reinado de los Reys católicos*». Tambêm

(1) **Madrid, 1920.**

D. Gabriel Maura invalida com sobejada perícia o diagnóstico de Joaquim Costa, — o leão de Graus, ao dogmatizar que «*el gran problema español que se nos planteó con la crisis de la nación, consumada en Cavite y Santiago de Cuba, y el Tratado de Paris, no es precisamente problema de regeneración. Desenlace lógico de una decadencia progresiva de cuatro siglos,*—acentua o ilustre polígrafo—, *ha quedado España reducida a una expresión histórica; el problema consiste en hacer de ella una realidad actual*».

Efectivamente, a questão reside em fazer da Espanha,—e com a Espanha, da Península—, uma realidade actual. Mas não segundo os métodos aconselhados por D. Joaquin Costa, e por todo o longo cortejo dos seus discípulos, iguais, no alarido destrembelhado, a uma chusma de rãs coaxando. Para D. Joaquin Costa imperioso era que se dessem duas voltas à chave do sepulcro do Cid e que a Espanha se integrasse nos grandes rítmos da vida, europeizando-se, universalizando-se. Como, porêm? Pelo seu ingresso nos falsos moldes saídos do individualismo político e filosófico que destruíra a cultura da Europa e aluíra de tal maneira a sociedade internacional, a ponto de provocar a tragédia da Grande Guerra. Ninguêm compreendia que, exactamente, na universalidade do génio peninsular, ou hispânico, consistia agora a razão da sua

queda ou sequestro. A própria Espanha decaíra, porque se sumira no «scisma das nações» a sua função mundial, tornando-se alheia a si mesma pela influência depressiva do doutrinarismo derivado da Reforma e da Revolução.

Desprendendo-se de toda a relação com o passado da Península, os glosadores de Macias Picavéa e de D. Joaquin Costa constituíram no país visinho a chamada «geração do desastre». Não houve nada que não se diminuísse de quanto restava da antiga grandeza da pátria! Um se arrependeu, — e êsse é Ramiro de Maeztu, cuja linguagem inflamada contra os mitos ignaros que obcurecem a mentalidade espanhola não encontra à sua volta nem éco nem compreensão. Fundamente os contunde,—aos da *geração do desastre*, no seu citado trabalho, o conde de la Mortera E encostando-se a um punhado de expressivos testemunhos históricos, recolhidos em autores de diversas épocas, D. Gabriel Maura prova-nos que os males de Espanha não são de hoje, — são defeitos naturais na raça, que as instituições posteriormente, o Absolutismo primeiro e o Liberalismo depois, desenvolveram e avolumaram. «*España*, —escreve—, *no padece de parálisis intercurrente, sino de atrofia congénita (o si se prefiere el terminacho técnico, hipoplasia) del órgano más noble de la vida nacional, que es el civismo*». E

o insigne historiador acrescenta: — «*Es craso erro histórico, en que incurre Macias Picavea, achacar «la falta de valor civil que aqui como universal caracter, ya individual, ya colectivo, se advierte en todos los espiritus», a «la horrible herencia de cuatro siglos de absolutismo teocratico». No. El más antiguo monumento literario del idioma castellano de los hoy conocidos, el «Poema del Cid», contiene ya, y en sus primeras estrofes por cierto, el abrumador testimónio de la tradicional y bochornosa cobardia cívica. No son siquiera los culpables miseros labriegos o toscos o inciviles villanos, sino los prósperos y relativamente cultos vecinos de uno de los mayores nucleos urbanos de la época*...» Refere-se D. Gabriel Maura ao episódio do *Poema del Cid*, quando Burgos nega acolhimento ao herói, porque «*El rey lo ha vedado*».

Não acompanharemos o autor de *Carlos II y su côrte* em todas as suas considerações. Basta que o seu pensamento nos seja conhecido. Para êle, a raça espanhola sofre duma tendência para a dispersão e para o atomismo que a incapacita de realizar pela continuidade, dia a dia, serenamente, aquilo que em dados momentos, congestionadamente, atinge com os relâmpagos da sua alta crepitação criadora. O que se póde e deve inferir de quanto alega é que não se apagou no sub-consciente das gentes da Península o seu entranhado ancestralismo lí-

bio,—ancestralismo que, se nos forneceu óptimas qualidades guerreiras, arreigado instinto de autonomia e excelentes virtudes localistas, nos não permite, em todo o caso, elevar-nos à coordenação superior do Estado, tal como sucede ainda hoje com os berberes, nossos irmãos. E' a falha que já os analistas latinos nos apontam, quando se ocupam da resistência das tríbus da Península à acção persistente e sistemática das legiões de Roma. Desgraçadamente, a ninguêm é lícito duvidar dessa péssima hereditariedade dos hispanos, por tantas vezes desflagrada ao longo da epopeia formidável da Reconquista e em nossos dias transplantada para lá do Atlântico, nas dissídias constantes que esterilizam e deprimem as nacionalidades hispano-americanas. Curvemos a cabeça diante dum mal, que se não se debelou até agora, foi porque o Estado na Península, tirando raros momentos de identificação nacional, não exerceu quási nunca a sua missão de expoente do sentir colectivo.

Há, indubitavelmente, na existência dos povos peninsulares uma antinomia, embora aparente, que choca o observador mais despreocupado: — é a nossa dupla feição particularista e universalista. De qualidades tão contraditórias dimana a nossa resistência como raça e a sua natural aptidão expansiva. Não nos erguendo senão com dificuldade à ideia

coordenadora do Estado, ultrapassámo-la, porêm, pelo nosso amor ao Absoluto, sempre que nos guie um sentimento exaltador da própria personalidade, — como é o de Deus. Assim se explica o que há de *insensato* na história, tanto de Castela como de Portugal, dominando e desbravando mundos, sem que internamente tivessem logrado estabilizar em moldes coerentes e normais a dinâmica simples da intervenção governativa. Não se apercebendo os críticos da orígem de semelhante fenómeno, caiem com facilidade na suposição de que o «austracismo» cortou o desenvolvimento da civilização castelhana, inaugurada pelos Reis-Católicos. Por êsse êrro de evidente miopia intelectual, vulgarizou-se a opinião de que o movimento dos «*comuneros*» contra Carlos V representa o derradeiro protesto da alma autóctone de Castela perante o estrangeirismo invasor. O centenário da batalha de Villalar foi, dessa fórma, celebrado com as honras devidas a uma suprema data patriótica. Com isso a Espanha inteira renegava a parte de sacrifício e de esplendor que a fez credora dos agradecimentos da humanidade, porque renegava a política de expansão efectuada por Carlos V e mantida ardorosamente por Filipe II, fóra da qual Castela ficaria reduzida a um pequeno Estado interior, sem direcção sensível nos destinos humanos.

Renan repara algures que o patriotismo

representa o inverso da influência moral e filosófica. E esclarece: — «A Grécia e a Judêa pagaram com a sua existência nacional o seu excepcional destino e a honra inegualável de haverem constituído ensinamentos para toda a humanidade» (1). Não se perdeu Castela como a Grécia ou como Israel. Mas o prêço do seu glorioso apostolado ei-lo bem à vista no que se tem como causa da sua decadência. Longe, portanto, de serem acusados como responsáveis da ruína da Espanha, os Áustrias serviram-lhe fielmente as aspirações e a finalidade. A concatenação da sua política com a política dos Reis-Católicos é imediata, é flagrantíssima. Êles, — Carlos V e Filipe II, sobretudo —, não procuraram mais que assegurar e prolongar as directrizes traçadas por Fernando de Aragão, ao buscar alianças dinásticas, que o ajudassem na consecução dos seus desígnios. Toda a trágica penumbra que envolve a admirável figura de Filipe II é a consciência que o monarca possuía do holocausto a que a Espanha se votara. Incriminar o «austracismo», para pôr em destaque apoteótico a data de Villalar, equivale, pois, a uma degradação que a Espanha actual comete irreflectidamente. Com justo critério nos diz Cánovas del Castillo: — «*Con la España*

---

(1) Vid. *Reforme intellectuele et morale.*

austriaca pereció la verdadera, la antigua, la grande España de los Reys Católicos, no quedando más que el odio que a causa de lo pasado nos han profesado hasta ahora unanimente les extrangeros...»

O «austracismo» revela-se-nos, conseqùentemente, como um efeito, e não como um motivo. De modo que a atrofia congénita do civismo em Espanha, tão agudamente apontada por D. Gabriel Maura como sendo a gafa lamentável de hoje e de ontem, não traduz mais que a insuficiência prática dum povo que, por se enamorar das cavalarias do Infinito, não conseguiu vencer onde o homem medíocre vence, onde Sancho venceria:—nos domínios do *relativo*. Corrigiu-se, porêm, essa debilidade estrutural nos minguados instantes em que o Estado em Espanha desempenhou o seu necessário papel de condensador de vontades, projectando para o exterior o excesso da actividade que debaixo do ponto de vista interno não alcançava síntese ou disciplina possível. Exemplo:—Os *gañapanes* e mais *picaros*, de que *«el capitán D. Alonso de Contreras»* é um símbolo inolvidável e perpétuo, esmaltam de proezas e sacrifícios formidáveis toda a epopeia, ainda por cantar, dos velhos *Tercios*.

Talvez na simplicidade nativa das gentes hispânicas esteja a chave da sua ardente capacidade de holocausto pelo Absoluto. Aí a

sua virtude, — aí a sua energia inesgotável. Recordemos a propósito uma passagem bastante expressiva de Chesterton. Pondera-nos êle, com as faíscas inesperadas do seu «*humour*»: (1) — «Tambem entendo, de acordo com os pragmatistas, que a aparência da verdade objectiva não é tudo, que existe uma necessidade imperiosa de crer nas coisas necessárias ao espírito humano. Mas entendo mais que uma dessas necessidades consiste precisamente na crença numa verdade objectiva. O pragmatismo aconselha o homem a pensar no que é necessário pensar e a não se preocupar com o absoluto. Mas exactamente numa das coisas em que é necessário pensar é no absoluto». E noutra parte insiste e explica: — «O vício da noção moderna do progresso intelectual reside em o representar sempre pela quebra de todos os vínculos, pela eliminação de todos os limites, pelo repúdio de todos os dogmas. Contudo, se existe alguma coisa que se possa ter como um aumento do espírito, deve ser algo como um aumento de convicções cada vez mais defini-

---

(1) As transcrições que se seguem são arrancadas ao estudo crítico *G. K. Chesterton. Ses idées et son caractère*, de Joseph de Tonguédec, Paris, 1920. Quando êste livro apareceu, ainda Chesterton se não tinha convertido ao Catolicismo, apesar das tendências do seu espírito serem já transparentes nêsse sentido.

das, de dogmas cada vez mais numerosos. O cérebro humano é uma máquina destinada a produzir conclusões; se não pode concluir, é porque está avariada... Não é, pois, exacto definir-se o homem como Carlyle o definia: — um animal que fabrica instrumentos. Porque as formigas, os castores e muitos outros animais tambem os fabricam... Deve-se antes definir como um animal que fabríca dogmas. A' medida que ele acumula doutrina sobre doutrina, e conclusão sobre conclusão, na construção de qualquer grande sistema filosófico ou religioso, ele torna-se, no único sentido legitimo da expressão, cada vez mais humano. Ao contrário, quando, por um scepticismo requintado, deixa desfazerem-se as doutrinas, umas atrás das outras, quando recusa filiar-se em qualquer sistema, quando pretende colocar-se para lá de todas as definições..., ele retrograda lentamente, em consequência do seu procedimento, para a vaga mentalidade dos animais errantes e para a inconsciência da herva».

Neste elogio entusiástico do Absoluto se condensa o elogio da alma hispânica, no seu afêrro à unidade natural do Município e no seu culto apaixonado pela unidade supra-sensível de Deus. Se atentarmos melhor, a antinomia que se verifica entre o particularismo e o universalismo dos «hispanos» não passa dum mero engano das aparências. Já Santo

Agostinho se refere ao monoteísmo instintivo das populações da Ibéria. Êsse monoteísmo, levando-as à aceitação fácil do Cristianismo, toma feição especial em Osio, bispo de Córdova, que tanto influíu na conversão de Constantino e que mais tarde, em Nicéa, redigiria o *Credo*. Da pureza e simplicidade do «hispano» na sua composição moral e social resultam as duas noções fundamentais que êle propaga através da história e em que êle se fortifica sempre que se sente grande ou que procura reagir contra as crises em que se abismou: — a noção da honra militar e a da imortalidade religiosa. Tudo o mais, porque ao *relativo* se prende, o «hispano» não o concebe senão como um reflexo da sua enorme sêde de Duração. Há no «hispano» a obsessão mística do velho Egipto em derrotar a Morte e suplantar o Tempo. Não andava, por isso, Oliveira Martins longe de acertar quando chamava «faraós» ao nosso D. João III e a Filipe II. Chamava-lho em tom pejorativo, sem dúvida, reproduzindo no achado feliz da sua pena o influxo das teorias de Buckle. Mas se concedermos significado positivo àquilo que, sendo a grandeza dos povos peninsulares, Oliveira Martins tomava como fonte perene das suas catástrofes: — a miragem do Absoluto, logo uma estranha claridade nos ajudará a entender e a amar melhor o drama enigmático do génio hispânico.

Não vivendo, dest'arte, para as combinações contingentes do homem «fabricador de instrumentos», os povos peninsulares sabem viver, — e como ninguêm! —, para as fórmas superiores de humanidade, — para as duas fórmas únicas em que o homem, como «fabricador de dogmas», se acastela e consegue sobreviver-se: — a Raça e a Fé. Daí o *insensato* da existência de portugueses e castelhanos nas suas manifestações colectivas. Mal saídos do seu primitivo localismos atiram-se para o delírio ecuménico da Expansão e dos Descobrimentos. O civismo, como regra miuda de medíocres satisfeitos com a posse dos seus limites, não o perceberiam jàmais povos dotados de vocação apostólica. A «*Loucura da Cruz*», de que S. Paulo nos ensina a ardência exaltadora, tocou-nos, abrazou-nos as entranhas. E pelo que, em particular, respeita a Portugal, impressiona seguramente que, ao passo que na metrópole nós não atingíamos consolidar o Estado em bases genuinamente representativas da Grey, oscilando do Estado novi-gótico da Reconquista, primeiro para o Estado baroco e asfixiante dos Legistas, e, em seguida, para o anonimato, com tanto de tirânico como de irresponsável, do Estado liberal, lá fóra, na India, estabelecíamos com D. Francisco de Almeida e com D. Afonso de Albuquerque regimens orgânicos de colonização e penetra-

ção, que a Holanda e a Inglaterra, para consolidação do seu poder marítimo e comercial, não fizeram senão aproveitar e desenvolver.

Em luta constante, as nossas guerras fôram sempre guerras de civilização. Claramente o apreendia a luminosa agudeza psicológica de Eça de Queiroz, ao afirmar, numa das suas crónicas recolhidas nos *Ecos de Paris*, com motivo na eterna questão de Marrocos, que «em pleno século XIX, temos de novo, como no Romancero, a Cruz contra o Crescente, e a Espanha na sua antiga e laboriosa ocupação de *matar los moros*». Se, por nosso lado, desde que em Alcácer-Quibir se sumiu misteriosamente o último Rei-Cavaleiro, Portugal não voltou, como outrora, a combater os moiros, vê-lo-emos ainda um dia, se não a combatê-los, pelo menos a combater no norte de África, ao lado da Espanha, nossa irmã. De resto, êsse primado da civilização manteve-o até agora Portugal, realizando também no continente africano, com não menor heroísmo, gentilezas de bravura e de esfôrço, de que Mousinho de Albuquerque ficou sendo para sempre a personificação acabada. Nem mesmo nas horas espessas em que os dois povos peninsulares se arrastam esmagados, a flôr magnífica do ideal deixou de abrir entre êles as pétalas da maravilha! Tratar-se-à, portanto, duma *decadência?* Não o acreditamos! Há aqui, realmente, um «êrro de defini-

ção»,—como Oliveira Martins observava, mas um «êrro de definição» que classificou como causas de decadência as fôrças ou disciplinas morais, de cujo olvido, ou desprendimento, se nutre, contráriamente, a «decadência» alardeada.

Ora se a falta de «civismo»,—ou seja a ausência de aplicação espontânea aos encargos da vida pública—, acusa um defeito, —e defeito grave!—, não basta contudo para a condenação dum passado ou duma raça. Já sabemos donde essa tara deriva. Deriva do excessso de individualidade que habita nos «hispânicos» e que inspirou a Nitzsche a célebre frase de que os espanhois quiseram ser mais que o máximo. Quando medito um pouco em semelhante insuficiência dos povos peninsulares, ocorre-me prontamente a apologia calorosa que a William James arrancou o temperamento psicopático,—em casos restritos, evidentemente. «Ele possúi a intensidade,—essa intensidade tão necessária para o vigor moral prático; êle possúi o amor da metafísica e do misticismo que eleva a nossa atenção para alêm dos limites do mundo sensivel». Logo Willliam James acrescenta:— «Que há então para estranhar, se semelhante temperamento é o mais adequado para nos introduzir em regiões de verdade religiosa, em recantos do universo que o sistema nervoso do tipo do filisteu robusto, todo orgulhoso do seu

biceps e do seu torax, e dando graças a Deus por não ter nada em si de mórbido, não conseguirá nunca descobrir aos seus satisfeitos portadores?» E o filósofo da Universidade de Haward declara em termos que não se ajustam a hesitações:—«Se existe uma inspiração celeste, é necessário reconhecer que o temperamento nervoso constitúi um elemento capital para a sua receptividade» (1).

Transpondo tais afirmações para o campo da psicologia colectiva, é fácil aceitar a inadaptação dos povos hispânicos às exigências miudas da vida pública que o civismo impõe, como o preço da alta idealidade em que se abrasaram para bem do mundo. «*Yo soy el caballero de la humana energia*», — canta o verso inolvidável de Ruben Dario, aplicado aos «hispanos». Onde está, por isso, a sua decadência, — como é que nós estamos decadentes? Não se incrimine a monarquia dos Áustrias,—consciência perfeita do sentir unânime dos habitantes da Península. E' vê-la em Toledo, no *Enterro do conde de Orgaz*, —verdadeiro enterro de D. Quixote. E' vê-la ainda no *Cavaleiro da mão no peito*, do mesmo misterioso Greco, que, transplantado das luminosas ribas levantinas à cidade eni-

(1) Citação de Jules Pacheu no seu estudo *L'expérience mystique et l'activité subsconciente*. Paris, 1911.

gmática de D. Cava, soube verter a alma castelhana num realismo que nunca mais se esquece, porque toca as raíses eternas de cada ser, estampando-as num pano de Verónica em que todos nos descobrimos como num retrato interior e comum. E' vê-la mais, com D. Diego Velázquez Rodrigues da Silva, tão cheio de portuguesismo na sua costela portuense, nêsse assombroso quadro das *Lanças*, onde a derradeira flôr da Cavalaria se refugiou, para ensinar aos que viessem depois como a Espanha se honrava, honrando os seus vencidos. Sentimento, não de alucinação, mas de personalidade elevada ao extremo, — lembremo-nos da frase de Nietzsche! —, palpita conjuntamente nas estâncias sonoras de Camões e ateia uma indominável labarêda mística no peito de D. Sebastião, — cruzado póstumo. Que cordura, que pausa, que medida, no entanto, para uma raça que se crucificara sôbre as grandes asas do seu destino histórico, igual na coragem e na abnegação ao emblema doloroso e sempre vivo do Pelicano sangrando! Enquanto semeia o «absoluto» de Cristo por continentes selváticos, os seus teólogos e os seus doutores, irmãos, na rijeza intelectual, dos seus conquistadores e dos seus navegantes, salvam em Trento a liberdade moral do indivíduo e assentam em controvérsias afamadas as regras da pura liberdade política. Mas o «scisma

das nações» chegou, — e a Península sucumbiu diante da Europa em conjura contra ela. Amordaçou-a o «absoluto» da Revolução, que é a cegueira infrene do «relativo». E assim, na estiagem dos tempos, com o homem «fabricador de dogmas», cedendo ao homem «fabricador de instrumentos», o «individualismo» substituíu a «individualidade», — o senso do «imediato» a noção do «duradoiro» e do «contínuo» (1).

Ao inventariarmos as conseqüências de tantos desastres, mas também de tantas loucuras sublimes, não caiamos, pois, na paixão servil do «mediocre», — na miragem passiva

---

(1) Ainda que colocado num instável critério pragmatista, o livro citado do argentino Gálvez não está longe de apreender o fundo tão caluniado da psicologia hispânica. Diz êle: — «*El castellano, el ser más sobrio de la tierra, no se desvive por los placeres materiales. No ama el esfuerzo por el esfuerzo, ni parece convencido de que la felicidad de los pueblos está en relación de su comercio y de su industria. Esta manera de ser ha originado modos de vivir, de sentir, de trabajar y de crear, distintos de los que predominan en el resto de Europa. Es el concepto cristiano de la vida, concepto arraigado tenazmente en el espiritu español. Por eso Espana no puede ser comprendida por quienes miran la existencia como un esfuerzo y un placer. Son los hombres carnales, de que habla le P. Rivadeneyra, que no alcanzan a comprender a los hombres espirituales*». E mais adiante, como que rematando o seu fervoroso elogios a Espanha, — á madre de sua raça, Manuel Gálvez acrescenta: — *Esto sin contar con que las dos más grandes conquistas del mundo moderno, la libertad politica y la liberdad filosófica, nacieron en*

do govêrno de Sancho na ínsula Baratária! Abominado por exagerado quanto significa a fibra imortal do nosso génio, renegaremos de nós próprios, se increparmos retòricamente os Áustrias de haverem demolido a Espanha, ou se reeditarmos as falas do velho do Restelo perante as revoadas marítimas de Portugal. O que é a falta de método nos negócios de casa em face do que criámos e generosamente doámos à humanidade? Urge que a Espanha se espanholize e que Portugal se lusitanize! E isso unicamente sucederá quando se abra o sepulcro do Cid e se insculpam nas pedras da lei os conselhos daquêle pobre senhor Alonso Quijana ao escu-

---

España. La carta Magna es posterior a los Fueros de Aragón, y el principio de la libertad filosófica se halla en la casuística. Los romanos, como se sabe, no miraban al espiritu sino a la letra de la ley. Los teólogos españoles, al establecer la existencia de casos, afirmaban la libertad del individuo contra la ley tiránica, iniciában la independencia del pensamiento contra la interpretación dogmática y unilateral, y se antecipaban a las modernas doctrinas, según las cuales no hay crimenes sino criminales, como no hay enfermedades sino enfermos. El pensador y escritor venezolano Manuel Diaz Rodriguez, que ha sostenido antes que yo esta misma idéa, dice, hablando de la Compañia de Jesus: «Su distinguo, si no fué la cifra de la libertad, senaló el sendero por donde se va a la libertad misma». E termina citando la siguiente frase de Remy de Gourmont de quien no puede sospecharse que simpatice con los jesuitas»: «Toda la liberdad del espirita moderno está en germen contenido en ese famoso distinguo, que ha hecho reir tanto a los imbéciles».

deiro boquiaberto. A restauração na Península dos direitos da sua história aparecer-nos-à assim como uma obra de reforma intelectual. Contar-se-à então com os defeitos e as deficiências do nosso carácter e da nossa psicologia. Para sermos grandes, basta apenas construir com estabilidade e normalidade o que dificilmente até hoje tivemos: — o Estado. É a ausência do Estado, ou a sua substituição por *clans* de elementos parasitários, que se revezam no desfruto do poder, a raís das nossas misérias passadas e presentes. O «civismo» virá, quando a sociedade, desfeita numa poeira de indivíduos, —segundo a imagem de Taine—, se organize sôbre as suas bases naturais e hierárquicas. O Estado, — libertos os espíritos da superstição democrática e da crendice infantil do Progresso —, surge-nos sem demora como uma instituição complementária, como a síntese condensadora das aspirações e das tendências da colectividade. Necessàriamente, à Inteligência cabe a árdua, mas seguríssima empresa. Já lhe não empecerão os passos as teorias da «decadência», que, inoculadas no ânimo das nações peninsulares por publicistas interessados no seu descrédito, acabaram por nos escravizar a vontade, reduzindo-nos à triste condição de vivermos o viver sem rumo duma leva de forçados. De sorte que todo o programa se concentra num

artigo único:—reabilitação do poder público, ou seja dignificação das funções governativas.

Eis o que, por total carência, nos inibe de assumirmos ao lado uns dos outros,—portugueses e espanhois –, a situação que nos pertence sôbre a superfície do Orbe. Não ignoramos a supremacia geográfica de que a Península dispõe. Rebatendo as várias doutrinas da decadência peninsular, por sua vez D. Gabriel Maura ensina-nos como a raça se encontra incólume pelo que toca à Espanha. Aplicado o mesmo processo crítico a Portugal, apuraremos que outro tanto acontece entre nós. Podemos assim perfilhar os períodos com que D. Gabriel Maura termina as suas doutas reflexões, embora não perfilhemos muitos dos pontos de vista sustentados por tão insigne historiador em relação aos diversos problemas que aborda,—sobretudo o do govêrno dos Áustrias.

Prescreve D. Gabriel Maura: — «*La salud de España depende ya de una sola revolución: la de la conducta de los gobernantes; de una única reforma: la intima, educadora de cada gobernado; de la realización de un sencillo programa, común a todos los españoles: este, que escribió sin dar-se cuenta de lo que hacia (por eso le salió breve, sincero, y además rimado) un politico madrileño del siglo XV:*

«Alimpiemos la posada,
enmendemos el vivir;
no nos tome salteada
esta hora limitada
del amargo repentir».

Exequível esfôrço de correcção, ao Estado incumbe, na verdade, promovê-lo e desenvolvê-lo. E visto que o Estado tem sido, entre os peninsulares, a orígem de todos os males, porque não pretende identificar-se com as pulsações da colectividade, eis porque à sua transformação, como passo prévio, nos devemos empenhadamente dedicar. Estado novo na pátria velha! Estado orgânico na sociedade organizada, ou melhor: — Estado anti-parlamentar e descentralizador, tão forte e unitário no *político* própriamente dito, como descongestionado e simplificado no *económico* e no *administrativo*. A ruptura, conseqùentemente, com os modelos recebidos da farmacopêa individualista da Revolução, incapazes de abraçarem a complexidade das questões trazidas para a ordem do dia pela Guerra-Europeia e pela tragédia russa.

Se nos decidirmos com energia a essa operação cirúrgica, certificar-nos-emos do profundo acêrto de Monís Barreto, ao ponderar já no seu tempo que, «com efeito nenhuma razão exterior ao estado moral das sociedades determina a lamentável decadência dum povo cheio de talento e dispondo dum país rico como é o povo português, nem

exclúi do grupo das grandes potências e mantêm na mediocridade uma nação notável pela extensão e situação do sólo, e ilustre pelo génio dos seus filhos, como é a gloriosa nação espanhola». «Decadência», no sentido de «enfranquecimento ou de prostração», — esclareça-se, porque o próprio Monís Barreto prontamente acrescenta: — «Nenhuma outra causa se póde assinar a este deploravel facto, alem da ausencia dum principio superior que unifique as vontades dispersas e crie no meio da flutuação das doutrinas um confronto de apoio para a acção governativa». E o escritor acentua que tanto a «dispersão das vontades» como a «flutuação das doutrinas», filhas «duma época individualista e crítica, são-nos comuns com todos os países situados na metade ocidental da Europa».

Nada de incurável nos impede, pois, que volvamos à posse da nossa perdida personalidade. Crie-se o «princípio superior» que nos falta e cujo eclipse é a razão de todo o nosso degradante sonambulismo. E, por poder de milagre, no escachoar nacionalista em que a sagrada terra da Europa se convulsiona misteriosamente, como um ventre pejado, logo as portas do futuro se nos hão-de abrir com o estrépito dos triunfos antigos. Vós aprendereis então, ó gentes de pouca fé, que não estávamos decadentes, mas tão sòmente transviados!

Se ainda é tempo!



D. Maria Teresa de Bragança, princesa da Beira.

Caseta del Principe, Escorial.

SE AINDA É TEMPO!

ALIAM-SE na Península, como examinámos, o *factor geográfico* e o *factor humano*, para que o futuro nos seja mais propício de que a actualidade dolorosa que atravessamos. A raça está incólume e a posição da Península à bôca de dois mares não se modificou ainda. O que importa, para valorização de tão importantes elementos, é que se opere quanto antes, tanto em Portugal, como em Espanha, a necessária reforma intelectual, atrás da qual virá a reforma política indispensável. O principal objectivo dessa reforma política nos dois países irmãos, desde que as mazelas internas se hajam cauterizado, deve dirigir-se à reorganização do Poder-Naval. Começámos nós o presente estudo por analisar a íntima ligação da preponderância antiga da Península com as suas possibilidades marítimas. Se, na verdade, é o rumo do Atlântico, como *mare nostrum*, o rumo que inspira as nossas aspirações de grandeza, como procurar-lhes realização, sem

ser por intermédio do navalismo? Separada quási da Europa pela barreira fiel dos Pireneus, dada a extensão das suas costas, a Península ou dominará no mar, ou será dominada por quem possuír o senhorio das Águas. A sua desejada aproximação com a América-Hispânica mais lhe impõe a obrigação de assegurar os meios de que carece para que se torne uma fôrça sensível sôbre a face do globo. No seu livro célebre sôbre a influência do Poder-Naval na história, o não menos célebre almirante norte-americano A. T. Mahan observa-nos significativamente: (1) — «Se não fôsse a perda de Gibraltar, a situação de Espanha seria análoga à de Inglaterra; com costas para o Atlântico e para o Mediterrâneo, tendo a Cádiz sôbre o primeiro e Cartagena sobre o segundo, estaria nas suas mãos todo o comércio dos países do Levante que passa junto do seu litoral, e ainda o que se exercesse pelo cabo da Bôa-Esperança não passaria muito longe dêles; mas Gibraltar não só lhe tirou o domínio do Estreito, como levantou um obstáculo à fácil união das duas divisões da sua frota».

---

(1) *Influencia del poder naval en la historia. 1660 1783.* Por... A. T. Mahan. Tradução espanhola dos tenentes de navio Cervera y Jácome e Sobrini y Argulos. Ferrol, 1901.

Comparando à de Inglaterra a situação de Espanha, o almirante Mahan fê-lo para salientar as qualidades quási insulares da nossa Península. Não lhas diminuiria, porêm, a perda de Gibraltar, desde que do outro lado do Estreito a Espanha conserva Seuta,— ponto militar mais vantajoso que «el Penon» fronteiro, se a aliança com Portugal permitisse às duas nações peninsulares a unidade indispensável à sua defesa e preponderância. Ninguêm pensa, — elucide-se—, em imperialismos dementados, em fumos insensatos de dilatação ou conquista. Mas no crescer, cada vez mais violento, dos diversos egoísmos internacionais, a Península carece de se garantir contra as ameaças que a envolvem na sua própria integridade e merecer assim de Deus a consecução dos altos destinos para que um dia a chamou!

Mais grave que a perda de Gibraltar, de fácil correcção enquanto se possua Seuta, foi, indubitavelmente, a instalação da França em Marrocos. Pondera a tal respeito um esclarecido publicista espanhol (1):—«*El enemigo se nos ha metido en casa y hemos quedado a su merced. Dueña España de la costa marroquí desde el Estrecho al Sáhara, y*

---

(1) Emilio H. del Villar, *Bases para la Politica Exterior de Espana. Africa y el Estrecho.* Barcelona, 1918. Pag. 28-29.

dominando además el Estrecho entre Tarifa y Algeciras por un lado y Ceuta por otro, la comunicación entre la Peninsula y la costa fronteriza de Canárias quedaba assegurada. Desde Ceuta o Arzila podria hacerse por tierra. Por mar, desde Cádiz a Canárias, la costa ofreceria a cualquier barco una serie de puertos de refugio o de depósitos de carbón, viveres y municiones. Hoy una escuadra que vaya de Cádiz a Canárias, tiene que pasar delante de una série de bases de operaciones de los franceses. En tiempo de guerra, la Peninsula y Canárias se encontrarán prácticamente incomunicadas. Todo lo cual significa que la simples defensa del territorio espanol exigirá ahora más fortificaciones, y por lo tanto mucho más dinero que antes».

Compreende-se dêste modo que a questão de Marrocos seja hoje para a Espanha uma questão vital que nos abrange também a nós, portugueses, porque envolve toda a Península! De negro se carrega o horizonte, quando olhamos a cabeceira de África e vemos ondular nela o pavilhão francês! Se outros motivos não existissem para um franco e apertado entendimento entre Portugal e Espanha, Marrocos só por si bastava para o ditar ao interêsse comum das duas pátrias. Se provoca espanto a inconsciência com que os govêrnos espanhois abandonaram à penetração da França uma zona tão directamente

presa ao pleno exercício da soberania do seu país, não nos espanta menos o alheamento de Portugal em problema de tão evidente magnitude! Eis uma acusação bem séria, cuja responsabilidade toca principalmente à monarquia caída em 1910! Arrastando-nos depois à carnificina inútil da guerra, a república agravou o mal herdado, não procurando com o nosso sacrifício reivindicar ao menos Tânger para Portugal ([1]). Instalada assim em Marrocos, por culpa de êrros que são conjuntamente de portugueses e de espanhois, a presença da França ali constitui não só um perigo para a independência da Península, — da Espanha, sobretudo, mas um grave pesadelo para a nossa própria autonomia. Oiçamos o depoimento de Emilio H. del Villar no seu citado livro *Bases para la Politica Exterior de Espana*. «*Marruecos*, — diz —, *es un pais dispuesto naturalmente para las mismas producciones que España, y para algunas de ellas mejor dispuesto aún. Por eso el dia en que Marruecos francés duplique e triplique la compe-*

(1) Julgamos não cometer uma indiscreção trazendo para público que em 1918 João de Almeida, nosso heroico africanista, lembrou ao presidente Sidonio Pais a necessidade de se pôr em Tânger o objectivo principal da nossa cooperação na guerra. Sidónio quási que lhe pediu pelo amor de Deus que não falasse em tal. Mesmo os melhores, são o que se vê!

tencia que nos hace Argelia, la exportación de nuestros vinos, de nuestros ace tes, de nuestra naranja, de nuestra almendra y de nuestro corcho, encontrando una mayor oferta, disminuirá en cantidade o en precio ; y el dia que disminuya la exportación de estes productos espanoles, la horrible crisis agricola, con todos los males y desbordamiento que traiga aparejados, hará comprender en España cuán equivocadamente se ha estado predicando al pueblo que los assuntos de Marruecos no debian interesarnos, y que de lo que debiamos ocuparnos exclusivamente era de cuidar nuestra casa en vez de mirar la ajena».

Mede-se bem a que conseqùências desastrosas pode levar para a Península a permanência do pavilhão francês em Marrocos! A ruína da economia de Espanha, desencadeando no país vizinho uma catástrofe talvez sem remédio, repercutir-se-ia prontamente entre nós, certificando-nos então, pelo pêso da desgraça, que somos mais irmãos, portugueses e espanhois, do que, na realidade, julgamos. Sem insistir em pormenores e dados que encheriam um volume grossíssimo, abrangeu-se já decerto com que espírito profético Monís Barreto monologava há mais de trinta anos, ao prevenir-nos de que «seria mais um capítulo a ajuntar à crónica lamentável da decadência peninsular, se essa região marro-

quina, aberta à acção dos dois povos cristãos pela espada de D. João I e dos conquistadores de Ceuta, ilustrada pela valentia dos fronteiros de África, dourada pela fama robusta de D. Afonso V e pela glória nascente de D. João II, consagrada pelo apostolado de Raimundo Lullio, pelo martírio do Infante Santo, pelo sangue de D. Sebastião, venha a caír, como Tunis, arrancada por nós aos barbaros, nas mãos daquêles que no século XVI se ligavam aos inimigos da cultura europeia em proveito das suas conveniências políticas e dos seus interêsses comerciais no Levante».

O desastre consumou-se. E consumou-se, com o assentimento suìcida de Espanha e a apatia execrável de Portugal. Caíram os dois países nêsse abominável pecado, a que Dante chama *viltá*,—o pecado de quantos vivem sem glória nem infâmia, em contínua demissão da sua própria personalidade.

Se evacuada Mazagão por ordem do marquês de Pombal, a nós, portugueses, nos faltavam motivos para uma reivindicação directa em Marrocos, desde que no xadrês da diplomacia a partilha do vizinho sultanato se colocou como pomo a disputar-se, de maneira nenhuma, em bom patriotismo, era lícito o repudiarmos os direitos históricos que lá possuíamos como primeiros dominadores. E' certo que, debaixo do ponto de vista colonizador, com grave prejuízo para as nossas

duas Áfricas se desviaria para o litoral marroquino a massa humana que a metrópole necessita de exportar, afim de manter plenamente a sua soberania ultramarina. No entanto, se Portugal alimenta a esperança de reconstituir o seu perdido prestígio atlântico, não lhe poderia ser indiferente o rumo que à questão de Marrocos se imprimisse. De resto, as riquezas inexploradas do sultanato norte-africano representariam, na parte que justamente reclamássemos para nós, uma como que recapitulação da antiga escola de energia, — ontem energia guerreira, àmanhã energia produtora, — que Marrocos durante quási três séculos significou para a nossa pátria. A efectivação do grande sonho quatrocentista, ressuscitado depois por D. Sebastião, do «Algarve de Além-mar» impunha-se à consciência da nação, se os govêrnos de Portugal, no declinar ignóbil da monarquia liberalista, — da realeza bastarda da *Carta*, dispusessem de outra finalidade, que não fôsse a duma maioria segura no Parlamento e duma cadeira de mandarim no Terreiro do Paço. O próprio rei D. Carlos, com o seu talento notável de homem de Estado, não prestou à questão de Marrocos a atenção que ela lhe exigia. E é uma página de vergonha, sem dúvida, pelo papel que desempenhámos, a presença da nossa delegação diplomática em Algeciras.

Se os males próprios se consolam reme-

norando os males alheios, bem peor se nos apresenta, em todo o caso, a acção da Espanha na condução dum problema fundamental, como o de Marrocos. Recentemente saída da derrota de 1898, em que para sempre se lhe desfez o pouco que lhe ficara do seu opulento património colonial, os seus políticos, as suas classes dirigentes, não viram que no norte de África encontrariam a compensação de tão grande desastre, se a maleabilidade, a prudência e o estudo os inspirassem, — se, acima da «flutuação de doutrinas», em que nos fala Monís Barreto, pairasse a ideia do interêsse-comum da colectividade e a aspiração de nobremente o servir e consolidar. Não resumiremos aqui as desgraças sucessivas em que, para Espanha, se traduz a sua intervenção na disputa do sultanato moghrebino. As reflexões que transcrevemos de D. Emilio H. del Vilar acusam-nos bem a amplitude dos êrros cometidos. Êsses êrros abatem-se inexorávelmente sôbre o futuro da Península, nas suas duplas conseqùências políticas e económicas. Tirando algumas vozes isoladas da «esquerda», — a do mencionado D. Emilio H. del Villar, por exemplo —, apenas no «tradicionalismo», apenas no reduzido grupo dos amigos de Vásques de Mella, o problema se encarou com a gravidade através da qual precisava de ser encarado. Conquanto não aceitámos muitas das

suas conclusões, — porque na questão de Marrocos, como peninsular, entendo-me com voto e opinião —, o livro de D. Gabriel Maura, *La cuestión de Marruecos desde el punto de vista espanol,* [1] ajuda-nos também a esclarecer, sobremaneira, o assunto. Quanto à maioria, ou a indiferença, ou a hostilidade. Quando da sangrenta derrota do verão de 1921, o côro dos jornais avançados para que se abandonasse Marrocos provocava repugnância em quem sofresse consigo a paixão trágica que Espanha estava sofrendo na sua dignidade e na carne da sua carne! Já antes, referindo-se à atitude dos partidos radicais perante a questão de Marrocos, Emilo H. del Vilar comentava: — «*Es absolutamente ilógico que los partidos obreros y socialistas españoles se hayan declarado tan obstinadamente contra la acción de España em Marruecos. Sus campañas antiafricanistas han redundado en beneficio del colonismo francês. Y sabido es que donde en Marruecos se encuentram la acción española y la francesa, como ocurre em Tánger, la francesa está representada principalmente por el capital* y *la española por el trabajo;* y *nada es más antisocialista que combatir los interesses del trabajo* y *apoyar los del capital*».

---

(1) Madrid, 1905.

Afere-se, pela transcrição da conta em que se reputa para o grosso público, — para o público inflamado das agitações partidárias, o problêma momentoso de Marrocos. Sucede isto em Espanha, enquanto do outro lado dos Pireneus a visão de Marrocos se revela para os franceses como uma das bases mais sólidas de prosperidade e ressurgimento do seu país. De posse da Algéria e alargando-se na Tunísia, a França procura ganhar tanto quanto possível a hegemonia do Mediterrâneo-Ocidental. O seu assento no noroeste africano serve-lhe no Atlântico de apôio às posições por ela assumidas alêm do Estreito. Se a zona francesa em Marrocos separa e dificulta a comunicação de Espanha com o Rio-do-Oiro e as Canárias, a zona espanhola, entalada entre esta e a Algéria, tenderia um dia a desaparecer, se os franceses tivessem — que não teem! —, matéria populacional para a colonização. Meditando em tudo o que se expõe, apreende-se perfeitamente que a entrada da França em Marrocos prepara, debaixo de todos os aspectos, a sufocação ou, pelo menos, o atrofiamento da Espanha. Da situação criada, a Espanha, se acordar a tempo, só sairá violentamente. A própria França se encarrega de lhe preparar a oportunidade. Escutemos André Fribourg, deputado e membro do Conselho Superior das Colónias. «*Jusqu'ici, les tentatives de colonisation de*

nos voisins n'ont abouti qu'à de désastres et il ne semble pas qu'elles soient prés de réussir, —declara êle no seu opúsculo *L'Afrique latine* (1) desenvolvendo a expressiva rúbrica «*Danger pour l'Afrique du Nord de la zone de la influence espagnole du Rif*». *Mais on voit immédiatement quel danger présenterait pour nous l'existence d'un territoire espagnol de ce côté-ici de la mer, á proximité d'une règion où les citoyens espagnols sont si nombreux. Ce serait un obstacle extrêmement sérieux à la francisation, à l'absorption des colons venus de la peninsule, comme l'existence d'une enclave italienne au Nord de la Tunisie empêcherait l'assimilation des émigrants originaires de Sicile ou du continent. Si les efforts,* — acentua André Fribourg —, *du gouvernement de Madrid aboutissaient dans le Rif, si, certains le souhaitent, il pouvait installer de nombreux Espagnols dan une zone d'influence pacifiée, un danger cettain menacerait l'Algérie de l'Ouest. Nous n'en sommes d'ailleurs pas encore la, mais nous devons prendre, dés maintenant, nos précautions, nous appliquer avec la même volonté que les Américains chez eux à nationaliser les naturalisés et savoir qu'il ne ssuffit pas de décider qu'un individu*

---

(1) Paris, Librairie Plon, 1922.

t Français, soit par décrét, soit en vertu de ı loi de 1889 qui naturalise tous les fils 'étrangers nés sur notre territoire, pour u'il le soit effectivement».

O excerpto reproduzido denuncia ao nesmo tempo uma ameaça e um alarme. Jma ameaça, no sentido de se impedir, por >arte da França, tanto quanto possível a es:abilização da Espanha no Rif. Um alarme, porque as ambições do imperialismo francês no norte da África lutam com a forte preponderância populacional dos espanhois na Algéria, — especialmente no *département* de Oran —, da mesma maneira que na Tunísia os assusta o predomínio invencível do elemento italiano. Sôbre o perigo espanhol em Oran, ou seja no noroeste algeriano, eis como se pronuncia André Fribourg, cuja qualidade de membro do *Conseil Superieur des Colonies* convêm não olvidar: — «*Dans le département d'Oran, les Français d'origine étaient 93-979 em 1911, les Espagnols 91.712, les étrangers naturalisés Français, en immense majorité Espagnols, 92.386, et les Israélites naturalisés Français 20.173; si bien qu'on pouvait dire que, pour un Français d'origine, en comptait deux Espagnols, dont un naturalisé Français*». E André Fribourg acrescenta: — «*Fait plus grave: les Espagnols étaint groupés dans certaines régions au point d'y avoir une majorité écrasante. Si l'on trouvait 23.770*

Français d'origine à Oran, contre 27.835 Espagnols et 33.783 na naturalisés...» Donde, sobresaltado, o autor transcrito aconselhar por meio da Escola e da Caserna a unificação da população europeia da Algéria *«en une même race méditerranéenne française»*, surgindo, porêm, em relação ao futuro, uma causa de graves apreensões:—o protectorado espanbol no Rif. O que se pensa em França àcêrca dêsse protectorado e das suas presumíveis conseqùências, já o sabemos pela sinceridade do deputado André Fribourg.

Considerando os frutos de acção de Espanha, André Fribourg manifesta-se-nos nos termos seguintes, de toda a importância para o nosso esclarecimento: — *«Dans leur zone, nos voisins ont fait d'immenses efforts. Ils y ont sacrifié les hommes par dizaines de milliers et les pesetas par milliards. Malgré leur courage, leur endurance, ils ont été rejetés à la côte, et leur echec aurait pu avoir pour nous-mêmes de graves conséquences. Il n'en a rien été, jusqu'ici, heureusement, mais on est en droit de se demander ce que serait la situation des Espagnols dans leur zone, si nous n'avions pas dejá pacifié quelques 300.000 kilometres carrés du protectorat?»* E adiciona imediatamente, não ocultando a ideia fixa do seu espírito: — «*La zone d'influence espagnole n'a pas plus de chanche de devenir et de demeurer espagnole à travers les*

siécles futurs, que la zone de France soumise à la Grande Bretagne pendant la guerre de Cents Ans n'avait chance de demeurer anglaise. On peut imposer anjourd'hui un régime spéciale á Tanger, comme, jadis, un régime anglais à Calais. L'un durera certainement moins longtemps que l'autre. Il y a des fatalités historiques aux quelles on n'échappe pas».

Analisemos agora as afirmações do deputado André Fribourg. Antes de tudo, têm o valor de corroborar quanto se deixou escrito sôbre o perigo quási mortal que, tanto para Espanha como para a restante Península, representa a instalação da França no noroeste marroquino. Latente, o conflito já se sente, já se apalpa. A sua eclosão inevitável virá cêdo ou tarde, conforme o ritmo dos acontecimentos. Porque há «fatalidades históricas a que não se escapa»; desde que o êrro se cometeu, o dilema está nítidamente posto: — ou o total abandono dos direitos peninsulares em Marrocos, ou então a guerra.

Na insuficiência crescente da sua natalidade, dificilmente a França poderá combater pelos recursos pacíficos a constante infiltração colonial espanhola. Contará por isso com a anarquia governativa em que a Espanha se debate, sem uma ideia certa que a conduza através dos meandros complicadíssimos da questão marroquina, dificultando-lhe conjuntamente a

penetração no Rif, pelas surdas mas constai tes instigações aos indígenas, a quem decert não faltarão nem munições nem armamentc Um momento soará, pois, em que a E: panha, cansada de insucessos sôbre insuce: sos, se resolverá ao abandono do Rif, debaix da pressão da opinião pública, se antes, de clarada internacionalmente incapaz de civiliza e pacificar a zona que lhe foi distribuíd no retalhado sultanato moghrebino, não vi a França ocupar-lhe o lugar, como mais apta e mais idónea. Assim subtilmente no-lo sugere André Fribourg, qnando pondera a ineficácia da acção espanhola no Rif, conparando-a com a excelência da pacificação e administração francesa.

À primeira vista o argumento é de pêso e abalará seguramente, pelo simples exame dos factos, as inteligências menos prevenidas. A obra do general Lyautey é um alto exemplo de tacto governativo e de incontestáveis realizações. Não nos entreguemos, em todo o caso, aos ditames únicos do entusiasmo! A França domina hoje aquela parte de Marrocos já secularmente desbravada pela irradiação europeia. Embora os franceses o esqueçam sistemàticamente, se é que o não tentam apagar, à raís da sua ocupação encontram-se os sedimentos fortes da conquista portuguesa, que, se não penetrou muito fundo, abriu, no entanto, sulcos inapagáveis. Da bôca do pró-

prio sultão destronado Muley Haffid tive eu a alegria de escutar que, cem léguas da costa para o interior, os vestígios que se encontram da passagem de antigos dominadores,— pontes, calçadas, fortalezas —, ou são romanos, ou são portugueses. Do mesmo sultão ouvi também que os franceses picam invariávelmente os brasões ou lápides que atestam a ocupação de Portugal. Será uma falsa acusação dum inimigo declarado da França? Talvez. Contudo, a forma como se portam para connosco bastantes publicistas franceses que a Marrocos dedicam os labores da sua pena, leva-nos a admitir que presumivelmente se não trata duma calúnia. Basta abrir o grosso volume de Victor Piquet, — *Les civilisations de l'Afrique du Nord* [1], para nos capacitarmos do sectarismo dos franceses em semelhante capítulo. Num livro compacto, de perto de 400 páginas, nem uma página completa se nos chega a consagrar, — essa mesma difícil de se descobrir, porque no índice aparece englobada na designação geral de «*les chrétiens en Berbérie*».

Mas por muito que a França procure apagar os sinais no nosso domínio, é sem dúvida sôbre êles que a sua obra colonizadora assenta. De resto, para a compreensão

---

(1) Paris, Armand Colin, 1921.

perfeita do problema marroquino, é conveniente acentuar que, ao inverso do que ordinàriamente se supõe, Marrocos (ou *Mogreb el Aksá*, «país do extremo ocidente») não constitui uma unidade social e política, sujeita unicamente à suzerania do sultão. Assim, toda essa extensa e misteriosa região é dividida pelos próprios funcionários do império em dois longos países, — *B'lad en Magsén*, e *Blad es-Siba*, sendo o primeiro a parte pròpriamente governamental, isto é, a que paga tributos ao sultão e lhe reconhece obediência, enquanto que a outra parte, sempre rebelde e insubmissa, denominada por isso «país do roubo», não abdica nunca da sua autonomia, sendo muito mais dilatada que a parte governamental (1). Esta disporá de quatro milhões de habitantes para uma superfície de 200.000 quilómetros quadrados, dispondo o «país do roubo» de sete ou oito milhões de habitantes para uma superfície de 600.000 quilómetros quadrados.

Do país governamental coube à Espanha apenas a planície do baixo Lucus, ocu-

---

(1) Vid. o interessantíssimo volume *Yebala y el bajo Lucus*, Madrid, 1914, publicado pela *Real Sociedade Española de Historia Natural*, depois duma expedição scientífica à zona espanhola de Marrocos. Sobretudo, para o nosso ponto de vista, é de subido alcance o capítulo *Etnografia*, de Constancio Bernaldo de Quirós.

ɩada pela tríbu árabe de Jolot, e uma fracção lo Tili, ao passo que no «país do roubo» a ,ua acção se deve estender por toda a Yebala, — maciço montanhoso, povoada de gente ɔrava e irrequieta. De sorte que a Espanha ;e acha numa situação inferior à da França, ɔorque precisa de actuar numa zona onde ıunca foi efectiva nem reconhecida a sobe-·ania do sultão, acrescendo ainda que, acei-:ando o protectorado na Yebala, a Espanha ·estringiu o seu direito de conquista, pois teve :omo legítima a autoridade imperial do Xe-rife numa região a que ela não se estendia. Não admira, por isso, que, alêm das dificuldades que o exercício do seu mandato lhe acarreta, a sua situação seja inferior à da França, que guardou para si o que já se achava submetido ao poder central do Império e em condições, portanto, de lhe aceitar mais fàcilmente a tutela. São, por consequência, jactanciosos os louvores dos franceses ao seu esfôrço em Marrocos, quando tendenciosamente o comparam com o dos espanhois. Para os espanhois, a índole indomável das tríbus abrangidas pelo seu protectorado obriga-os a uma tensão militar, que a França não conhece nas cidades da costa e entre as populações arabizadas do «B'lad en Magsén» (1).

(1) Aconselha-se a leitura do livro *El protectorado francés en Marruecos y sus enseñanzas para la acción espanola*, Madrid, 1915, por Manuel Gon-

Afigura-se-me de quanto se deixa dito o que há de irritante e de depressivo no juízo que os franceses se formam àcêrca do protectorado espanhol em Marrocos. Para eles, êsse protectorado desaparecerá pela fôrça própria das circunstâncias, porque, senão, a França o faria desaparecer, constituindo como constitui um perigo para o domínio francês na Argélia. A previsão da guerra é aqui evidente. E o conflito só não estalará se a Espanha, acumulando êrros sôbre êrros, se demitir dos mais elementares dos seus direitos à existência. A sua política de expansão é a política do cardeal Cisneros, — é a política do norte de África. Se as aspirações de D. João de Áustria não houvessem tropeçado nas lentidões contralistas de Filipe II, a Tunísia tornar-se-ia num reino cristão e a Espanha teria assim assegurada a sua influência no Mediterrâneo

---

zález Hontória, ministro de Estado no gabinete presidido por Maura em 1919. Ainda que se coloque como observador num campo de simples objectividade, Gonzalez Hontória acentua bem que ao protectorado francês corresponde o Marrocos *«donde habia extrangeros y donde el Sultán tenía autoridad»*, *«siendo... en su mayor parte llano, fertil e accesible.* Por isso González Hontória, insiste, — e insiste justamente, em que *«el protectorado francés en Marruecos recae sobre cosa relativamente homogenea y compacta»*. E González Hontória escreve: — *«Hay grandes diferencias, naturalmente, entre tribus árabes y tribus bereberes y entre el antiguo* belad-el-majzen *y el* belad-es-siba, y *hasta que hace un año se ocupó Taza, faltaba el contacto material entre el Marruecos occidental y el Marruecos oriental Pero la diversidad y separación no son comparales con que las que median entre la zona espanola del septentrión* (de

ocidental. A perda de Gibraltar dificultou-lhe a passagem do Estreito, e o desastre quási se transformou em catástrofe ao transigir com a entrada da França em Marrocos.

A tal respeito é natural que a sua neutralidade na Guerra houvesse sido um acto de falsa prudência. Angel Ganivet exclama algures que *en presencia de la ruina espiritual de Espana, hay que ponerse una piedra en el sitio aonde está el corazón*, y *hay que arrojar aunque sea un millon de espanoles á los lobos, si no querermos arrojarnos todos á los puercos*». Eis a situação em que a Espanha se debate perante o problema de Marrocos! A audácia com que se apossou de Larache e de Arzila, procurando uma compensação no *B'lad en Magsén*, podia servir-lhe de estímulo para muito mais na hora indecisa em que os cavaleiros do Apocalise se estadeavam por sôbre o continente europeu. Hoje, com a França já firmada em Marrocos, graças ao govêrno do General Lyautey, a oportunidade

---

Muluya al Lucus) y la del medio dia (del Drá hasta el paralelo 27°40) En el septentrión mismo, por optimista que se sea, hay que prever un plazo, relativamente largo, para que se establezca el contacto entre la región de Tetuán y la de Larache, y uno, mucho mayor, para que, pacificada toda la comarca, lleguen a ser contiguos los mandos militares de Tetuán y de Melilla». Nêste ligeiro extracto adivinha-se bem o que há de empavonado nos elogios que os franceses se fazem sôbre a sua obra de Marrocos. E' digna de louvor, incontestavelmente, mas nem de longe tiveram que combater as dificuldades com que os hespanhois ainda hoje se defrontam!

perdeu-se. Voltará, porêm, cêdo ou tarde, quando a França se sinta constrangida, pela pressão da Itália na Tunísia, a solucionar de vez as suas dificuldades no norte da África. Ora até certo ponto os interêsses da Espanha são paralelos aos interêsses da Itália, tanto pelo que toca ao norte da África, pròpriamente, como pelo que se prende com o domínio da parte ocidental do Mediterrâneo. Se para Espanha e Portugal se traduziram sempre em funestos resultados os equívocos seculares que impedem a colaboração estreita das duas nações irmãs, não é menos funesto, para a grandeza das duas Penínsulas, — a Itálica e a Hispânica —, o desentendimento em que se manteem. Na enunciação das suas reivindicações mais queridas, o paralelismo entre a Espanha e a Itália possúi o vigôr das coisas imediatas (1). Objectivos externos em que divirjam ou em que se contraditem, não existem para ambas, existindo, pelo contrário, uma completa identidade de tendências e de fins naquilo que representa a natural expansão da sua curva histórica. Creio firmemente que o problema de Marrocos, vital para o futuro da Espanha, — futuro, tanto económico como político —, conduzirá ao acôrdo com a Itália,

---

(1) Escritas estas páginas muito antes do advento de Primo de Rivera, a viagem a Roma dos Reis de Espanha dá-lhes uma extraordinária confirmação.

empenhada como a Espanha em se refazer de mutilações antigas,—a da Córsega, por exemplo. Donde se verifica que à Espanha não faltarão ocasiões para corrigir os efeitos do atentado que, para a sua independência, significa a hegemonia crescente da França em Marrocos. Exige-lho, como garantia, a integridade sagrada do seu território.

«*Yo tengo para mi que la linea estratégica de ciudades y fortalezas que possuemos al otro lado del Estrecho, desde Ceuta à las Chafarinas, nos es tan necesaria, hoy por hoy, y forma parte tan integrante de nuestro territorio, como da linea estratégica de fortalezas que se extiende por la cuenca del Ebro, desde Montjuich hasta Pamplona*». Assim se exprimia vai para quarenta anos D. Joaquim Costa, — o aragonês insigne, não obstante entender que era preciso fechar a sete chaves o sepulcro do Cid. Efectivamente, é por Marrocos, segundo as lições da histó ia, que a Espanha está sujeita a uma arremetida. Nessa conformidade, já se assinalaram bem as conseqüências nefastas para o seu futuro, se Marrocos se tornar o poiso definitivo duma nação estrangeira. A Espanha, buscando, por todos os meios possíveis, regressar à política de Cisneros, não o faz por meios ambiciosos de imperialismo,—fá-lo, executando aquêle «programa de conservação» de que nos fala Monís Barreto. Sem que assegure primeiro a

sua dupla posição de terra mediterrânea e de terra atlântica, a Espanha acha-se incapacitada de entrar a sério na realização da política do Atlântico, — *mare nostrum*. Nota algures um publicista espanhol que o século presente *«pone el tablero de juego a Gibraltar y a Panamá»*, acrescentando *«que el Mediterraneo es un escenario muy pequeño para las tragedias futuras»*. Êste é o aspecto primacial da questão e em tôrno do qual as atenções esclarecidas carecem de se concentrar. Depois, convêm não esquecer que, se a política marroquina da Espanha é uma política de defesa em relação à Península, é igualmente uma política de regeneração, se a considerarmos debaixo do ponto de vista exclusivamente marroquino. Tende a provar-se cada vez mais a íntima afinidade étnica de hispânicos e de berberes. E' a velha tése de D. Joaquin Costa, retomada pelo catedrático Antón y Fernandez e ultimamente fortalecida pelo eminente arqueólogo alemão, Dr. Adolfo Schulten. Discorrendo dos Yebalas, escreve Constancio Bernaldo de Quirós: — *«... los Yebalas son poco extraños para nosotros. Hermanos suyos somos los iberos, hijos ambos de una vieja raza líbica que desde las edades de la piedra se extendió por ambas costas del Mediterráneo occidental y que se conserva en su mayor pureza, separada por la solución de continuidad del Estrecho, en*

las montañas del Atlas y en las altas mesetas castellanas». E o autor citado adita: — *El alemán Schulten, desenterrador de Numancia, la celtibera, acaso es el ultimo que ha echo notar el parecido de ambos pueblos, em su precioso estudio sobre los campesinos de tierra de Soria. Per donde el castellano, el aragonés y aun el andaluz, viajando per las tierras berberistas, y encontrando à diario la clave de las instituciones, de los costumbres y aun de las palabras de la madre patria, son com el lejano descendiente que regressa à la vieja casa solariega, abandonada y olvidada durante largas generaciones, recibiendo en ella la explicación de sus estructuras y hábitos más intimos*».

Por aqui se infere que, no exercício dum legítimo direito espiritual, à Espanha cabe trazer a uma sociabilidade mais elevada o berbere seu vizinho e seu parente de alem-Estreito. A diferença que existe entre os povos da Península e as indomáveis tríbus do norte de África é uma diferença de ordem moral e histórica,—benefício recebido do Cristianismo. De facto, entre os berberes, podemos surpreender a origem e o *processus* ou formação dos nossos quadros institucionais mais caracteristicos. É à sua *yemáa*, ou assembleia conciliar, que nós devemos ir buscar a genealogia dos municípios peninsulares,—e não ao alastramento da colonização

romana. Enganam-se os que reputam o berbere como sinónimo duma raça inferior! O berbere, pèlo contrário possúi agilidade de entendimento, a sua família é de constituição patriarcal e monogâmica, e revelam-se nêle todas as qualidades fundamentais dum grande povo, desde o amor cégo à independência até à estreita coesão do vínculo familiar. Trata-se, pois, dum caso de estagnação social, derivado, sobretudo, da frágil infiltração do Cristianismo entre êles. Isso nos obriga a nós, — peninsulares, a encará-los como parte no nosso todo, justificando-se inteiramente qualquer intervenção que, no futuro, a Espanha, com Portugal ao lado, desenvolva em Marrocos, a fim de acordar para a comunidade da nossa civilização êsse ramo desgarrado da velha árvore líbio-ibérica. Nós, portugueses, então, como saídos do tronco lusitano, temos especiais motivos para nos interessarmos pelo destino do berbere. Estudá-lo nos seus costumes e tradições é estudar a gestação da nossa nacionalidade no período preliminar, a que a figura de Viriato preside. Recordam-nos uma actualização de Strabão no capítulo consagrado à Lusitânia. Viveiro inesgotável de energias, não são menos nossos que os tantos milhões de hispano-americanos, em que, na outra margem do Oceano, a nossa esperança se depõe! Inscrevamos o berbere no livro das nossas li-

nhagens, e que o nosso esfôrço consiga um dia trazê-lo ao desfruto do quinhão que no património comum lhe pertence!

E parece-nos suficientemente demonstrado quanto o problema de Marrocos se agarra, por todas as suas raíses, ao problema peninsular. Garantia inalienável da independência política e económica da Espanha, é, reflexamente, também condição de equilíbrio e de desafôgo para o nosso Portugal Se a instalação na cabeceira de África duma potência alheia às aspirações da Península representa um perigo sério para a Espanha, não o representa menos para Portugal, que necessáriamente se enfeudaria ao poder que terminasse por enfraquecer e fragmentar o país irmão, se é que um outro poder, inimigo do primeiro, não procurasse combatê-lo sôbre o nosso território, reduzindo-nos assim a uma subalternização deprimente. Como a grandeza da pátria não consiste apenas no arranjo orçamental e na valorização da moeda, Marrocos guarda para nós as mesmas possibilidades de reconstituíção militar e naval, a que o nosso futuro está inquebrantávelmente hipotecado. D. Joaquin Costa dizia no seu tempo: — «*Lo que à España interessa, lo que España necesita, no es sojuzgar el Mogreb, no es llevar sus armas hasta el Atlas; lo que á España interesa es que el Mogreb no séa jamás una colonia europea; es que al otro*

lado del Estrecho se constituya una nación viril, independiente y culta, aliada natural de España, unida á nosotros por los vinculos del interés común, como lo está por los vinculos de la vecindad y de la historia...». E porquê? Porque *«la transformación de Marruecos en colonia francesa ó en colonia británica, llevaria consigo, como consecuencia necesaria, la expulsión de Espana de aquella costa, lo mismo que de la costa occidental, ó sea, de Santa Cruz de Mar Pequeña; seguiriase á eso la pérdida de las Baleares y de las Canarias; y asi estrechada España entre dos Inglaterras ó entre dos Francias, en bloqueo permanente sus costas mediterráneas, no tardariamos en ver atacada su independencia en el corázóm mismo de su metrópole»*.

Esta a sorte de Espanha, e não seria outra a sorte de Portugal. Compreende-se, por isso, como Marrocos se prende de perto à autonomia da Península. Inútil, desta forma, sonharmos em efectivar aquêle simples «programa de conservação», em que insiste Monís Barreto, se a questão do norte de África se agravar, ou permanecer, pelo menos, no pé em que se encontra. Daqui a importância que reveste para o meu nacionalismo alarmado a questão marroquina. Se a Espanha é por enquanto a mais directamente afectada, não tardará que nós o sejamos, e bem duramente, num futuro já próximo. De resto, Portugal, com a

sua natural inclinação para o Brasil, unicamente se libertará do marasmo suìcida em que adormeceu, atirando-se de alma e coração para a política entrevista por el-rei D. João IV. Conhecem-se as declarações do tão caluniado fundador da dinastia de Bragança. Na sua audiência célebre ao *chevalier* de Jant confessava o monarca que, «se possuísse só o Brasil com o reino de Angola, as praças de África, os Açores e Cabo-Verde, e juntos êstes Estados com Portugal, não trocaria a sua condição pela de nenhum outro Príncipe da Europa». Ora aqui se nos apresenta com uma nítida visão o caminho do Portugal-Maior! Adicionam-se-lhe agora as afinidades de toda a espécie que nos aconselham a aliança com a Espanha e, resultantemente, com as pátrias hispano-americanas, a quem ela deu o ser. É um bloco político formidável, a quem inspiram, não motivos de agressão ou cupidez imperialista, mas os dictames da própria e comum vitalidade.

De modo diverso, acabaremos por viver como ilotas nas duas margens do Oceano que nós sulcámos e desvendámos, indignos até dos títulos de glória que o passado nos confere! Para tanto, no Poder-Naval reside a base da nossa supremacia vindoira. Sem Poder-Naval, a Península acha-se totalmente indefesa. Organizá-lo é percorrer as primeiras jornadas da nossa emancipação internacional e cum-

prir ao mesmo tempo as indicações que a geografia não cessa nunca de repetir. Entre essas indicações, Marrocos figura em lugar de destaque. É o nosso lado vulnerável, — é o nosso indispensável ponto de apoio. Marrocos em mãos alheias, equivale a demitir-nos de quanto o dia de àmanhã nos promete, em nome da obra civilizadora que Portugal e Espanha realizaram desinteressadamente no mundo. Se o Poder-Naval é para a Península sinónimo de preponderância e prestígio, Marrocos é a chave do nosso indispensável navalismo. Meditemos bem em tão grave problema, e que a aliança de Portugal com a Espanha tenha por imediato e enérgico objectivo corrigir nos termos ainda possíveis a desgraçada situação que no norte de África deixámos criar! (1)

(1) E' de toda a justiça lembrar um nome, hoje totalmente esquecido, que ha mais de 40 anos prestava já ao problema de Marrocos as atentações do seu patriotismo alarmado. Refiro-me ao oficial da Armada e professor da Escola Naval, Carlos Testa, no seu tempo versadíssimo em questões de política internacional. No opúsculo *A política internacional e... o tratado de Lourenço Marques*, Lisboa, 1881, prevendo a partilha que o destino reservava para o império mogrebino, Carlos Testa afirmava então, numa notável clarividência, que «Portugal, sob o ponto de vista historico, geográfico e politico, deveria e poderia preparar-se para estar no caso de aspirar á competencia a que seus titulos possam dar-lhe direito». Volvidos tempos, em 1888, em outro opúsculo, — *Portugal e Marrocos perante a história e a política europeia*, Carlos Testa tornou a insistir no mesmo tema. Recordá-lo é provar que não sustentamos uma simples opinião pessoal, mas antes uma reivindicação patriótica, com os seus antecedentes bem marcados.

Mare nostrum



D. Carlota Joaquina.
(Autor desconhecido)

Museu do Prado

MARE NOSTRUM

No seu elucidativo volume, — *Reparto de América-Española y Pan-Hispanismo*, escreve o ilustre publicista argentino, Dr. J. Francisco V. Silva, que «*el espiritu se ensancha cuando mira que desde los Pireneos a Magallanes, y desde Magallanes al Rio Grande, se acota en el mundo, y con el Gran Oceano como* Mare nostrum, *todo el contenido territorial de la civilización hispánica*». [1] Em tão curto, mas expressivo período, se condensa com rara felicidade o alcance da política atlântica que à Península pertence iniciar, indo ao encontro das tendências, ainda instintivas e hesitantes, das diversas nacionalidades da América indevidamente chamada «latina».

E digo indevidamente chamada «latina», porque nada mais contrário à verdade da geografia e da história do que semelhante designação, com a qual se pretende roubar a

---

(1) Madrid, Beltran, pags. 26.

espanhois e portugueses um dos seus melhores títulos de glória. Debatendo tão importante tema, pondera o considerado hispanista norte-americano Aurélio M. Espinosa: — «*En los ultimos cuatro siglos, es decir, desde el descubrimiento del Nuevo Mundo hasta fines del siglo XIX, ningún escritor, historiador ó filólogo de importancia, usó los nombres* América latina, latino-americano. *Los franceses han usado por cuatro siglos el nombre* Amérique espagnole, *los ingleses y norteamericanos el nombre* Spanish América, *los italianos el nombre* America Spagnuola, *etc. Nosotros hemos dicho siempre, y todavia decimos,* The Spanish Peninsula. *El nombre* America latina, *por conseguinte, es un nombre nuevo, un intruso, y debe probar su derecho a existir. La facilidad con que lo han adoptado algunos distinguidos escritores de nuestros dias es sorprendente,*— prossegue o Dr. Aurélio Espinosa. *El nuevo nombre es no sólo vago, insignificante e injusto, sino, lo que es peor, anticientifico. Algunos han argüido que el nombre America latina se introducia por razón del Brasil. Es una falacia; porque el Brasil es portugués por origen, por cultura y por lenguaje, y proviene de Portugal, una parte integrante de la peninsula española,* Hispania, España; *por conseguiente, la* America española *incluye el Brasil lo mismo que la Argentina y los demás paises sudamerica-*

nos. Todos los chicos de la escuela saben que la America del Sur fué descubierta, colonizada y desarrollada por España, incluyendo Portugal, del mismo modo que la región conocida ahora por los Estados-Unidos fué, en su mayor parte, descubierta, colonizada y civilizada por Inglaterra ó gentes procedentes de Inglaterra, incluyendo Escocia y Gales. Los nombres que se han usado en los ultimos cuatro siglos, America Española, hispano-americano, *son, por lo tanto, correctos. ¿Qué necesidad hay de adoptar nombres nuevos e incorrectos?»* (1)

Não avançaremos no exame da questão, — exame absolutamente imprescindível para o nosso fim, visto que da confusão das ideias nascem, tanto na vida individual, como na vida colectiva, os êrros de conduta —, sem que se rectifiquem certas afirmações do testemunho transcrito. Por um equívoco que até no nosso Garrett se produziu, o Dr. Aurélio Espinosa identifica «*España*» com «*Hispania*», «*espanhol*» com «*hispânico*». Será assim filológicamente. Não o é, porém, dentro das realidades sociais e políticas. Já acentuámos aqui com sobejada argumentação os motivos por que os portugueses são «hispânicos».

(1) *América Española o Hispano América. El término «América latina» es erroneo... Traducción de Filipe M. de Setiérs*, Madrid, 1919.

Isso não obriga a que sejam «espanhois», dada a circunstância de «Hispania» ser um apelativo geográfico, enquanto que «espanhol» é um apelativo nacionalista. De modo que nunca poderemos admitir que a «América-espanhola» compreenda o Brasil e que a colonização portuguesa no Novo-Mundo esteja em relação para com a Espanha actual como a colonização escocesa, nos Estados-Unidos, estaria para com a Inglaterra. Quando Portugal descobriu o Brasil, a sua existência como pátria de maneira alguma se assemelhava em cultura e capacidade criadora à Escócia acantonada nos refegos montanhosos da Gran-Bretanha. Corrijam-se, pois, as asserções do Dr. Aurélio Espinosa. E seja no sentido de se substituir a denominação «América-espanhola» por «Hispano-América», ou «América-hispânica». Feita essa corrigenda, convêm que escutemos agora sôbre o mesmo apaixonante assunto um dedicado apóstolo do Hispano-americanismo,—o senhor J. C. Cebrián, que se apròxima mais do sentido exacto do problema quando observa:—«*Además de las 18 repúblicas españolas, tenemos el Brasil, creado por Portugal, en donde se habla el portugués, y se rige por leys, usos y costumbres portugueses. Pero hay que notar,* —acrescenta—, *que ese pais es tambien hispano, porque Hispania, como Iberia, comprendia Portugal y España, nada más. De suerte que el apela-*

tivo hispano-americano *comprende todo lo que proviene de Portugal y de España».* [1]

E o senhor Cebrián continua em termos merecedores do mais cuidadoso registo: — «*Examinemos francamente la cuestión: hasta hace poco los paises hispano-americanos eran el hazme reir de Europa: el teatro francés del siglo XIX está lleno de chascarrillos desagradables contra los* hispano-americanos; *entonces encontraban natural llamarlos por su apellido verdadero: español. Pero últimamente se ha notado que eses paises han crecido, se han enriquecido, han cobrado fuerzas, y prometen ser factores importantes en la historia futura; y en estas circunstancias ya les duele llamarlos españoles; y para evitar o borrarse ese nombre apelan al adjectivo* latino. *Cada vez que se dice o se imprime* América-española, *o* hispano-americano, *o Spanish American o Spanish America,* etc., etc., *se anuncia el nombre de España; y nótese que es un anuncio legitimo, justo, verdadero. Cada vez que se dice o se imprime* América latina, Latin America, etc., *se deja de anunciar el nombre de España, y en cambio se anuncia el nombre* latino, *que equivale a Francia, Italia,* etc.; *de modo que se anuncian dos nombres* — Francia *e* Italia — *ilegitima,*

---

(1) Transcrição do opúsculo citado, *América-Española ó Hispano-América.*

errónea e injustamente, puesto que ni Francia ni Italia han producido aquellas naciones; y al mismo tiempo se mata el anuncio legitimo de Espanha».

Comenta em seguida o Dr. Aurélio Espinosa: — «*Poco podremos añadir al anterior examen. Latino significa hoy francés, italiano, provenzal, rumano, sardo, español, portugués. Pero, como el Sr. Cebrián clarisimamente señala, la America espanola es espanola y portuguesa (española, hispanica,* — elucida o publicista norte-americano; caindo, afinal, em si), *y no francesa, italiana, rumana, ó sarda. La civilización española es el elemento civilizador de la América española. España conquistó, colonizó, civilizó los paises de Sudamérica. Francia, Italia y Rumania no tuvieron parte en este gran labor. Hoy estos florescientes paises hispánicos están desarrollando una civilización que tiene por base lo mejor de la sangre y del cerebro de la antigua Espana. Los elementos de la tradición india no han dado frutos apreciables. Los españoles trajeron el Cristianismo a Sudamérica, civilizaron a los indios, fundaron ciudades, iglesias, escuelas, desarrollaron la agricultura. Cerca de cincuenta millones de personas hablan hoy español en la América española; unos veinte millones hablan portugués. Estos son pueblos hispánicos, ó españoles, puesto que hasta el erudito portugués Almeida Garrett cree que*

el nombre de español *puede muy propriamente usarse para incluir a los portugueses*».

Que não póde, já nós vimos porquê, — explicado como anteriormente fica o sincero equívoco de Garrett. Mas não se invalida com êsse detalhe a lógica cerrada das razões de Aurélio Espinosa. E' de alta conveniência reproduzi-las totalmente, porque, em questão tão magna, como é a das relações da Península com as nacionalidades americanas, suas filhas, nunca seremos prolixos, esforçando-nos por iluminá-la com o maior número de dados de que disponhamos. Insiste o aludido publicista: — «*Como el Sr. Cebrián admirablemente indica, no podemos llamar* América teutónica *a la* América inglesa. *Esto seria, sin embargo, un exacto equivalente de* América latina. *Hay en los Estados-Unidos más alemanes, suecos noruegos* y *holandeses que franceses, italianos* y *rumanos en la América española. Más proprio seria, por lo tanto, el llamar a los Estados-Unidos* América teutónica y *a* los *habitantes de este país* teutones o teutónico-americanos, *o* germano-americanos, *que* el ll*amar a nuestros vecinos meridionales* latino-americanos y *a su tierra* América latina. *Pero ninguno de* los *dos casos estaria justificado. Los Estados-Unidos representan un desarrollo de la civilización anglo-sajona* y *hablan el idioma inglés; y los paises de Sudamérica representan un desarrollo de la civilización española* y *hablan*

español y *portugués. No hay, por consiguiente, justificación ninguna para el nuevo nombre* América latina y *sus derivados. Por razones históricas la justicia pide que* los *nuevos nombres sean relegados. Si Espana merece la gloria de haber civilizado* y *desarrollado esas comarcas meridionales, qué diremos de las poderosas naciones que quieren privarla de esta gloria? No seria uno de los crimenes de la Historia llamar en adelante a los paises de habla inglesa de Norteamérica, Canadá* y *los Estados-Unidos,* América teutónica o germánica? *¿No es, por lo tanto, un crimen histórico llamar a los paises de habla espanola* y *portuguesa de Sudamérica,* América latina? *Dad al Cesar lo que es del Cesar*» (1).

Depois de tão prolongada e metódica conspiração de silêncio contra a obra civilizadora das duas pátrias peninsulares, (não pregunta o enciclopedista Masson de Morvillers o que é que a Espanha fizera de grande ou útil para a humanidade?!) a campanha mudou de rumo, ao procurar-se envolver num «latinismo» suspeito, de transparente marca revolucionária, o que de gigantesco e imortal Portugal e Espanha haviam criado. Pena é

(1) Vêr também a opinião do doutíssimo Bonilla y San Martin, no capítulo *América Española* do seu livro recente *Los mitos de la América precolombina*, Barcelona, 1918.

que inteiramente fascinados pela superstição da França, mãe da Latinidade, — supertição só própria de arrivistas ou de mestiços intelectuais—, escritores de valor inegável, como, por exemplo, o peruviano. F. Garcia Calderon no seu livro *Les démocraties latines de l'Amérique* (1), concedam foros de verdade a um mito, que é preciso reduzir quanto antes à sua vã inconsistência. Entristece, com efeito, vêr um espírito brilhante e claro abandonar-se ao romantismo arcaico dos Imortais-Princípios e rematar um suculento volume de trezentas e tantas páginas, onde há penetração crítica, agudeza psicológica e sentido das relatividades, com uma apologia daquêles sofismas que são exactamente as fôrças negativas que até agora têm incapacitado a América-Hispânica de assumir no mundo a supremacia que lhe cabe!

«*L'Amérique, anjourd'hui déserte et divisée,* — declara Garcia Calderon —, *sauvera la culture de France et d'Italie, l'héritage de la Révolution et de la Renaissance, et aura ainsi justifié jusqu'au bout l'heureuse audace de Christophe Colomb*». Apregôa-se esta enormidade em que todo o antagonismo estrutural da América-Hispânica com o vento solto do 89 é alvarmente negado, em seguida a uma

---

(1) Paris, Flammarion, 1912. Prefácio de Poincaré.

confiada visão do futuro, condensada por Calderon em termos dignos de se arquivarem. «*Si, dans une Europe dominée par les Germains et les Slaves, les peuples de la Mediterranée sont forcés de reculer dans une éxode pénible vers la mer bleue peuplée d'iles grecques et de symboles anciens comme le monde, il est probable que le mythe antique se réalisera de nouveau et que le flambeau qui contient l'idéal de la civilisation latine, passera de Paris à Buenos-Ayres ou Rio de Janeiro, comme de Rome à Paris dans l'époque moderne, comme de Grèce à Rome dans l'époque classique*». Sem dúvida, se a catástrofe se consumar, à América-Hispânica reserva Deus o enorme destino de ajudar a salvar a «civilização ocidental», — e não «civilização latina», desde que desta expressão se exclúi o Catolicismo, para abranger a Renascença e a Revolução, o que, em síntese, significa a negação absoluta do referido tipo de civilização. Mas, enconchado definitivamente no Atlântico o que existe de vivaz e eterno na civilização ocidental, a América-Hispânica encontrará ao seu lado, para a mesma cruzada, as duas pátrias da Península, que deram o seu sangue pela dilatação da lei do Espírito,— e «espiritualizar» é «civilizar», não o olvidemos! —, tornando-se, assim, à imagem do Crucificado, em verdadeiros Cristos insulados, difamados e supliciados.

Vítimas, precisamente, dos falsos ideais que Garcia Calderon saúda como património da «civilizacão latina», a ressurreição de Portugal e Espanha para as scenas da História coincidará, ao inverso do que supõe o autor de «*Les démocraties latines de l'Amérique*», com a guerra sistemática a quantas metafísicas bastardas se abrigam no logar-comum, tão desacreditado, do «latinismo». E o desvio ideológico que perturba o pensamento, aliás brilhantíssimo, de Garcia Calderon, é tão amplo e tão profundo que, persistindo em confundir «hispanismo» com «latinismo», não hesita em escrever, contra a razão evidente dos factos e a propósito da convergência incessante da emigração mais variada para os países do Novo-Mundo: — «*Cette confusion de races, du Nord au Sud, laisse en présence deux traditions: l'anglo-saxonne et l'ibero-latine; leur force d'assimilation transforme les races nouvelles. Anglais et Espagnols disparaissent; seuls, subsistent les deux héritages moraux*». Logo o escritor peruviano adita: — «*On découvre facilement cette tradition latine ches les Américains du Sud. Ils ne sont pas exclusivement des Espagnols ou des Portugais: au legs reçu d'Espagne se sont unies de tenaces influences originaires de France et d'Italie*». Quais essas influências? Indubitávelmente, as do Catolicismo e, antes, as da cultura jurídica de Roma,

como se, para o enriquecimento de tão alto património humano, a Espanha, no declinar da Idade-Antiga, não tivesse contribuído, pelo menos, tanto como a velha Gália ou a velha Itália!

Basta lembrar-nos que já o imperador Claudio II proclamava as Gálias e as Espanhas sustentáculos do Estado: — *Gallias et Hispanias vires Reipublicæ.* Séneca, Lucano, Marcial, Trajano e Teodósio são nomes que documentam a riqueza do esfôrço levado pela Espanha ao labor comum do Império. Depois, no alastramento do Cristianismo, ninguêm desconhece como a entranhada feição apostólica do génio hispânico contribui para que se difunda e vigorize o universalismo da sementeira. O *Credo,* — fórmula suprema da Fé, saíu da pena de Osio, bispo de Córdova e «Pai dos Bispos», a quem os últimos defensores do Paganismo atribuem com insultos a conversão de Constantino. Anteriormente, se Roma nos legara moldes de sociabilidade superior, nao é menos certo tambêm que dos costumes e instituições dos primitivos peninsulares bastantes elementos transitaram para a síntese jurídico-social condensada na miragem, já suficientemente diluída, do «latinismo». O notável publicista D. Joaquin Costa nos seus *Estudios ibéricos* levantou a ponta do véu. E, segundo o parecer de catedráticos dou-

tíssimos, como os professores espanhois Ureña e Saladaña, do tesoiro consuetudinário das antigas populações hispânicas derivam, entre outras curiosas e úteis manifestações do direito tradicional, o »*regímen comunal*», que sobrevive ainda em diversas localidades de Castela-a-Velha (*Tierra-de-Campos*); as *behetrias*, a *comunidade doméstica* de Galiza, Portugal e Aragão, — hoje extinta entre nós; o próprio *concelho* medieval, mais aparentado com a *aljama* ou *yemaa* berberisca, de que pròpriamente com o *município* de importação latina. Mais tarde, a imposição violenta do Direito-Romano destruíu todas essas ricas e fecundas experiências sociológicas, radicadas pelo correr dos séculos, e em cuja prática nós descobrimos agora soluções inesperadas para muitos dos atormentados problemas da nossa época. Como quere, pois, Garcia Calderon que a América, debaixo do ponto de vista da civilização, porque é «latina», seja tanto, ou quási tanto, espanhola e portuguesa, como francesa ou italiana?

Acresce, porém, ainda mais: — e é a transformação que os Concílios de Toledo introduziram na vida moral e política dos povos ocidentais havidos como «latinos». Só por êste aspecto a Península conseguiu ser a grande e diligente obreira da única «latinidade» possivel, — a que nasce da Igreja. Não o quere entender assim Garcia Calderon.

E ei-lo floreteando com perícia extrema uma argumentação, em que o *excepcional* é apresentado como *geral*,—argumentação capciosa de sofista que bem sabe o fundo das coisas, mas a quem convêm desvirtuá-lo. Oiçamo-lo: — *Des lois d'origine espagnole régissente l'Amérique; elles tracent le rigide de la vie civile. Et ces lois, en dépit de forts elements féodaux, c'est de Rome qu'elles viennent. Sous l'influence ou droit latin, Alphonse X unifie la législation espagnole, durant la première moitié du XIII.e siècle; trois siècles après les Espagnols colonisent l'Amérique. Les* Partidas, *vaste encyclopédie de droit et recueil des lois castillanes, sont un code romain»*. E sempre na mesma toada, do Direito-Romano ao Absolutismo, Garcia Calderon procura despojar a Península dos seus traços originais, para a desfazer na uniformidade do molde que êle classifica de «latino», terminando por estender as suas generalizações,—e outro não é o seu fim!—, à América-Hispânica.

Reconhece, é certo, ao Catolicismo uma acção fundamental na génese das pátrias sul-americanas. «*Le catholicisme est aussi una religion sociale,* — pondera com pretenciosa condescendência. *En Amérique, il créa la patrie brèsilienne contre le danger hollandais; il fonda des Rèpubliques chez des Indiens hostiles à toute vie organisèe; rèpandit l'ènergie latine, favorisa du Nord au Sud la constitution de sociètès et de gouvernements nouveaux»*.

E concedendo aqui o que logo adiante retira, o autor de *Les démocraties latines de* l'*Amérique* agrega, sem rebuço nem disfarce, na sua bem marcada prestidigitação verbalista:— «*Sous la double pression du catholicisme et de la legislacion romaine, l'Amérique se latinisa. Elle apprend à respecter les formes et les lois, à subir une discipline tant dans la vie religieuse que dans la vie civile. Les idées françaises, s'ajoutant à ces influences, préparent d'abord la Revolution, puis gouvernent les esprits américains, depuis l'époque de l'indépendance*».

Mas o cúmulo da escamoteação — perdôem-me os leitores, se perco a serenidade! —, não se atingiu ainda. »*Ces idées* (as idéas francesas, como vimos) *constituent une nouvelle pression latine. La France est dans les temps modernes l'heritière du génie de Grèce et de celui de Rome: en l'imitant jusq'á l'excès, les Ibéro-Américains s'assimilent les éléments essentiels de la culture antique. Nous trouvons dans l'esprit français,* — prossegue Garcia Calderon —, *le sens du goût et de l'harmonie, le* lucidus ordo *des classiques, l'amour des idées générales, des principes universels, des droits de l'homme, la répulsion pour les brumes du Nord et la lumière trop violente du Midi, le rationalisme, lo vigueur logique, l'émotion devant la beauté et le culte de la grâce. La France a été une*

maîtresse de sociabilité et de littérature pour les démocraties américaines: son action est dejá séculaire. Voltaire et Rousseau furent les théoriciens de la période révolutionnaire; Lamartine fit connaître le lyrisme et la mélancholie romantique; Benjamin Constant, la théorie de la politique, et Verlaine, les lamentations de la décadence». E como se prelecionasse a um auditório de semi-analfabetos, o publicista peruviano resume-se com a maior naturalidade num período que é expressivo em tudo, — nas intenções e na insubsistência: —«*Soit indirectament par l'influence de la pensée et de la littérature de l'Espagne et du Portugal, soit directement, cès Républiques ont vécu d'idées françaises*».

Encontra-se bem patente o processo de sistemática adulteração, tanto histórica como política, que se empenha em roubar à Península, — à madre Hispânia, o florão mais rutilante da sua corôa de glória. A França, que na hora em que nós defendíamos a civilização europeia, não hesitava em se aliar ao Turco quási senhor do Mediterrâneo, esforça-se agora por se apoderar, graças a um «latinismo» de fabrico duvidoso, daquêle património cultural em que nada lhe cabe, a não ser, por exemplo, as expedições de presa do calvinista Villegagnon às costas do Brasil. E o que entristece é que haja inteligências, a quem devia iluminar o sentido superior do *Hispa-*

nismo, que não titubiem em mutilar o passado da sua raça, para o sujeitarem às exigências dum transitório sucesso literário! Podia bem preguntar-se a Garcia Calderon se a penetração do espírito francês na Península corresponde, ou não, a um sinal de decadência, tanto de Portugal, como de Espanha pròpriamente dita. Podia bem preguntar-se-lhe, se, pelo contrário, não recebeu a França do seu grande século, — do século XVII, as inspirações e os exemplos sociais e artísticos da Espanha sua contemporânea. Não negaria, certamente, o autor de *Les démocraties latines de l'Amérique* que nos sentimentos e nos costumes a França, tão sua predilecta, é filha da sensibilidade lusitana, como o documenta a sugestão da *Diana*, de Jorge de Monte-Mór, na *Astrée*, de Honoré d'Urfé, — como o prova a ditadura emotiva das *Lettres de la réligieuse portugaise*, de que Jean Jacques Rousseau recolheria o veneno subtil, para o universalizar depois com a psicose romântica. E se Garcia Calderon, que deixa de ser para nós um nome individual para se volver num símbolo, — o símbolo de quantos «afrancesados» andam agora a repetir êsse anacrónico figurino mental da «França, mãe do género-humano» —, se Garcia Calderon folhear os trabalhos notabilíssimos de Gilbert Chinard, professor da universidade da Califórnia, *(L'éxotisme américain dans la littérature française au XVI.e siècle*,

d'aprés Rabelais, Ronsard, Montaigne, etc.» (1), *« L'Amérique et le rêve exotique dans la littérature française au XVII.e et au XVIII.e siècle»* (2), e, finalmente, *«L'éxotisme américain dans l'œuvre de Chateaubriand»* (3) aprenderá que a mesma América, que êle encara como redimida do pecado original da selva pelo milagre do génio gaulês, perturbou, ao inverso, grandemente a França dos seus encantos, a ponto de Ronsard e de Malherbe, longínquos avós da «Bondade-Natural» de Rousseau, excitados pela presença de índios brasileiros nas margens do Sena, exclamarem, entre langorosos e meditativos, que não se alterasse a dôce inocência dêsse

«....... .... peuple inconnu
D'habis tout aussi nud, qu,il est nud de malice»,

porquanto,

«Ils vivent maintenant en leur âge doré».

Montaigne, sôbre todos, mostra-se um panegirista inflamado do «estado selvagem», — para êle, espécie de «estado de graça». E apurando as impressões apaixonadas do sé-

(1) Paris, Hachette, 1911.
(2) Paris, Hachette, 1917.
(3) Paris, Hachette, 1918.

culo XVI francês àcêrca dum tema tão novo como enleante, Gilbert Chinard condensa-se no seguinte juízo: — «*Nous ne rechercherons pas où était la vérité dans les opinions si diverses et si contradictoires sur les sauvages américains qui avaient cours au XVI.e siècle. Nous avons vu comment deux théories radicalement opposées s'étaient établies: l'une considérant des habitants du Nouveau Monde comme des animaux à peine supérieurs, l'autre au contraire voyant en eux des êtres plus heureux, plus vertueux et aussi plus raisonnables que les Européens. Dès cette date se pose le problème qui devait diviser pendant plus de deux siécles nos écrivains et nos philosophes; c'est le procés de la civilisation qui commence*».

Acrescenta Gilbert Chinard: — «*La Renaissance de l'antiquité avait contribué pour une grand part à la formation de çet état d'esprit, mis sans la découverte de l'Amérique, qui vint mettre le feu aux esprits, jamais il n'aurait pu subsister et se developper, á un tel point qu'il mettra un jour tout la société en peril avec J. J. Rousseau et ses trop ardents disciples*».

Pela transcrição produzida avalia-se decerto da importância dêste problema do «indianismo» literário e da sua influência na insurreição individualista, de que resultou o vento doido do Romantismo. É legítimo

quási concluir, embora com desgôsto para publicistas e deveneadores género Garcia Calderon, que a França, — a França da Renascença e da Revolução —, deve mais à América, acabada então de saír do mistério estonteante do seu primitivismo, do que a América a essa França, que uma retórica desbotada e usada teima em nos apresentar como o grande e nunca exausto úbere da Latinidade. De sorte que, em face do alegado e do exposto, cuido suficientemente convencidos os meus leitores de que não há uma *Amèrica*-latina e de que na América, designada como tal abusivameute, o fundo social e cultural é o fundo comum da raça, — é o fundo hispânico.

Como depoïmento terminante, apelemos em instáncia última para o insigne uruguaiano José Enrique Rodó, tão eminentemente representativo das tendências intelectuais da América-Espanhola. «*No necesitamos los sudamericanos*, — confessa ele no seu *Ariel* —, *cuando se trate de abonar esta unidad de raza, hablar de una* América-latina; *no necessitamos llamarnos* latino-americanos *para levantarnos a un nombre general que nos comprenda a todos, porque podemos llamarnos algo que signifique una unidad mucho más intima* y *concreta: podemos llamarnos* ibero-americanos, *nietos de la heroica* y *civilizadora raza que solo politicamente se ha fragmentado en dos naciones europeas; y aun podriamos ir más allá*

y decir que el mismo nombre de hispano--americanos *conviene tambien a los nativos del Brasil;* y *yo lo confirmo con la autoridad de Almeida Garrett; porque siendo el nombre de Espana, en su sentido original* y *proprio, un nombre geográfico, un nombre de región,* y *no un nombre politico o de nacionalidad, el Portugal de hoy tiene, en rigor, tan cumplido derecho a participar de ese nombre geográfico de Espana como las partes de la Peninsula que constituyen la actual nacionalidad espanola; por lo cual Almeida Garrett, el poeta por excelencia del sentimiento nacional lusitano, afirmaba que los portugueses podian, sin menoscabo de su ser independiente, llamarse también,* y *con entera propriedad, españoles».*

Labora-se igualmente num êrro grosseiríssimo quando, através dos critérios reflectidos pelo autor de *Les démocraties latines de Amérique,* se considera a emancipação da América-Hispânica uma conseqüência da Revolução-Francesa. Mais avisadas, indubitavelmente, são as opiniões do ilustre uruguaiano Luís Alberto de Herrera no seu conhecidíssimo livro, — *A Revolução-Francesa e América do Sul* (1), anterior ao volume de Garcia Calde-

(1) Não conheço o original, servindo-me da 2.ª ediçao da tradução francesa por Sebastien Etchbane, Paris, Grasset, 1912.

ron. Aí se assevera significativamente que a América do Sul derramou caudais de sangue, em homenagem ao *Contracto-Social*, definindo-se por «*plagiato pernicioso*» a aclimatação ao Novo-Mundo das ideologias saídas da inspiração dementada de Rousseau. Insurgindo-se nobremente contra a «fascinação-francesa», Luís Alberto de Herrera nota com incisão que na América do Sul, debaixo da mentira tão explorada da soberania do Povo, dezenas de vezes as suas fracções territoriais se viram negramente tiranizadas, à excepção do Chíli e do Brasil, salvos do esfacelamento intestino, —«o primeiro em virtude da sua organização aristocrática, e o segundo pelo refúgio que encontrou na monarquia constitucional».

Mas não se ficam por aqui as rectificações à tése que, sendo de tantos, reaparece com singular relêvo no livro de Garcia Calderon. Não decorreu ainda muito tempo sôbre a aparição dum estudo, que provocou celeuma. Refiro-me ao trabalho de Marius André,—*La fin de l'empire espagnol d'Amèrique*, com prefácio de Charles Maurras. Acreditava-se, como se fôsse coisa dogmática, que a emancipação dos vice-reinados espanhois no Novo-Mundo resultara do prestígio libertador da Revolução-Francesa. Pois Marius André demonstra-nos o contrário. «*Pour que le mouvement d'émancipation èbranle les masses, réussisse et aboutisse à la république, il*

faudra que le peuple d'Espagne se léve contre Napoléon et que les sujets d'outre-mer refusent aussi de se soumettre à l'usurpateur». —explica Marius André. *L'indépendance et la république naîtront, en Amérique, des manifestations unanimes de fidelitè au régime dechu et à la réligion catholique. La révolution hispano-americaine sera non pas une fille de la rèvolution française, comme l'affirment de nombreux historiens européens, mais, au contraire, une réaction contre cette révolution, sur tout en ce que celle-ci avait d'anti-religieux».*

A influência da Revolução-Francesa veiu, —é certo. Mas veiu nos termos em que a historia Luís Alberto de Herrera, quando as pátrias sul-americanas, saídas do período colonial, careciam de assentar em bases sólidas a sua unidade moral e política. As dissenções constantes, a guerra civil por hábito permanente, o *caudillismo,* — passe a palavra! —, com todos os vícios da sua improvisão pretoriana, eis em que se desentranhou para a América-Hispânica o contágio do 89 gaulês, — ou seja o «plagiato pernicioso», na expressão inolvidável de Herrera.

Não se contentou, porém, em promover a desordem, como um bacilos crónico de anarquia, essa importação dos Imortais-Princípios. Caracterizada pelo ódio mais frenético às raíses santas do Passado, cavou entre as novas pátrias que, tenras ainda na sua ossa-

tura de Estados recentes, se entregavam sem reservas à embriaguez do vento democrático, e a sua antiga e tutelar metrópole, um abismo tão fundo e tão rasgado, que durante quási um século nem uma simples aproximação espiritual se tornou possível. Quem perdia com isso, no fim de contas? Perdiam as próprias nacionalidades que tão insensatamente renegavam os seus antecedentes históricos, de maneira a não ficarem mais, despojadas como se despojavam dos laços tradicionais, do que um revôlto e confuso borrão de mestiços tripudiando à solta. Ora, nessa parte negativa, é que a América-Hispânica é devedora à França duma dívida que só a enegrece e deprime perante si mesma.

Tão funesto período corresponde, segundo o Dr. J. Francisco V. Silva, à desnacionalização das nações hispano-americanas. Por um lado, o que o caloroso publicista argentino consubstancía num só vocábulo: — «*la yankización;* por outro, a atracção de Paris, —tais os factores que mais contribuiram para que na América-Hispânica se enfraquecessem por completo os vínculos que a prendiam à unidade fecunda da sua civilização. Aos que se vão banhar a Paris nas águas-sujas duma suposta capital do orbe culto, atira o escritor colombiano Blanco-Fombana um golpe de morte a que não resistem. «*Pero nadie inspira más risa y más desprecio a este pais de bueno*

humor (França) *que los latino-americanos, a quienes engloba con el simpático y popular epiteto de rastaqueros. Nos desprecia y tiene razón. Sus puntapiés ¿no los pagamos con sonsiras? ¿No admiramos a los franceses en la forma más vil de la admiración, imitandolos? O mejor dicho, parodiando su talento con nuestra mediocridad, su gracia con mestro amaneramiento, su ironia con nuestros chistes de cien kilos?»*

Quanto ao progresso material da América-Hispânica, são do Dr. J. Francisco da Silva os formes que recortamos. «*Nuestra América está medietizada por los enemigos europeus* y *tradicionales de la raza hispanica desde 1810. No fabrica ni sus cañones, fusiles* y *armamentos, ni buques de guerra, acorazados* y *torpederos; ni locomotoras, turbinas* y *artefactos. Esto es pobreza en paizes de tierras ricas, es dependencia del extranjero aun proclamando vanas liberdades, es atrazo en paises de hispánicos impulsos; sin embargo, todos quieren explotarles qorque bajo su cielo el oro se centuplica, todos envidian su riqueza que un dia será magnifica, y son el pasto de la humana ambición*». Assim se compreende que o Dr. J. Francisco V. Silva corajosamente declare que o patriotismo, ao outro lado do Oceano, seja um «*patriotismo absurdo, impuesto por burguesias hispanofobas y extran-*

jeras que han secuestrado el Poder en América española, desnacionalizandola».

Todo êsse longo giro de decadência se reduz, pois, a uma sujeição humilhante, — sujeição literária em relação à França; sujeição económica em relação à Inglaterra; sujeição immigratória, em relação à Itália; e sujeição política em relação aos Estados-Unidos. Claro que é o caso do argentino o caso especialmente encarado pelo nacionalismo ardente do Dr. J. Francisco V. Silva. Mas as suas reflexões, por desgraça, estendem-se e abrangem toda a América-Hispânica!

Na verdade, se meditamos um pouco no estado de anarquia crónica em que o liberalismo mantêm as viçosas nacionalidades hispano-americanas, iludindo-as com os falsos fulgores dum equívoco progresso material, acodem logo à lembrança as estrofes doloridas de Ruben Dario:

«Desdeñando á los reyes nos dimos leyes
al son de los cañones y los clarines,
y hoy al favor siniestro de negros Reyes
fraternizan los Judas con los Caines.

Bebiendo la esparcida savia francesa
con nuestra boca indigena semi-española,
dia a dia cantamos la Marsellesa
para acabar danzando la Carmañola.

Las ambiciones pérfidas no tienen diques,
soñadas liberdades yacen deshechas:
¡ Eso no hicieron nunca nuestros caciques,
a quienes las montañas daban las flechas

Ellos eran soberbios, leales y francos,
ceñidas las cabezas de raras plumas;
¡Ojalá hubieran sido los hombres blancos
como los Atahualpas y Moctezumas!

Cuando en vientres de América cayó semilla
de la raza de hierro que fué España,
mezcló su fuerza heroica la gran Castilla
con la fuerza del indio de la montaña!

. . . .

Duelos, espantos, guerras, fiebre constante
en nuestra senda ha puesto la suerte triste:
¡Cristóforo Colombo, pobre Almirante,
ruega a Dios por el mundo que descubriste!»

Tal é a angústia alucinada do poeta, tocado do calvário patético da sua América, enquanto, «*la canaña escritora mancha la lengua en que escribieron Cervantes y Calderones*». Êsse alarme ampliou-se com o tempo e procura resposta às suas ansiosas interrogações num grupo cada vez maior de pensadores e artistas, estudando com afinco o regresso à tradição hispânica, de que o estranjeirismo desnacionalizador, para melhor as dominar, conseguira desenraïzar quási totalmente as pátrias hispano-americanas. Servindo a necessária reacção contra o baixo ideal utilitarista da vida, traduzido nas sugestões aliciantes da plutocracia contemporânea, Manuel Gálvez proclama abertamente, com um nobre heroismo de inteligência: — «*Contra las ridiculas modas, contra las influencias extrañas que nos*

descaracterizan, pretiende reaccionar el actual nacionalismo argentino. ¡Feliz y oportuna aparición la de este noble sentimiento! El nos exige dejar a un lado las tendencias exóticas y nos invita a mirar hacia España y hacia América. No odiamos a los pueblos sajones, a los que tanto debe el progresso argentino; no odiamos a la dulce Francia, cuyo espiritu elegante y armonioso tanto ha influido en nuestras cosas; no odiamos a esa ferviente Italia que nos ha dado una porte de sus energias. Pero ha llegado ya el momento de sentirnos argentinos, y de sentirnos americanos, y de sentirnos, en ultimo término, españoles puesto que a la raza pertenecemos».

Já antes o inspirado tradicionalista de *El solar de la raza* comentara:—«*Los restos de hispanofobia en la Argentina no desaparecerán mientras dure el huracán de esnobismo que nos tiene enfermos. La moda es la ley suprema. Um libro vale, se es moda leerlo; una ciudad es «bonita», si la moda exige que la visitemos; la Argentina es una gran nación, porque está de moda... Nada tan tipico, sobre el esnobismo, como el consejo que me dió una vez cierto joven abogado, profesor y orador argentino. Me decia el excelente sobrino de Homaïs que hiciera imprimir y editar mis libros em Francia, pues los que se hallaban el tal caso «hasta parecian mejores»*. E anunciando com inflamações de crente e de

visionario os tempos que vão chegar, Manuel Gálvez remata o belo prefácio,—*El espiritualismo español*—, do seu citado livro num como que hino, que é preciso fixar aqui: «*Nos otros poseemos el secreto de la energia. Pero no será la nuestra una energia bárbara y automática como aquella que hierve sin cesar en los Estados Unidos de Norte América. La nuestra es y será una energia armoniosa, una fuerza atemperada de elegancia latina, un impulso inteligente, un brazo de un ser en quien la acción no ha destruido el ensueño. En consecuencia, el poeta de nuestra estirpe no será un Walt Whitman; los ritmos bárbaros, el tono biblico, la inelegancia, el desorden del poeta yanqui, serian cosas extrañas a nuestra idiosincracia*». E sem moderar o seu optimismo iluminado, o escritor insiste: — «*Trabajemos para que llegue cuanto antes el dia de las espléndidas realidades que soñamos. La grandeza material ya comienza. Ahora debemos en labor paralela crearnos la otra. Aprovechemos, pues, los dones espirituales que nos hacen nuestros hermanos de Europa. Recojamos los viejos ideales latinos que ellos van perdiendo y adaptémoslos a nuestra vida. Y, finalmente, dejemos que templen de espiritualidad a nuestras energias materiales los efluvios de la España vieja. La decadencia del solar de la raza debiera ser para nosotros una fecunda fuente de ideales.*

En las ruinas suntuosas y tristes de la España vieja podemos hallar los grandes bienes que faltan a nuestra riqueza ascendente. Así a las cumbres opulentas de oro llegan a veces, para atenuar su materialidad, vaguedades de aromas en que expresan su misterio los profundos vales».

No meio de tamanha, mas de tão simpática exaltação, adivinha-se bem a volta que a América está sofrendo nas suas mais profundas razões de pensar e de sentir. Isso não basta, porêm, para que os seus íntimos males se remedeiem! Há que ir, e com perseverança, alêm e muito alêm! Quem repassar êsse rude e sincero livro de Eduardo Prado, — *A ilusão americana*, verá sem dificuldade que o alastramento da doutrina de Monroe representa para a América anglo-saxónia uma pertinaz aspiração de imperialismo desorganizador e absorvente. A queda do império no Brasil significou a primeira investida séria de Whashington, temerosos os norte-americanos de que na parte sul do Novo-Mundo se constituísse um poder mais forte que o da sua plutocracia crescente, graças às magníficas e incontestáveis virtudes do princípio monárquico. A consciência do perigo entrevisto por Eduardo Prado, em relação à sua pátria, ganha já hoje as melhores inteligências hispano-americanas. Socorramo-nos do exemplo do ilustre mexicano Carlos Pereira, de cuja pena saíram

dois expressivos volumes, *El mito de Monroe*, e *El crimen de Woodrow Wilson*. Basta percorrê-los, para que nos convençamos de que, na decomposição política do México e nas dissídias, tanto internas como externas, das outras républicas da América-Hispânica, é sempre o dedo *yankee* que diligentemente manobra.

Prefaciando *El crimen de Woodrow Wilson*, pondera um outro hispano-americano não menos representativo, — Blanco-Fombona: — «*Cuando Colombia se queja de Roosevelt por la secesión y rapto de Panamá; cuando Nicaragua maldicè de Taft por escalamiento con fractura de la soberania nicaragüense; cuando Méjico increpa a Wilson por el desencadenamiento y mantenimiento de la anarquia en suelo mejicano; cuando Santo Domingo acusa al mismo sonreido y castilaginoso luterano de que hable de libertad, de derecho, de vida, mientras dispone expediciones militares que llevan a esa Antilla la esclavitud, la barbarie y la muerte, prueban Santo Domingo, Méjico, Nicaragua y Colombia, que no conocen el problema de que son victimas, y que mientras no lo conozcan y comprendan, los Estados Unidos de la América sajona invadirán, descuartizarán y reducirán a coloniaje a los Estados desunidos de la América latina*». Os «Estados desunidos» da América, que Blanco-Fombona apelida «latina», sacri-

ficando ainda a um falso conceito! Não sei, na verdade, de expressão que melhor defina a ausência total de irmandade que dilacera e vai entregando à sapata do inimigo comum as nacionalidades hispano-americanas... Reflecte avisadamente o mencionado autor, continuando as suas considerações sôbre tão pungente e momentosissimo tema: — «*Cuando la Argentina, por estar un poco más distante del ogro, crée — Zeballos es legión alli — que nada le va ni le viene con lo que hagan los yanquis en el resto del continente, prueba Argentina que su visión política es limitadissima, y que no tiene derecho a vivir dentro de medio siglo, pueblo que no columbra su destino con medio siglo de antelación*». A raís de tudo o que palpita então, — que problema é êsse tão mal conhecido pelas nações enumeradas por Blanco-Fombona e por isso mesmo vítimas do despotismo financeiro dos Estados-Unidos? Responda-nos o próprio Blanco-Fombona.

«*La gran lección de este crimen de Woodrow-Wilson consiste en divulgar lo que nunca debemos perder de vista en la América latina, que no es Wilson, ni Taft, ni el ridiculo Roosevelt, ni ningún presidente, ni los republicanos, ni los demócratas, ni ningún partido presente o futuro, el enemigo da América, si no que el enemigo tradicional, presente y futuro, da América, es la República de los*

Estados Unidos. Están frente à frente dos razas: la de origen latino y la de origen sajón; dos Américas: la que nació de la Europa meridional y la que nació del Norte europeo; dos concepciones de la vida: la idealista y la sanchopancesca; dos sectas: el catolicismo y el protestantismo; dos ideas sociales : el individualismo y la solidariedad; dos civilizaciones: la del Mediterraneo y la de mares y tierras hiperbóreos».

E não avançamos mais! Produziram-se os elementos suficientes para que se abrace em toda a sua amplitude a estreita relação que existe entre o *Hispanismo*, como fórmula de aproximação peninsular, e o *Hispano-Americanismo*, como convergência necessária para o mesmo ponto de defesa e de desenvolvimento comum das diversas nacionalidades hispânicas do Novo-Mundo. Padecem essas nacionalidades, principalmente no seu ódio romântico à Península, — sua grande madre, as conseqùências duma longa e persistente infiltração estrangeira. Se nas nações de orígem espanhola, mercê duma activa campanha intelectual, o regresso aos caminhos da verdade começou já a acentuar-se, o «nativismo» no Brasil, desprezando, entre outros avisos, o do insuspeito Sílvio Romero, não hesita em quebrar todas as agarras que prendem a pátria brasileira ao passado,—e glorioso passado! — , de Portugal. Chega-se até à

extremidade de aclamar como um puro tipo de brasileirismo nascente a Calabar, — um traidor, que não trepidou em abandonar seus irmãos de armas, passando-se para o holandês — para o inimigo!

Nunca o Brasil deve esquecer os aplausos que a colonização portuguesa arrancou a Eduardo Prado, — colonização católica, criadora de povos, tal como a espanhola—, e não simples ocupadora de territórios, onde a caça ao indígena se tornava processo sumário de domínio,—tal como a Inglaterra. Cremos bem que a tendência mental no Brasil se modificará sensivelmente, com mais justiça e mais meditação sôbre as lições da história. O esfôrço de Elísio de Carvalho, com as páginas fortes e sinceras dos seus *Bastiões da nacionalidade*, representa já uma sensível modificação do ambiente. Mas a Elísio de Carvalho e aos seus colaboradores da *América Brasileira*, — que o querido e ilustre camarada nos perdôe a franqueza, talvez um tanto desabrida!—, falta-lhes uma *doutrina*,—uma *filosofia*. Como nacionalistas, a sua *doutrina*, a sua *filosofia*, teria de ser iniludivelmente *anti-democrática*, ou, melhor dizendo, *contra-revolucionária*. E', de resto, a filosofia que o Brasil já possui nas belas campanhas de Jackson de Figueiredo, meu irmão na mesma dupla fé religiosa e tradicionalista. Mas, ai de nós!, Jackson de Figueiredo participa um tanto da lusofobia

los nativistas, como, com mágua, conclúo da eitura do seu opúsculo *Do nacionalismo na iora presente*. Aponta justamente aí Jackson le Figueiredo a diferença que há para um ımerícano na revolução, ou seja «na violenta ,eparação que estabelecemos entre nós e a as netrópoles ,—diz o autor eminente de *Pascal* ' *a inquietação moderna*—, e a Revolução]uando, facto moral e ideológico, importa a ıegação dos dogmas nacionais, «paralela]uási sempre à negação religiosa». O desa:ôrdo começa, porém, quando, assinalando .o «português» a sua qualidade de «estran;eiro» no Brasil, o considera no mesmo pé le igualdade que o «francês, o alemão, ou o aponês». Eis onde nos distanciamos pro- undamente, entendendo que o «nacionalismo» le Elísio de Carvalho, nêste aspecto do pro- ılema, se coloca mais dentro dos princípios radicionalistas que o patriotismo alarmado le Jackson de Figueiredo. Explicamos já ıorquê.

No seu mencionado estudo *Reparto de* *mérica-Española y Pan-Hispanismo*, re- ıara J. Francisco V. Silva que uma coisa ão os «*argentinos etnicos*» e outra coisa os *argentinos legais*», sendo o «hispanismo» .os primeiros *estrutural*, enquanto que o dos egundos é meramente *formal*. A Grande- Guerra demonstrou bem que não passavam, om efeito, duma ficção perigosa as facul-

dade da naturalização consignadas nos códigos contemporâneos. Ora conceder no Brasil ao português a situação que se concede ao alemão ou ao francês é caír num lamentável vício de percepção, — bastante para surpreender em espíritos tão tocados das realidades interiores como Jackson de Figueiredo! Ninguêm pede no Brasil para o português privilégios que ponham em risco de ofensa a dignidade e o melindre dos naturais. Mas não se fundindo com a massa dos cidadãos brasileiros, o português é menos ameaçador de que o alemão, ou o japonês, ou o norte-americano, que, disfarçando-se pela naturalização na qualidade de «brasileiros legais», não se acomodarão jàmais àquilo que constitui o essencial da pátria brasileira: — a sua língua, a sua tradição, a sua cultura. Os Estados do Sul que o digam com a experiência bem viva do *Deutschtum!*

É certo que, num desconhecimentot otal de todas as dificuldades que rodeiam o delicado problema da aproximação luso-brasileira, se fala cá e lá a cada momento na Confederação, — nada menos de que na Confederação, meus senhores! — de Portugal e Brasil (1) É certo que se ignora inteiramente

(1) Escrita esta página antes do aparecimento do notável livro do doutor Bettencourt-Rodrigues, claro que não nos referimos a tão elevada manifestação de patriotismo.

que o Brasil, na outra margem do Oceano, repetiu, com elementos próprios, o *processus* de desmembração histórica que Portugal efectivou na Península para com o bloco asturo-leonês-castelhano. Enganam-se, — e enganam-se torpemente! —, os que nos julgam «eterna-metrópole», julgando o Brasil «colónia perpétua!» Mas por semelhante e abominável concepção terá de se verificar sòmente que em Portugal o Estado em nada representa a acção e que os intelectuais, marca-Júlio Dantas, exportados diàriamente para o Rio nos anúncios telegráficos das grandes agências de informação, não dispõem da menor raís no sentimento e na consciência colectiva em Portugal. O que póde e há-de aproximar o Brasil de Portugal é o que póde e há-de aproximar da Espanha as nacionalidades hispano-americanas: — a guarda e o prestígio dum tipo de civilização que a todos os hispanos igualmente pertence e que, sendo a base fundamental da sua razão de ser como pátrias livres, é, simultaneamente, como simples «programa de conservação», — o «programa de conservação», em que Monís Barreto insistia pelo que tocava a Marrocos —, a afirmação dum natural e irresistível *super-nacionalismo*.

Por êsse *super-nacionalismo*, traduzido numa aliança, ou espécie de *liga* ou *anfictionia*, Portugal e Espanha recobrarão na Eu-

ropa a preponderância que em direito lhes cabe, ao passo que na América as pátrias, que da Península derivam, sanadas as chagas que internamente as laceram, aplanadas as arestas que externamente as susceptibilizam e trazem num estado de desconfiança permanente, não demorarão a atingir o esplendor e a supremacia para que Deus as convocou. Outro não é o conteúdo da civilização hispânica, — outra não é a política do Atlântico *mare nostrum*. De contrário, divididas, cultivando constantemente a dissídia e a mediocracia, vítimas do êrro democrático e dum «latinismo» mentiroso, só nos apressaremos, peninsulares e hispano-americanos, a tornar possíveis os agoiros de Sánchez Toca no seu livro *Del poder naval en España*. Ei-los: — «*No queda para los destinos de nuestra linaje más que la siguiente alternativa: o que todos los elementos de nuestra nacionalidad a una y otra margen del Oceano tomen vigorosa constitución económica o politica y se concierten en intima solidariedad de nuestra ayudá para mantener el nombre, la lengua, los interesses, el respeto de la personalidade internacional, la independencia y soberania de la raza creadora del mayor poder y magestad y de la más intensa acción civilizadora que ha conocido la tierra desde los dias de la grandeza romana; o bien que estos elementos de nuestra raza se resignen a no*

figurar ya sino como restos descompuestos y cadáveres de naciones que los nuevos Imperios devoren o soterren a titulo de sanear la superficie del planeta». Tal é, inevitável e ignóbil, a nossa certidão de óbito! Se se lavrar, por nossas próprias mãos a lavraremos.

Mas, se unida a nossa vontade, — a vontade, no fim de contas, duma minoria esclarecida e audaz, porque dum exclusivo labor de inteligência se trata! —, á vontade evidente de Deus, nos atirarmos resolutamente ao encontro do futuro, de novo os hispanos prepararão uma nova idade do Mundo. Idade neo-cristã, — idade restauradora do Espírito, é a idade que Oliveira Martins já entrevia dentre as névoas do seu pêssimismo filosófico, quando epilogava a *História da civilização ibérica*. «Nós acreditamos firme e diremos até piamente, —exprimindo por êste advérbio a nossa fé na ordem universal —, na futura organização das nações da Europa; cremos portanto em uma vindoura Espanha, mais nobre e mais ilustre ainda do que foi a do século XVI. Acreditamos tambêm que já hoje navegamos na viagem para êsse porto, embora os nevoeiros conturbem as vistas dos nautas agora que apenas acabamos de largar as costas do velho Mundo. Que papel destina o futuro à Península, e qual será a fisionomia dessas idades vindouras? A história não é profecia;

mas o estudo das idades passadas deixa entrever muitas vezes as probabilidades futuras; e, quando através de todas as crises, no meio dos ambientes mais sistematicamente adversos, observámos que o heroismo peninsular soube vencer tudo com a sua indomável energia, somos levados a crer que o papel de apóstolos das futuras ideias está reseavado aos que fôram os apóstolos da antiga idéa católica».

Assim falou Oliveira Martins. Mais felizes do que êle, já pressentimos bem onde nos conduz a fôrça secreta do nosso génio, — do génio imortal da grande madre Hispânia. Eixo da civilização pelo íntimo e completo consórcio de todas as suas tendências para o Absoluto com a labareda sagrada do Cristianismo, pela Cruz e pela Espada a Hispânia salvou outrora a humanidade duma noite profunda e quási sem esperança. A mesma noite se condensa trágicamente sôbre as nossas cabeças. Acima, hispanos de ambas as margens do Atlântico! E que as estrêlas do Céu e as ondas do Mar vejam outra vez a gesta duma raça que nasceu para se dar a Deus e aos homens num sacrifício ardente e jubiloso!

FINIS LAUS DEO

A 14 de Abril de 1930, acabou êste livro de se imprimir, na Tipografia e Encadernação Domingos de Oliveira, Campo Mártires da Pátria, 144-A-PORTO

